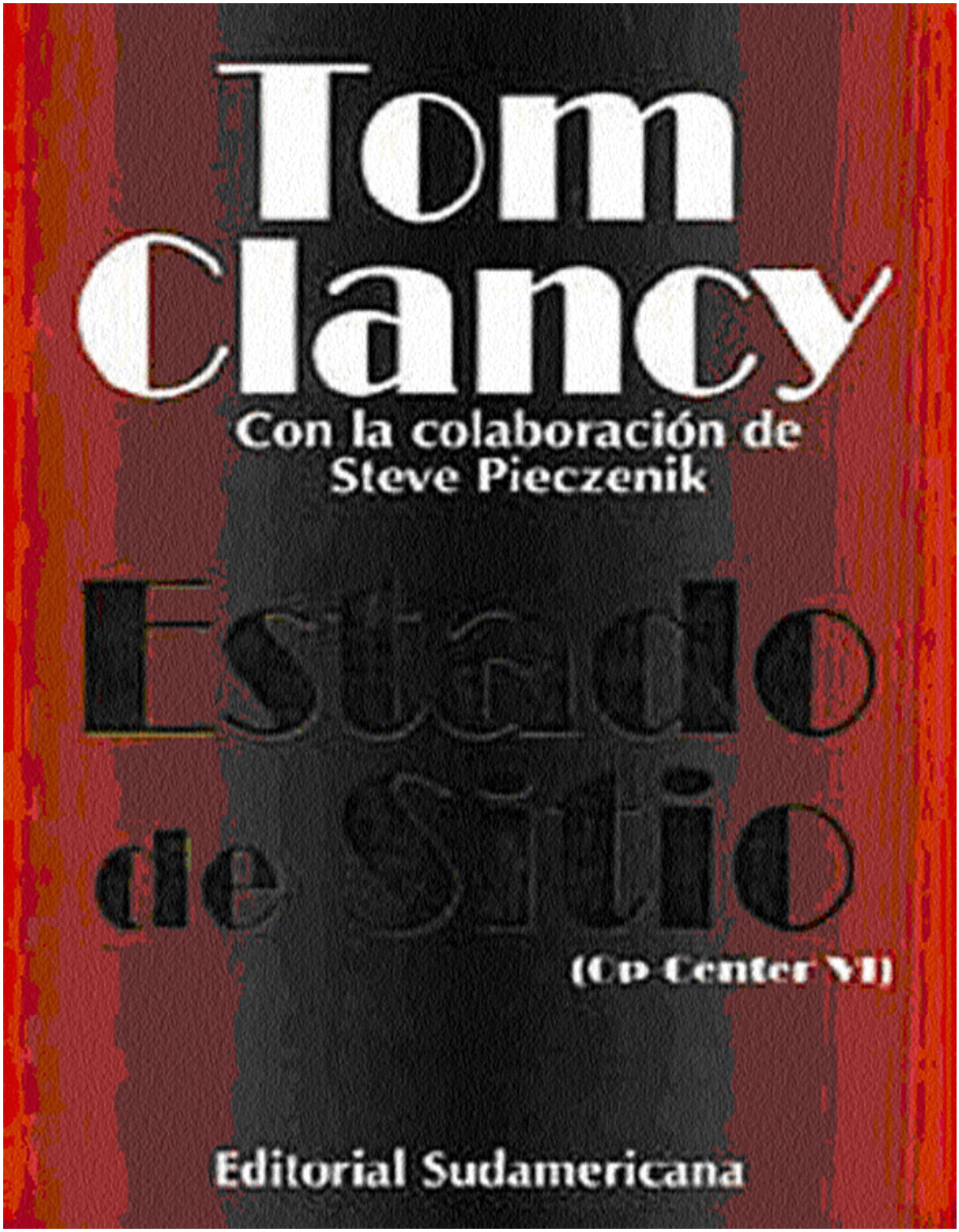
ESTADO DE SITIO (Op-Center VI)
TOM CLANCY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

Kampong Thom, Camboya 1993

Murió mientras él la abrazaba bajo una aurora brillante. Sus párpados se cerraron suavemente, un débil aliento surgió de su delicada garganta, y luego se fue.

Hang Sary observó el rostro pálido de la joven. Observó el pasto y la tierra en su cabello húmedo y los cortes en la frente y surcándole la nariz. Sintió repugnancia al ver el lápiz labial rojo sobre su boca, el colorete que le había embadurnado la mejilla, y el rimmel gris carbón que le chorreaba desde los ojos hasta las orejas.

No era así como tenía que ser. Ni siquiera aquí, en una tierra donde el concepto de inocencia era tan extraño como el sueño de paz.

Phum Sary no debería haber muerto tan joven, y no debería haber muerto así. Nadie debería morir así, tendido en un ventoso campo de arroz, con su sangre tiñendo el agua fresca de un rojo barroso. Pero al menos Phum había muerto sabiendo quién era el que la sostenía en sus brazos. Al menos no murió como probablemente había vivido la mayor parte de su vida, sola y desprotegida. Y aunque la búsqueda que Hang nunca había llegado a abandonar ahora había terminado, supo que otra estaba por comenzar.

Hang tenía las rodillas levantadas y en su regazo yacía la cabeza de su hermana. Tocó levemente la fría punta de su nariz, la fina línea de su mandíbula, la boca redonda. Una boca que solía estar siempre sonriente, más allá de lo que Phum estuviera haciendo. La muchacha parecía tan pequeña y frágil.

Levantó sus brazos del agua y se los puso sobre la cintura del ajustado vestido de lame azul. La atrajo un poco más hacia sí. Se preguntó si alguien la habría abrazado así en diez años. ¿Su vida había sido siempre tan horrible? ¿Finalmente se había hartado y había decidido que era preferible morir?

La cara alargada de Hang se tensó al pensar en la vida de su hermana. Después estalló en lágrimas. *¿Cómo pudo haber estado tan cerca y no saberlo?* Él y Ty habían estado en el pueblo, de incógnito, durante casi una semana. ¿Podría alguna vez perdonarse por no haberla visto a tiempo para salvarla?

La pobre Ty iba a estar inconsolable cuando se enterara de quién se trataba. Ty había estado haciendo un reconocimiento de campo, intentando averiguar quién estaba detrás de todo aquello. Le había enviado un radiomensaje a Hang para avisarle que aparentemente una de las mujeres había tratado de escapar poco después del amanecer, cuando cambió la guardia. La persiguieron y le dispararon. Phum había recibido la bala en un costado. Debía haber corrido y después caminado, hasta que ya no pudo moverse. Después debía haberse tendido allí a mirar el menguante cielo nocturno. De niña, Phum solía mirar mucho el cielo. Hang se preguntó si aquel cielo, los recuerdos de un tiempo mejor, le habrían proporcionado a su hermana menor un poco de paz en el final.

El joven deslizó sus dedos temblorosos por el cabello largo y negro de su hermana. A lo lejos oyó chapoteos. Debía ser Ty. Le había enviado un radio a su compañera diciendo que había ubicado a la muchacha y la había visto caer. Ella dijo que estaría allí en media hora. Habían pensado que al menos la muchacha podría darles un nombre, ayudarlos a quebrar la monstruosa asociación que estaba destruyendo tantas jóvenes vidas. Pero eso no ocurrió. Al verlo, Phum sólo tuvo fuerzas para decir su nombre. Murió con el nombre de su hermano y un principio de sonrisa en los labios rojos, no con el nombre de la criatura que había provocado todo eso.

Ty llegó y se inclinó para mirar. Vestida como una campesina local, permaneció allí parada con el viento susurrando a su alrededor. Después ahogó un grito. Se arrodilló junto a Hang y lo rodeó con sus brazos. Ninguno de los dos se movió ni habló durante varios minutos. Luego, lentamente, Hang se puso de pie con el cuerpo de su hermana en los brazos. La llevó hacia la vieja camioneta que le servía como fortín de campo.

Sabía que no debían irse de Kampong Thom ahora. No cuando estaban tan cerca de conseguir lo que necesitaban. Pero tenía que llevar a su hermana a casa. Era allí donde debía ser sepultada.

Pronto el sol entibió y luego calcinó su espalda humedecida. Ty abrió la parte de atrás

de la camioneta y estiró una manta sobre las cajas. Dentro de ellas había armas y equipos de radio, mapas y listas, y una potente bomba incendiaria. Hang llevaba un disparador a distancia enganchado en el cinturón. Si alguna vez los atrapaban, destruiría todo lo que había en el auto. Luego se suicidaría con la Smith & Wesson calibre 357 que llevaba. Lo mismo haría Ty.

Con la ayuda de Ty, Hang ubicó sobre la manta el cuerpo de su hermana. La envolvió dulcemente. Antes de partir, echó una mirada al campo. Había sido santificado con la sangre de Phum. Pero la tierra no estaría limpia hasta que fuera lavada con la sangre de los que habían hecho esto.

Ocurriría. Por más tiempo que tomara, juró que ocurriría.

1

París, Francia Lunes, 6.13 am

Siete años atrás, durante el entrenamiento para servir en la ATNUC -la Autoridad Transitoria de las Naciones Unidas en Camboya-, el temerario, aventurero teniente Reynold Downer del batallón ll°/28°, el Regimiento Real de Australia Occidental, aprendió que se debían cumplir tres condiciones antes de enviar a cualquier país una acción para el mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas. No era algo que él alguna vez se hubiera preguntado o de lo que hubiera querido participar, pero la Federación de Estados Australianos tenía otra opinión.

Primero, los quince miembros del Consejo de Seguridad de la ONU debían aprobar la operación y sus parámetros en detalle. Segundo, como la ONU no tiene ejército, los países miembros de la Asamblea General debían estar de acuerdo en aportar tanto tropas como un comandante, que era puesto a cargo del despliegue y la ejecución del ejército multinacional. Tercero, las naciones en guerra debían consentir la presencia de la AMP (Acción para el Mantenimiento de la Paz).

Una vez allí, los pacificadores tenían tres metas. La primera era establecer y hacer cumplir un cese del fuego mientras las partes en guerra buscaban soluciones pacíficas. La segunda era crear una zona tapón entre las facciones hostiles. Y la tercera era mantener la paz. Esto incluía acciones militares cuando fuera necesario, limpiar el terreno de minas para que los civiles pudieran regresar a sus hogares y a las provisiones de agua y comida, y proveer asistencia humanitaria.

Todo esto se les explicó cuidadosamente a las tropas de infantería liviana durante las dos semanas de entrenamiento en Irwin Barracks, Stubbs Terrace, Karrakatta. Dos semanas que consistían en aprender las costumbres locales, la política, el idioma, la purificación del agua y cómo conducir despacio, controlando el camino de tierra para no pasar sobre una mina. Se aprendía también a no ruborizarse si uno llegaba a verse en un espejo con la boina color azul pastel y el pañuelo haciendo juego.

Cuando terminó el adoctrinamiento de la ONU -"la castración", como lo describía muy acertadamente su comandante en jefe- el contingente australiano fue distribuido entre los ochenta y seis asientos de cuarteles de Camboya. El propio teniente general de Australia, John M. Sanderson, fue comandante de fuerza de toda la operación ATNUC, que duró de marzo de 1992 a septiembre de 1993.

La misión ATNUC estaba cuidadosamente diseñada para evitar el conflicto armado. Los soldados de la ONU no debían disparar salvo en caso de que les dispararan, y aun así sin incrementar las hostilidades. La muerte de cualquiera de los alistados era investigada por la policía local, no por el ejército. Los derechos humanos debían fomentarse a través de la educación, no de la fuerza. Eran la prioridad número uno de las AMP, además de servir como tapón, distribuir comida y proporcionar servicios de sanidad.

A Downer su estadía en el campo le recordaba más a una feria que a una operación militar. *Vamos, pueblos tercermundistas en guerra u oprimidos. Vengan a buscar su pan, su penicilina, su agua limpia.* Realzaban la sensación de circo unas tiendas coronadas con coloridos carteles, y los papanatas de los lugareños, que no sabían muy bien qué hacer con todo eso. Aunque muchos tomaban lo que se les ofrecía, parecían desear que todo desapareciera. La violencia era una parte esperada y comprendida de sus vidas. Los extraños no.

Había tan poco que hacer en Camboya que el coronel Ivan Georgiev, un oficial de alto rango del Ejército Popular de Bulgaria, organizó un círculo de prostitución. El círculo estaba protegido por oficiales del Ejército Nacional de Desertores de Pol Pot de Kampuchea Democrática, que necesitaban moneda extranjera para comprar armas y suministros, y recibían el 25 por ciento de las ganancias. Georgiev dirigía el círculo desde unas tiendas levantadas detrás de su puesto de comando. Las chicas del lugar llegaban supuestamente para las clases de idioma por radio de la ATNUC y se quedaban para una infusión de moneda extranjera.

Fue allí donde Downer conoció a Georgiev y al mayor Ishiro Sazanka. Georgiev decía

que los soldados japoneses y australianos eran sus mejores clientes, si bien los japoneses tendían a ponerse bruscos con las chicas y había que controlarlos. "Sádicos amables", los había llamado el búlgaro. Thomas, el tío de Downer que había peleado contra los japoneses como miembro de la séptima división australiana en el Pacífico sudoeste, habría disentido con esa descripción. A él los japoneses no le parecían para nada amables.

Downer ayudaba a reclutar nuevas "estudiantes de idioma" para las tiendas, mientras los otros ayudantes de Georgiev encontraban diferentes maneras de hacer que las muchachas trabajaran para ellos

(incluyendo el rapto). El Khmer Rouge ayudaba a conseguir chicas nuevas siempre que era posible. Salvo por esta actividad lateral, Downer encontró a Camboya sumamente aburrida. Las pautas de las Naciones Unidas eran demasiado blandas, demasiado restrictivas. Como había aprendido durante su infancia en los muelles de Sydney, sólo una pauta importaba. ¿Algún hijo de puta se merecía una bala en la cabeza? Si era así, aprieta el gatillo y vuelve a casa. Si no era así, ¿para qué diablos estabas allí?

Downer tomó un último trago de café y dejó la pesada taza, empujándola sobre el tapete de vinilo. El café estaba bueno, negro y amargo, como lo tomaba en el campo. Lo hacía sentir vigoroso, listo para actuar. Tal vez no fuera tan buena idea, aquí y ahora, donde no había nada contra lo cual actuar. Pero de todos modos le gustaba la sensación.

El australiano miró el reloj que llevaba sobre su muñeca bronceada. *¿Dónde diablos estaban?*

El grupo solía estar de vuelta alrededor de las ocho. ¿Cuánto tiempo podía llevar grabar un videocassette de algo que ya habían grabado seis veces?

La respuesta era que llevaba tanto tiempo como el capitán Vandal necesitara que llevara. Vandal estaba a cargo de esta fase de la operación. Y si el oficial francés no fuera tan eficiente, ninguno de ellos estaría allí. Fue Vandal quien los había llevado a todos al campo, había adquirido la artillería, había supervisado el reconocimiento, y los sacaría de allí para que pudieran empezar con la fase dos de la operación, que sería dirigida por Georgiev.

Downer sacó una galleta de salvado de una caja abierta y la mordisqueó impaciente. El sabor, el crujido, lo llevaron de vuelta a su entrenamiento en los desiertos de Australia. Allí la unidad se alimentaba de este tipo de cosas. Mientras masticaba, echó una mirada al departamento pequeño y oscuro. Sus ojos azul claro fueron de la cocina, a la derecha, hacia el televisor al otro lado de la habitación, hasta la puerta del frente. Vandal había alquilado este lugar hacía más de dos años. Para el francés el lujo no tenía ninguna importancia. El departamento, de un ambiente y en un primer piso, estaba ubicado en una callejuela que daba al Boulevard de la Bastille, no lejos del gran *bureau de poste.* Además de la ubicación, lo único que importaba era que estuviera en un primer piso, para tener una ventana de escape si fuera necesario. Como Vandal había prometido cuando los cinco unieron sus ahorros para la operación, se iba a despilfarrar sólo en falsificación de documentos, equipos de vigilancia y armamento.

Alto y robusto, Downer limpió las migas de sus jeans gastados mientras observaba los enormes bolsos marineros que formaban una fila entre el televisor y la ventana. Estaba al cuidado de los cinco abultados bolsos repletos de armas. Vandal había hecho un buen trabajo. Algunas AK-47, pistolas de mano, gas lacrimógeno, granadas, un lanzacohetes. Todos sin marcar e imposibles de rastrear, comprados a través de traficantes chinos que el francés había conocido con la AMP en Camboya.

Dios bendiga a las Naciones Unidas, pensó Downer.

A la mañana siguiente, poco después del amanecer, los hombres cargarían los bolsos en el camión que habían comprado. Vandal y Downer dejarían a Sazanka, Georgiev y Barone en el helipuerto de la fábrica y luego cronometrarían su partida para reencontrarse más tarde en el objetivo.

El objetivo, pensó Downer. Tan corriente y a la vez tan fundamental para el resto de la operación.

Los ojos del australiano regresaron a la mesa. Había un bol de cerámica blanca junto al teléfono. Estaba lleno de una pasta negra -diagramas quemados y notas empapadas en agua de

la canilla-. Las notas contenían todo, desde cálculos sobre viento de popa y viento de frente a una altura de mil pies a las ocho de la mañana, hasta el flujo de tráfico o la presencia policial sobre el Sena. Las cenizas podían llegar a descifrarse; las cenizas húmedas eran inservibles.

Sólo uno más de estos días inmundos, se dijo.

Cuando volviera el resto del equipo, habría una tarde más para estudiar los videocasetes y asegurarse de tener todo cubierto para esta fase de la operación. Una noche más de dibujar mapas, calcular luego los horarios de vuelo y de autobús, los nombres de las calles, y la ubicación de los traficantes de armas en Nueva York para la fase siguiente. Sólo para asegurarse de haber memorizado todo. Y luego habría otro amanecer en que quemarían todo lo que habían escrito para que la policía jamás lo encontrara, ni aquí ni en la basura.

Los ojos de Downer vagaron por el cuarto, hacia las bolsas de dormir en el piso. Estaban frente a un sofá, el único otro mueble de la habitación. Había un gran ventilador en la única ventana de la habitación, y había estado funcionando constantemente durante la ola de calor. Vandal le aseguró que las temperaturas de más de cien grados eran buenas para el plan. El objetivo tenía ventilación pero no aire acondicionado, y los hombres que estaban adentro estarían un poco más lerdos que de costumbre.

No como nosotros, pensó Downer. Él y sus compañeros tenían una meta.

Downer pensó en los otros cuatro ex soldados involucrados en el proyecto. A todos los había conocido en Phnom Penh, y cada uno tenía una razón muy diferente y muy personal para estar allí.

Sonó una llave en la puerta del frente. Downer se inclinó hacia su pistola Type 64 con silenciador, metida en un estuche que colgaba del respaldo de una silla de madera. Hizo suavemente a un lado la caja de galletas para poder apuntar directamente hacia la puerta. Permaneció sentado. La única persona que tenía llave además de Vandal era el portero. En las tres veces que Downer se había quedado en el departamento durante el último año, el anciano sólo había venido cuando se lo había llamado -y a veces ni siquiera entonces-. Si era cualquier otro, no tenía por qué estar aquí, y moriría. Downer casi deseó que fuera algún desconocido. Estaba de humor como para apretar el gatillo.

La puerta se abrió y entró Etienne Vandal. Llevaba anteojos de sol y el cabello marrón, bastante largo, alisado hacia atrás; un estuche de cámara de video colgaba al descuido sobre su hombro izquierdo. Lo seguía Georgiev, calvo y con el pecho en forma de barril; el petiso y atezado Barone y Sazanka, alto y de hombros anchos. Todos llevaban camisetas turísticas y pantalones de jean. También llevaban el mismo gesto de indiferencia.

Sazanka cerró la puerta. La cerró despacio, cortésmente.

Downer suspiró. Volvió a deslizar el arma dentro del estuche.

-¿Cómo fue? -preguntó el australiano. La voz de Downer todavía estaba llena de las cerradas guturales del oeste de New South Wales.

-*¿Cobo hué?* -dijo Barone, imitando el duro acento del australiano.

-Termina con eso -le dijo Vandal.

-Sí, señor -respondió Barone. Le hizo al oficial un saludo informal y miró a Downer con desagrado.

A Downer no le gustaba Barone. Ese hombrecito arrogante tenía algo que ninguno de los otros poseía: agresividad. Se comportaba como si todos fueran un potencial enemigo, incluso sus aliados. Barone también tenía buen oído. De adolescente había sido custodia en la embajada norteamericana y había perdido casi todo el acento. Lo único que hacía que Downer no lo moliera a palos era que ambos sabían que si alguna vez el uruguayito iba demasiado lejos, el australiano de un metro noventa y ocho podía partirlo en dos, y lo haría.

Vandal puso el estuche sobre la mesa y sacó el cassette de la cámara. Caminó hacia el televisor.

-Creo que la inspección fue bien -dijo Vandal-. Los patrones de tráfico parecen ser los mismos de la semana pasada. Pero compararemos los cassettes, sólo para asegurarnos.

-Por última vez, espero -dijo Barone.

-*Todos* lo esperamos -dijo Downer.

-Sí, pero yo estoy ansioso por *moverme* -dijo el oficial de veintinueve años. No dijo

hacia dónde quería moverse. Un grupo de extranjeros reunidos en un departamento desvencijado nunca sabía quién podría estar fisgoneando.

Sazanka se sentó silenciosamente en el sofá y se desató las Nike. Masajeó sus pies gruesos. Barone le arrojó una botella de agua de la heladera que había en la kitchenette. El japonés le agradeció con un gruñido. Sazanka era el que peor dominaba el inglés, y tendía a hablar muy poco. Downer tenía la misma visión de los japoneses que su tío, y el silencio de Sazanka lo reconfortaba. Desde que Downer era chico, el puerto de Sydney siempre había estado repleto de marineros, turistas y especuladores japoneses. Si no se conducían como si fueran los dueños, lo hacían como si algún día lo fueran a ser. Desafortunadamente, Sazanka sabía pilotear una variedad de aeronaves. El grupo necesitaba sus habilidades.

Barone le pasó una botella a Georgiev, que estaba parado detrás de él.

-Gracias -dijo Georgiev.

Eran las primeras palabras que Downer le había escuchado al búlgaro desde la cena de la noche anterior -aun cuando hablara un inglés casi perfecto, por haber trabajado cerca de diez años como contacto de la CÍA en Sofía-. Tampoco en Camboya Georgiev había hablado mucho. Había estado atento a sus contactos con el Khmer Rouge, así como a la policía gubernamental de incógnito o a los observadores de derechos humanos de la ONU. El búlgaro prefería escuchar, aun cuando no se estuviera discutiendo nada. A Downer le hubiera gustado tener esa paciencia. Los que sabían escuchar podían detectar cosas en cualquier conversación casual (cuando la gente bajaba la guardia) que a menudo resultaban valiosas.

-¿Quieres una? -le preguntó Barone a Vandal.

El francés negó con la cabeza.

Barone miró a Downer.

-Te ofrecería una botella, pero sé que la rechazarías. A ti te gusta caliente. Hirviendo.

-Las bebidas calientes hacen mejor -respondió Downer-. Te hacen sudar. Limpian el sistema.

-Como si no sudáramos lo suficiente -observó Barone.

-Yo no -dijo Downer-. Y es una buena sensación. Te hace sentir productivo. Vivo.

-Si estás con una dama, sudar es magnífico -dijo Barone-. Aquí adentro, es autocastigo.

-Eso también puede ser una buena sensación -dijo Downer.

-Para un psicótico, tal vez.

Downer sonrió.

-¿Y acaso no lo somos, compañero?

-Suficiente -dijo Vandal, mientras el cassette empezaba a correr.

Downer también era hablador. En su caso, el sonido de su propia voz lo tranquilizaba. Cuando era niño solía hablarse para dormir, contándose historias para ahogar el sonido de su padre borracho, trabajador portuario, abofeteando a cualquier mujer barata que estuviera con él en el ruinoso departamento de madera. Hablar era una costumbre que Downer nunca había abandonado.

Barone entró en la habitación. Destapó su propia botella de agua, la terminó ruidosamente de un largo trago, luego acercó una silla y se sentó junto a Downer. Tomó precipitadamente una galleta de salvado y la masticó mirando el televisor de diecinueve pulgadas. Se inclinó hacia Downer.

-No me gusta lo que dijiste -murmuró Barone-. Un psicótico es irracional. Yo no lo soy.

-Si tú lo dices.

-Si *lo diho* -dijo Barone imitando a Downer, esta vez con cierta agresividad.

Downer lo dejó pasar. A diferencia de Barone, se daba cuenta de que lo único que necesitaba eran sus habilidades, no su aprobación.

Los hombres miraron todo el cassette de veinte minutos una vez, y después lo volvieron a mirar. Antes de mirarlo una tercera vez, Vandal se unió a Downer y Barone en la desvencijada mesa. Barone se había especializado. Había sido uno de los revolucionarios que ayudaron a fundar el efímero Consejo de Seguridad Nacional, que había expulsado al presidente corrupto Bordaberry. Era experto en explosivos. La especialidad de Downer eran las armas de fuego, los cohetes y el combate cuerpo a cuerpo. Sazanka era piloto. Georgiev

tenía los contactos para obtener lo que necesitaran en el mercado negro, que usufructuaba todos los recursos de la ex Unión Soviética, sus clientes en el Medio y Lejano Oriente y en los Estados Unidos. Acababa de regresar de Nueva York, donde había estado consiguiendo armas a través de un proveedor del Khmer Rouge y trabajando con su contacto de inteligencia, examinando el objetivo. Todo eso sería necesario durante la segunda parte de la operación.

Pero por ahora no tenían en mente la parte dos. Primero tenía que salir bien la parte uno. Juntos, los tres hombres miraron el cassette cuadro por cuadro, asegurándose de que la explosión planeada los condujera a la zona del objetivo sin destruir nada más.

Después de dedicarle cuatro horas al videocassette y el resto de la tarde a reunirse en el campo con los contactos locales de Vandal para revisar el camión, el helicóptero y demás equipamiento que usarían, el grupo comió en un café en la vereda. Luego regresaron a la habitación a descansar.

Ansiosos como estaban, todos los hombres durmieron. Tenían que hacerlo.

Al día siguiente, comenzarían a inaugurar una nueva era en relaciones internacionales. Que no sólo cambiaría el mundo llamando la atención hacia una gran mentira, sino que también los haría ricos. Tendido sobre su bolsa de dormir, Downer se deleitó con la suave brisa que entraba por la ventana abierta. Se imaginó en algún otro lugar. Su propia isla, quizá. Tal vez hasta su propio país. Y se calmó escuchando la voz en su cabeza que le decía todas las cosas que podría hacer con su parte de los doscientos cincuenta millones de dólares.

2

Base Andrews de la Fuerza Aérea, Maryland Domingo, 12.10 am

Cuando terminó su mandato como alcalde de Los Ángeles, Paul Hood decidió que "desocupar el escritorio" era una denominación errónea. Lo que uno en verdad hacía era lamentarse, como en un funeral. Recordar lo bueno y lo triste, lo agridulce y las recompensas, los logros y los asuntos sin terminar, el amor y a veces el odio.

El odio, pensó, entrecerrando los ojos castaños. Ahora estaba lleno de él, aunque no sabía con seguridad hacia quién o qué o por qué.

No era el odio la razón por la que había renunciado a su puesto de director general del Centro de Operaciones, el selecto equipo para manejo de la crisis del gobierno de los Estados Unidos. Lo había hecho para pasar más tiempo con su mujer, su hija y su hijo. Para preservar a su familia. Pero de todos modos estaba lleno de odio.

¿Con Sharon?, se preguntó de pronto, casi avergonzado. *¿Estás enojado con tu mujer por haberte hecho elegir?*

Trató de aclararlo mientras limpiaba su escritorio, tirando informes no clasificados en una caja de cartón -debía dejar en el cajón los archivos clasificados y hasta las cartas personales-. No podía creer que sólo había estado aquí dos años y medio. No era tanto tiempo comparado con otros trabajos. Pero había trabajado en forma muy cercana con aquella gente, y la extrañaría. También estaba lo que su jefe de inteligencia, Bob Herbert, había descripto como "excitación pornográfica" con el trabajo. Vidas, a veces millones de ellas, se vieron afectadas por las sabias o instintivas u ocasionalmente desesperadas decisiones que él y su equipo habían tomado. Era como había dicho Herbert. Hood nunca se sentía un dios al tomar esas decisiones. Se sentía como un animal. Con cada disparador de la sensibilidad alerta, la energía nerviosa a punto de ebullición.

También iba a extrañar esas sensaciones.

Abrió una cajita de plástico que contenía un sujetapapeles que le había regalado el general Sergei Orlov. Orlov comandaba el Centro de Operaciones ruso, una dependencia con el nombre en código de "Imagen en el Espejo". El Centro de Operaciones había ayudado a Imagen en el Espejo a evitar que oficiales rebeldes y políticos rusos impulsaran a la guerra a Europa oriental. El sujetapapeles tenía adentro un micrófono ultradelgado. Había sido utilizado por el coronel Leonid Rossky para espiar a los posibles rivales del ministro del Interior Nikolai Dogin, uno de los organizadores del intento de guerra.

Hood puso la caja de plástico dentro de la de cartón y miró un pequeño trozo de metal retorcido y negro. El casco era rígido y liviano, con los extremos ampollados y carbonizados. Era parte del casco de un misil Nodong de Corea del Norte. Se había derretido cuando la unidad militar del Centro de Operaciones, la Striker, destruyó el arma antes de que pudiera ser lanzada en Japón. El segundo de Hood, el general Mike Rodgers, le había traído el fragmento.

Mi segundo, pensó Hood. Técnicamente, Hood estaría de vacaciones por dos semanas antes de que su renuncia se hiciera efectiva. Hasta entonces, Mike se desempeñaría como director. Hood esperaba que, después, el presidente le diera a Mike el puesto definitivo. Sería un terrible golpe para Mike que eso no ocurriera.

Hood tomó el fragmento de Nodong. Era como sostener un pedazo de su vida. Japón se había salvado de un ataque, entre uno y dos millones de vidas habían sido salvadas. Varias vidas perdidas. Este recordatorio, y otros como éste, eran pasivos, pero los recuerdos que disparaban no lo eran en absoluto.

Volvió a poner el fragmento en la caja. El zumbido del aire entrando por los canales de ventilación sobre su cabeza parecía extraordinariamente fuerte. ¿O era sólo que la oficina estaba extraordinariamente silenciosa? La cuadrilla nocturna estaba de servicio, y el teléfono no sonaba. No se oían pasos hacia o desde su puerta.

Hood pasó rápidamente por los otros recuerdos metidos en el cajón superior de su escritorio.

Había postales de los niños cuando pasaban sus vacaciones en lo de la abuela -no como esta última vez, cuando su mujer los dejó allí mientras ella decidía si abandonarlo o no-. Había libros que había leído en aviones con notas garrapateadas en los márgenes, cosas que

tenía que acordarse de hacer cuando llegara a donde estuviera yendo, o al regresar. Y había una llave de bronce del hotel en Hamburgo, Alemania, donde había conocido a Nancy Jo Bosworth, una mujer a quien había amado y con quien había planeado casarse. Nancy había desaparecido de su vida más de veinte años atrás, sin explicaciones.

Hood sostuvo la llave de bronce sobre su palma. Resistió el impulso de metérsela en el bolsillo, de sentir que estaba de vuelta en el hotel, sólo por un momento. En cambio, metió la llave en la caja. Regresar, aunque fuera con la memoria, a la muchacha que se había ido de su vida no ayudaría a salvar su familia.

Hood cerró el cajón superior. Le había dicho a Sharon que la agasajaría con una gran cena, aprovechando que era la última noche que tendría su cuenta de gastos en el Centro de Operaciones, y no había excusa para pasarla por alto. Ya se había despedido de los empleados de la oficina, y el personal jerárquico le había organizado una fiesta sorpresa esa tarde, aunque no fue demasiado sorpresiva. Cuando el jefe de inteligencia, Bob Herbert, envió un e-mail avisando el lugar y la fecha, olvidó quitar la dirección de Hood de la lista. Paul fingió sorprenderse cuando entró a la sala de conferencias. Sólo se alegró de que esa clase de errores no fueran una constante en Herbert.

Hood abrió el cajón de abajo. Sacó su agenda personal, el CD-ROM de palabras cruzadas que nunca había llegado a usar, y el cuaderno de recortes de los conciertos de violín de su hija Harleigh. Maldijo la cantidad de ellos que ya se había perdido. Ese fin de semana los cuatro irían a Nueva York para que Harleigh tocara junto a otras jóvenes virtuosas de Washington en una función para los embajadores de Naciones Unidas. Irónicamente, se celebraba una importante iniciativa de paz en España, en la que el Centro de Operaciones había participado ayudando a evitar una guerra civil. Lamentablemente, el público -padres incluidos- no estaba invitado. A Hood le hubiera causado curiosidad ver cómo la nueva secretaria general, Mala Chatterjee, manejaba su primer asunto público. Había sido elegida luego de que el secretario general Massimo Marcello Manni sufriera un fatal ataque al corazón. Aunque la mujer no tenía tanta experiencia como otros candidatos, estaba comprometida con la lucha por los derechos humanos a través de medios pacíficos. Naciones influyentes como los Estados Unidos, Alemania y Japón -que veía su fuerte determinación como un medio para pmchar a China- ayudaron a que fuera nombrada.

Hood dejó la lista de teléfonos del gobierno, un boletín mensual de terminología -los nombres actualizados de los países y sus gobernantes- y un grueso volumen de siglas militares. A diferencia de Herbert y del general Rodgers, Hood nunca había servido en el ejército. Siempre se había sentido cohibido por no haber arriesgado su vida en servicio, especialmente cuando tenía que enviar a la Striker al campo. Pero, como había señalado una vez el enlace del FBI Darrell McCaskey, "Es por eso que nos llamamos un *equipo.* Cada uno aporta habilidades diferentes".

Hood se detuvo al llegar a una pila de fotos en el fondo del cajón. Sacó la banda elástica y se puso a mirarlas. Entre las fotos de asados y de encuentros con líderes del mundo había instantáneas del sargento de la Striker Bass Moore, del comandante de la Striker teniente coronel Charlie Squires, y del enlace político y económico del Centro de Operaciones, Martha Mackall. El sargento Moore había muerto en Corea del Norte, el teniente coronel Squires había perdido su vida en una misión en Rusia, y Martha había sido asesinada hacía pocos días en las calles de Madrid, España. Hood volvió a colocar la banda elástica y puso la pila de fotos en la caja.

Cerró el último cajón. Tomó su gastado *mousepad* de City of Los Ángeles y la taza de café de Camp David y los colocó en la caja. Mientras lo hacía, percibió que había alguien parado a su izquierda, junto a la puerta abierta de su oficina.

-¿Necesitas ayuda?

Hood sonrió ligeramente. Se pasó una mano por el ondulado cabello negro.

-No, pero puedes pasar. ¿Qué haces aquí tan tarde?

-Verificando los titulares de mañana del diario del Lejano Oriente -dijo ella-. Estamos un poco desinformados por allí.

-¿Sobre?

-No te lo puedo decir -dijo ella-. Ya no trabajas aquí.

-*Touché* -respondió él, sonriendo.

Ann Farris le devolvió la sonrisa mientras entraba lentamente en la oficina. El *Washington Times* una vez la había descripto como una de las veinticinco divorciadas jóvenes más codiciables en la capital de la nación. Casi seis años más tarde, todavía lo era. La enlace de prensa del Centro de Operaciones, de un metro setenta de alto, llevaba una ajustada falda negra y blusa blanca. Sus oscuros ojos cobrizos eran grandes y cálidos, y suavizaron el enojo de Hood.

-Me prometí que no iba a molestarte -dijo la mujer alta y esbelta.

-Pero aquí estás.

-Aquí estoy.

-Y no es una molestia -agregó él.

Ann se detuvo junto al escritorio y lo observó. Su cabello, largo y marrón, caía a lo largo de su rostro y sobre sus hombros. Observando sus ojos y su sonrisa, Hood recordó todas las veces, durante los últimos dos años y medio, en que ella lo había alentado y ayudado, sin ocultar que él le importaba.

-No quería molestarte -dijo ella-, pero tampoco quería despedirme de ti en una fiesta.

-Entiendo. Me alegra que hayas venido.

Ann se sentó en el borde del escritorio.

-¿Qué vas a hacer, Paul? ¿Crees que te quedarás en Washington?

-No lo sé. Estuve pensando en volver al mundo de las finanzas -dijo él-. Arreglé para ver a un par de personas cuando volvamos de Nueva York. Si eso no funciona, no sé. Tal vez me establezca en algún pueblito rural y abra una oficina de contaduría. Impuestos, mercado de valores, un Range Rover, y rastrillar hojas. No sería una mala vida.

-Lo sé, yo la viví.

-Y no crees que yo pueda.

-No lo sé -dijo ella-. ¿Qué harás cuando los niños se vayan? Mi propio hijo está llegando a la adolescencia y ya estoy pensando qué haré cuando se vaya a la universidad.

-¿Y qué harás? -preguntó Hood.

-¿Salvo que algún maravilloso hombre de mediana edad con cabello negro y ojos castaños me lleve a Antigua o a Tonga? -preguntó ella.

-Sí -dijo Hood, ruborizándose-. Si eso no sucede.

-Probablemente me compre una casa en algún lugar en medio de una de esas islas y escriba. Ficción en serio. No el material que entrego todos los días en Washington Press Corps. Hay algunas historias que me gustaría contar.

Por cierto, la ex reportera política y en un tiempo secretaria de prensa del senador de Connecticut Bob Kaufmann tenía historias para contar. Historias de manipuladores políticos, romances y traiciones en los pasillos del poder.

Hood suspiró. Miró su escritorio, despojado de personalidad.

-No sé lo que haré. Tengo que trabajar en algunos asuntos personales.

-Con tu mujer, quieres decir.

-Con Sharon -dijo él suavemente-. Si lo logro, el futuro se decidirá solo.

Hood había hecho hincapié en decir el nombre de su mujer, porque eso la hacía parecer más real, más presente. Lo hizo porque Ann estaba presionando más que de costumbre. Ésta sería la última oportunidad en que ella le hablara aquí, donde los recuerdos de una larga y estrecha relación profesional, de triunfo y de duelo, de tensión sexual, de pronto se volvían muy vividos.

-¿Te puedo preguntar algo? -dijo Ann.

-Claro.

Bajó la vista. También la voz.

-¿Cuánto tiempo vas a durar así?

-¿Cuánto tiempo? -murmuró Hood. Negó con la cabeza-. No

lo sé, Ann. Realmente no lo sé -la miró durante un rato largo-. Ahora déjame preguntarte algo a ti.

-Claro -dijo ella-. Lo que quieras.

Sus ojos eran aun más suaves que antes. Hood no comprendía por qué se hacía esto a sí mismo.

-¿Por qué yo? -preguntó.

Ella pareció sorprenderse.

-¿Por qué me preocupo por ti?

-¿Es eso? ¿Preocupación?

-No -admitió ella quedamente.

-Entonces dime por qué -presionó él.

-¿No es obvio?

-No -dijo él-. El gobernador Vegas. El senador Kaufmann. El presidente de los Estados Unidos. Has estado cerca de algunos de los hombres más dinámicos del país. Yo no soy como ellos. Yo *huí* del ruedo, Ann.

-No. Lo dejaste -dijo ella-. Hay una diferencia. Te fuiste porque estabas cansado de las infamias, de la corrección política, de tener que cuidar cada palabra. La honestidad es muy atractiva, Paul. Y la inteligencia. Y mantenerse calmo cuando todos esos carismáticos políticos y generales y gobernantes extranjeros corren por allí blandiendo los sables.

-El sereno Paul Hood -dijo él.

-¿Qué tiene de malo? -preguntó Ann.

-No sé -dijo Hood. Se puso de pie y levantó la caja-. Lo que sí sé es que algo anda mal en alguna parte de mi vida, y tengo que descubrir qué es.

Ann también se levantó.

-Bueno, si necesitas ayuda para averiguarlo, estoy disponible. Si quieres hablar, tomar café, cenar... sólo llama.

-Lo haré -sonrió Hood-. Y gracias por venir.

-No es nada -dijo ella.

El hizo un gesto para dejarla pasar. Ann salió de la oficina rápidamente, sin volverse. Si había en sus ojos tristeza o tentación, no dejó que Hood lo notara.

El salió tras ella, girando el picaporte. La puerta de la oficina se cerró suavemente pero con un sólido chasquido final.

Mientras caminaba entre los cubículos en dirección al ascensor, Hood recibió los buenos deseos del personal nocturno. Casi nunca los veía, porque los que manejaban las cosas después de las siete eran Bill Abram y Curt Hardaway. Había tantas caras jóvenes. Tantas personas emprendedoras. El sereno Paul se sentía definitivamente una antigüedad.

Esperaba que el viaje a Nueva York le proporcionara tiempo para pensar, tiempo para tratar de arreglar su relación con Sharon.

Llegó al ascensor, entró y se volvió a dar una última mirada al complejo que había tomado tanto de su vida y de su espíritu -pero también le había proporcionado aquellos golpes de adrenalina-. No tenía sentido engañarse: lo extrañaría. Extrañaría todo esto.

Al cerrarse la puerta, Hood comenzó a enojarse otra vez. No sabía si estaba enojado con lo que dejaba o con aquello a donde se dirigía. Liz Gordon, la psicóloga del Centro de Operaciones, una vez le había dicho que la confusión era un término que habíamos inventado para denominar un orden de cosas que aun no se comprendía.

Deseó que así fuera. Realmente lo deseó.

3

París, Francia Martes, 7.32 am

Cada sector de París abunda en algo; ya sea historia, hoteles, museos, monumentos, cafés, negocios, mercados o hasta sol. Al nordeste del Sena, pasando Le Port de Plaisance de Paris de 1'Arsenal -un canal para paseos en bote que se extiende por medio kilómetro-, hay una zona que abunda en algo un poco diferente: oficinas de correo. Hay dos a pocas cuadras de distancia sobre el Boulevard Diderot y un tercer edificio entre ellas, justo hacia el norte. Otras oficinas de correo están distribuidas por todo el distrito. La mayoría centra su actividad en los turistas que visitan París en todas las épocas del año.

Cada mañana a las cinco y media, un camión blindado del Banque de Commerce comienza su ronda entre estas oficinas de correo. Lleva un conductor y un guardia armados en el frente, y otro guardia armado en la parte de atrás, junto con las estampillas, órdenes de dinero y tarjetas postales para entregar en los cinco correos. Al término de su ronda, el camión blindado lleva sacos de tela cargados con el efectivo contado y precintado que cada oficina de correo recolectó el día anterior. Normalmente, el efectivo consiste en moneda internacional que equivale a entre tres cuartos de millón y un millón de dólares norteamericanos.

El camión hace la misma ruta todos los días, comenzando hacia el noroeste y luego metiéndose en el muy transitado Boulevard de la Bastille. Una vez que pasa la Place de la Bastille, deposita su cargamento en un banco ubicado sobre el Boulevard Richard Lenoir. La política del Banque de Commerce, como la de muchas empresas de transportes blindados, es seguir el mismo recorrido todos los días. De esa manera, los conductores conocerán la ruta y sus características, y reconocerán cualquier cambio. Si hay una cuadrilla eléctrica reparando un farol o un equipo caminero reparando un bache, se le avisa de antemano al conductor. La cabina lleva una radio de dos sentidos siempre encendida, controlada por un empleado en las oficinas del Banque de Commerce del otro lado del río sobre la Rué Cuvier, cerca del Jardin des Plantes.

La única constante -paradójicamente, la única constante que siempre cambia- es el tráfico. Los hombres observan desde detrás de los parabrisas a prueba de balas cómo los ágiles autos y camiones zigzaguean alrededor del vehículo de cuatro toneladas, fuertemente blindado. A lo largo de Le Port de l'Arsenal también el tráfico de embarcaciones es constante, mayormente lanchas a motor de entre catorce y cuarenta pies de largo. Llegan desde el río para que la tripulación pueda cenar, descansar, cargar combustible o realizar reparaciones en los embarcaderos.

Esa mañana soleada, los hombres del camión blindado no notaron nada fuera de lo común salvo el calor, que era aun peor que el del día anterior. Y no eran siquiera las ocho de la mañana. Aunque sus gorras grises eran calurosas y ajustadas, ellos las usaban igual para evitar que el sudor les goteara en los ojos. El conductor usaba un revólver MR Fl; el guardia del asiento del acompañante y el de la parte de atrás portaban rifles de asalto FAMA.

El tráfico a esa hora era pesado, porque los camiones hacían el reparto y los autos chicos maniobraban para pasarles por el costado. A ninguno de los hombres del vehículo blindado le pareció que algo estuviera fuera de lo normal cuando un camión que iba delante de ellos redujo la marcha para dejar pasar a un Citroen. Era un viejo camión con acoplado, con la carrocería de metal abollada, de un blanco sucio, y con una cortina verde de tela en la parte posterior.

El conductor dejó vagar los ojos hacia la izquierda, en dirección al canal.

-Te digo -dijo- que hoy me gustaría estar allí con mi Whaler. El sol, las olas que se mecen, la tranquilidad.

El otro hombre lanzó una mirada a los mástiles que pasaban a toda velocidad.

-Yo me aburriría.

-Porque a ti te gusta cazar. Yo en cambio me conformo con sentarme delante de la brisa con mi grabador, pescando...

El conductor se tragó el resto de la frase y frunció el ceño. Ni las gorras ni las armas ni la radio abierta ni el conocimiento del camino importaron cuando el viejo camión que iba delante de ellos se detuvo repentinamente, y se abrió la cortina de la parte posterior. Había un

hombre parado. Otro hombre dio la vuelta desde el lado del acompañante. Ambos usaban uniformes camuflados, chalecos a prueba de balas, máscaras antigás, cinturones de trabajo y gruesos guantes de goma. Cada uno sostenía un lanzagranadas a cohete montado sobre el hombro. El hombre del camión se inclinó levemente hacia el lado del pasajero, ubicándose de modo que el reverso de la granada no apuntara hacia la cabina de su vehículo. El otro hombre se quedó parado en la calle, apuntando la granada levemente hacia arriba.

El guardia reaccionó inmediatamente.

-¡Emergencia! -dijo en el micrófono abierto-. Dos hombres enmascarados en camión, licencia 101763, se detuvieron frente a nosotros. Están armados con lanzacohetes.

Un instante después, los hombres dispararon.

Hubo un débil silbido cuando dos rayos gemelos de fuego amarillo-anaranjado surgieron de la parte posterior del lanzagranadas. Al mismo tiempo, un terso proyectil recubierto de acero y en forma de pera salió disparado desde cada cañón. Las granadas dieron en los dos lados del parabrisas y explotaron. El guardia del asiento del acompañante levantó el arma.

-¡El parabrisas resistió! -gritó triunfante.

El conductor miró por los espejos a derecha e izquierda. Luego comenzó a girar a la derecha, de frente al tráfico.

-Intentando maniobra evasiva a los carriles hacia el norte... -dijo.

De pronto, los dos hombres aullaron.

El vidrio a prueba de balas, hecho de laminado plástico, está diseñado para soportar incluso explosiones de granadas de mano desde corta distancia. Puede llegar a agujerearse o a astillarse, pero resistirá sin fragmentarse uno o hasta dos ataques. Después de eso, no hay garantías. Se supone que quienquiera que esté detrás del vidrio -el conductor de un camión o limusina blindados, el empleado de un banco, de una prisión, de una cabina de estacionamiento o de tránsito, o de un edificio federal-pedirá refuerzos y evacuará la zona de impacto si es posible. En el caso de un vehículo blindado, aun cuando los ocupantes no puedan huir en él, tanto el conductor como el acompañante están armados. En teoría, una vez que el vidrio se rompe, los atacantes también están en una posición de riesgo.

Pero las granadas disparadas desde el camión eran de doble cámara. La cámara delantera contenía un explosivo. La más amplia cámara trasera, que se destrozó con la explosión, contenía ácido bisulfúrico.

El parabrisas se había roto de la misma manera en dos lugares, un diseño en forma de sol causado por la fragmentación de alta velocidad: un cráter de casi una pulgada en el centro, desde el que se expandían grietas ultrafinas. Parte del ácido había sido lanzada por el agujero, salpicando el rostro y el regazo del conductor. El resto carcomió las grietas disolviendo los polímeros no químicamente inertes, uno de los componentes del vidrio.

Etienne Vandal y Reynold Downer se colgaron los lanzagrana-das en el hombro. Downer saltó desde la parte posterior mientras el vehículo blindado golpeaba contra la esquina trasera derecha del camión. El camión patinó hacia la derecha, el coche blindado hacia la izquierda, y ambos se detuvieron. Vandal y Downer saltaron sobre el capó del vehículo blindado. Sólo tuvieron que patear el parabrisas para que se desprendiera. Se desplomó exactamente como Vandal había dicho que sucedería. El vidrio era más grueso y pesado de lo que Downer se había imaginado, y el residuo de ácido hizo humear la suela de goma de su bota. Pero tuvo sólo un momento para pensar en eso. El australiano sacó una automática de un estuche que llevaba en el lado derecho de la cadera. Estaba parado sobre el lado del acompañante. Mientras los autos del otro carril aminoraban, miraban y luego se iban a toda velocidad, Downer disparó una sola vez en la frente del guardia. Vandal hizo lo mismo del otro lado.

El guardia que estaba solo en el compartimiento de carga sellado llamó al empleado desde su propia radio de seguridad. Vandal sabía que lo haría porque, después de abandonar el ejército con un expediente impecable, el teniente había conseguido con facilidad un puesto de guardia de seguridad en los vehículos blindados del Banque de Commerce. Había trabajado en un coche blindado igual a éste durante casi siete meses. Vandal sabía también que en este punto del recorrido, con lo pesado que estaba el tráfico, el equipo de ayuda de emergencia de

la policía tardaría como mínimo diez minutos en llegar. Y ese tiempo era más que suficiente para terminar el trabajo.

Mirando los videocassettes, los hombres se habían cerciorado de que el blindaje utilizado en los vehículos no hubiera cambiado en los meses transcurridos desde que Vandal había dejado su puesto. En el ejército, la actualización de vehículos era constante, para mantenerse al día con las nuevas municiones, que iban desde plasma perforador de blindaje hasta minas terrestres más potentes, incluyendo necesidades estratégicas tales como un peso menor para mayor velocidad y movilidad. Sin embargo, el sector privado era más lento para efectuar cambios.

Evitando cuidadosamente el ácido que todavía quemaba el tablero, Reynold Downer se deslizó dentro de la cabina. Entre los asientos, en el piso, había una cavidad profunda y estrecha que se utilizaba como depósito de municiones extra. Se accedía a ella tanto desde el frente como desde la parte trasera del vehículo. Downer empujó al guardia muerto contra la puerta de la cabina y abrió el panel de acceso a la cámara de municiones. Luego sacó un pequeño trozo de

C-4 de uno de los bolsillos del cinturón. Metió la mano derecha en la cavidad, fijó el C-4 al panel que daba a la parte de atrás de la camioneta y conectó un pequeño timer. Lo programó para quince segundos, detrás de él dejó caer una lata de gas lacrimógeno y cerró la portezuela. Pasando por sobre el guardia muerto, abrió la puerta y salió a la calle.

Mientras Downer hacía todo eso, Vandal estaba arrodillado sobre el capó. Tomó unas tijeras de hojalata de su cinturón y cortó hacia atrás la manga derecha del conductor. En su muñeca, atada a una banda metálica, estaba la llave de la parte trasera de la camioneta. Vandal llevó hacia sí el antebrazo del hombre y cortó la banda. Mientras lo hacía, explotó el C-4. No sólo abrió un agujero en el panel posterior, sino que también destruyó el recipiente de gas lacrimógeno. Aunque algo del gas se filtró en la cabina, la mayor parte se derramó hacia la parte posterior.

El tráfico se había detenido hasta bastante más atrás del vehículo blindado. El camino estaba libre y el congestionamiento retardaría aun más a la policía. Cuando terminó, Vandal se bajó del capó y se reunió con Downer en la parte posterior.

Ninguno de los dos habló. Siempre había una posibilidad de que la radio abierta registrara sus voces. Mientras Downer vigilaba, Vandal destrabó la puerta. Al abrirla surgió el gas, junto con el jadeante guardia de seguridad. Había tratado de sacar la máscara de gas que llevaban en un gabinete en la parte de atrás. Lamentablemente, se colocaba la máscara allí con la idea de que un ataque con gas vendría desde el exterior de la camioneta, no desde adentro. Jamás alcanzó el gabinete, mucho menos la máscara. El guardia cayó sobre el asfalto y Downer le dio una fuerte patada en la cabeza. El hombre dejó de moverse, aunque todavía respiraba.

Mientras Vandal trepaba al vehículo, Downer oyó el zumbido distante de un helicóptero que se acercaba. El negro Hughes 500D giró desde el río, que era donde la familia de Sazanka poseía un embarcadero. El piloto japonés había robado el helicóptero para que no sirviera de señuelo hasta ellos. Disminuyó la velocidad al volar sobre el boulevard. El Hughes tiene una estabilidad de vuelo excepcional para bajas velocidades y para volar en círculos, y despide una corriente de aire bastante tolerable. También tiene espacio para cinco personas y carga, lo que posiblemente fue una de las consideraciones más importantes.

Barone, que había estado conduciendo el camión, corrió hacia atrás. Mientras el uruguayo se ponía la máscara de gas, Georgiev abrió la puerta de popa del helicóptero. Hizo descender una soga con un gancho. Unida al gancho de hierro había una plataforma

metálica de tres metros y medio por dos con grandes redes de nailon a los costados. Mientras Downer se aseguraba de que nadie interfiriera, Vandal y Barone se metieron entre las ya tenues nubes de gas lacrimógeno y cargaron los sacos de dinero sobre la plataforma. Cinco minutos después, Georgiev alzó la primera carga.

Downer miró su reloj. Estaban un poco retrasados.

-¡Tenemos que acelerar las cosas! -gritó en la radio especialmente colocada dentro de la máscara.

-Cálmate -dijo Barone-. Estamos dentro de la red de seguridad.

-Eso no es suficiente -dijo Downer-. Quiero estar justo en el eje central, en el punto exacto.

-¡Cuando estés a cargo, darás las órdenes! -dijo Barone.

-Lo mismo para ti, compañero -retrucó Downer.

Barone le lanzó una mirada por el visor de su máscara mientras la plataforma volvía a descender. Los hombres arrojaron una segunda tanda. Oyeron sirenas policiales a la distancia, pero Downer no se preocupó. Si era necesario, tenían al guardia inconsciente como rehén. Cincuenta pies más arriba, Sazanka observaba los cielos. El único evento que les haría abortar la misión y retirarse sería la llegada de un helicóptero de la policía. Era lo que Sazanka estaba controlando con la unidad de radar de la cabina. Downer observaba a Sazanka. Si llegaba a aparecer una señal en la pantalla, Sazanka haría una seña y ellos huirían.

Subió la segunda carga de bolsas. Aún quedaba una más. El tráfico se había amontonado por casi un cuarto de milla cuando la gente comprendió lo que estaba ocurriendo. No había manera de pasar. La policía tendría que acudir con miembros de *La Brigade Équestre* o bien por aire. Los hombres siguieron trabajando rápida pero eficazmente. No había sensación de pánico.

Subió la tercera carga. De pronto, Sazanka levantó un dedo y lo movió rápidamente formando un círculo. Luego señaló a la izquierda. Un helicóptero policial venía en camino desde el oeste. Georgiev volvió a bajar la plataforma. Tal como estaba planeado, Barone trepó, seguido por Vandal. El búlgaro no izó la red. En cambio, los hombres se sacaron las máscaras de gas, las engancharon a sus cinturones de trabajo y comenzaron a trepar por la soga. Cuando estuvieron, respectivamente, a seis y tres metros de altura, Downer saltó sobre la plataforma. Ahora Georgiev comenzó a izarla. Mientras subía, Downer se afianzó sujetando con una mano el contorno de red, mientras con la otra se sacaba el lanzagranadas del hombro. Luego se quitó la máscara antigás para poder ver con más claridad, se tendió de costado, sacó un proyectil del bolsillo para

granadas de su cinturón y cargó el arma. Sobre él, Georgiev ayudaba a Barone y a Vandal a entrar al helicóptero.

Sazanka ascendió, llevando el helicóptero a su máxima velocidad de 250 kilómetros por hora. Mientras tanto, Downer se aseguró de que tanto el cañón como el escape del lanzagranadas asomaran por el contorno de malla. No quería incendiar la red y caer.

Georgiev aseguró la plataforma con cables que pasaban por dos ganchos por detrás y por delante del helicóptero, pero la dejó colgar un metro debajo de la puerta abierta. Desde allí, Downer podía cubrir una persecución desde cualquier dirección. Al estar cerca del fuselaje inferior, tampoco lo volteaban los vientos o la corriente de aire del rotor. Y sería mucho más difícil para un buen tirador en tierra o en el aire divisarlo en la sombra del helicóptero.

Mientras esperaban una posible persecución, Sazanka los sostuvo a trescientos metros de altura y los llevó hacia el noroeste siguiendo el río. Un avión pequeño los esperaba en una minúscula pista de despegue en las afueras de Saint-Germain. Una vez trasladados del helicóptero los hombres y el dinero, volarían hacia el sur, a España. Allí, el caos de la inminente guerra civil les facilitaría la tarea de comprar la entrada y luego la salida del país.

-¡Allí está! -gritó Georgiev. El hombretón señalaba hacia el sudoeste.

Downer no necesitó alzar la vista para ver hacia dónde señalaba el búlgaro. También él acababa de divisar el helicóptero policial. Estaba a aproximadamente seiscientos metros de altura y un kilómetro de distancia. Tal como Vandal había esperado, era del Grupo de Intervención Especial de *Gendarmerie.*

El helicóptero blanco y azul de la policía voló hacia ellos en un amplio arco descendente. El equipo del GIE seguiría su procedimiento operativo habitual. Mediante la radio, intentarían ordenarle al helicóptero perseguido que se elevara, lo que probablemente estuvieran haciendo ahora. Si los hombres no respondían, el helicóptero policial se mantendría en contacto permanente con las fuerzas terrestres. Aun cuando tuviera armas de medio alcance, la policía no intentaría derribar el helicóptero. No mientras estuviera sobre un área poblada y llevando un millón de dólares. Cuando el Hughes aterrizara, tanto las unidades

aéreas como las terrestres se cerrarían sobre él.

Vandal sabía que el departamento de policía de París contaba con los radares de los dos aeropuertos cercanos para monitorear los cielos de la ciudad. Utilizaban el Charles de Gaulle hacia el nordeste en Roissy-en-France, y el Orly hacia el sur. Vandal también sabía que, cuando una aeronave descendía a menos de setenta y cinco metros, el radar se inutilizaba debido a la interferencia de los edificios. Hizo que Sazanka mantuviera el Hughes a trescientos metros.

El helicóptero policial se acercó. Los hoteles de la ribera norte pasaban bajo ellos en rápida sucesión. A su derecha, del otro lado del río, Downer vio la Torre Eiffel, oscura y arañenta en la mañana brumosa. Volaban parejos a la punta de la estructura.

El helicóptero policial se acercó a medio kilómetro. Todavía estaban varios metros más arriba que el vehículo que perseguían. El alcance del lanzagranadas era de trescientos metros. Según lo que marcaba el visor digital, el helicóptero estaba fuera de alcance. Downer alzó la vista hacia Georgiev. Vandal y Georgiev habían estado de acuerdo en que la conversación por radio era demasiado fácil de interceptar. De modo que una vez que se sacaran las máscaras, la comunicación debía ser muscular y a la antigua.

-¡Necesito estar más cerca! -vociferó Downer.

El búlgaro se rodeó la boca con las gruesas manos.

-¿Cuánto más cerca? -gritó.

-¡Setenta metros más alto y cien metros hacia atrás!

Georgiev asintió. Una puerta separaba la cabina del compartimiento de popa. El búlgaro se asomó a través de ella y le dijo a Sazanka lo que Downer necesitaba.

El piloto japonés bajó la velocidad y se elevó. Downer observaba el helicóptero policial a través de su visor. El ascenso los puso a la altura del otro helicóptero, y la disminución de la velocidad disminuyó la distancia entre ellos. La plataforma se sacudía de arriba abajo por la fuerza del rotor y el viento la hacía pegar contra la popa. Era difícil apuntar.

Downer avistó la cabina del helicóptero policial. La óptica del lanzagranadas no ampliaba el objetivo. Aun así, Downer pudo ver a alguien parado en la cabina, inclinándose entre el piloto y el copilo-to y observándolos con binoculares. Ahora que los dos helicópteros estaban a la misma altura, finalmente podían ver a Downer.

No había tiempo para esperar que la policía se acercara.

El australiano se acuclilló sobre la plataforma, encogiéndose al máximo contra el tirante más lejano para recular. Volvió a avistar la cabina del helicóptero perseguidor. No era necesario un tiro elegante; todo lo que tenía que hacer era darle al vehículo enemigo. Tiró fuerte del pesado gatillo.

La granada salió del cañón con una corriente de aire y un fuerte estallido. El disparo lanzó la plataforma hacia atrás con una violenta sacudida, haciendo que Downer se deslizara contra el contorno de red. Soltó el lanzagranadas, que golpeó la plataforma con un sonoro *clang.* Pero mantuvo la vista en el proyectil mientras éste trazaba una delgada estela blanca a través del cielo.

El vuelo de la granada duró tres segundos. Le dio a la cabina en el costado de babor y explotó. Hubo un brillante estallido algodonoso de humo rojo y negro, con astillas de fuego cerca del centro. El rotor principal dispersó el humo y el vidrio que volaron hacia arriba. Un momento después, el helicóptero se inclinó hacia el costado de estribor y comenzó a girar. No hubo explosión secundaria. Luego, con la tripulación muerta o inutilizada, el helicóptero sencillamente apuntó hacia abajo y se zambulló hacia tierra. A Downer le recordó a un rehilete con las plumas de un lado destrozadas. El helicóptero policial dio unas vueltas asimétricas porque el rotor de cola lo empujó primero hacia un lado y luego hacia el otro. Era casi como si el pequeño propulsor tratara, por sí mismo, de mantener en vuelo el estropeado helicóptero.

Mientras tanto, Georgiev había reactivado la polea para subir el cable que sostenía la plataforma. Downer finalizó su viaje hasta la puerta abierta. Le pasó el lanzagranadas al búlgaro, y luego Barone le extendió una mano para ayudarlo a entrar. Vandal ayudó a Georgiev a volver a meter la plataforma.

Barone siguió sosteniendo la mano de Downer. El gesto del uruguayo estaba tenso de ira.

-Tendría que haberte empujado para el otro lado -dijo Barone.

Downer lo observó.

-Lo que tendrías que haber hecho fue decir "Buen tiro, compañero".

-¡Rompiste mi concentración con toda esa *charla* allí abajo! -gritó Barone. Soltó enojado la mano de Downer.

-No fue tan difícil, ¿no? -dijo Downer-. Conozco soldados que pueden hacer tu trabajo dormidos.

-Entonces te sugiero que la próxima vez trabajes con *ellos* -gruñó Barone.

-¡Suficiente! -dijo Vandal, volviéndose.

Georgiev y Vandal habían estado mirando cómo el helicóptero policial se estrellaba contra un bloque de cemento cerca del río. Hubo una pequeña explosión blanca. Un estampido ahogado llegó hasta ellos un momento después. Empezaron a cerrar la puerta.

-Un idiota arrogante -murmuró Barone-. Eso es lo que tengo por compañero. ¡Un australiano idiota y arrogante!

Antes de que Georgiev y Vandal pudieran terminar de cerrar la escotilla, Reynold Downer puso violentamente ambas manos sobre el frente del uniforme de Barone. El australiano lo tomó con tal

fuerza que las puntas de sus dedos se hundieron en la carne del pecho del otro. Barone gritó de dolor mientras Downer lo revoleaba, empujándolo hacia la escotilla todavía abierta. Reclinó a Barone de modo que su cabeza y sus hombros quedaran colgando sobre París.

-|*Por Dios*| -aulló Barone.

-¡Ya fue suficiente! -gritó el australiano-. ¡Hace semanas que me estás molestando!

-¡*Basta!* -gritó Vandal. Corrió hacia los dos hombres.

-¡Dije lo que pensaba, eso es todo! -dijo Downer-. ¡También hice mi trabajo y tiré abajo el maldito helicóptero, así que déjenme en paz!

Vandal se metió a la fuerza entre los dos.

-¡Aléjate! -dijo mientras tomaba el brazo de Barone con su mano izquierda. Al mismo tiempo, usaba el hombro derecho para empujar a Downer hacia atrás.

Downer levantó a Barone, luego se alejó por voluntad propia. Se volvió y quedó frente a las bolsas apiladas contra el otro lado de la cabina. Detrás de él, Georgiev cerró la puerta rápidamente.

-Ahora se calman todos -dijo Vandal quedamente-. Estamos todos muy excitables, pero logramos lo que nos propusimos. Ahora lo único que tiene que importar es terminar el trabajo.

-Terminarlo sin más *reclamos* -dijo Barone. Temblaba de ira y de miedo.

-Por supuesto -dijo Vandal, tranquilo.

-Fue una observación de mierda -dijo Downer apretando los dientes-. ¡Eso es lo que fue!

-¡Muy bien! -dijo Vandal. Permaneció entre los dos y volvió a mirar a Downer-. Me gustaría recordarles, *a ambos,* que para completar esta parte de la misión y pasar a la siguiente necesitamos a todos los miembros del equipo. Ahora, todos hicimos nuestro trabajo, y lo hicimos bien. Si en el futuro tenemos un poco más de cuidado, todo irá bien -se volvió hacia Barone-. Aun si alguien oyó su voz, confío en que estaremos fuera del país antes de que nadie pueda descubrir a qué australiano pertenece ese acento.

-Qué australiano con experiencia en comando como para llevar a cabo un trabajo como éste -contraatacó Barone.

-Aun así no nos encontrarán a tiempo -dijo Vandal-. *Si* es que lo oyeron, la policía tendrá que recurrir a Interpol, que verificará con las autoridades en Canberra. Nos habremos ido mucho antes de que tengan siquiera una lista de posibles sospechosos -con precaución, salió de entre los hombres. Miró su reloj-. Aterrizaremos en diez minutos, y estaremos otra vez en el aire antes de las nueve -forzó una sonrisa-. Ahora nada puede detenernos.

Barone miraba a Downer con fiereza. Desvió la mirada y alisó enojado el frente de su uniforme.

Downer respiró profundo y luego le devolvió la sonrisa a Vandal. El francés tenía razón.

En verdad les había ido bien. Habían conseguido el dinero que necesitaban para pagar los sobornos, el avión y los documentos que necesitarían para la siguiente parte de la operación. La parte que los haría ricos.

El francés se relajó y caminó hacia la cabina. Barone se puso de espaldas a Downer y permaneció así. Downer se sentó sobre una pila de bolsas de dinero e ignoró a Barone -una vez más-. Cuando el australiano llegaba a su punto de combustión, ardía intensa pero rápidamente. Estaba otra vez tranquilo; ya se le había pasado el enojo con Barone y consigo mismo por haber fallado.

Georgiev trabó la puerta y fue hacia la cabina. No hizo contacto visual con Downer cuando pasó junto a él. No fue un desaire intencional, sólo otra costumbre que venía de haber pasado años trabajando para la CÍA. Siempre tratar de mantenerse anónimo.

Vandal había vuelto al asiento del copiloto, y monitoreaba las comunicaciones de la radio de la policía francesa. Georgiev se paró detrás de él en la puerta abierta de la cabina. Barone miraba por la ventana de la puerta corrediza.

Downer cerró los ojos. Le gustaba la tranquilizadora vibración del suelo. Le gustaba el blando lecho de dinero detrás de su cabeza. Ni siquiera le molestaba el fuerte golpeteo del rotor.

Se permitió el placer de olvidar los detalles que habían tenido que recordar para esa mañana. La ruta del vehículo blindado, los tiempos, los planes alternativos en caso de que la policía consiguiera pasar, un escape por el río si el helicóptero no lo lograba. Lo invadió una profunda sensación de satisfacción, y la saboreó como nunca antes en su vida.

4

Chevy Chase, Maryland Viernes, 9.12 am

Bajo un cielo luminoso, Paul Hood, su esposa Sharon, su hija Harleigh, que acababa de cumplir catorce años, y su hijo Alexander, de once, se acomodaron en la camioneta nueva y partieron hacia Nueva York. Los niños estaban conectados a sus respectivos disc-mans. Harleigh escuchaba conciertos de violín para ir poniéndose a tono para el recital; de vez en cuando, suspiraba o murmuraba un insulto suave, maravillada por la composición o desalentada por la excelencia de la interpretación. En ese aspecto era como su madre. Ninguna de las dos estaba nunca satisfecha con sus logros; Harleigh en el violín, Sharon en su pasión por la cocina sana. Durante años, Sharon había utilizado su encanto y sinceridad para alejar a la gente de la panceta y las rosquillas en un programa semanal de media hora en la televisión por cable, *El informe McDonnell sobre comida sana.* Había abandonado el programa hacía varios meses para dedicarle más tiempo al armado de un libro de alimentación sana, que estaba casi terminado. También había querido pasar más tiempo en casa. Los niños estaban creciendo más rápido, y le parecía que deberían hacer más cosas juntos, como familia; desde cenar los días de semana hasta salir de vacaciones siempre que pudieran. Cenas a las que Hood había faltado muy a menudo y vacaciones que había tenido que cancelar.

Alexander era mucho más parecido a su padre. Le gustaban los desafíos personales. Disfrutaba los juegos de computadora: cuanto más complicados, mejor. Le gustaban los crucigramas y los rompecabezas. En el auto, iba escuchando a algún cantante de moda y resolviendo un acróstico. Bajo el libro de crucigramas, sobre su regazo, había una pila de revistas de historietas. Para Alexander, en ese momento no había mundo exterior. Sólo existía lo que estaba frente a él. Paul no pudo evitar sentirse orgulloso del niño. Alexander conocía su propia mente.

Sharon Hood iba sentada silenciosamente junto a su marido. Hacía una semana lo había abandonado, y se había ido con los niños

a la casa de sus padres en Oíd Saybrook, Connecticut. Había vuelto por la misma razón por la que Hood había renunciado al Centro de Operaciones: para luchar por su familia. Hood no tenía idea de a qué se dedicaría a continuación, y no pensaba tantear el terreno hasta que regresaran a Washington el miércoles. Había cobrado algunas acciones que había comprado durante sus años como agente de bolsa, lo suficiente como para mantener una casa por dos años. Los ingresos no eran tan importantes como la satisfacción y un horario de bancario. Pero Sharon tenía razón. La totalidad de lo que sentía en el auto, con imperfecciones y todo, era algo muy especial.

Una de esas imperfecciones -la mayor- seguía ocurriendo entre Hood y su mujer. Aunque Sharon le tomó la mano y se la retuvo durante el viaje, él tenía la sensación de que estaba a prueba. No podía identificar nada, nada que fuera distinto de otros viajes que habían hecho. Pero algo se interponía entre ellos. ¿Un resentimiento? ¿Desilusión? Fuera lo que fuese, era lo opuesto de la tensión sexual que sentía con Ann Farris.

Al principio Paul y Sharon hablaron un poco acerca de lo que harían en la ciudad. Esa noche había una cena oficial con las familias de las otras violinistas. Tal vez un paseo por Times Square si terminaban temprano. El sábado a la mañana, dejarían a Harleigh en las Naciones Unidas y luego harían lo que había pedido Alexan-der: visitar la Estatua de la Libertad. El chico quería ver de cerca cómo estaba "erigida", según él mismo dijo. A las seis se dirigirían a la reunión, dejando a Alexander en el Sheraton con su sistema de videojuegos.

A Paul y a Sharon no se les permitiría asistir a la recepción de las Naciones Unidas, que tendría lugar en el vestíbulo del edificio de la Asamblea General. En cambio, verían el concierto en televisores de circuito cerrado en la sala de prensa del segundo piso, junto con los otros padres. El domingo, irían a una función vespertina de la orquesta de la Metropolitan Opera interpretando a Vivaldi -el favorito de Sharon- en el Carnegie Hall, después de lo cual, por recomendación de Ann Farris, se dirigirían a Serendipity III para tomar helados de chocolate. Esto a Sharon no le gustó mucho, pero Hood señaló que estaban de vacaciones, y los niños estaban ansiosos por comer unos postres. Hood estaba seguro de que a ella también le molestaba el hecho de que fuera sugerencia de Ann. El lunes, irían hasta Old Saybrook a

visitar a los padres de Sharon (esta vez todos juntos). Había sido idea de Hood. Le caían bien los parientes de Sharon, y él les caía bien a ellos. Quería recuperar esa estabilidad para la familia.

Como era viernes, el tráfico se puso más denso a la entrada y la salida de Baltimore, Filadelfia y Newark. Finalmente llegaron a Nueva York a las cinco y media y se instalaron en el hotel de la Séptima Avenida y Cincuenta y Uno. El alto y concurrido hotel era ahora un Sheraton; Hood recordaba que años antes había sido el Americana. Llegaron justo a tiempo para cenar con las otras familias calle arriba en el Carnegie Deli. La comida abundaba en pastrón, rosbif y salchichas. La única pareja que los Hoods conocían eran los Mathis, cuya hija Bárbara era una de las mejores amigas de Harleigh. Los padres de Bárbara trabajaban para el departamento de policía de Washington. También había algunas madres -dos de ellas solteras y atractivas- que reconocieron a Paul de su época de alcalde de Los Ángeles. Lo trataron como si fuera una celebridad y le preguntaron cómo era "regir" Hollywood. Él dijo que no sabía. Le tendrían que preguntar al Screen Actors Guild y a otras asociaciones cinematográficas.

Todo esto, la comida y la atención, pusieron molesta a Sharon. O al menos sacaron a relucir la incomodidad que había estado sintiendo desde el comienzo del viaje. Hood decidió tratar de hablarle de eso cuando los niños se fueran a la cama.

Había algo en lo que Sharon tenía razón, sin embargo. Paul había estado demasiado tiempo lejos de casa. Mirando a Harleigh interactuar con los otros adolescentes y sus padres, se dio cuenta de que observaba a una joven mujer y no a una niña. No sabía cuándo había ocurrido el cambio, pero había ocurrido. Y estuvo orgulloso de Harleigh de una manera distinta a la que lo estaba de Alexander. Ella tenía el encanto de su madre junto con el adquirido aplomo de un músico.

Alexander estaba concentrado en su plato de tortilla de papas. Presionaba sobre ellas el reverso de su tenedor, esperaba a que surgiera el aceite, y después observaba cuánto tardaba el aceite en volver a absorberse. Su madre le dijo que dejara de jugar con la comida.

Hood había reservado una suite en un piso superior. Una vez que Alexander hubo mirado la ciudad con sus binoculares -maravillándose de lo que alcanzaba a ver en la calle y en otras ventanas- los niños se fueron a dormir en camas instaladas en el living, dándoles a él y a Sharon un poco de privacidad.

Privacidad y un cuarto de hotel. Hubo una época en que eso hubiera significado automáticamente hacer el amor, en lugar de hablar o permanecer en un silencio incómodo. A Hood le resultó inquietante cuánto tiempo y cuánta pasión, en los últimos años, habían derivado en otras cosas, como la culpa o la defensa de un terreno individual en lugar de sostenerse el uno al otro. ¿Cómo habían

llegado las cosas a ese punto? ¿Y cómo hacía una pareja para volver a ubicarlas donde debían estar? Hood tenía una idea, pero sería difícil convencer a su mujer.

Sharon se metió en la cama. Se acurrucó de su lado, de frente a él.

-Estoy terrible -dijo.

-Ya sé -le tocó la mejilla y sonrió levemente-. Pero vamos a superarlo.

-No si todo me saca de quicio -dijo ella.

-Además de la comida, ¿qué más te molestó? -preguntó Hood.

-Me enojaban los padres con los que estábamos, los modales en la mesa de sus hijos, cómo los autos pasaban luces en rojo o se detenían en los cruces. Todo me fastidiaba. Todo.

-Todos tuvimos días así -dijo él.

-Paul, yo no recuerdo cuándo *no fui* así -dijo Sharon-. Es algo que crece y crece, y no quiero arruinarles esta semana a Har-leigh y Alexander.

-Has pasado tiempos difíciles -dijo Hood-. Ambos los hemos pasado. Pero los niños no son estúpidos. Saben lo que ha estado ocurriendo entre nosotros. Lo que yo quería, lo que esperaba, era que nada nos fastidiara mientras estuviéramos aquí.

Sharon meneó tristemente la cabeza.

-¿Cómo?

-No tenemos ningún apuro -dijo Hood-. Lo único que tenemos que hacer en estos días es

construir buenos recuerdos para nosotros y para los niños. Empezar a sacarnos de este lodazal. ¿Nos dedicamos a eso?

Sharon puso su mano sobre la de él. Tenía rastros de ajo de algo que había cocinado la noche anterior. Hood tuvo que admitir que eso tampoco ayudaba demasiado a la pasión. La rutina de la vida. Los olores que se tornan más familiares que aquel inolvidable primer perfume del cabello de una mujer. Las tareas que vuelven a convertir la punta del ala de tu ángel en una mano.

-Quiero que las cosas cambien -dijo Sharon-. Sentí algo en la camioneta cuando veníamos...

-Lo sé -dijo Hood-. Yo también lo sentí. Fue lindo.

Sharon lo miró. Tenía los ojos húmedos.

-No, Paul -dijo-. Lo que yo sentí era espantoso.

-¿Espantoso? -dijo Hood-. ¿Qué quieres decir?

-Durante todo el viaje recordé los paseos que hacíamos cuando los niños eran pequeños. A Palm Springs o a Big Bear Lake o por la costa. Éramos tan diferentes.

-Éramos más jóvenes -dijo Hood.

-Era más que eso.

-Estábamos más dedicados -dijo Hood-. Los niños nos necesitaban más que ahora. Es como con los trapecios de circo. Cuanto más estrechos son, más juntos hay que estar. Sino, se vienen abajo.

-Ya lo sé -dijo Sharon. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos-. Pero hoy quise sentir esa unión, y no pude. Quiero volver a tener esos buenos momentos, esas sensaciones de antes.

-Ahora podemos tenerlas -prometió Hood.

-Pero con toda esta *basura* adentro -dijo Sharon-. Toda esta amargura, esta desilusión, este resentimiento. Quiero retroceder en el tiempo y rehacer las cosas para que podamos acercarnos, no distanciarnos.

Hood miró a su mujer. Sharon tenía la costumbre de desviar la mirada cuando estaba confundida y de mirarlo fijamente cuando no lo estaba. Lo estaba mirando directo a los ojos.

-Eso no podemos hacerlo -observó Hood-. Pero podemos dedicarnos a reparar las cosas, una por vez.

La atrajo hacia él. Sharon se desplazó sobre la cama, pero no había calor en su cercanía. El no logró entenderlo. Le estaba dando lo que ella quería, lo que dijo que necesitaba, y aun así ella se apartaba. Tal vez sólo estaba desahogándose. No había tenido una verdadera ocasión de hacerlo. La abrazó en silencio durante varios minutos.

-Cariño -prosiguió Hood-, sé que otras veces no quisiste hacerlo, pero sería buena idea consultar a alguien. Liz Gordon dijo que me daría algunos nombres, si a ti te interesa.

Sharon no dijo nada. Hood la abrazó más fuerte y oyó que su respiración se hacía más lenta. Se reclinó un poco. Ella miraba la nada y reprimía las lágrimas.

-Al menos los niños salieron bien -dijo ella-. Al menos eso lo hicimos bien.

-Sharon, hicimos bien más que eso -dijo él-. Hemos hecho una vida juntos. No perfecta, pero una vida mejor que la de un montón de gente. Nos fue bien. Y nos irá mejor.

Volvió a acercarla y ella empezó a sollozar abiertamente. Lo abrazó.

-Eso no es lo que sueña una chica cuando piensa en el futuro, ¿sabes? -lloró.

-Lo sé -la sostuvo con más firmeza-. Lo mejoraremos, te lo prometo.

No dijo nada más. Sólo la abrazó mientras la pasión arrastraba la pena de Sharon hacia las profundidades. Tocaría fondo y después, por la mañana, comenzarían la larga ascensión de regreso.

Iba a ser difícil tomarse las cosas con calma, como él había dicho. Pero era algo que le debía a Sharon. No porque hubiera dejado que su carrera dictaminara sus horarios, sino porque le había entregado su pasión a Nancy Bosworth y a Ann Farris. No su cuerpo, pero sí sus pensamientos, su atención, hasta sus sueños. Esa energía, esa dedicación, debería haberla reservado para su mujer y su familia.

Sharon se durmió cobijada en sus brazos. No era así como él quería sentir la

proximidad, pero al menos era algo. Cuando estuvo seguro de no despertarla, la soltó suavemente, se estiró hasta la mesa de luz y apagó el velador. Luego se tendió, mirando el techo y sintiéndose disgustado consigo mismo de esa manera dura e implacable que sólo tiene lugar por la noche. Y trató de pensar si había algún modo en el que pudiera hacer ese fin de semana un poco más especial para las tres personas a las que, en cierto sentido, había decepcionado.

5

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 4.57 am

Parado junto al desvencijado edificio de ladrillos cerca del río Hudson, el teniente Bernardo Barone pensó en su Montevideo natal.

No era sólo que las terribles condiciones en que estaba el taller de chapa y pmtura le recordaran los barrios bajos en los que había crecido. Por un lado, estaban los fuertes vientos que soplaban desde el sur. El olor del océano Atlántico se mezclaba con el olor a gasolina de los autos que corrían por la autopista del West Side. En Montevideo, el combustible y el viento marino estaban siempre presentes. Sobre su cabeza, una corriente constante de tráfico aéreo seguía el río hacia el norte antes de doblar hacia el este en dirección al aeropuerto La Guardia. Siempre había aviones surcando el cielo sobre su ciudad natal.

Sin embargo, no era sólo eso lo que le recordaba su hogar. Bernardo Barone siempre había encontrado aviones en cada ciudad-puerto que había visitado alrededor del mundo. Lo que lo hacía diferente era estar solo allí afuera. La soledad era algo que sentía cada vez que regresaba a Montevideo.

No, pensó de pronto. *No empieces con eso.* No quería estar enojado o deprimido. No ahora. Tenía que concentrarse.

Se reclinó sobre la puerta. La sintió fresca contra su espalda transpirada. La puerta era de madera recubierta por ambos lados con una lámina de acero. Tenía tres cerraduras del lado de afuera y dos pesados cerrojos del lado de adentro. El cartel sobre la puerta, descolorido por el sol, decía *Taller mecánico de Viks.* El dueño era un miembro de la mafia rusa llamado Leonid Ustinoviks. El enjuto y huesudo fumador empedernido era un ex líder militar soviético, conocido de Georgiev a través del Khmer Rouge. Barone se había enterado por Ustinoviks de que no había un solo taller de chapa y pmtura en Nueva York que fuera exclusivamente un taller. Por la noche, cuando reinaba el silencio y nadie podía acercarse al edificio sin ser visto u oído, se convertían en desarmaderos que vendían autos robados, o traficaban drogas, armas o esclavos. Los rusos y los tailandeses dominaban ese terreno, secuestrando niños norteamericanos para sacarlos del país o introduciendo muchachas en los Estados Unidos. En la mayoría de los casos, las cautivas eran puestas a trabajar como prostitutas. Algunas de las chicas que habían trabajado para Georgiev en Camboya habían terminado aquí, a través de Ustinoviks. El tamaño de las cestas para transportar "repuestos" y la naturaleza internacional del rubro convertían al negocio en la fachada perfecta.

El negocio de Leonid Ustinoviks eran las armas. Las hacía traer de antiguas repúblicas de la Unión Soviética. Las armas llegaban a Canadá o a Cuba, en general en buques de carga. Desde allí eran introducidas en Nueva Inglaterra y los estados del Atlántico Medio, o en Florida y los otros estados de la costa del Golfo. Normalmente, se las trasladaba de a poco de los depósitos ubicados en pueblos pequeños a sitios como este taller. Eso era para evitar perder todo si el FBI o la División de Inteligencia del Departamento de Policía de Nueva York las descubrían en tránsito. Ambos grupos controlaban en secreto las comunicaciones y actividades de las personas pertenecientes a países que se sabía que financiaban tráfico ilegal o terrorismo: Rusia, Libia, Corea del Norte y muchos otros. La policía cambiaba regularmente los carteles en las calles frente al río y en las zonas de depósitos, alterando las restricciones de estacionamiento y las horas en que se podía girar en ciertas esquinas transitadas. Esto les proporcionaba una excusa para detener vehículos y fotografiar clandestinamente a sus conductores.

Ustinoviks le había dicho que vigilara a cualquiera que bajara de la autopista o surgiera de las calles laterales. Si alguien se acercaba, o aun si aminoraba la marcha al pasar por allí, debía golpear tres veces la puerta del taller. Cada vez que tenía lugar una operación, alguien salía a la puerta a exigir que se le leyera una orden de registro domiciliario -un derecho, según las leyes de la ciudad de Nueva York- mientras adentro otro escapaba por el techo hacia algún edificio lindante.

No era que Ustinoviks supusiera que iba a haber problemas. Dijo que había habido una ola de razzias contra gangsters rusos hacía dos meses. A la ciudad no le gustaba dar la impresión de que se apuntaba a un grupo étnico específico.

-Es el turno de los vietnamitas -bromeó cuando llegaron del hotel.

A Barone le pareció oír un sonido al costado del edificio. Metió la mano en su rompevientos y sacó la automática. Caminó con precaución hacia el oscuro pasadizo norte. Había un club nocturno del otro lado de la alta cerca amarrada con cadenas. *The Dungeon.* Las puertas, ventanas y paredes de ladrillo estaban pmtadas de negro. No podía imaginarse qué ocurría allí dentro. Era extraño. Lo que ellos debían hacer en secreto en Camboya, vender chicas por dinero, probablemente se hacía abiertamente en lugares como ése.

Cuando una nación está a favor de la libertad, pensó, *tiene que tolerar incluso los extremos.*

Esa noche el club estaba cerrado. Un perro se movía detrás de la cerca. Eso debía ser lo que había oído. Barone volvió a poner la pistola en la cartuchera de hombro y regresó a su puesto.

Extrajo del bolsillo del pecho un cigarrillo armado a mano y lo encendió. Repasó mentalmente los últimos días. Las cosas iban bien, y seguirían yendo bien. Eso creía. El y sus cuatro compañeros de equipo habían llegado a España sin problema. Se separaron por si alguno de ellos había sido identificado, y en los dos días siguientes volaron de Madrid a los Estados Unidos. Se encontraron en un hotel de Times Square. Georgiev había sido el primero en llegar. Ya había hecho los contactos necesarios para conseguir las armas que les hacían falta. Las negociaciones se estaban llevando a cabo adentro mientras Barone hacía guardia.

Barone dio una pitada. Trató de concentrarse en el plan del día siguiente. Se preguntó acerca del otro aliado de Georgiev, a quien sólo el búlgaro conocía. Georgiev sólo les decía que era un norteamericano que conocía desde hacía más de diez años. Eso debía haber sido cuando estuvieron juntos en Camboya. Barone se preguntó a quién podría haber conocido allí y qué rol jugaría en la acción del día siguiente.

Pero no sirvió de nada. La mente de Barone siempre iba hacia donde quería ir, y ahora no quería pensar en Georgiev o en la operación. Quería regresar. Quería irse a casa.

A la soledad, pensó con amargura. Un lugar que le era familiar, extrañamente confortable.

No siempre había sido así. Aunque su familia no tenía dinero, hubo un tiempo en que Montevideo había sido como un paraíso. Ubicado sobre el océano Atlántico, es la capital de Uruguay y alberga algunas de las más amplias y hermosas playas del mundo. Allí creció Bernardo Barone, a principios de los sesenta, y fue inmensamente feliz. Cuando no estaba en la escuela o haciendo sus tareas, solía ir a la playa con su hermano Eduardo, doce años mayor que él. Los dos jóvenes se quedaban allí hasta la noche, nadando sin pausa o construyendo fuertes en la arena. Cuando se ponía el sol encendían fogatas, y a menudo se dormían junto a sus fuertes.

-Descansaremos en los establos con los espléndidos caballos -bromeaba Eduardo-. ¿Puedes olerlos?

Bernardo no podía. Sólo podía oler el mar y el humo de los autos y los barcos. Pero creía que Eduardo podía olerlos. Y él deseaba poder hacerlo cuando creciera. Quería ser como Eduardo. Cuando Bernardo iba con su madre a la iglesia cada fin de semana, era eso por lo que rezaba. Para crecer y ser como su hermano.

Aquéllos eran los recuerdos más felices de Bernardo. Eduardo era tan paciente con él, tan amigable con todos los que se acercaban a mirarlos construir las altas paredes almenadas y las fosas. Las chicas adoraban al apuesto joven. Y adoraban al hermanito del apuesto joven, que también las adoraba.

La querida madre de Bernardo era ayudante de panadero y su padre Martín era boxeador. El sueño de Martín era ahorrar lo suficiente como para abrir un gimnasio para que su mujer pudiera dejar el empleo y vivir como una dama. Desde los quince años, Eduardo pasaba muchos días y noches viajando con el viejo Barone, haciéndole de *comer man.* Con frecuencia se marchaban por semanas, para participar en el circuito del Río de la Plata. Grupos de púgiles viajaban juntos en un autobús desde Mercedes a Paysandú y de allí a Salto, peleando entre ellos o con ambiciosos locales. La paga consistía en un porcentaje de la recaudación, menos la tarifa del médico que viajaba con ellos. Eduardo adquirió algunos

conocimientos básicos de medicina para que pudieran ahorrarse el sueldo del médico.

Era una vida difícil, y su madre se angustiaba muchísimo. Trabajaba largas horas sobre un horno de ladrillos terriblemente caliente, y una mañana, cuando su marido y su hijo mayor estaban de viaje, murió durante un incendio en la panadería. Como la familia no era pudiente, el cuerpo de la mujer fue llevado al departamento de Barone, y Bernardo tuvo que sentarse junto a él hasta que su padre fue localizado y se dispuso el funeral.

Bernardo tenía nueve años.

Viajando con su padre, Eduardo también había aprendido otras cosas. Por casualidad, en una pequeña posada de San Javier, descubrió el Movimiento Marxista de Liberación Nacional-Tupamaros. El grupo guerrillero había sido fundado en 1962 por Raúl Antonaccio Sendic, líder de los trabajadores de la caña del norte de Uruguay. El gobierno no había logrado controlar la inflación, que había ascendido hasta un 35 por ciento, y los trabajadores eran los más afectados. En el agresivo movimiento de Sendic, Eduardo vio un medio para ayudar a otros que, como su padre, habían perdido al amor de su vida y con él la capacidad de soñar. En Eduardo, el grupo vio a alguien que sabía pelear y proporcionar tratamiento médico. Era un buen arreglo. Con la aprobación de su padre, Eduardo se unió al MLN-T.

En 1972, el despótico Juan María Bordaberry fue elegido presidente. Bordaberry contaba con el apoyo de un ejército bien entrenado y bien pertrechado. Y una de las primeras órdenes fue aplastar al MLN-T, al que Eduardo acababa de unirse. En abril hubo un sangriento tiroteo; para fin de año, los miembros del movimiento estaban en la cárcel o en el exilio. Eduardo terminó en prisión, donde murió por causas "desconocidas". El padre de Bernardo murió menos de dos años después. Había recibido una severa golpiza en el ring, y nunca se había recobrado. Bernardo siempre pensó que su padre quiso morir. Nunca había sido el mismo después de perder a quienes le habían sido tan preciados.

La muerte de su familia convirtió a Bernardo en un furioso provocador que odiaba al gobierno del presidente Bordaberry. Irónicamente, también los militares se desencantaron del nuevo presidente y organizaron su propio golpe en febrero de 1973. Establecieron el Consejo de Seguridad Nacional. Bernardo se alistó en 1979, con la esperanza de ser parte de un nuevo orden en Uruguay.

Pero tras doce años sin poder lidiar con las dificultades económicas, los militares simplemente le devolvieron el poder al pueblo y se desvanecieron, literalmente, de la escena política. La situación económica no había cambiado demasiado.

Una vez más, Bernardo se sintió traicionado por una causa. El joven permaneció en el ejército. Como un tributo a su padre, se había especializado en toda clase de combate cuerpo a cuerpo; no encajaba en ninguna otra cosa. Pero nunca abandonó las esperanzas de revivir el espíritu del MLN-T. De trabajar para el pueblo uruguayo, no para los líderes. Y encontró una manera de hacerlo poniéndose al servicio de las Naciones Unidas en Camboya. Recolectando dinero y llamando la atención de la prensa internacional, todo al mismo tiempo.

Barone terminó su cigarrillo. Lo aplastó sobre la vereda y se quedó mirando el tráfico en la autopista West Side. Esa era una diferencia entre Montevideo y Nueva York. En Montevideo, salvo por los hoteles y los bares, todo cerraba al anochecer. Aquí, las rutas estaban concurridas aun a esta hora. Debía ser imposible para las autoridades controlarlo todo, mantenerse al tanto de quién iba o venía, de qué había en los camiones y camionetas.

Suerte para nosotros, pensó.

También resultaba imposible para la policía vigilar cada avión que llegaba a las pequeñas pistas de aterrizaje que rodeaban la ciudad. Los aeropuertos y hasta los campos abiertos en los suburbios al norte de Nueva York, Connecticut, Nueva Jersey y Pensilvania eran perfectos para que los aviones pequeños se introdujeran y volvieran a salir sin ser detectados.

Las vías de agua en esos estados también eran lugares ideales. Una bahía desierta o las orillas de un río a primera hora de la mañana. Cajones pasados rápida y silenciosamente de un barco o hidroavión a un camión. Entrada fácil, y tan cerca de Nueva York. Eso, también, era una suerte para el equipo.

Pasó una hora, luego otra. Barone sabía que el asunto llevaría su tiempo, porque Downer

tenía que examinar cada una de las armas. Si bien los traficantes de armas podían, por lo general, conseguirle al cliente lo que él quería, eso no necesariamente significaba que las armas estuvieran en perfecto estado. Como los refugiados, un arma de contrabando no viajaba en primera clase. Al uruguayo no le molestaba esperar. Lo que importaba era que el arma funcionara en el momento de apuntar y disparar.

Algo a su izquierda le llamó la atención. Se volvió. Cerca de la boca del río, la Estatua de la Libertad recibía los primeros rayos del amanecer. Barone no había reparado en el monumento, y al verlo primero se sorprendió y luego se enfureció. No tenía problema con los Estados Unidos y sus veneradas nociones de libertad e igualdad. Pero allí, en el puerto, estaba aquel ídolo gigante en celebración de un concepto espiritual. Parecía sacrílego. Según su educación, esas cosas eran muy personales. Se celebraban en el corazón, no en el puerto.

Finalmente, poco antes de las siete de la mañana, se abrió la puerta a sus espaldas. Downer se asomó.

-Tienes que dar la vuelta -dijo el australiano, y cerró la puerta.

Barone no tuvo ganas de burlarse del acento de Downer. Desde el incidente en el helicóptero sobre París, no había tenido ganas de hablarle al contumaz mercenario Downer en absoluto.

Barone se volvió hacia la izquierda y comenzó a rodear el edificio. Sus botas nuevas tenían suelas de goma con profundas hendiduras que crujían sobre el asfalto mientras él avanzaba por la entrada de autos. A su derecha había una gomería cercada por una alta valla encadenada. Un perro guardián dormía en las sombras. Esa noche, el soldado le había arrojado parte de su hamburguesa -la carne norteamericana le sabía rara al uruguayo- y el animal se había convertido en su mejor amigo.

Barone pasó junto a un par de cubos de basura verdes mientras iba hacia la camioneta estacionada. Había diecisiete armas

-tres pistolas por hombre y un par de lanzacohetes- más municiones y chalecos antibalas. Cada arma estaba envuelta en plástico acolchado. Sazanka y Vandal ya las estaban transportando desde el taller cuando Barone entró a la camioneta de un salto por la puerta lateral. A medida que los hombres le pasaban las armas, Barone las colocaba en seis cajas de cartón. Downer observaba desde la puerta trasera del galpón, asegurándose de que ningún arma se cayera. Era la primera vez que Barone veía al australiano tan callado y profesional.

Mientras trabajaba, la sensación de soledad lo abandonaba. No por estar con sus compañeros sino por estar otra vez en movimiento. Ahora estaban cerca de la meta. Barone siempre había creído en el plan, pero ahora creía que realmente lo lograrían. Sólo faltaban unos pocos pasos.

Meses antes, Georgiev había conseguido una licencia de conductor falsa del estado de Nueva York. Como las compañías de alquiler de autos habitualmente verificaban los antecedentes policiales antes de entregar los autos, el búlgaro tuvo que pagar un plus para que se los introdujeran en el sistema de computación del Departamento de Automotores. Hasta se inventó una multa de tránsito de un año atrás, no sólo para demostrar la residencia sino porque a la gente que conducía en grandes ciudades habitualmente la multaban. Un expediente limpio podía despertar sospechas.

Ahora, lo único que el equipo tenía que hacer era asegurarse de no pasar ninguna luz en rojo ni de tener un accidente antes de llegar al hotel. Habían sacado palillos, y a Vandal le había tocado dormir en la camioneta mientras los demás iban a descansar a la habitación. Georgiev no quería arriesgarse a que Ustinoviks robara la camioneta.

Después, a las siete de la tarde, saldrían del garaje del hotel para dirigirse hacia la calle Cuarenta y Dos. Irían hacia el este, cruzando la ciudad para girar al norte en la Primera Avenida. Nuevamente, Georgiev conduciría con cuidado.

Luego, de pronto, aceleraría. Se acercaría al objetivo a una velocidad de entre cien y ciento veinte kilómetros por hora, y en menos de diez minutos el objetivo cedería.

La ONU sería suya. Y entonces la tercera y última parte del plan podría comenzar.

6

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 6.45pin

La Liga de las Naciones se formó después de la Primera Guerra Mundial, concebida, según su pacto fundamental, "para promover la cooperación internacional y alcanzar la paz y seguridad internacionales". Si bien el presidente Woodrow Wilson era un impetuoso defensor de la Liga, el Senado norteamericano no quiso participar. Sus principales objeciones incluían el potencial uso de tropas de los Estados Unidos para ayudar a preservar la integridad territorial o la independencia política de otros países, y el reconocimiento de la jurisdicción de la Liga en asuntos relativos a América del Norte, Central y del Sur. El presidente Wilson se derrumbó y sufrió un infarto como resultado de sus permanentes esfuerzos para promover la aceptación estadounidense de la Liga y su mandato.

Con sede en un espectacular palacio de seis millones de dólares construido especialmente en Ginebra, la Liga y sus nobles intenciones resultaron ineficaces. No pudieron evitar la ocupación japonesa de Manchuria en 1931, la toma italiana de Etiopía en 1935 ni la conquista alemana de Austria en 1938. Fue también notablemente ineficaz en evitar la Segunda Guerra Mundial. Todavía está en discusión si una presencia norteamericana en la Liga hubiera cambiado el desarrollo de alguno de estos acontecimientos.

La Organización de las Naciones Unidas se formó en 1945 para intentar lograr aquello en lo que la Liga de las Naciones había fracasado. Esta vez, sin embargo, las cosas eran diferentes. Los Estados Unidos tenían una razón para involucrarse activamente en la soberanía de otras naciones. Se percibía al comunismo como la mayor amenaza para el *american way oflife,* y cada nación que caía le cedía más terreno al enemigo.

La ONU eligió a los Estados Unidos como base para sus oficinas internacionales. No sólo habían surgido de la Segunda Guerra Mundial como la fuerza mundial dominante tanto militar como económicamente, sino que además habían estado de acuerdo en proporcionar un cuarto del presupuesto operativo anual de las Naciones Unidas. Más aún, a causa de la tradición autoritaria de muchas naciones europeas, el Viejo Mundo se consideraba inaceptable como asiento para un organismo internacional que promoviera una nueva era de paz y entendimiento. Se eligió a Nueva York porque se había convertido en el centro de las comunicaciones y las finanzas internacionales y era además la conexión tradicional entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Otros dos posibles lugares en Estados Unidos fueron descartados por causas muy diferentes. San Francisco, que contaba con la aprobación de los australianos y los asiáticos, fue vetado porque la Unión Soviética no quiso facilitarles el viaje a sus odiados chinos y japoneses. Y el rústico condado de Fairfield, sobre el río de Long Island en Connecticut, fue descalificado cuando los habitantes de Nueva Inglaterra, oponiéndose a lo que ellos percibían como el comienzo de un "gobierno mundial", apedrearon a los enviados de las Naciones Unidas que habían ido a buscar posibles ubicaciones.

Se adquirió un gran terreno para las nuevas oficinas de las Naciones Unidas -lo que había sido un matadero sobre el East River- con 8.500.000 dólares donados por los Rockefeller. A la familia se le otorgó una exención de impuestos por su donación. Los Rockefeller, además, se beneficiaron con el desarrollo de las tierras que todavía poseían alrededor del nuevo complejo. Oficinas, viviendas, restaurantes, tiendas y lugares de entretenimiento fueron apareciendo en el otrora ruinoso vecindario, para abastecer a los miles de delegados y empleados que trabajaban para las Naciones Unidas.

La limitada extensión con la que se contaba para el proyecto provocó dos cosas. Primero, las oficinas tuvieron que diseñarse bajo la forma de rascacielos. El rascacielo era una invención exclusivamente norteamericana creada para aprovechar el espacio al máximo en la pequeña isla de Manhattan, y la apariencia del complejo haría a las Naciones Unidas aun más norteamericanas. Sin embargo, esta limitación satisfizo a los fundadores de las Naciones Unidas. Les proporcionó una excusa para descentralizar las funciones clave de la organización, desde la Corte Internacional de Justicia hasta la Organización Internacional del Trabajo. Estas se encontraban en otras capitales del mundo. La principal oficina subsidiaria de la ONU se estableció en el antiguo palacio de la Liga de las Naciones en Ginebra. Esto constituía, para los Estados Unidos, un agudo recordatorio de que ya una vez se había

intentado conformar un grupo por la paz mundial, y de que el emprendimiento había fallado porque no todas las naciones se habían comprometido.

Paul Hood recordaba algo de eso de la escuela primaria. Recordaba también algo más de la escuela secundaria. Algo que había formado definitivamente su visión del edificio mismo. Había viajado a Nueva York desde Los Ángeles por una semana, durante las vacaciones de Navidad, con otros estudiantes destacados. Mientras se dirigían hacia la ciudad desde el Aeropuerto Internacional Kennedy, miró al otro lado del East River y vio las Naciones Unidas al atardecer. Todos los otros rascacielos que vio miraban hacia el norte y el sur: el Empire State, el Chrysler, el edificio de Pan Am. Pero el edificio de la Secretaría de las Naciones Unidas, con treinta y nueve pisos de vidrio y mármol, miraba hacia el este y el oeste. Se lo mencionó a James LaVigne, que estaba sentado a su lado.

El delgado, anteojudo e intenso LaVigne levantó la vista de *El poderoso Thor,* la historieta que estaba leyendo. La revista estaba escondida dentro de un ejemplar de *Scientific American.*

-¿Sabes lo que eso me recuerda? -dijo LaVigne.

Hood dijo que no tenía idea.

-Es como el símbolo en el pecho de Batman.

-¿A qué te refieres? -preguntó Hood. Nunca había leído una historieta de Batman y sólo una vez había visto el famoso programa de televisión, sólo para saber qué era aquello de lo que todos hablaban.

-Batman lleva un murciélago dorado y negro sobre su pecho -dijo LaVigne-. ¿Sabes por qué?

Hood dijo que no sabía.

-Porque Batman lleva un chaleco antibalas debajo del disfraz -dijo LaVigne-. Si un criminal comienza a dispararle, es allí donde Batman quiere que apunte. A su pecho.

LaVigne volvió a su historieta. Hood, entonces de doce años de edad, volvió a mirar el edificio de las Naciones Unidas. LaVigne solía hacer observaciones extravagantes. Su favorita era que Superman era otra versión del Nuevo Testamento. Pero ésta tenía sentido. Hood se preguntó si Nueva York lo habría construido así a propósito. Si alguien quería atacar las Naciones Unidas desde el río o el aeropuerto, el edificio era un objetivo grande y jugoso para un agente secreto cubano o chino.

A causa de esa vivida impresión infantil, Paul Hood siempre pensó en las Naciones Unidas como en el blanco de la ciudad de Nueva York. Y ahora que estaba allí, se sentía sorprendentemente vulnerable. Intelectualmente, sabía que eso no tenía sentido. Las Naciones Unidas estaban en territorio internacional. Si algún grupo terrorista quisiera dar un golpe en Estados Unidos, atacaría la infraestructura -los caminos, los puentes o los túneles- como los terroristas que habían volado el puente de Queens-Midtown y forzado al Centro de Operaciones a trabajar con su contraparte rusa. O monumentos como la Estatua de la Libertad. Esa mañana, en Liberty Island, Hood se sorprendió de lo accesible que era la isla desde el aire y desde el mar. Cruzando en el ferry, se inquietó al ver qué fácil resultaría para un par de pilotos suicidas en aviones cargados de explosivos reducir la estatua a chatarra. Había un sistema de radares ubicado en el complejo de administración, pero Hood sabía que la patrulla portuaria del Departamento de Policía de Nueva York sólo tenía un buque guardacostas apostado en la vecina Governor's Island. Dos aviones viniendo de direcciones opuestas, con la propia estatua bloqueando los disparos del buque guardacostas, permitirían al menos a un terrorista alcanzar el objetivo.

Estuviste demasiado tiempo en el Centro de Operaciones, se dijo. Aquí estaba, de vacaciones, imaginándose situaciones de crisis.

Sacudió la cabeza y miró a su alrededor. El y Sharon habían llegado temprano y bajado a la tienda de regalos a comprar una camiseta para Alexander. Luego subieron al gran vestíbulo público del edificio de la Asamblea General, cerca de la estatua en bronce de Zeus, a esperar a la representante de la ONU de Arte Joven. El vestíbulo había estado cerrado al público desde las cuatro de la tarde, para que los empleados se prepararan para la recepción anual por la paz. Como era una noche clara y hermosa los invitados podrían comer adentro y

conversar afuera. Podrían recorrer el patio del ala norte, admirando los jardines y las esculturas, o caminar por la rambla del East River. Alas 7.30, la nueva secretaria general hindú de las Naciones Unidas, Mala Chatterjee, se dirigiría a la sala del Consejo de Seguridad con representantes de los países miembros del Consejo. Allí, la señorita Chatterjee felicitaría a los miembros por la gigantesca operación de paz de las Naciones Unidas para evitar que prosiguieran los disturbios étnicos en España. Después Harleigh y sus colegas violinistas tocarían *Una canción de paz.* La obra había sido escrita por un compositor español en honor de quienes murieron sesenta años atrás en la Guerra Civil Española. Se había elegido, para su ejecución, a músicas de Washington, lo cual resultó apropiado porque una norteamericana, Martha Mackall, había sido la primera víctima de los recientes disturbios. Fue coincidencia que la hija de Paul Hood estuviera entre las ocho violinistas elegidas.

Los otros doce padres ya habían llegado, y Sharon se había largado escaleras abajo en busca del baño. Las músicas habían bajado a saludar unos pocos minutos antes de que ella se fuera. Harleigh lucía tan madura con su vestido de satén blanco y sus perlas. La joven Bárbara Mathis, parada detrás de Harleigh, también estaba serena y compuesta, una diva en formación. Hood sabía que el aspecto de Harleigh era el motivo por el cual Sharon se había retirado. No le gustaba llorar en público. Harleigh había estudiado violín desde los cuatro años, y siempre había usado overol. Él estaba acostumbrado a verla así, o con su equipo de gimnasia ganando medallas en competencias deportivas. Verla salir del vestuario, una música consumada y toda una mujer, fue abrumador. Hood le había preguntado a su hija si estaba nerviosa. Ella dijo que no. La parte difícil la había hecho el compositor. Harleigh estaba serena y además era sagaz.

Ahora que lo pensaba, la imagen de las Naciones Unidas como blanco no era lo que lo hacía sentir vulnerable. Era el ahora. Este momento, este punto de su vida.

Parado en aquel vestíbulo abierto de cuatro pisos, Hood se sintió muy solo. Se sintió apartado de tantas cosas. Sus hijos estaban creciendo, él había terminado una carrera, se sentía lejos de su mujer en tantos sentidos, y ya no vería a la gente con la que había trabajado tan cercanamente durante dos años. ¿Era así como se suponía que se sintiera en la mitad de su vida? ¿Vulnerable y a la deriva?

No lo sabía. Todos aquellos con quienes se había relacionado en el Centro de Operaciones -Bob Herbert, Mike Rodgers, Darrell McCaskey, Matt Stoll (el genio de las computadoras), y hasta la fallecida Martha Mackall- eran solteros. Su trabajo era su vida. Lo mismo ocurría con el coronel Brett August, a cargo de la fuerza Striker. ¿Estar con ellos lo había vuelto así? ¿O se acercaba a ellos porque quería esa vida?

Si esto último era cierto, le iba a resultar muy difícil hacer que su nueva vida funcionara. Tal vez debería hablar con la psicóloga Liz Gordon mientras todavía tenía los beneficios del puesto. Aunque ella también era soltera, y trabajaba cerca de sesenta horas por semana.

Hood vio a Sharon subir por la escalera caracol del otro lado del vestíbulo. Se había puesto un elegante traje beige y lucía estupenda. El se lo había dicho en el hotel, y eso había causado que ella caminara con cierta gracia. La gracia todavía le duraba. Ella le sonrió, y él le devolvió la sonrisa mientras ella se acercaba. De pronto, no se sintió tan solo.

Una joven japonesa se dirigió hacia ellos. Lucía un saco azul marino, una credencial plastificada en el bolsillo del pecho y una gran sonrisa de bienvenida. Venía de un pequeño vestíbulo ubicado sobre el lado este del edificio de la Asamblea General. A diferencia del vestíbulo principal, que estaba en el extremo norte del edificio, el vestíbulo pequeño daba a la plaza central frente a la torre del edificio de la Secretaría. Además de las oficinas de los países, el edificio de la Secretaría albergaba las salas del Consejo de Seguridad, el Consejo Económico y Social y el Consejo de Administración Fiduciaria. Hacia allí se dirigían. Los tres espléndidos auditorios estaban uno junto al otro, y daban al East River. El Club de Corresponsales de las Naciones Unidas, a donde llevarían a los padres, estaba ubicado frente a la sala del Consejo de Seguridad.

La joven guía se presentó como Kako Nogami. Mientras los padres la seguían, la joven se embarcó en una versión abreviada de su discurso de guía.

-¿Cuántos de ustedes ya han estado en las Naciones Unidas? -preguntó, retrocediendo.

Varios padres levantaron la mano. Hood no lo hizo. Temía que Kako le preguntara qué

era lo que recordaba, y él tuviera que contarle sobre James LaVigne y Batman.

-Para refrescarles la memoria -prosiguió-, y para beneficio de nuestros nuevos visitantes, me gustaría contarles un poco acerca del área que visitaremos.

La guía explicó que el Consejo de Seguridad es el organismo más poderoso de las Naciones Unidas, responsable, fundamentalmente, de mantener la paz y la seguridad internacionales.

-Cinco países influyentes, incluyendo a los Estados Unidos, son miembros permanentes -dijo-, junto con otros diez, que se eligen por períodos de dos años. Esta noche, sus hijas tocarán para los embajadores de estos países y sus cuerpos directivos. El Consejo Social y Económico, como su nombre lo indica, sirve como foro de discusión de los asuntos sociales y económicos internacionales -prosiguió la joven-. El consejo también promueve los derechos humanos y las libertades básicas. El Consejo Fiduciario, que suspendió sus tareas en 1994, ayudó a diversos territorios alrededor del mundo a obtener un autogobierno o la independencia, ya sea como Estados soberanos o como parte de otras naciones.

Por sólo un momento, Hood pensó que sería fascinante dirigir ese lugar. Mantener la paz interna, entre los delegados, debía ser un desafío tan grande como mantener la paz externa. Como si percibiera sus pensamientos, Sharon deslizó sus dedos entre los de él y se los apretó. El olvidó la idea.

El grupo pasó junto a una gran ventana que daba a la plaza principal. Afuera estaba el templo estilo Shinto que albergaba la campana de la paz japonesa. La habían hecho fundiendo monedas y metal donado por gente de sesenta naciones. Después de la ventana, el vestíbulo desembocaba en un ancho corredor. Más adelante estaban los ascensores que usaban los delegados y su personal. A la derecha había una serie de vitrinas. La guía los llevó hacia allí. Las vitrinas contenían restos de la explosión de la bomba atómica que destruyó Hiroshima: latas fundidas, uniformes escolares y tejas carbonizados, botellas derretidas, y una agujereada estatua de piedra de Santa Inés. La guía japonesa describió la fuerza destructiva y la intensidad de la explosión.

Los objetos no conmovieron a Hood ni al padre de Bárbara, Hal Mathis, cuyo padre había muerto en Okinawa. Hood deseó que Bob Herbert y Mike Rodgers estuvieran allí. Rodgers le habría pedido a la guía que a continuación les mostrara la vitrina de Pearl Harbor. La que recordaba el ataque que tuvo lugar cuando los dos países *no estaban* en guerra. Hood se preguntó si la joven, con sus veintidós o veintitrés años, habría comprendido el contexto del pedido. Herbert habría armado un escándalo aún antes. El jefe de inteligencia había perdido a su mujer y el uso de sus piernas en el bombardeo terrorista a la embajada de Estados Unidos en Beirut en 1983. Había seguido adelante con su vida, pero no perdonaba con facilidad. En este caso, Hood no lo habría culpado. Una de las publicaciones de las Naciones Unidas que Hood había hojeado en la tienda de regalos describía a Pearl Harbor como "el ataque de Hirohito", absolviendo tácitamente de culpa al pueblo japonés. Hasta al Hood más políticamente correcto lo inquietaba la historia revisionista.

Después de la muestra sobre Hiroshima, el grupo subió dos pisos por escalera mecánica, hasta el vestíbulo superior. A su izquierda estaban los tres auditorios con las salas del Consejo de Seguridad ubicadas en el extremo más distante. Los padres fueron guiados hacia la antigua sala de prensa del otro lado del hall. Afuera había un guardia, un miembro de las fuerzas de seguridad de las Naciones Unidas. El hombre negro llevaba una camisa azul pastel de mangas cortas, pantalones color gris azulado con una franja negra a lo largo de cada pierna y una gorra azul marino. La identificación con su nombre decía Dillon. Cuando llegaron, el señor Dillon destrabó la puerta de la sala y los hizo pasar.

Hoy en día, los periodistas suelen trabajar en las salas de prensa con televisiones de alta tecnología situadas en largas cabinas de vidrio a ambos lados del auditorio del Consejo de Seguridad. Se accede a estas cabinas por un pasillo común que está entre el Consejo de Seguridad y el Consejo Social y Económico. Pero en los años cuarenta, esta amplia sala sin ventanas, en forma de L, era el corazón del centro mediático de las Naciones Unidas. En la primera parte de la habitación se alineaban viejos escritorios, teléfonos, unas pocas vapuleadas terminales de computadora y máquinas de fax de segunda mano. En la segunda

mitad de la habitación, que era más grande -la base de la L-, había sofás con tapizado de vinilo, un baño, un armario de abastecimiento y cuatro monitores de televisión empotrados en la pared. Habitualmente, los monitores mostraban la discusión que estuviera teniendo lugar en el Consejo de Seguridad o el Consejo Social y Económico. Colocándose auriculares y cambiando los canales, los observadores podían escuchar en el idioma que quisieran. Esta noche verían el discurso de la señorita Chatterjee, seguido del recital. Sobre un par de mesas en el extremo de la sala había sandwiches y una cafetera. En una pequeña heladera había refrescos.

Después de agradecer a los padres por su cooperación, Kako les recordó muy amablemente lo que se les había dicho por carta y luego mediante el representante de las Naciones Unidas que se había reunido con ellos en el hotel la noche anterior. Por razones de seguridad, debían permanecer en aquella habitación mientras durara el evento. Dijo que regresaría trayendo a sus hijas a las ocho y media. Hood se preguntó si el guardia había sido puesto allí para que los turistas no entraran a la sala de prensa o para que ellos no salieran.

Hood y Sharon fueron hacia la mesa de los sandwiches.

Uno de los hombres señaló los platos y cubiertos de plástico.

-¿Ven lo que pasa cuando Estados Unidos no paga sus deudas? -bromeó.

El veterano policía de Washington se refería a la deuda de mil millones de dólares que tenía el país, resultado de la disconformidad del Senado con lo que describía como gasto crónico, fraude y abusos financieros de las Naciones Unidas. La principal de estas acusaciones era que el dinero destinado a las fuerzas de paz de las Naciones Unidas se estaba utilizando para reforzar los recursos militares de las naciones participantes.

Hood sonrió amablemente. No quería pensar en los grandes presupuestos y la gran diplomacia gubernamental y monetaria. El y su esposa habían tenido un buen día. Después de su primera, tensa noche en Nueva York, Sharon trató de relajarse. Se deleitó con el agradable atardecer de otoño en Liberty Island y no dejó que la multitud la fastidiara. Disfrutó del entusiasmo de Alexander por aprender todos los datos técnicos sobre la estatua, y luego por quedarse solo con sus videojuegos y una nada nutritiva comida comprada en la Séptima Avenida. Hood no estaba dispuesto a permitir que el encierro o la crítica a Estados Unidos o unos cubiertos baratos arruinaran todo aquello.

Harleigh podía haber sido el catalizador de todas estas bueñas sensaciones, pero ni su hija ni Alexander eran el pegamento.

Aquí pasa algo, se dijo Hood mientras llenaban sus platos y luego se sentaban en uno de los viejos sillones a esperar el debut neoyorquino de su hija. Quiso aferrarse a ese sentimiento del mismo modo en que había aferrado la mano de Sharon.

Fuertemente.

7

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 7.27pin

El tráfico en Times Square es terriblemente denso después de las siete de la tarde del sábado, porque mucha gente llega desde fuera de la ciudad para ir a los teatros. Las limusinas taponan las calles laterales, los autos forman fila delante de los garajes, y taxis y autobuses avanzan lentamente por el centro de la zona de los teatros.

Georgiev había calculado el retraso al planear esta parte de la operación. Cuando finalmente giró hacia el este en la calle Cuarenta y Dos y avanzó hacia Bryant Park se sentía tranquilo y confiado. Al igual que los otros miembros del equipo. Por otra parte, si no hubieran peleado juntos, y él no supiera que sabían mantener la calma bajo presión, nunca los habría reclutado para esta misión.

Además de Reynold Downer, el ex coronel del Ejército Popular de Bulgaria, de cuarenta y ocho años, era el único verdadero mercenario del equipo. Barone quería dinero para ayudar a su gente a regresar a su país. Sazanka y Vandal tenían asuntos de honor pendientes desde la Segunda Guerra Mundial. Asuntos que el dinero clarificaría. Georgiev tenía un problema diferente. Había pasado cerca de diez años en la resistencia clandestina que financiaba la CÍA en Bulgaria. Había combatido a los comunistas por tanto tiempo que no podía adaptarse a una era sin enemigos. No tenía oficio aparte del de soldado, el ejército no estaba pagando con regularidad, y era mucho más pobre ahora de lo que había sido recibiendo dólares norteamericanos y viviendo a la sombra del imperio soviético. Quería iniciarse en un nuevo negocio: la administración de explotación de petróleo y gas natural. Lo haría con su parte de la ganancia de la misión.

Debido a la familiaridad de Georgiev con las tácticas de la CÍA y a su fluidez en el inglés norteamericano, los otros no tuvieron objeción en que él encabezara esta mitad de la operación. Además, como lo había probado al organizar el círculo de prostitución en Camboya, era un líder por naturaleza.

Georgiev conducía despacio, con precaución. Se cuidaba de los peatones distraídos. No se acercaba demasiado al auto de adelante. No les gritaba a los taxistas que lo interceptaban. No hacía nada que pudiera llevar a que lo detuviera la policía. Era irónico. Estaba a punto de cometer un acto de destrucción y asesinato que el mundo tardaría en olvidar. Y sin embargo aquí estaba, el modelo del automovilista tranquilo y legal. Hubo un tiempo, durante su juventud, en que Georgiev quería ser filósofo. Tal vez cuando todo esto terminara finalmente podría dedicarse a eso. Los contrastes le fascinaban.

Al hacer este mismo recorrido el día anterior, había notado una cámara de tránsito en un semáforo de la esquina sudoeste de la Cuarenta y Dos con la Quinta Avenida. La cámara apuntaba hacia el norte. Había otra en la calle Cuarenta y Dos y Tercera Avenida, apuntando al sur. Vandal, que estaba en el asiento del pasajero, y Georgiev ajustaron los protectores solares para cubrir las ventanas. Usarían máscaras de esquí para entrar en las Naciones Unidas. El DPNY (Departamento de Policía de Nueva York) probablemente repasaría todas las cámaras de la zona, y no querían que nadie tuviera un registro fotográfico de quien estaba en la camioneta. Las cámaras de tránsito no les mostrarían nada. Y si bien la policía podía llegar a encontrar algunos turistas que hubieran filmado la camioneta, Georgiev se había ocupado de acercarse al objetivo desde el poniente. Lo único que se vería en cualquier videocassette era el reflejo del parabrisas. Agradeció a Dios por las cosas que había aprendido en la CÍA.

Pasaron por la biblioteca pública, la estación Grand Central y el edificio Chrysler. Llegaron a la Primera Avenida sin incidentes. Georgiev cronometró el acercamiento para detenerse en el semáforo. Se aseguró de ir por el carril de la derecha. Cuando doblaran a la izquierda, estarían del mismo lado que las Naciones Unidas: a la derecha. Miró hacia el norte. La zona del objetivo estaba a sólo dos cuadras. Casi en línea recta estaba el edificio de la Secretaría, detrás de un patio circular y una fuente. Una cerca de hierro de dos metros de altura rodeaba el complejo a lo largo de sus cuatro cuadras. Había cuatro cabinas de seguridad distribuidas en las puertas, detrás de ellas. Oficiales de policía patrullaban la calle. Del otro lado de la Primera Avenida, en la esquina de la Cuarenta y Cinco, había una cabina comando

del Departamento de Policía.

Había hecho un reconocimiento de todo esto el día anterior. Y había estudiado fotografías y videocassettes hechos varios meses antes. Conocía el área completamente, desde la ubicación de cada semáforo hasta cada boca de incendio.

Georgiev esperó a que la señal de DETENERSE comenzara a titilar a su izquierda. Eso significaba que tenía seis segundos hasta el cambio de luz. Llevaba la máscara de esquí negra entre las piernas. La sacó y se la colocó. Lo mismo hicieron los otros hombres. Ya tenían puestos finos guantes de goma blancos de manera de no dejar huellas digitales pero poder manejar las armas.

Cambió la luz.

Georgiev giró.

8

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 7.30 pm

Etienne Vandal se puso la máscara de esquí. Luego se volvió para recibir sus armas de manos de Sazanka, que estaba en la parte trasera de la camioneta junto con Barone y Downer. Habían sacado los asientos y los habían apilado en una esquina del garaje del hotel. Habían pmtado las ventanas. Los hombres se habían preparado con total sigilo. Barone enfundó sus dos automáticas y levantó la Uzi. Usaría también la mochila que contenía gas lacrimógeno y máscaras antigás. Si se hacía necesario pelear para salir, tendrían tanto el gas como rehenes.

Era difícil girar demasiado por el chaleco antibalas, pero Vandal prefería la incomodidad a la vulnerabilidad. El oficial japonés le alcanzó dos automáticas y una Uzi.

Downer estaba arrodillado junto a la puerta del lado del conductor. Colocó sus propias armas en el piso. Un lanzamisiles suizo B-77 le colgaba del hombro. Había pedido un Dragón M-47 norteamericano, pero eso era lo más cercano que Ustinoviks había conseguido. Downer había examinado el liviano misil antitanque de corto alcance y les había asegurado que serviría. Vandal y los otros esperaban que así fuera. Sin él, morirían en la calle. Barone estaba agazapado junto a la puerta lateral, listo para abrirla.

Vandal ya había revisado sus armas en el hotel. Se sentó y esperó mientras la camioneta seguía acelerando. Finalmente, aquí estaba. La cuenta regresiva por la que habían estado trabajando, repasándola una y otra vez por más de un año. En el caso de Vandal, era un momento que había estado esperando desde hacía aún más tiempo. Se sintió tranquilo, hasta aliviado, cuando el objetivo estuvo a la vista.

Los otros hombres también parecían tranquilos, especialmente Georgiev. Aunque él siempre parecía una máquina enorme y fría. Vandal sabía muy poco acerca de aquel hombre, pero lo que sabía no le gustaba ni le inspiraba respeto. Hasta que confeccionó una nueva Constitución en 1991, Bulgaria había estado entre los países más represores del bloque soviético. Georgiev ayudaba a la CÍA a reclutar informantes dentro del gobierno. Vandal lo habría entendido si el hombre hubiera luchado para derrocar el régimen por principios. Pero Georgiev había trabajado para la CÍA sencillamente porque pagaba bien. Aunque las metas fueran las mismas, ésa era la diferencia entre un patriota y un traidor. Por lo que Vandal sabía, un hombre capaz de traicionar a su país ciertamente era capaz de traicionar a sus socios en el crimen. Eso era algo que Etienne Vandal había aprendido. Su abuelo había sido colaborador nazi y había muerto en una prisión francesa. Charles Vandal no sólo había traicionado a su país. Había sido miembro del grupo de resistencia Mulot, responsable de robar y ocultar obras de arte antes de que los alemanes pudieran escamotearlas de los museos franceses. No sólo entregó a Mulot y a su equipo, sino que también guió a los alemanes hasta un escondrijo de arte francés.

Les quedaba menos de una cuadra. Los pocos turistas que todavía estaban en la calle se volvieron para mirar la camioneta que aceleraba. El vehículo pasó zumbando junto a la biblioteca de la ONU, sobre el lado sur de la plaza. Luego Georgiev pasó a toda velocidad la primera cabina de seguridad con sus verdes vidrios blindados y sus oficiales de aspecto aburrido. La cabina estaba situada detrás de la cerca negra de hierro, que estaba separada de la avenida por seis metros de vereda. Había guardias extras por la velada y la puerta estaba cerrada, pero eso no importó. El área del objetivo estaba a menos de quince metros al norte.

Georgiev pasó la segunda cabina. Luego, esquivando una boca de incendios, lanzó la camioneta hacia la derecha y apretó el pedal del combustible. El vehículo salió despedido sobre la vereda, golpeando a un peatón y aplastándolo con la rueda del lado del conductor. Varios otros fueron derribados hacia los costados. Un momento después, la camioneta traspasó una valla encadenada de un metro de alto. El ruido del metal raspando los bordes de la camioneta ahogó los gritos de los peatones heridos. El vehículo se abrió paso a través de un pequeño jardín lleno de árboles y arbustos, y Georgiev evitó el gran árbol que había sobre el lado sur. Algunas ramas bajas de otros árboles se estrellaron contra el parabrisas y el techo. Unas se quebraron y otras volaron hacia atrás con la marcha de la camioneta.

Hacia el norte y el sur, la policía de la ONU, miembros del Departamento de Policía de Nueva York y un grupo de policías del Departamento de Estado, con sus camisas blancas,

recién comenzaban a responder a la irrupción. Empuñando pistolas, con las radios en la mano, salieron corriendo desde las tres cabinas de seguridad sobre la Primera Avenida, desde la cabina que estaba en el patio hacia el norte y desde el puesto policial del otro lado de la calle.

A la camioneta le llevó apenas más de dos segundos atravesar el jardín y la fila de setos del otro extremo. Los hombres en la parte trasera se prepararon al tiempo que Georgiev aplastaba el freno. El jardín estaba separado de la plaza circular por una empalizada de hormigón de casi un metro de altura y casi treinta centímetros de espesor. Los mástiles, que enarbolaban las banderas de los 185 países miembros, se alineaban detrás de la empalizada.

Georgiev y Vandal se agazaparon. Calculaban que perderían el parabrisas. Barone abrió la puerta de la camioneta. Sazanka estaba tendido, listo para respaldar con una balacera si fuera necesario. Downer se asomó sobre él y dirigió el lanzamisiles hacia la gruesa pared. Apuntó bajo para asegurarse de no dejar nada cerca del suelo. Después disparó.

Hubo un estruendo ensordecedor, y luego dos metros de empalizada desaparecieron. Varios fragmentos volaron sobre la plaza como cañonazos, algunos aterrizaron en la fuente, otros rebotaron por el camino. Pero la mayor parte de la pared se elevó en una amplia, blanca pluma de quince metros de alto, y luego se derrumbó como granizo. Detrás de la pared, cinco de los altos mástiles blancos se quebraron cerca de la base. Cayeron firme y pesadamente y aterrizaron sobre el asfalto con un fuerte *clang.* Vandal los oyó aunque sus oídos todavía estuvieran taponados por la explosión.

Aun mientras seguían cayendo pedazos de hormigón, Georgiev aceleró e hizo avanzar la camioneta. Era fundamental el manejo del tiempo. Tenían que seguir adelante. Pasó tronando por la brecha en la pared, recortando el lado del conductor contra las puntas de hormigón, pero no se detuvo. Downer se había vuelto a agachar dentro del vehículo, pero Sazanka seguía tendido junto a la puerta lateral abierta, listo para abrir fuego contra cualquiera que les disparara. Nadie lo hizo. Cuando estaban en las AMP y comenzaron a concebir la idea, los hombres habían obtenido sin dificultad una copia de las pautas policiales de las Naciones Unidas. Eran muy explícitas: nadie debía actuar en forma individual contra un grupo. Había que contener la amenaza, si fuera posible, por medio del personal en las inmediaciones, pero no debía enfrentársela hasta que se contara con unidades suficientes. Pura filosofía de Naciones Unidas. No funcionaba en el ámbito internacional, y no funcionaría aquí.

Georgiev se dirigió hacia el noroeste a través de la plaza. El parabrisas se había astillado pero todavía estaba en su sitio. Afortunadamente, el búlgaro no necesitaba ver demasiado. La camioneta se lanzó sobre el carril de salida del patio y saltó sobre el parque que conducía al edificio de la Asamblea General. Georgiev aceleró en dirección este alrededor de la Campana de la Paz japonesa. Mientras Vandal volvía a agacharse, la camioneta irrumpió destrozando las grandes ventanas de vidrio que daban al patio del vestíbulo pequeño. La camioneta dio contra la estatua El Abrazo de Paz, una estilizada figura humana "abrazando la paz" que se erguía justo delante de ellos. La estatua cayó, y la camioneta le pasó por encima; hasta allí llegaba. Pero no necesitaban que la camioneta fuera más allá. Para cuando los guardias y la concurrencia de la recepción notaron el alboroto, los cinco hombres ya habían salido de la camioneta. Georgiev derribó de un disparo corto al guardia apostado afuera del pasillo que llevaba a los ascensores del personal. El joven giró y cayó, la primera víctima de la ONU. Vandal se preguntó si también harían una estatua de la paz en su honor.

Los cinco hombres corrieron por el pasillo y se lanzaron hacia las escaleras mecánicas, que habían sido desconectadas por el personal de seguridad. Era algo que no habían previsto, aunque tampoco importaba. Subieron velozmente los dos pisos, luego doblaron a la izquierda. Las escaleras detenidas fueron la única forma de resistencia con que se toparon. Lo que había demostrado Alemania en Polonia en 1939, lo que había demostrado Saddam Hussein en Kuwait en 1990, es que no existe defensa eficaz contra un golpe relámpago bien planificado. Sólo existe la posibilidad de recuperarse y entonces contraatacar. Y en este caso, nada de eso tendría utilidad alguna.

Menos de noventa segundos después de girar en la Primera Avenida, los cinco hombres estaban en el corazón del edificio de la Secretaría. Corrieron a lo largo de las altas ventanas que daban al patio. Se había detenido la fuente para permitir una mejor visibilidad dentro de

las ventanas de la Secretaría. Se había cortado el tráfico y los turistas eran conducidos hacia las calles laterales. Ahora la policía y las fuerzas de seguridad estaban por todas partes.

Sellen el edificio, contengan el problema, pensó Vandal. Eran tan malditamente previsibles.

También había varios guardias corriendo hacia ellos. Eran tres hombres y una mujer: llevaban chalecos antibalas y escuchaban sus radios. Empuñaban pistolas y obviamente se dirigían hacia la sala del Consejo de Seguridad, que estaba a su derecha. Probablemente los habían enviado para evacuar a los delegados en caso de que ése fuera el blanco.

Los jóvenes guardias no lo lograron. Se detuvieron al ver a los intrusos. Después, como cualquier soldado u oficial de policía que nunca hubiese estado en combate, pasaron a lo único que conocían: el método de entrenamiento. Por el manual de las fuerzas de seguridad de las Naciones Unidas, Vandal sabía que en una situación de confrontación tratarían de desplegarse y presentar un blanco menos concentrado, cubrirse si era posible, e inutilizar al enemigo.

Georgiev y Sazanka no les dieron la posibilidad. Disparando sus Uzis desde la cadera, les rebanaron los muslos a los guardias, haciéndolos caer virtualmente en su lugar. Las pistolas y las radios resonaron sobre el piso de baldosas. Mientras los guardias heridos gemían, los dos hombres avanzaron, descerrajando un segundo disparo en la cabeza de cada uno. Se detuvieron a pocos metros de los cuerpos. Georgiev levantó dos de las radios que se habían desparramado por el piso.

-Vamos -dijo Vandal y se apresuró.

Barone y Downer se unieron a él, y los cinco hombres siguieron adelante. Ahora lo único que se interponía entre ellos y la sala del Consejo de Seguridad eran cuatro guardias muertos y un piso cubierto de sangre.

9

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 7.34pin

Todos los padres en el área de los corresponsales oyeron y sintieron el estallido en el piso de abajo. Como en la habitación no había ventanas, no pudieron saber exactamente dónde o qué había sido.

Lo primero que pensó Paul Hood fue que había habido una explosión. Ésa fue también la conclusión de varios de los padres, que quisieron ir a verificar que los niños estuvieran bien. Pero entonces entró el señor Dillon. El guardia les solicitó que se quedaran donde estaban y mantuvieran la calma.

-Acabo de cruzar hasta el Consejo de Seguridad -dijo Dillon-. Los niños están bien. La mayoría de los delegados también está allí, esperando a la secretaria general. El personal de seguridad ya está en camino para evacuar a los niños, a los delegados, y luego a ustedes. Si mantienen la calma, todos estarán bien.

-¿Tiene idea de qué es lo que ocurrió? -preguntó uno de los padres.

-No estoy seguro -dijo el señor Dillon-. Parece que una camioneta pasó sobre la empalizada y se introdujo en el patio. La vi por la ventana. Pero nadie sabe...

Lo interrumpieron varias detonaciones que venían de abajo. Sonaban como disparos de pistola. Dillon encendió la radio.

-Estación Libertad-siete a base -dijo.

Se oyeron gritos y ruidos. Luego alguien del otro lado dijo:

-Ha habido una irrupción, Libertad-siete. Intrusos desconocidos. Vaya a Everest-seis, código rojo. ¿Comprendido?

-Everest-seis, código rojo -dijo Dillon-. Voy hacia allí -apagó la radio y se dirigió hacia la puerta-. Voy a volver a la sala del Consejo de Seguridad para esperar a los otros guardias. Ustedes, por favor... quédense aquí.

-¿Cuánto tardarán en llegar los otros guardias? -gritó uno de los padres.

-Unos minutos -respondió el señor Dillon.

Salió. La puerta se cerró con un sólido chasquido. Excepto por los gritos que llegaban desde algún lugar afuera del edificio, todo estaba en silencio.

De pronto, uno de los padres avanzó hacia la puerta.

-Voy a buscar a mi hija -dijo.

Hood se interpuso entre el robusto hombre y la puerta.

-No lo haga -dijo Hood.

-¿Por qué? -preguntó el hombre.

-Porque lo que menos necesitan el personal de seguridad, los paramédicos y los bomberos es gente que se interponga en su camino -dijo Hood-. Además, dijeron que era una situación código rojo. Lo que probablemente significa que ha habido una violación de seguridad importante.

-¡Más razón para sacar de allí a nuestras hijas! -dijo uno de los padres.

-No -respondió Hood-. Esto es suelo internacional. Aquí las leyes y delicadezas norteamericanas no corren. Los guardias pueden llegar a disparar al personal no identificado.

-¿Cómo lo sabe?

-Cuando me fui de Los Ángeles, trabajé para una agencia federal de inteligencia -les dijo Hood-. He visto gente morir por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

La esposa del hombre se acercó y lo tomó del brazo.

-Charlie, por favor. El señor Hood tiene razón. Deja que lo manejen las autoridades.

-Pero nuestra hija está allí afuera -dijo Charlie.

-La mía también -dijo Hood-. Y hacerme matar no la va a ayudar en nada -justo entonces comprendió que Harleigh *estaba* allí afuera, y que realmente corría peligro. Miró a Sharon, que estaba parada a la derecha, en un rincón. Fue hacia ella y la abrazó.

-Paul-susurró ella-. Yo... yo creo que tendríamos que estar con Harleigh.

-Pronto lo estaremos -dijo él.

Hubo pasos en el pasillo, seguidos por el característico *pa-pa-pa* de una automática. Después de los tiros se oyó un repiqueteo, quejas, gritos y más pasos. Luego el pasillo quedó

en silencio.

-¿Esos quiénes fueron? -preguntó Charlie, a nadie en particular.

Hood no lo sabía. Dejó a Sharon y fue hacia la puerta. Se encogió contra el piso por si alguien disparaba e hizo un gesto hacia la habitación para que todos se alejaran de la puerta. Luego se estiró y giró lentamente el picaporte plateado. Empujó despacio la puerta.

Cuatro cuerpos yacían en el pasillo entre la sala de corresponsales y el Consejo de Seguridad. Pertenecían al personal de seguridad de la ONU. Quienquiera que les hubiese disparado se había marchado, aunque había dejado huellas de sangre en su camino. Huellas que llevaban hacia el Consejo de Seguridad.

Hood se vio asaltado por un extraño recuerdo. Se sintió como Thomas Davies, un bombero con el que solía jugar al softball en Los Ángeles. Una tarde, a Davies lo habían llamado para decirle que su propia casa se estaba quemando. El hombre sabía qué hacer, sabía lo que estaba pasando, y sin embargo no podía reaccionar.

Hood cerró la puerta y caminó hacia los escritorios.

-¿Qué fue? -preguntó Charlie.

Hood no le respondió. Estaba tratando de ponerse en movimiento.

-Maldición, ¿qué ocurrió? -gritó Charlie.

Hood dijo:

-Cuatro guardias murieron, y quienquiera que les disparó ha entrado en la sala del Consejo de Seguridad.

-¡Mi nena! -lloriqueó una de las madres.

-Estoy seguro de que por ahora están bien -dijo Hood.

-¡Sí, y antes estaba seguro de que estarían bien si nos quedábamos aquí! -vociferó Charlie.

La ira de Charlie sacó a Hood de su atontamiento.

-Si hubiera estado afuera, a esta altura estaría muerto -dijo-. El señor Dillon no lo habría dejado entrar a la sala, y lo habrían matado junto con los guardias.

Tomó aire para calmarse. Después extrajo el teléfono celular del bolsillo del blazer. Marcó un número.

-¿A quién llamas? -preguntó Sharon.

Su marido terminó de ingresar el número. La miró y le tocó la mejilla.

-A alguien a quien no le importará una mierda que esto sea territorio internacional -respondió-. Alguien que puede ayudarnos.

10

Bethesda, Maryland Sábado, 7.46 pm

Mike Rodgers estaba pasando por una fase Gary Cooper. No en su vida real sino en su vida cinematográfica -aunque en este momento ambas vidas eran totalmente interdependientes.

Con sus cuarenta y cinco años, el ex director sustituto del Centro de Operaciones, que ahora se desempeñaba como director, nunca se había sentido confundido o inseguro. Le habían quebrado la nariz cuatro veces jugando al baloncesto en el colegio, porque veía el aro e iba hacia él, sin importarle los Torpedos, los Hombres de Hierro, los Acosadores, los Invencibles ni cualquiera de los equipos con los que jugaban. En sus dos viajes de servicio a Vietnam y como comandante de una brigada mecanizada en la Guerra del Golfo, había cumplido con todos los objetivos encomendados. Con cada uno de ellos. En su primera misión con la Striker, a Corea del Norte, había evitado que un oficial fanático bombardeara Japón. A su regreso de Vietnam, incluso había hallado tiempo para obtener un doctorado en historia universal. Pero ahora...

No era sólo que lo deprimiera la renuncia de Paul Hood, aunque eso era parte del problema. Era una ironía. Más de dos años atrás, a Rodgers se le había hecho difícil trabajar para aquel hombre, un civil que concurría a galas benéficas con estrellas de cine mientras Rodgers expulsaba a Irán de Kuwait. Pero Hood había probado ser un director equilibrado y con gran habilidad política. Rodgers iba a extrañar tanto al hombre como a su gestión.

Vestido con un holgado equipo de gimnasia gris y zapatillas Nike, Rodgers cambió cuidadosamente de posición sobre el sofá de cuero. Se reclinó despacio. Apenas dos semanas atrás, había sido capturado por terroristas en el Valle Bekaa, en el Líbano. Todavía no estaban del todo curadas las quemaduras de segundo y tercer grado que había sufrido durante la tortura. Tampoco lo estaban las heridas internas.

Había dejado vagar la mirada. Volvió a dirigirla hacia el televisor, con una profunda tristeza en los ojos marrones. Estaba mirando *Veracruz,* una de las últimas películas de Cooper. Interpretaba a un antiguo oficial de la Guerra Civil que cruzaba la frontera sur para trabajar como mercenario, y terminaba apoyando la causa de los revolucionarios locales. Fuerza, dignidad y honor: ése era Coop.

Ése también solía ser Mike Rodgers, reflexionó tristemente.

Había perdido más que la libertad y un poco de carne en el Líbano. Que lo hubieran amarrado en una cueva y quemado con un soplete le había costado la confianza. Y no porque hubiera temido morir. Creía apasionadamente en el código vikingo: que el proceso de la muerte comenzaba con el nacimiento, y que la muerte en combate era la manera más honorable de alcanzar el inevitable fin. Pero hasta eso le habían impedido. El dolor extremo, como una fiebre alta, desorganiza la mente. El torturador, calmo y seguro, pasa a ser la voz de la razón y le indica a la mente dónde hacer pie. Y Rodgers había estado peligrosamente cerca de decirles a los terroristas cómo se manejaba el Centro Regional de Operaciones que habían tomado.

Es por eso que Rodgers necesitaba a Gary Cooper. No para curar su alma -no creía que eso fuera posible-. Había conocido su punto límite, y ya nunca podría perder ese conocimiento, esa certeza de sus propias limitaciones. Le recordaba la primera vez que, jugando al baloncesto, el tobillo torcido no se le había curado de un día para el otro. La sensación de invulnerabilidad lo había abandonado para siempre.

Un espíritu quebrado era aun peor.

Mike Rodgers necesitaba volver a apuntalar la confianza que sus captores le habían robado. Recobrar las fuerzas suficientes como para llevar adelante el Centro de Operaciones hasta que el presidente eligiera un reemplazante para Paul Hood. Después podría tomar decisiones sobre su propio futuro.

Rodgers volvió a mirar la pantalla del televisor. Las películas siempre habían sido para él un refugio, una fuente de nutrición. Cuando su padre alcohólico lo molía a puñetazos -no sólo a golpes sino a puñetazos, con su anillo de estudiante de Yale- el joven Mike Rodgers montaba en su bicicleta, iba hasta el cine local, pagaba sus veinticinco centavos y se

introducía en un western o en una película épica o bélica. A través de los años moldeó su moral, su vida, su carrera, de acuerdo a los personajes interpretados por John Wayne, Charlton Heston y Burt Lancaster. Sin embargo, no recordaba una sola vez en que alguno de ellos hubiera estado cerca de ceder ante la tortura. Se sintió muy solo.

Coop acababa de rescatar a una niña mexicana de quien los

soldados renegados habían abusado, cuando sonó el teléfono inalámbrico. Rodgers atendió.

-¿Hola?

-Mike, gracias a Dios estás en casa...

-¿Paul?

-Sí, escucha -dijo Hood-. Estoy dentro de la sala de corresponsales de las Naciones Unidas, frente a la sala del Consejo de Seguridad. Acaban de dispararles a cuatro guardias en el pasillo.

Rodgers se incorporó.

-¿Quién?

-No lo sé -dijo Hood-. Pero parece que quienes lo hicieron entraron a la sala.

-¿Dónde está Harleigh? -preguntó Rodgers.

-Allí adentro -dijo Hood-. La mayoría de los miembros del Consejo de Seguridad y todo el conjunto de cuerdas estaba en la sala.

Rodgers alcanzó el control remoto, apagó el DVD y sintonizó la CNN. Estaban transmitiendo en directo desde las Naciones Unidas. No parecía que supieran demasiado acerca de lo que ocurría.

-Mike, sabes cómo son aquí las disposiciones de seguridad -dijo Hood-. Si ésta es una toma de rehenes multinacional, de acuerdo a quiénes sean los perpetradores, la ONU puede llegar a discutir la jurisdicción durante horas antes de siquiera considerar la cuestión de liberar a la gente.

-Comprendido -dijo Rodgers-. Llamaré a Bob y le transmitiré todo esto. ¿Estás en tu celular?

-Sí.

-Mantenme al tanto cuando puedas -dijo Rodgers.

-Está bien -respondió Hood-. Mike...

-Paul, vamos a ocuparnos de esto -le aseguró Rodgers-. Sabes que en general hay un período de enfriamiento inmediatamente después de una toma. Informe de demandas, intentos de negociación. No desperdiciaremos ese tiempo. Tú y Sharon sólo deben tratar de mantener la calma.

Hood le agradeció y colgó. Rodgers subió el volumen del televisor, escuchando mientras se levantaba lentamente. El reportero no tenía idea de quiénes iban en la camioneta o por qué habían atacado las Naciones Unidas. No había habido información oficial, ni comunicación con las cinco personas que aparentemente habían entrado en la sala del Consejo de Seguridad.

Rodgers apagó el televisor. Mientras se dirigía a su habitación para vestirse, el general marcó el número del teléfono celular de Bob Herbert. El jefe de inteligencia del Centro de Operaciones estaba cenando con Andrea Fortelni, una segunda asistente del secretario de Estado. Herbert casi no había salido con mujeres desde que su esposa había sido asesinada en Beirut años atrás, pero era un recolector crónico de inteligencia. De gobiernos extranjeros, de su propio gobierno; no tenía importancia. Como en la película japonesa *Rashomon* -que era lo único, además del sushi y de *Los siete samurais,* que a Rodgers le gustaba de Japón-, raramente había alguna verdad en los asuntos gubernamentales. Sólo diferentes perspectivas. Y, con lo profesional que era, a Herbert le gustaba tener tantas perspectivas como fuera posible.

Herbert era, además, un hombre dedicado a sus amigos y compañeros de trabajo. Cuando Rodgers lo llamó para decirle lo que había sucedido, Herbert dijo que estaría en el Centro de Operaciones en menos de media hora. Rodgers le pidió que llamara también a Matt Stoll. Podrían necesitar entrar a las computadoras de la ONU, y Matt era el mejor de los

hackers. Rodgers dijo que mientras tanto él llamaría a la Striker y pondría a la fuerza en alerta amarillo por si los necesitaran. Junto con el resto del Centro de Operaciones, la fuerza élite de despliegue inmediato, formada por veintiún personas, estaba asentada en la academia del FBI en Quantico. Si fuera necesario, podían llegar a las Naciones Unidas en mucho menos de una hora.

Rodgers tenía la esperanza de que no fuera necesario. Lamentablemente, los terroristas que empezaban matando no tenían nada que perder si volvían a matar. Además, por casi medio siglo, el terrorismo había demostrado ser impermeable a la diplomacia conciliatoria del estilo de la de las Naciones Unidas.

Esperanza, pensó amargamente. *¿Cómo era, lo que había, escrito un dramaturgo o ensayista? Que la, esperanza, es la, sensación que uno tiene de que la, sensación que uno tiene no es permanente.*

Rodgers terminó de vestirse, salió de prisa, mientras anochecía, y se metió en su auto. Olvidó sus propias preocupaciones a medida que avanzaba hacia el sur por el George Washington Memorial Parkway, en dirección al Centro de Operaciones.

Para ayudar a rescatar a una niña de manos de los renegados.

11

Base Andrews de la Fuerza Aérea, Maryland Sábado, 8.37pin

Cuarenta años atrás, en el pico de la Guerra Fría, el vulgar edificio de dos pisos ubicado en el extremo nordeste de la base Andrews era una sala de alistamiento. Servía como zona de estacionamiento de tropas para las tripulaciones de élite conocidas como "los Ravens". En un caso de ataque nuclear, sería tarea de los Ravens evacuar a los principales oficiales militares y gubernamentales y ubicarlos en las instalaciones subterráneas de las montañas Blue Ridge.

Pero el edificio color marfil no era un monumento a otra época. Había jardines en los terrenos donde los soldados solían hacer la instrucción, y no todas las setenta y ocho personas que trabajaban allí llevaban uniforme.

Eran escogidos tácticos, generales, diplomáticos, analistas de inteligencia, especialistas en computación, psicólogos, expertos en reconocimiento, expertos en medio ambiente, abogados y enlaces de prensa que trabajaban para el Centro Nacional para el Manejo de la Crisis.

Después de un período de armamento de dos años, supervisado por el director interino Bob Herbert, la antigua sala de alistamiento se convirtió en un Centro de Operaciones de alta tecnología diseñado para interactuar con y asistir a la Casa Blanca, la Oficina Nacional de Reconocimiento, la Agencia Central de Inteligencia (CÍA), la Agencia Nacional de Seguridad, el Departamento de Estado, el Departamento de Defensa, la Agencia de Inteligencia de Defensa, la Oficina Federal de Investigaciones (FBI), la Interpol y numerosas agencias extranjeras de inteligencia a cargo de crisis domésticas e internacionales. Sin embargo, después de descomprimir por sus propios medios las crisis en Corea del Norte y Rusia, el Centro de Operaciones demostró estar inusualmente calificado para controlar, iniciar o dirigir operaciones alrededor del mundo.

Todo eso había sucedido durante la gestión de Paul Hood.

El general Mike Rodgers detuvo su auto frente a la puerta de seguridad. Un guardia de la Fuerza Aérea salió de la cabina. Aunque Rodgers no iba de uniforme, el joven sargento hizo la venia y levantó la barra de hierro. Rodgers condujo hacia el interior.

Si bien era Paul Hood quien había ejercido la conducción, Rodgers había sido participante activo en cada una de las decisiones y en varias de las acciones militares. Estaba ansioso por manejar la crisis que se les presentaba, en especial si podían hacerlo como él mejor sabía: de manera independiente y encubierta.

Rodgers estacionó y corrió tan rápido como se lo permitieron sus apretados vendajes. Pasó por el teclado de entrada en la planta baja del Centro de Operaciones. Después de saludar a los guardias armados que estaban sentados detrás del Lexan antibalas, avanzó velozmente por las dependencias administrativas del primer piso. La verdadera actividad del Centro tenía lugar en las seguras instalaciones bajo tierra.

Emergiendo en el corazón del Centro de Operaciones, conocido como "el corral", Rodgers se apresuró por entre la cuadrícula de compartimientos hacia el ala ejecutiva. Las oficinas estaban ubicadas en un semicírculo sobre el lado norte. Pasó junto a su propia oficina y fue directamente a la sala de conferencias, a la que el abogado Lowell Coffey III había bautizado como "el tanque".

Las paredes, el piso, la puerta y el cielo raso del tanque estaban recubiertos con bandas de Acoustix que absorbían el sonido, jaspeadas en gris y negro. Detrás de las bandas había varias capas de corcho, un pie de hormigón y más Acoustix. En medio del hormigón, a lo largo de los seis lados de la habitación, corrían un par de rejillas de alambre que generaban ondas de audio vacilantes. Electrónicamente, no había nada que pudiera entrar o salir de la habitación. Si quería recibir las llamadas de su teléfono celular, Rodgers tenía que programarlo para que derivara las llamadas a su oficina y luego allí.

Bob Herbert ya estaba en el lugar, junto con Coffey, Ann Farris, Liz Gordon y Matt Stoll. Todos estaban de franco pero habían concurrido para que el personal nocturno pudiera seguir dedicándose a las tareas habituales del Centro de Operaciones. Era evidente que todos estaban preocupados.

-Gracias por venir -dijo Rodgers mientras irrumpía en la habitación. Cerró la puerta

detrás de él y tomó asiento en la cabecera de la oblonga mesa de caoba. Había terminales de computadora en cada extremo de la mesa y teléfonos en cada una de las doce sillas.

-Mike ¿hablaste con Paul? -preguntó Ann.

-Sí.

-¿Cómo está? -preguntó ella.

-Tanto Paul como Sharon están preocupados -dijo Rodgers secamente.

Las conversaciones del general con Ann eran tan breves como fuera posible, y con el menor contacto visual factible. No le interesaba la prensa, y no le gustaba dar vueltas. Su idea de las relaciones con la prensa era decir la verdad o no decir nada. Pero sobre todo, no aprobaba la fascinación que Ann tenía con Paul Hood. Era una cuestión en parte moral -Hood era casado- y en parte práctica. Todos ellos tenían que trabajar juntos. La química sexual era inevitable, pero la "doctora" Farris nunca se sacaba el guardapolvo de laboratorio cuando estaba cerca de Hood.

Si Ann lo notaba, no lo demostraba.

-Le dije a Paul que le avisaríamos cuando tuviésemos algo -dijo Rodgers -. Pero no quiero llamar salvo que sea estrictamente necesario. Si Paul no es evacuado, tal vez trate de acercarse a la situación. No quiero que le suene el teléfono cuando esté con la oreja pegada a una puerta.

-Además -dijo Stoll-, esa línea no es exactamente segura.

Rodgers asintió. Miró a Herbert.

-Llamé al coronel August viniendo hacia aquí. Tiene a la Striker en alerta amarilla y está buscando en la base de datos DOD todo lo que tengan sobre el edificio de las Naciones Unidas.

-La CÍA confeccionó un mapa bastante exhaustivo cuando lo estaban levantando -dijo Herbert-. Estoy seguro de que debe haber mucho en archivo.

El elegante abogado Lowell Coffey III estaba sentado a la izquierda de Rodgers.

-Te queda claro, Mike, que los Estados Unidos no tienen ningún tipo de jurisdicción en el territorio de las Naciones Unidas -señaló-. Ni siquiera la policía de Nueva York puede entrar allí si no se lo solicitan.

-Entiendo -dijo Rodgers.

-¿Te importa? -preguntó Liz Gordon.

Rodgers miró a la robusta psicóloga, sentada junto a Coffey.

-Lo único que me importa es Harleigh Hood y los otros niños en la sala del Consejo de Seguridad -replicó.

Liz parecía querer decir algo. No lo hizo. Rodgers notó la desaprobación en su gesto. Cuando él había vuelto de Medio Oriente, ella le había hablado acerca de no descargar su enojo y su desesperación sobre otros blancos. A él no le pareció que lo estuviera haciendo. Aquella gente, quienquiera que fuese, se había ganado su enojo por derecho propio.

Rodgers se volvió hacia Herbert, sentado a su derecha.

-Los que lo hicieron, ¿utilizaron algún tipo de inteligencia?

Herbert se inclinó en su silla de ruedas.

-Nada -dijo el casi calvo jefe de inteligencia-. Entraron con una camioneta. Supimos el número de licencia por la televisión y la rastreamos hasta la agencia de alquiler. El tipo al que se la alquilaron, Ilya Gaft, es inventado.

-Tiene que haberle mostrado una licencia de conducir al empleado -dijo Rodgers.

Herbert asintió:

-Y se correspondía con el Departamento de Automotores hasta que pedimos el archivo. No existía. Es muy fácil conseguir una licencia falsificada.

Rodgers asintió.

-Había triple seguridad para la recepción -dijo Herbert-. Estuve comparando datos con la fiesta del año pasado. El problema es que estaban muy concentrados en los tres puntos de entrada de vehículos y en la plazoleta ubicada al norte de las Naciones Unidas. Estos delincuentes aparentemente entraron volando la barrera de hormigón con un lanzacohetes, después atravesaron el patio y entraron directo en el maldito edificio. Le dispararon a todo el

que se interpusiera antes de meterse en el Consejo de Seguridad.

-¿Y no han dicho una palabra? -preguntó Rodgers.

-Ni un susurro -dijo Herbert-. Llamé a Darrell en España. El llamó a alguien en Madrid que es cercano a la gente de seguridad de la ONU. Se pusieron en contacto inmediatamente. Apenas sepan algo acerca de qué hay dentro de la camioneta o la clase de armas que usaron estos tipos, lo sabremos.

-¿Y la ONU? ¿Hizo alguna declaración pública? -le preguntó Rodgers a Ann.

-Ninguna -dijo ella-. No ha salido ningún vocero.

-¿Ningún informe a la prensa?

Ann negó con la cabeza.

-El servicio de información de la ONU no es una fuerza de respuesta rápida.

-Nada en las Naciones Unidas es de respuesta rápida -dijo Herbert disgustado-. Llamó el amigo en Interpol de este tipo Darrell; es ayudante personal del coronel Rick Mott, jefe de seguridad de las Naciones Unidas. El ayudante dijo que todavía no habían recogido siquiera los cascos de las balas que quedaron afuera del Consejo de Seguridad, y ni hablar de tomarles las huellas digitales o rastrear su proveniencia. Y eso fue como treinta y cinco minutos después de que todo esto empezara. Recién se estaban organizando para mirar las cintas de las cámaras de seguridad y después reunirse con la secretaria general.

-Para las reuniones son buenos -dijo Rodgers-. ¿Y qué hay de otras cintas? -le preguntó a Ann-. Las agencias de noticias deben haber ubicado a cada uno de los turistas que estaban en la calle, tratando de conseguir la grabación del ataque.

-Buena idea -dijo ella-. Haré que Mary haga algunas llamadas, aunque a esa hora no creo que hubiera demasiados turistas allí afuera.

Ann levantó el teléfono y le pidió a su asistente que verificara todo lo que hubieran recopilado las cadenas de televisión y agencias de noticias por cable.

-Estoy seguro -dijo Coffey- de que la policía tiene cámaras de vigilancia en algunas calles de Nueva York. Llamaré al fiscal de distrito para averiguar.

El abogado metió la mano en su blazer azul y sacó su agenda digital.

Rodgers tenía la vista fija en la mesa. Tanto Ann como Coffey estaban al teléfono. Pero no era suficiente. Tenían que hacer más.

-Matt -dijo Rodgers-, los atacantes tienen que haberse metido en la computadora del Departamento de Automotores para ingresar la licencia falsa.

-Eso es muy fácil de hacer -dijo Stoll.

-Está bien. ¿Pero hay alguna manera de rastrear la operación para llegar hasta el que la hizo? -preguntó Rodgers.

-No -dijo el corpulento Matt-. Ese rastreo tienes que prepararlo de antemano. Esperas a que den el golpe y después sigues la señal. Aun así, un buen hacker puede hacer pasar la señal por terminales en otras ciudades. Diablos, si quiere hasta puede hacerla rebotar en un par de satélites. Además, por lo que sabemos, esta gente tiene a alguien adentro.

-Eso es cierto -dijo Herbert.

Rodgers seguía con la mirada fija. Necesitaba un precedente, una pauta, algo con lo que empezar a construir un perfil. Y lo necesitaba rápido.

-Han dado estas fiestas todos los años durante cinco años -dijo Herbert-. Tal vez alguien tramó todo el año pasado. Tendríamos que echar un vistazo a la lista de invitados, ver si alguien...

En ese momento sonó el teléfono de Rodgers. Lo tomó, dando un respingo al estirar los vendajes del lado derecho.

-Aquí Rodgers.

-Soy Paul -dijo su interlocutor.

Rodgers hizo un gesto para que todos se callaran, luego apretó el botón para hablar.

-Estamos aquí -dijo-. En el tanque.

-¿Qué se sabe?

-Nada -le dijo Rodgers-. Ni declaraciones, ni demandas. ¿Tú cómo estás?

-Hace un minuto sonó el teléfono -dijo Hood-. Van a enviar un equipo de evacuación.

Antes de que lo hagan, quiero ver qué está ocurriendo.

A Rodgers no le gustó la idea de que Paul anduviera por ahí sin anunciarse. Las asustadizas fuerzas de seguridad podrían tomarlo por un terrorista. Pero Paul lo sabía. También sabía que si la Striker iba a hacer algo para ayudar a liberar a Harleigh y a los otros niños, necesitaba información de inteligencia.

-Estoy en la puerta -dijo-. Oigo pasos afuera. Abriendo...

Se produjo un largo silencio. Rodgers miró las caras de los otros. Todos lucían sombríos, con la vista hacia abajo; Ann se había ruborizado. Debía saber que todos estaban pensando en su reacción. Todos menos Rodgers. El estaba deseando estar con Hood, en medio del problema. ¿Cómo era que el mundo había virado así? El jefe estaba en el campo, y el soldado en un escritorio.

-Espera -dijo Hood quedamente-. Algo está ocurriendo.

Hubo otro silencio, esta vez breve.

-Mike, alguien sale de la sala del Consejo de Seguridad-dijo Hood-. Oh, Dios -dijo un momento después-. Dios.

12

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 9.01 pm

Reynold Downer estaba en una de las dos puertas del Consejo de Seguridad que daban al pasillo. La doble puerta de roble estaba en el extremo norte de la larga pared posterior del Consejo. Afuera, justo del otro lado de la puerta, una segunda pared se extendía hacia el pasillo, perpendicular a la pared del Consejo de Seguridad. Downer sólo había abierto la puerta más lejana. El australiano todavía llevaba su máscara de esquí.

Frente a Downer había un hombre delgado, de mediana edad, con traje negro. Era el delegado sueco Leif Johanson. En su mano temblorosa había una hoja tamaño legal. Downer sostenía un manojo del rubio cabello del hombre, tironeando levemente hacia atrás. Apretaba la automática contra la base de su cráneo. El australiano hizo girar al hombre, que miraba hacia el rincón formado por las dos paredes.

Delante de ellos había una docena de guardias de seguridad. Los hombres y mujeres llevaban chalecos antibalas y cascos con gruesos visores. Empuñaban sus pistolas. Varios de los guardias temblaban ligeramente. Eso no era nada sorprendente. Aunque se habían llevado los cuerpos de sus camaradas muertos, la sangre todavía estaba en el piso.

-Habla -dijo Downer al oído de su prisionero.

El hombre bajó la mirada hacia el papel. Temblaba violentamente mientras leía.

-Me han ordenado que les informe lo siguiente -dijo suavemente, con acento sueco.

-¡Más fuerte! -dijo Downer entre dientes.

El hombre subió la voz.

-Tienen noventa minutos para entregar 250 millones de dólares estadounidenses a la Confederación de Finanzas de Zurich, cuenta VEB-9167681-EPB. El nombre de la cuenta es falso, y cualquier intento de acceder a ella resultará en muertes adicionales. También entregarán un helicóptero con capacidad para diez personas, en buen estado y con combustible, en el patio. Nos llevaremos pasajeros para asegurarnos su constante cooperación. Nos notificarán por radio, por el canal normal de seguridad de las Naciones Unidas, cuando ambas cosas estén aquí. No reconoceremos ninguna otra comunicación. Si no cumplen, se matará un rehén en el acto y luego otro por hora empezando con... conmigo -el hombre se detuvo. Tuvo que esperar que el papel dejara de sacudirse para continuar-. Cualquier intento de liberar a los rehenes resultará en una descarga de gas venenoso que matará a todos los que estén en la habitación.

Rápidamente, Downer hizo retroceder al hombre hacia la puerta abierta. Le dijo que dejara caer el papel para que los oficiales tuvieran el número de cuenta, y una vez que hubieron entrado le ordenó cerrar la puerta. Cuando se cerró, Downer soltó los cabellos del hombre. El sueco permaneció allí, tambaleándose.

-Te-tendría que haber tratado de correr -murmuró el sueco. Miró hacia la puerta. Obviamente estaba calculando sus posibilidades de volver a salir.

-Las manos en la cabeza, y camina -gruñó Downer.

El sueco lo miró.

-¿Por qué? ¡Me matarás en una hora tanto si coopero como si no!

-No si hacen la entrega -dijo Downer.

-¡No pueden! -gritó el sueco-. ¡No entregarán tranquilamente un cuarto de millar de millones de dólares!

Downer levantó la pistola.

-Sería una pena si lo hicieran y yo ya te hubiera matado -dijo-. O si te mato y después tengo que dispararle a tu compañero dentro de noventa minutos.

Su provocación se desvaneció rápidamente. De mala gana, el sueco puso las manos sobre la cabeza. Comenzó a bajar las escaleras, que corrían a lo largo del lado sur de la galería.

Downer iba varios pasos detrás del delegado. A la izquierda había butacas de terciopelo verde en dos grupos de cinco filas cada uno. Antes de la era de la seguridad reforzada, estas butacas eran utilizadas por el público que presenciaba las actividades del Consejo de Seguridad. Una valla de madera alta hasta la cintura separaba la fila inferior del piso principal.

Frente a esa valla había una fila de sillas. Esas sillas estaban reservadas para los delegados que no eran miembros del Consejo de Seguridad. Más allá del área para observadores estaba el sector principal de la sala del Consejo. Este sector estaba dominado por una gran mesa en forma de herradura. Dentro de esta mesa había una mesa angosta y rectangular que miraba a este y oeste. Cuando el Consejo estaba en sesión, los delegados se sentaban en la mesa externa y los traductores en la mesa central. Esa noche, los niños estaban sentados en el lado más alejado de la mesa circular y los invitados de los delegados estaban en la mesa circular y en la rectangular del centro. Los delegados estaban sentados en el piso dentro de la mesa circular. Cuando el sueco volvió a unirse a los otros delegados, su compañera, una mujer joven y atractiva, lo miró desde donde estaba sentada. Él inclinó la cabeza en señal de que estaba bien.

Más allá de la mesa, en el fondo de la sala, dos altos ventanales permitían a los miembros del Consejo de Seguridad contemplar el río East. El vidrio era a prueba de balas, y las cortinas verdes estaban cerradas. Entre ellas había un gran cuadro que representaba el fénix levantando vuelo desde las cenizas; simbólicamente, el mundo resurgiendo de la destrucción de la Segunda Guerra Mundial. En cada lado de la habitación, un piso más arriba, estaban los cuartos para los medios, que reemplazaban a la sala de corresponsales.

Barone y Vandal estaban parados a cada lado de la sala, junto a las ventanas. Sazanka estaba ubicado junto a la puerta del lado norte, y Georgiev iba y venía controlando las otras cinco puertas del piso principal. En ese momento estaba parado en la abertura de la mesa-herradura. Como Downer, los hombres aun llevaban sus máscaras de esquí.

Cuando el sueco se sentó, Downer caminó hacia Georgiev.

-¿Quién estaba allí afuera? -preguntó Georgiev.

-Tenían como una docena de chicas en el pasillo -dijo Downer.

Las chicas eran los guardias para fines generales de la ONU, así llamados porque solían andar por allí conversando. Los guardias a quienes les habían disparado al entrar eran todos "chicas".

-No había personal de las fuerzas especiales -dijo Downer-. No pueden actuar con decisión ni cuando sus propias papas queman.

-Esta noche aprenderán a hacerlo -dijo Georgiev.

Georgiev hizo un gesto hacia el sueco.

-¿Leyó el mensaje exactamente como lo escribí?

Downer asintió.

El búlgaro miró su reloj.

-Entonces les quedan ochenta y cuatro minutos antes de que empecemos a enviarles los cadáveres.

-¿Realmente crees que accederán? -preguntó Downer quedamente.

-No al principio -dijo Georgiev-. Eso lo he dicho todo el tiempo -echó un vistazo hacia las mesas. Su voz sonó desapasionada y práctica cuando dijo-: Pero lo harán. Cuando los cadáveres se acumulen y nos vayamos acercando a las niñas, lo harán.

13

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 9.33pin

Hood hizo un bailecito rápido y esquizofrénico.

No había respirado mientras escuchaba las demandas de los terroristas. El director de crisis que había en él no se había querido perder una palabra o inflexión, en busca de cualquier cosa que le pudiera indicar si realmente contaban con ese espacio en blanco del que había hablado Mike. No lo tenían. Sus demandas eran específicas y tenían un tiempo delimitado. Ahora que los terroristas habían terminado de hablarles a los guardias, Hood no podía respirar. El director de crisis había sido reemplazado por el padre, uno que acababa de enterarse del improbable precio de la libertad de su hija.

Lo improbable no era la cantidad exigida. Hood sabía, de sus tiempos en la banca, que existía un líquido de hasta mil millones de dólares en los bancos y las instituciones de reserva federal de Nueva York y Boston. Incluso los límites de tiempo podían llegar a manejarse si las Naciones Unidas y el gobierno federal se decidieran a hacerlo. Pero no lo harían. Para obtener la ayuda de los bancos locales y la reserva federal, el gobierno de Estados Unidos tendría que ser garante del préstamo. El gobierno federal podría llegar a acceder si la secretaria general se lo pidiera y consintiera en cubrir el préstamo con capitales de las Naciones Unidas. Sin embargo, la secretaria general probablemente temiera hacerlo, ante la posibilidad de ofender a aquellas naciones que ya se sentían agraviadas por la influencia norteamericana sobre las Naciones Unidas. Y aun si Estados Unidos quería ceder el dinero como un modo de saldar parte de su deuda pendiente, se necesitaría que el Congreso aprobara el desembolso. No había tiempo de organizar siquiera una sesión de emergencia. Y, por supuesto, una vez que el dinero fuera transferido, los terroristas realizarían transferencias electrónicas, distribuyéndolo entre diferentes cuentas a través del sistema y en cuentas relacionadas en otros bancos o grupos de inversión. No habría manera de marcar los fondos o detener la transferencia. Y no habría manera de detener a los terroristas. Habían pedido un helicóptero con diez asientos porque pensaban llevar rehenes. Un rehén por persona, excluyendo al piloto. Eso significaba que probablemente había cuatro o cinco terroristas.

Todo esto pasó por la mente de Hood en el tiempo que le llevó cerrar la puerta. Se volvió hacia la habitación y logró inhalar un poco de aire. Los otros padres habían oído las demandas y aún estaban procesando lo ocurrido. Sharon estaba parada junto a su marido. Lo miraba mientras las lágrimas caían por sus mejillas. De pronto él se convirtió en otro: el marido. Un marido que debía mantener la serenidad por su mujer.

La puerta se abrió, y Hood se dio vuelta. Un guardia se asomó dentro de la habitación mientras otro cubría el pasillo.

-¡Vengan conmigo! -ladró el joven-. Rápido y en silencio -agregó mientras los iba haciendo pasar.

Hood se hizo a un lado mientras los padres salían. Sharon se paró junto a él. Él le tomó la mano con su mano izquierda y entonces recordó que tenía el teléfono en la derecha. Se lo acercó a la boca.

-¿Mike? -dijo-. ¿Aún estás allí?

-Aquí estoy, Paul -dijo Rodgers-. Oímos todo.

-Nos están trasladando -dijo Hood-. Volveré a llamar.

-Aquí estaremos -le aseguró Rodgers.

Hood cerró el teléfono y volvió a deslizarlo dentro de su bolsillo. Cuando salió el último de los padres, Hood dio un tironcito en la mano de su esposa. Ella avanzó, y él la siguió.

Los padres fueron velozmente conducidos más allá de la sala del Consejo de Seguridad, hacia las escaleras mecánicas. Hubo algunos sollozos y súplicas por el regreso de sus hijas, pero los guardias mantuvieron al grupo en movimiento.

Hood seguía sosteniendo la mano de Sharon. Ella le apretaba los dedos, probablemente sin darse cuenta de la fuerza con que lo hacía.

Mientras bajaban por las escaleras, Hood pudo ver más guardias que subían con escudos transparentes de un metro ochenta de alto, equipamiento de audio y lo que parecían ser aparatos de fibra óptica. Obviamente iban a tratar de ver cómo estaban tratando a los rehenes

y de captar fragmentos de conversación que les pudieran indicar quiénes eran los terroristas. Pero Hood sabía que eso no les devolvería a sus hijas. Las Naciones Unidas no tenían ni el conocimiento táctico ni el personal para hacerlo. Eran una organización de consenso, no de acción.

-Dime que tienes un plan -murmuró Sharon mientras descendían por las escaleras. Lloraba abiertamente. Así como varios otros padres.

-Vamos a pensar en algo -respondió Hood.

-Necesito más que eso -dijo Sharon-. Harleigh es mi nena, y la estoy dejando sola y asustada allí arriba. Tengo que saber que estoy haciendo lo correcto.

-Estás haciendo lo correcto -dijo Hood-. La sacaremos de allí, lo prometo.

El grupo llegó al vestíbulo principal y fue conducido escaleras abajo. Un centro comando temporal se estaba organizando en el vestíbulo, frente a las tiendas de regalos y el restaurante. Eso tenía sentido. Si los terroristas tenían cómplices, les sería difícil controlar las actividades aquí abajo. También para la prensa sería dificultoso llegar hasta allí, lo cual probablemente era bueno. Dado el alcance internacional de lo que estaba sucediendo, la cobertura periodística era inevitable. Como la ONU iba a querer que allí abajo hubiese la mínima cantidad de gente posible, seguramente seleccionarían un pequeño grupo de reporteros.

Los padres fueron llevados hacia la cafetería, donde los sentaron en mesas apartadas del vestíbulo. Les ofrecieron sandwiches, agua mineral y café. Uno de los padres encendió un cigarrillo. Nadie le pidió que lo apagara. Momentos después llegaron algunos miembros del personal superior de seguridad para interrogar a los padres sobre cosas que pudieron haber visto u oído mientras estaban en la sala de prensa. También bajaron un psicólogo y un médico para ayudarlos a atravesar la crisis.

Hood no necesitó su ayuda.

Captando la mirada del jefe de seguridad, dijo que salía para ir al baño. Se levantó, logrando esbozar una sonrisa para Sharon, y rodeó las mesas en dirección al vestíbulo. Fue al baño, entró al compartimiento más alejado y volvió a llamar a Mike Rodgers. Permaneció allí parado, apoyándose contra la pared de azulejos. Su camisa estaba fría de transpiración.

-¿Mike? -dijo.

-Sí.

-La gente de la ONU está entrando con equipamiento audiovisual -dijo Hood-. A nosotros nos trasladaron abajo para interrogarnos y darnos apoyo psicológico.

-Reacción clásica -dijo Rodgers-. Se están preparando para un sitio.

-Esa no es una opción posible -dijo Hood-. Los terroristas no quieren negociar, no quieren que liberen a nadie de la cárcel. Quieren dinero. ¿No tiene la ONU una unidad de respuesta especial?

-Sí -dijo Rodgers-. La ONU-Ops es una división de la fuerza de seguridad que cuenta con nueve personas. Establecida en 1977, entrenada por el Departamento de Policía de Nueva York en tácticas de SWAT y situaciones de toma de rehenes, y nunca testeada en campo.

-Cielos.

-Sí -dijo Rodgers-. ¿Por qué alguien atacaría las Naciones Unidas? Son inofensivas. Tenemos a Darrell en otra línea. Dice que la política del Departamento de Policía es contener y negociar, evitar que las cosas estallen. Y si las cosas explotan, mantenerlas dentro de ciertos límites. Pareciera que para eso se está preparando el equipo de seguridad allí donde estás.

Hood sintió que le pateaban el estómago. *¡Era la muerte de su hija lo que trataban de "mantener dentro de ciertos límites"!*

-Darrell también tiene un contacto en la oficina de la secretaria general -siguió Rodgers-. Chatterjee va a reunirse con representantes de las naciones afectadas.

-¿Para hacer qué? -preguntó Hood.

-Por el momento, nada. No parecen inclinarse por satisfacer las demandas de los terroristas. Todavía están tratando de descifrar quién es esta gente. Tienen el papel con el texto del sueco, pero obviamente fue escrito al dictado por el delegado. No sirve para rastrear a los terroristas.

-Así que piensan quedarse allí sentados.

-Por ahora -dijo Rodgers-. Eso es lo que hace la ONU.

La tristeza de Hood se tiñó de ira. Tuvo ganas de entrar él mismo en la sala del Consejo de Seguridad y matar uno por uno a los terroristas. En cambio, se volvió y golpeó la pared con la base de su puño.

-Paul -dijo Rodgers.

Nunca en su vida Hood se había sentido tan impotente.

-Paul, tengo a la Striker en alerta amarillo.

Hood reclinó la cabeza contra la pared.

-Si los haces venir, el mundo -no sólo el gobierno federal-, el *mundo* te va a hacer papilla.

-Te voy a decir una palabra -dijo Rodgers-. Entebbe. Públicamente, el mundo condenó a los comandos israelíes por entrar en Uganda y rescatar a los rehenes de Air France de manos de los terroristas palestinos. Pero en la intimidad, cada individuo bienpensante esa noche se durmió con cierto orgullo. Paul, me importa un bledo lo que piense de mí China o Albania o la secretaria general o hasta el presidente de los Estados Unidos. Quiero sacar a esas niñas de allí.

Hood no supo qué decir. El salto del alerta amarillo al rojo ni siquiera era su decisión, y sin embargo Rodgers quería su aprobación. Había algo en todo aquello que lo emocionaba profundamente.

-Yo te apoyo, Mike -dijo Hood-. Yo te apoyo, y que Dios nos ayude.

-Vuelve con Sharon y quédate tranquilo -dijo Rodgers-. Te prometo que sacaremos a Harleigh de allí.

Hood le agradeció, apagó el teléfono y se lo metió en el bolsillo. El gesto de Mike disparó las lágrimas que había estado reprimiendo desde que todo empezó. Se quedó allí sollozando con la mejilla apretada contra el frío azulejo. Un minuto después se abrió la puerta del baño. Hood contuvo las lágrimas, se puso de pie y tomó algunas toa-llitas de papel. Se secó los ojos.

Era extraño. Hood le había dicho a Sharon lo que ella quería oír, que salvarían a Harleigh, aun cuando él mismo no lo creyera del todo. Sin embargo cuando Mike dijo lo mismo, él le creyó. Se preguntó si la fe sería siempre tan fácil de manipular. Darle un empujón firme a la necesidad de creer.

Se sonó la nariz y tiró la toallita al inodoro. Había una diferencia, pensó mientras salía del compartimiento. La fe era la fe, pero Mike Rodgers era Mike Rodgers. Y uno de los que jamás lo había desilusionado.

14

Quantico, Virginia Sábado, 9.57pin

La base del Cuerpo de Infantería de Marina en Quantico es un rústico edificio que alberga diversas unidades militares. Éstas van desde el ComSisCueMar -Comando de Sistemas del Cuerpo de Marina- al encubierto Laboratorio Antibélico de la Comandancia, un comité de estudio militar. Quantico está considerada como la confluencia intelectual del Cuerpo de Marina, donde equipos de neólogos "antibélicos" diseñan y estudian tácticas y luego las ponen en acción en realistas simulacros de combate. Quantico también se precia de poseer algunas de las mejores armas de pequeño calibre y campos de tiro para granadas, escenarios de maniobras terrestres, instalaciones para ataque con artillería liviana y cursos de resistencia física de todo el ejército de Estados Unidos.

Muchas de las funciones principales de la base en realidad tienen lugar en Campo Upshur, un campamento de entrenamiento ubicado veinticinco millas al noroeste de la base dentro del Área de Entrenamiento 17. Allí, la Compañía Delta, el 4º Batallón de Reconocimiento de Artillería Liviana, la 4º División de Marina, la división Striker del Centro de Operaciones y las unidades de apoyo de reserva de la Marina refinan las técnicas que aprendieron en sus tiempos de reclutas. Compuesto por veintiún edificios que van desde aulas de clase a edificios para pelotón estilo cabana Quonset, el Campo Upshur es capaz de alojar hasta 500 tropas.

Al coronel Brett August le gustaba Quantico, y más aún le gustaba Upshur. Repartía su tiempo entre el adiestramiento de su pelotón Striker y las conferencias sobre historia militar, estrategia y teoría. También le gustaba hacer participar a su gente en rigurosas competencias deportivas. Lo veía como un entrenamiento tanto psicológico como fisiológico. Era interesante. Había dispuesto que los ganadores tuvieran tarea extra. La basura, la cocina, las letrinas. Sin embargo nunca nadie había tratado de perder un partido de fútbol o de baloncesto, ni siquiera una lucha con sus hijos a caballito en la piscina. Jamás. De hecho, August nunca había visto soldados tan contentos de hacer trabajos pesados. Liz Gordon pensaba escribir un ensayo sobre el fenómeno, que llamaría "El masoquismo de la victoria".

Ahora, sin embargo, era August quien sufría. Al volver de la acción en España, las promociones y traslados por antigüedad le habían costado algunos de los principales Strikers. Durante los días siguientes al vaciamiento, había estado trabajando duro con cuatro nuevos guerreros. Se estaban concentrando en disparo nocturno con Howitzers de 105 mm cuando llegó el llamado del general Rodgers para poner al equipo en alerta amarillo. August hubiese querido darles más tiempo a los nuevos miembros para integrarse con los viejos, pero no importaba. Estaba satisfecho de que la gente nueva viera acción si se hacía necesario. Los segundos tenientes de Marina John Friendly y Judy Quinn eran de lo más duro que August había conocido, y los soldados de primera clase de Delta, Tim Lucas y Moe Longwood, eran el experto en comunicaciones y el especialista en combate cuerpo a cuerpo nuevos. Existía una natural competencia entre ambas ramas, pero eso era bueno. Bajo fuego las barreras desaparecían, y estaban todos del mismo lado. La gente nueva era habilidosa y encajaría bien con los Strikers experimentados: el sargento Chick Grey, el cabo Pat Prementine -el genio en tácticas de infantería-, la soldado de primera Sondra DeVonne, el corpulento soldado Walter Pupshaw, el soldado Jason Scott y el soldado Terrence Newmeyer.

Un alerta amarillo significaba equiparse y esperar en la sala de alistamiento hasta saber si se debía dar el siguiente paso. La sala de alistamiento constaba de un escritorio de bronce junto a la puerta, custodiado las veinticuatro horas por un sargento administrativo; pesadas sillas de madera dispuestas como en un aula (la jefatura no quería que nadie se pusiera demasiado cómodo y se quedara dormido); una vieja pizarra, y una terminal de computadora en una mesa frente a ella. En el caso de que se los necesitara, un LongRanger Bell de quince asientos modelo 205A-1 saldría de una pista adyacente y realizaría el viaje de media hora hasta la base Andrews de la Fuerza Aérea. Desde allí, el grupo volaría en un C-130 hasta la terminal aérea de la Marina en el aeropuerto La Guardia de Nueva York. Rodgers había dicho que el potencial objetivo de la Striker era el edificio de las Naciones Unidas. El C-130 no necesitaba demasiado espacio para aterrizar, y La Guardia, si bien no era una parada usual

para tráfico militar, era el terreno más cercano a las Naciones Unidas.

Si había algo que el alto y flaco coronel odiaba era esperar. Un resabio de Vietnam, le daba la sensación de haber perdido el control. Cuando August era prisionero de guerra, tenía que esperar el siguiente interrogatorio en mitad de la noche, la siguiente golpiza, la siguiente muerte de alguien junto a quien había peleado. Tenía que esperar las noticias, transmitidas en cautelosos susurros por los que llegaban al campo. Pero la peor de las esperas tuvo lugar cuando August trató de escapar. Tuvo que regresar cuando su compañero fue herido y necesitó atención médica. Nunca tuvo otra posibilidad de huir. Sus captores se aseguraron de que así fuera. Tuvo que esperar que los latosos, lerdos diplomáticos de París, tan preocupados por su propio prestigio, negociaran su liberación. Nada de eso le inculcó paciencia. Más bien le enseñó que esperar era para gente que no tenía otras opciones. Una vez le había dicho a Liz Gordon que la espera era la verdadera definición del masoquismo.

Como las Naciones Unidas estaban junto al río, el coronel August hizo que los Strikers llevaran su equipo acuático. Y como iban a Manhattan, se vistieron de civil. Mientras los diez miembros del equipo controlaban su equipo y vestimenta, August utilizó la computadora de la sala de alistamiento para visitar la página de las Naciones Unidas en Internet. Nunca había estado en el edificio y quería darse una idea de su disposición. Mientras navegaba hacia la página, las noticias on-line relataban el suceso de último momento en Nueva York, la toma de rehenes en las Naciones Unidas. August se sorprendió; no sólo de que una institución imparcial fuera atacada por terroristas sino de que se requiriera la ayuda de tropas norteamericanas. No se le ocurría una sola instancia en la que se invitara a las fuerzas armadas de los Estados Unidos a colaborar en una situación así.

Mientras estudiaba las opciones del sitio, Sondra DeVonne y Chick Grey se pararon detrás de él. Había iconos para Paz y Seguridad, Asuntos Humanitarios, Derechos Humanos y otros tópicos amables. Fue al icono de Base de Datos para intentar encontrar un plano del maldito lugar. No sólo no había estado nunca allí: tampoco deseaba ir. A pesar de todos sus enérgicos discursos sobre la paz y los derechos, a él y a sus camaradas de Inteligencia de la Fuerza Aérea los habían dejado en una cárcel vietnamita por más de dos años.

En la base de datos había otros materiales de referencia. Grabaciones en video de reuniones del Consejo de Seguridad y la Asamblea General. índices sociales. Tratados internacionales. Minas terrestres. Base de datos del Curso de Entrenamiento para el Mantenimiento de la Paz. Había hasta un glosario de los Símbolos para Documentos de las Naciones Unidas, que en sí mismo era un acrónimo: UN-I-QUE, por UN Info Quest (Búsqueda de Información sobre las Naciones Unidas)[*].

-Espero que Bob Herbert tenga más suerte -dijo August-. No hay un solo mapa del complejo.

-Tal vez consideren que publicarlo es un riesgo de seguridad -sugirió DeVonne. Desde su incorporación a la Striker, la bonita mujer negra se había estado entrenando para Geo-Intel (inteligencia geográfica), la cual, además del planeamiento de reconocimientos, se estaba utilizando cada vez más para programar misiles inteligentes-. Quiero decir -dijo-, que si se expusiera un plano detallado, uno podría planear y hasta realizar un ataque con misiles sin siquiera moverse de donde está.

-Sabes, ése es el problema con la seguridad hoy en día -dijo Grey-. Puedes implementar toda la protección antiterrorista de avanzada que quieras, y aun así ellos pueden entrar a la vieja usanza. Un idiota con un cuchillo de mesa o un alfiler de sombrero todavía puede agarrar a una azafata y tomar un avión.

-Eso no significa que uno tenga que facilitárselo -dijo DeVonne.

-No -convino Grey-. Pero no te engañes pensando que todo eso realmente va a funcionar. Los terroristas seguirán entrando a donde quieran, igual que un asesino con determinación seguirá teniendo la posibilidad de convertirse en líder mundial.

Sonó el teléfono, y el sargento en el escritorio respondió. Era para August. El coronel se apresuró hacia allí. Si salían de la habitación, los soldados cambiaban inmediatamente al

[*] N. de la T.: Juego de palabras intraducible. "Unique" significa singular, único, extraordinario.

seguro teléfono móvil TAC-SAT. Mientras estuvieran adentro, seguían usando las seguras líneas de base.

-Aquí coronel August -dijo.

-Brett, soy Mike -en público, los oficiales mantenían el protocolo. En conversaciones privadas, eran los dos hombres que se conocían desde la infancia-. Tienes visto bueno.

-Visto bueno recibido -respondió August. Miró al grupo. Ellos ya estaban empezando a recoger sus equipos.

-Te daré el informe de la misión cuando llegues -dijo Rodgers.

-Te veo en treinta minutos -respondió August, luego colgó.

Menos de tres minutos después, el escuadrón Striker se ajustaba los cinturones en los asientos del helicóptero para el vuelo hacia Andrews. Mientras la ruidosa aeronave se elevaba en la noche y viraba hacia el nordeste, el coronel August, desconcertado, pensaba en algo que había dicho Rodgers. Habitualmente, los parámetros de la misión se transmitían al avión por medio de un seguro módem tierra-aire. Se ganaba tiempo y el proceso podía continuar aun mientras el equipo estaba en el aire.

Rodgers había dicho que les daría los parámetros de la misión cuando llegaran. Si eso significaba lo que él creía, ésa sería una noche más interesante y excepcional de lo que había esperado.

15

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 10.08 pm

Al llegar a la sala del Consejo de Seguridad, las violinistas se habían agrupado detrás de la mesa con forma de herradura en el piso principal. Su directora musical, la señorita Dorn, acababa de llegar. La joven de veintiséis años había dado un concierto especial en Washington la noche anterior, y había volado desde allí ese mismo día. Mientras la señorita Dorn repasaba la partitura, Harleigh Hood se paró junto a las cortinas frente a una de las ventanas. Espió el río que se oscurecía y sonrió ante las movedizas luces que se reflejaban en la superficie. Las manchas brillantes y coloridas la hicieron pensar en notas musicales, y se preguntó por qué las partituras nunca se imprimían en color; un color distinto para cada octavo.

Harleigh acababa de soltar el borde de la cortina cuando se oyeron disparos en el corredor. Momentos después, las puertas dobles en el lado norte de la sala se abrieron de golpe, y los hombres enmascarados entraron corriendo.

Ni los delegados ni sus invitados se movieron, y las jóvenes músicas se quedaron donde estaban, en dos filas apretadas. Sólo la señorita Dorn se movió, ubicándose protectoramente entre las niñas y los intrusos. Los enmascarados estaban demasiado ocupados como para reparar en ella. Corrían por los costados de la sala, rodeando a los delegados. Ninguno dijo nada hasta que uno de ellos agarró a un delegado y lo empujó hacia el costado. El intruso le habló al hombre en voz baja, como si temiera ser oído. El delegado, que había sido presentado a las violinistas al principio, en una fila de bienvenida -era de Suecia, pero ella había olvidado su nombre-, le dijo al grupo que nadie saldría herido si permanecían en silencio y hacían exactamente lo que se les decía. A Harleigh no le sonó muy convincente. El hombre ya tenía el cuello de la camisa transpirado, y todo el tiempo movía los ojos como si buscara hacia dónde huir.

El intruso volvió a hablarle al delegado. Se sentaron a la mesa-herradura. Le dieron al delegado papel y lápiz.

Dos de los intrusos controlaron las ventanas, abrieron las puertas para ver qué había detrás y luego tomaron otras posiciones. Cuando uno de ellos se había parado junto a su ventana, prácticamente pegado a su hombro, Harleigh había tenido que refrenar el impulso de decir algo. Le hubiera querido preguntar qué estaba haciendo. Su padre siempre le había dicho que una pregunta razonable, razonablemente formulada, rara vez provocaba una respuesta enojada.

Pero Harleigh llegaba a oler la pólvora amarga -o lo que ese olor fuera- proveniente del revólver del hombre. Y le pareció ver manchas de sangre en sus guantes. El temor le paralizó la garganta y le aflojó las tripas. Sus piernas realmente se debilitaron, aunque no en las rodillas sino en los muslos. No dijo nada y luego se enojó por haber tenido miedo. Hablar podría haber hecho que le dispararan, pero también podría haber hecho que los intrusos se compadecieran de ella. O tal vez la hubieran hecho vocera o líder del grupo o cualquier cosa que la hiciera olvidarse del miedo. ¿Y qué si más tarde los mataban a todos?

No necesariamente esta gente, sino los que vinieran a salvarlos. Su último pensamiento hubiera sido que debería haber dicho algo antes. Mientras lo miraba alejarse nuevamente estuvo a punto de hablar, pero su boca no se lo permitió.

Poco después uno de los hombres -una vez más hablando quedamente, con un acento que sonaba australiano- comenzó a juntar a la gente alrededor de la mesa. Primero a las niñas. Les dijo que dejaran sus instrumentos donde estaban, sobre el piso, y se acercaran.

El estuche del violín de Harleigh estaba abierto, y ella se tomó el tiempo de depositar el instrumento en su interior. No fue un pequeño, retrasado acto de provocación. Ni siquiera estaba probando al hombre para ver cuánto le permitirían. El violín se lo habían regalado sus padres, y ella no dejaría que nada le ocurriera. Afortunadamente, el hombre no lo notó o bien decidió dejarlo pasar.

Al sentarse en la mesa circular, Harleigh se sintió muy expuesta. Hubiera preferido quedarse junto a las cortinas, en un rincón.

El miedo, que antes había sido líquido, empezó a solidificarse. Harleigh comenzó a

temblar allí sentada y casi se alegró cuando una de las niñas junto a ella comenzó a sacudirse. La pobre Laura Sabia. Laura era su mejor amiga, pero era una chica de lo más miedosa. Parecía que estaba por gritar.

Harleigh le tocó la mano, captó su vista y le sonrió. *Todo estará bien,* decía su sonrisa.

La niña no reaccionó. Sí lo hizo cuando el hombre enmascarado empezó a caminar hacia ella. No necesitó decir una palabra, ni siquiera tuvo que caminar hasta el final. Su sola cercanía la inmovilizó.

Harleigh le acarició los dedos y luego retiró la mano. Ella se cruzó de brazos. Harleigh inspiró profundamente por la nariz y se obligó a dejar de temblar. Una niña del otro lado de la mesa la vio e hizo lo mismo. Un momento después, la niña sonrió. Harleigh le devolvió la sonrisa. Descubrió que el miedo era como tener frío. Si uno se relajaba, no era tan terrible.

La cavernosa habitación quedó en silencio. En la mesa reinaba una sensación de tensa resignación, la certeza de que el silencio era débil y podía quebrarse en cualquier momento. Dentro de la mesa, los diplomáticos parecían estar un poco más inquietos que las músicas, probablemente por ser los más vulnerables. Los intrusos parecían estar muy enojados porque alguien no estaba allí, pero Harleigh no sabía quién. Quizá la secretaria general, que se había retrasado.

La señorita Dorn estaba sentada en la cabecera de la mesa. Miró a los ojos a cada una de las violinistas para asegurarse de que todas estuvieran bien. Cada niña, a su vez, respondió con una pequeña inclinación de cabeza. Harleigh supo que era pura valentía; nadie estaba realmente bien. Pero en ausencia de otra cosa, la sensación de *estamos en esto todos juntos* era algo a lo que aferrarse.

A Harleigh le pareció escuchar pasos del otro lado de la puerta. La gente de seguridad tenía que aparecer en algún momento. Miró a su alrededor buscando dónde esconderse si algo ocurría, si empezaban a disparar. Detrás de la mesa-herradura parecía el sitio más seguro. Podría correr, cruzar y estar del otro lado en cuestión de segundos. Levantó las rodillas muy lentamente contra la base de la mesa, como hacía con su escritorio en la escuela cuando estaba aburrida (parecía que flotaba). La mesa se elevó ligeramente, lo que significaba que no estaba atornillada al piso. Podían darla vuelta y agacharse detrás si era necesario.

Mientras pensaba en cómo defenderse, Harleigh experimentó un espasmo de terror. Se preguntó si esto podría tener algo que ver con su padre y el Centro de Operaciones. El nunca había hablado de trabajo en casa, ni siquiera cuando discutía con su madre. ¿Podría ser que el Centro de Operaciones hubiera perjudicado de algún modo a esta gente? Había aprendido en Instrucción Cívica que, después de Israel, los Estados Unidos eran el principal blanco terrorista del mundo. Las violinistas eran las únicas norteamericanas allí. ¿Era a *ella* a quien buscaban? ¿Y si ellos no sabían que su padre había renunciado? ¿Y si querían controlarla a ella para controlarlo a él?

Se le empezaron a calentar el cuello y los hombros. Estaba transpirando. El vestido que había parecido tan nuevo, tan elegante, se le adhería como un traje de baño.

Esto no está ocurriendo, pensó. Era el tipo de cosas que uno veía en televisión, que le ocurrían a otra gente. Aquí se suponía que había sistemas de protección, ¿o no? Detectores de metales, guardias en las puertas, cámaras de seguridad.

De pronto, el hombre que le había estado hablando al delegado sueco llamó al australiano. Después de una breve discusión, el australiano tomó al delegado por el cuello de la camisa, lo levantó un poco y, a punta de pistola, lo hizo subir por las escaleras en dirección a la puerta.

Harleigh deseó tener su violín para estrecharlo contra ella. Deseó que su madre pudiera abrazarla. Su mamá debía estar desesperada; salvo que estuviese tratando de demostrar calma frente a otras madres desesperadas. Probablemente así era. De allí debía haberlo heredado ella. Después pensó en su padre. Cuando la madre de Harleigh los había llevado, a ella y a Alexander, a visitar a sus abuelos mientras resolvían su futuro, su padre había decidido dejar su carrera antes que perderlos. Harleigh se preguntó si él podría ver la situación como otra crisis y pensar con calma, aun cuando su hija estuviera involucrada.

El australiano regresó. Después de intercambiar un par de palabras violentas con el

delegado, le sacó el papel y lo llevó a empujones por las escaleras. Harleigh supuso que sus captores acababan de entregar una lista de exigencias. Ya no pensaba que ella pudiese ser el objetivo. Sintió que el cuello se le enfriaba. *Saldrían* de ésta.

El sueco se había vuelto a sentar con los otros delegados, en el piso con las manos sobre la cabeza. Harleigh supuso que ahora había que esperar. Todo estaría bien. Una vez, su padre había dicho que mientras la gente estuviera hablando, no estaba disparando. Ella esperaba que así fuera.

Decidió no pensar en eso. En cambio, despacio, muy despacio, hizo aquello para lo que había ido.

Canturreó "Una canción de paz".

16

Base Andrews de la Fuerza Aérea, Maryland Sábado, 10.09 pm

Después de colgar con el coronel August, Mike Rodgers miró el reloj en la pantalla de su computadora. El LongRanger llegaría a Andrews en alrededor de veinticinco minutos. Para entonces el C-130 estaría listo para partir.

Bob Herbert observó al general. El jefe de inteligencia dijo, ceñudo:

-¿Mike? ¿Estás escuchando?

-Sí -dijo Rodgers-. Tienen un equipo investigando el pasado de Mala Chatterjee para ver quién podría querer humillar a la nueva secretaria general. Posiblemente compatriotas hindúes en contra de su apoyo público a los derechos de las mujeres. También están verificando el paradero de las personas que Paul ayudó a detener en Rusia y España, en caso de que todo esto sea por él.

-Correcto -dijo Herbert.

Rodgers asintió y se levantó lentamente; los malditos vendajes le apretaban.

-Bob, voy a necesitar que te quedes a cargo por un rato.

Herbert pareció sorprendido.

-¿Por qué? ¿No te sientes bien?

-Me siento bien -dijo Rodgers-. Voy a Nueva York con la Striker. También voy a necesitar una base de operaciones una vez que lleguemos. Algo cerca de las Naciones Unidas que también sirva de zona de estacionamiento. La CÍA debe tener una oficina encubierta en ese barrio.

-Hay una justo enfrente, creo -dijo Herbert-. En la torre este de los rascacielos gemelos UN Plaza. La Agencia Marítima Doyle, me parece que se llama. Controlan las idas y venidas de los espías que se hacen pasar por diplomáticos; seguramente también recopilan INTEL, inteligencia electrónica.

-¿Puedes lograr que entremos?

-Probablemente -Herbert hizo una mueca de disconformidad. Miró a Lowell Coffey por sobre la mesa.

Rodgers captó la mirada.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

-Mike -dijo Herbert-, estamos en un terreno bastante inseguro en lo que concierne a la Striker.

-¿Inseguro en qué sentido? -preguntó Rodgers.

Herbert levantó un hombro y lo volvió a bajar.

-En un montón de sentidos...

-Detállalos. ¿Moralmente? ¿Legalmente? ¿Logísticamente?

-Todos ellos -dijo Herbert.

-Tal vez esté siendo un poco ingenuo -dijo Rodgers-, pero lo que yo veo es una fuerza de ataque con amplio entrenamiento antiterrorista disponiéndose a tratar con terroristas. ¿Dónde está la inseguridad moral, legal o logística?

El abogado Coffey tomó la palabra.

-Por un lado, Mike, no nos han pedido que ayudemos a las Naciones Unidas con esta situación. Eso en sí mismo pesa bastante en tu contra.

-Seguro -dijo Rodgers-. Con suerte, eso puedo arreglarlo cuando llegue, especialmente si los terroristas empiezan a mandar cadáveres. Darrell McCaskey se está comunicando con el personal de seguridad de Chatterjee a través de Interpol...

-A un nivel muy bajo -le recordó Herbert-. El jefe de seguridad de la ONU no le va a dar demasiada importancia a lo que le diga un asistente, de segunda mano, a través de un tipo de Interpol en Madrid.

-Eso no lo sabemos -dijo Rodgers-. Diablos, no sabemos nada sobre el jefe de seguridad, ¿o sí?

-Mi equipo está revisando su archivo -dijo Herbert-. No es alguien con quien hayamos tratado antes.

-Más allá de eso -dijo Rodgers-. Está en una situación en la que tendrá que buscar ayuda

de afuera. Ayuda real, sólida, *inmediata,* sin importar de dónde provenga.

-Pero Mike, ése no es el único problema -dijo Coffey.

Rodgers bajó la vista hacia el reloj de la computadora. El helicóptero llegaría en menos de veinte minutos. No tenía tiempo para esto.

-Los países que no tengan interés en el desenlace de esta situación definitivamente *no* querrán que un equipo de élite encubierto del ejército de los Estados Unidos se esté desplazando por el edificio de la Secretaría.

-¿Desde cuándo nos preocupa herir los sentimientos de los iraquíes o los franceses? -preguntó Rodgers.

-No es una cuestión de sentimientos -señaló Coffey-. Es una cuestión de legislación internacional.

-¡Por Dios, Lowell! ¡Los terroristas violaron esa legislación! -dijo Rodgers.

-Eso no significa que nosotros también podemos hacerlo -dijo Coffey-. Aun si estuviésemos dispuestos a violar la legislación internacional, hasta ahora todas las acciones de la Striker fueron ejecutadas de acuerdo al estatuto del Centro de Operaciones: la legislación de los Estados Unidos. Concretamente, tuvimos el permiso del Comité Supervisor de Inteligencia del Congreso...

-No me preocupa una maldita corte marcial, Lowell -interrumpió Rodgers con aspereza.

-No se trata de culpabilidad personal -dijo Coffey-. Se trata de la supervivencia del Centro de Operaciones.

-Estoy de acuerdo -dijo Rodgers-. Se trata de nuestra supervivencia como una efectiva fuerza antiterrorista...

-No -dijo Coffey-, como una división del gobierno de los Estados Unidos. Se estatuyó que actuáramos, y estoy citando, "cuando la amenaza a las instituciones federales o a alguno de sus constituyentes, o a la vida de norteamericanos al servicio de esas instituciones, sea concreta e inmediata". No me parece que eso esté ocurriendo. Lo que *sí* me parece es que si te metes allí, tu éxito o tu fracaso serán irrelevantes...

-No para Paul y los otros padres.

-¡Es que no se trata de ellos! -lanzó Coffey-. Se trata del panorama general. El público norteamericano va a aplaudirnos. Diablos, *yo* voy a aplaudir. Pero Francia o Irak o algún país miembro va a presionar a la administración para que nos llame la atención por haber transgredido nuestro mandato.

-Especialmente si los terroristas resultan ser extranjeros y alguno de ellos muere -dijo Herbert-. Si soldados norteamericanos realmente ejecutan extranjeros en territorio internacional con todos los medios del mundo cubriendo el evento, eso nos destruirá.

-Y nos destruirá con la legislación norteamericana, no con la internacional -agregó Coffey-. El Congreso no podrá hacer otra cosa que poner a todas las personas en esta habitación frente al CSIC. No importan nuestras trayectorias. Si votan que se disuelva el Centro de Operaciones o incluso solamente la Striker, ¿cuántas vidas futuras se perderán? ¿Cuántas batallas no podremos llevar a cabo que tienen influencia directa en la seguridad de los Estados Unidos?

-No puedo creerlo -dijo Rodgers-. ¡Estamos hablando de niños tomados como rehenes!

-Lamentablemente -dijo Herbert-, por más furiosos que nos ponga, la amenaza a los delegados y a la hija de Paul no cae dentro de esos parámetros. Salvarla es un lujo que tal vez no podamos darnos.

-¿Un *lujo?* -dijo Rodgers-. ¡Cielos, Bob, estás hablando como una maldita *girl scoutl*

Herbert miró a Rodgers con fiereza.

-Ésa era mi difunta esposa. *Ella* era la *girl scout.*

Rodgers miró a Herbert y luego bajó la vista. La ventilación en el techo sonaba muy fuerte.

-Ya que sacamos el tema -continuó Herbert-, mi esposa también fue víctima de terroristas. Sé lo que sientes, Mike. La frustración. Sé lo que Paul y Sharon están sintiendo. Y también sé que Lowell tiene razón. El lugar del Centro de Operaciones en esta batalla es a un costado.

-Haciendo nada.

-Vigilancia, asistencia táctica, apoyo moral... si podemos brindarlos, no diría que eso es nada -dijo Herbert.

-Quienes se quedan parados y esperan también sirven -dijo Rodgers solemnemente.

-A veces, sí -Herbert palmeó los apoyabrazos de su silla de ruedas-. Si no, puedes terminar sentado y esperando. O peor.

Rodgers echó una mirada a su reloj. Lowell Coffey había hecho consideraciones legales válidas. Y el tropiezo de Rodgers acerca de Yvonne Herbert le había dado a su marido el derecho de sermonear. Pero eso no hacía que ninguno de ellos tuviera razón.

-Tengo cerca de quince minutos antes de recibir el avión -dijo Rodgers quedamente-. Bob, ya te he puesto a cargo. Si quieres detenerme, puedes hacerlo -miró a Liz Gordon-. Liz, puedes declararme no apto mentalmente, decir que sufro desórdenes pos-traumáticos, lo que diablos quieras. Si lo hacen, a ninguno le discutiré. Pero si eso no ocurre, no voy a pararme a esperar. No *puedo.* No mientras una banda de asesinos tiene a niños de rehenes.

Herbert negó lentamente con la cabeza.

-Esta vez no es así de blanco y negro, Mike.

-Ese ya no es el punto -le dijo Rodgers-. ¿Vas a detenerme?

Herbert dejó de mover la cabeza.

-No -dijo-. No lo haré.

-¿Puedo preguntar por qué? -preguntó Coffey indignado.

Herbert suspiró.

-Sí. En la CÍA lo llamábamos respeto.

Coffey hizo una mueca.

-Si un superior quería torcer las reglas, las torcías -siguió Herbert-. Lo único que podías hacer era tratar de no torcerlas tanto que dieran la vuelta y te mordieran el culo.

Coffey se reclinó.

-Eso lo puedo esperar de la Cosa Nostra, no del legítimo gobierno de los Estados Unidos -dijo, disconforme.

-Si fuéramos todos tan malditamente virtuosos, el legítimo gobierno de los Estados Unidos no sería necesario -dijo Herbert.

Rodgers miró a Liz. Ella tampoco estaba conforme.

-¿Entonces? -dijo Rodgers.

-¿Entonces qué? -dijo Liz-. Yo no soy un ladrillo en el muro de silencio de Bob, pero tampoco voy a detenerte. En este momento estás siendo terco, impaciente, y probablemente estás descargándote, buscando golpear a alguien por lo que te hicieron tus captores en el Valle Bekaa. ¿Pero no apto? Desde un punto de vista no legal sino psicológico, no puedo decir que no estés apto.

Rodgers volvió a mirar a Herbert.

-Bob, ¿tratarás de hacerme entrar en la oficina encubierta de la CÍA?

Herbert asintió.

Rodgers miró a Coffey.

-Lowell, ¿irás al CSIC? ¿A ver si convocan a una reunión de emergencia?

La fina boca de Lowell permanecía apretada, y sus pulidas uñas golpeteaban sobre la mesa. Pero por sobre todas las cosas, el abogado era un profesional. Se levantó la manga y miró su reloj.

-Llamaré al senador Warren a su celular -dijo Coffey-. Es el mejor predispuesto de allí. Pero a esa gente ya es difícil ubicarla un día de semana. En fin de semana, de noche...

-Entiendo -dijo Rodgers-. Gracias. A ti también, Bob.

-Está bien -respondió Herbert.

Coffey ya estaba buscando el número en su agenda electrónica cuando Rodgers miró hacia Matt Stoll y Ann Farris. El genio de la técnica se miraba fijamente los brazos cruzados, y la enlace de prensa estaba en silencio, con una expresión evasiva. Rodgers pensó que podría obtener su aprobación ya que estaba tratando de ayudar a Paul Hood, pero no iba a pedírsela. Se volvió hacia la puerta.

-¿Mike? -dijo Herbert.

Rodgers lo miró.

-¿Sí?

-Sabes que tienes nuestro apoyo para lo que necesites -dijo Herbert.

-Lo sé.

-Sólo trata de no destruir el edificio de la Secretaría, ¿está bien? -dijo Herbert-. Y una cosa más.

-¿Qué? -preguntó Rodgers.

-No quiero verme dirigiendo este maldito lugar -dijo Herbert con un indicio de sonrisa-. Así que asegúrate de traer de vuelta a esa persona terca e impaciente que está descargándose.

-Trataré -dijo Rodgers, él mismo sonriendo ligeramente al tiempo que abría la puerta.

No era exactamente el respaldo que había esperado pero al menos, mientras se apresuraba entre los compartimientos hacia el ascensor, no se sintió como Gary Cooper en A *la hora señalada:* solo. Y en ese momento, eso ya era algo.

17

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 10.11 p m

La efímera pero legendaria Oficina de Servicios Estratégicos se formó en junio de 1942. Bajo el liderazgo del héroe de la Primera Guerra Mundial, William Joseph "Wild Bill" Donovan, la OSE era responsable de recolectar inteligencia militar. Después de la guerra, en 1946, el presidente Truman estableció el Grupo Central de Inteligencia, designado para recoger inteligencia extranjera relativa a la seguridad nacional. Un año después, el Acto de Seguridad Nacional rebautizó al GCI como Agencia Central de Inteligencia (CÍA). El acto también amplió el espectro del estatuto de la CÍA para permitirle llevar a cabo actividades de contrainteligencia.

Annabelle "Ani" Hampton, de treinta y dos años, siempre había disfrutado de ser espía. Implicaba tantos niveles mentales y emocionales, tantas sensaciones. Había peligro y había recompensas proporcionales al peligro. Estaba esa sensación de ser invisible o, si a uno lo atrapaban, de estar más desnudo que desnudo. Esa sensación de tener poder sobre otros, de exponerse al castigo y a la muerte. También había una gran cuota de planificación, de ubicarse de cierta manera, de paciencia, de sorprender a alguien en la disposición adecuada, de seducir emocionalmente y a veces físicamente.

De hecho, era muy parecido al sexo sólo que mejor, pensó. *En el espionaje, si te cansabas de alguien podías hacer que lo mataran.* No es que ella lo hubiera hecho alguna vez. No todavía, al menos.

A Ani le gustaba ser espía porque siempre había sido una solitaria. Otros niños no tenían curiosidad. Ella sí. De chica, le gustaba averiguar dónde hacían sus casas las ardillas o mirar cómo los pájaros ponían sus huevos o, según su humor, ayudar a los conejos silvestres a huir de los zorros rojos o ayudar a los zorros rojos a atrapar liebres. Le gustaba fisgonear en los juegos de pmacle de su padre o en los tés de su abuela o en las citas de su hermano mayor. Hasta llevaba un diario con las novedades que recogía espiando a su familia. Qué vecino era "un tarado". Qué tía era "una verdadera perra". Qué suegra "debería aprender a mantener la boca cerrada". Una vez la madre de Ani encontró el diario y se lo sacó, pero no importó. Ani había sido lo suficientemente sagaz como para tener un duplicado.

Los padres de Ani, Al y Ginny, tenían una tienda de ropa femenina en Roanoke, Virginia. Ani solía trabajar en Modas Hampton después del colegio y los fines de semana. Siempre que podía, estudiaba todo sobre la gente que entraba a curiosear. Intentaba escuchar lo que decían, trataba de adivinar qué iban a mirar basándose en cómo estaban vestidos o cuan bien hablaban. Y luego entraba en escena para hacer la venta. Si había sido sagaz y cuidadosa, lo lograba. Usualmente lo era.

El espionaje terminó cuando el negocio de sus padres quebró, ante la competencia de las grandes cadenas con precios rebajados. Sus padres se vieron forzados a trabajar para una de esas cadenas. Pero la fascinación de Ani por comprender y luego manipular a la gente no murió. Obtuvo una beca completa para estudiar en la Universidad de Georgetown, en Washington. Se graduó en ciencias políticas con una orientación en asuntos asiáticos ya que, en ese momento, parecía que Japón y la costa del Pacífico serían *los* lugares del siglo veintiuno. Aunque las esperanzas personales de sus padres se habían desvanecido, Ani nunca los vio más orgullosos que cuando se recibió *summa cuín laudae.* Fue entonces cuando se propuso causarles aun más orgullo. Ani resolvió no sólo convertirse en agente de la CÍA, sino, antes de los cuarenta años, dirigir la agencia.

Inmediatamente después de graduarse, la esbelta rubia de un metro setenta y cinco de altura se postuló para la CÍA. La contrataron, en parte por sus ejemplares antecedentes académicos y en parte, supo más tarde, porque a la agencia, que era marcadamente chauvinista, le resultaba difícil cumplir con las pautas de igualdad de oportunidades. En ese momento las razones no importaron. Ani estaba adentro. Oficialmente, se desempeñó como consultora de visas en una sucesión de embajadas de los Estados Unidos en Asia. Extraoficialmente, utilizaba su tiempo libre para desarrollar contactos en el gobierno y el ejército. Funcionarios y oficiales insatisfechos. Hombres y mujeres afectados por el colapso financiero asiático de mediados de los 90. Gente a la que se podía persuadir de proporcionar

información a cambio de dinero.

Ani era singularmente eficaz como reclutadora de la CÍA. Irónicamente, descubrió que su mayor capital no era su conocimiento de la cultura y los gobiernos asiáticos. Tampoco lo era el hecho de que hubiera visto a sus padres perder su tajada del sueño americano, y supiera cómo hablarle a la gente que se sentía desubicada. Su mayor capital era la capacidad de no involucrarse emocionalmente con la gente que reclutaba. Hubo veces en las que se hizo necesario sacrificar gente por información, y ella no había dudado en hacerlo. Gracias a la universidad, a la vida, a leer historia, comprendió que la gente era la moneda de los gobiernos y los ejércitos, y que uno no podía tener miedo de gastarla. En un sentido, no era tan distinto a decirles a las mujeres que los sacos o pantalones o blusas les quedaban bien cuando ella sabía que no era así. La tienda necesitaba su dinero, y ella estaba decidida a conseguirlo.

Ani descubrió que, desgraciadamente, el talento y la energía no eran suficientes. Cuando completó la tarea que le habían encomendado, la joven no obtuvo un ascenso ni mayor compensación salarial. Ahora sí importaba el prejuicio hacia las mujeres: los buenos trabajos eran para sus colegas hombres. Ani fue enviada a Seúl a recolectar datos suministrados por los contactos que ella había establecido. La mayoría de ellos se transmitían electrónicamente, y ella ni siquiera participaba en la interpretación de lo que llegaba. Eso lo hacían los equipos de INTEL en las oficinas de la compañía. Después de seis meses de estar sentada frente a una computadora, trabajando como transmisora de inteligencia, pidió que la transfirieran a Washington. En cambio, la transfirieron a Nueva York. Como transmisora de inteligencia.

Por su experiencia en el extranjero, la enviaron a trabajar a la Agencia Marítima Doyle. La dependencia de la CÍA operaba desde una oficina encubierta en el cuarto piso de UN Plaza número 866. Su misión era espiar a los funcionarios principales de las Naciones Unidas. La AMD consistía en una pequeña zona de recepción con una secretaria -que no estaba, puesto que era sábado-, una oficina para el director de área, David Battat, y otra oficina para Ani. Había también una pequeña oficina para los dos empleados volantes, que trabajaban simultáneamente para otra oficina en el distrito financiero. Los volantes seguían a diplomáticos de quienes se sospechaba que intentaban encontrarse con espías o posibles espías en el país. La oficina también almacenaba armas, desde pistolas hasta C-4, que podían ser utilizadas por los volantes o transportadas a agentes en el extranjero, dentro de bolsos diplomáticos.

La pequeña oficina de Ani, con vista al río East, era en realidad el corazón de la operación. Estaba llena de archivos de la AMD, libros de horarios de embarque y regulaciones de impuestos, junto con una computadora conectada al equipo de alta tecnología que estaba oculto en un escobero al final del pequeño corredor.

La tarea de Ani era controlar las actividades del personal principal de las Naciones Unidas. Lo hacía utilizando unos "bichos" desarrollados por el grupo de ciencias e investigación de la CÍA que estaban siendo probados por primera vez en la ONU ("para que los bichos se ejerciten", en palabras de Battat). Los bichos eran literalmente insectos mecánicos del tamaño de un escarabajo grande. Hechos de titanio y cerámica piezoeléctrica extremadamente liviana -materiales que consumen muy poca batería, permitiendo que funcionen durante años sin tener que hacerlos volver-, los bichos estaban electrónicamente sintonizados con la voz del sujeto. Una vez que se los soltaba dentro del edificio, ya no requerían más mantenimiento. Los veloces aparatos de seis patas podían llegar a cualquier punto del edificio en menos de veinte minutos, y seguían a sus objetivos individuales moviéndose detrás de las paredes y por los conductos de aire; garras en forma de gancho les permitían desplazarse en sentido vertical sobre la mayoría de las superficies. Las voces se transmitían de los bichos al accesorio receptor en la computadora de Ani, que había sido bautizada "la colmena". Habitualmente, Ani escuchaba la transmisión con auriculares para aislarse de los ruidos de la oficina y de la calle.

Siete transmisores móviles dentro del complejo de las Naciones Unidas le posibilitaban a la CÍA escuchar las conversaciones de influyentes embajadores, así como de la secretaria general. Como todos los bichos operaban en la misma estrecha frecuencia de audio, Ani sólo podía acceder a uno por vez. Podía pasar de una frecuencia a otra por medio de la

computadora. Los bichos también contenían generadores de sonido que emitían un pm*g* ultrasónico cada algunos segundos. La señal estaba diseñada para ahuyentar a posibles predadores. A dos millones de dólares por pieza, la CÍA no quería que los bichos fueran devorados por murciélagos hambrientos u otros comedores de insectos.

Aunque Ani se sintió muy agraviada por el traslado y la clase de trabajo que le asignaron, había tres puntos a favor. Primero, si bien el trabajo tendía a ser tranquilo, estaba espiando del modo más clandestino posible. La *voyeur* que había en ella lo disfrutaba. Segundo, su superior pasaba la mayor parte del tiempo en Washington o en la oficina de la CÍA en la embajada de Estados Unidos en Moscú -que era donde estaba ahora-, de manera que en la práctica era ella quien dirigía la pequeña oficina. Y por último, el hecho de que su carrera fuera obstaculizada por los "Chauvinistas Instituidos de América" le había recordado que tanto si se vende ropa de mujer como si se vende información, había que encontrar formas de hacerse feliz a uno mismo. Desde su llegada a Nueva York, Ani había desarrollado el gusto por el arte y la música, por los buenos restaurantes y las ropas elegantes, por vivir bien y consentirse. Por primera vez en su vida, se había trazado metas que no tenían nada que ver con su carrera o con enorgullecer a alguien. Era una buena sensación.

Muy buena.

Ani escuchaba atentamente la reunión. Más allá de las desilusiones, esta situación requería un control cuidadoso. Y aunque la conversación intervenida se estuviera grabando, su jefe querría un resumen conciso pero completo de lo que se había dicho.

Era interesante conocer a la gente sólo a través de sus voces. Ani había aprendido a prestar mucha más atención a la inflexión, las pausas y la velocidad que la que ponía en una conversación cara a cara. Averiguar cosas acerca de las distintas personas le había resultado divertido, especialmente en el caso de Mala Chatterjee, que era una de las únicas dos mujeres en la nómina de Ani. Más de la mitad de su tiempo lo pasaba con la secretaria general. La nueva nativa de Delhi, de cuarenta y tres años, era hija de Sujit Chatterjee, uno de los más exitosos productores cinematográficos de la India. Mala Chatterjee era abogada y había obtenido impresionantes victorias en la causa de los derechos humanos. Había trabajado como consultora en el Centro Internacional para el Establecimiento de la Paz en Londres antes de aceptar un puesto como segunda representante especial del secretario general de derechos humanos en Ginebra. Se mudó a Nueva York en 1997 para desempeñarse como subsecretaría general de Asuntos Humanitarios. Su nombramiento como secretaria general fue impulsado tanto por su política y sus afables apariciones en televisión como por sus antecedentes. Tuvo lugar en un momento en que aumentaba la tensión nuclear entre India y Pakistán. Los hindúes estaban tan orgullosos del nombramiento que la apoyaron aun cuando la recién nombrada Chatterjee fue a Islamabad a realizar propuestas de desarme ante Pakistán. Y esto a pesar del editorial de tapa que publicó el diario en inglés de Pakistán, *Dawn,* donde se le reprochaba a Nueva Delhi "quedarse observando cobardemente la aniquilación".

Durante su breve desempeño como secretaria general en las Naciones Unidas, Chatterjee había enfrentado los problemas personalmente, apoyándose en su inteligencia y su carismática personalidad para descomprimir situaciones. Por eso este momento era tan excitante. No es que Ani no comprendiera que había vidas en peligro, o que la situación no la conmoviera. Pero a través de los últimos meses, había llegado a sentir que Chatterjee era una amiga cercana y una respetada colega. Ani sentía muchísima curiosidad por ver cómo manejaría las cosas la secretaria general. Apenas la CIA se enteró de la situación de toma de rehenes, Ani se cercioró de que ninguno de los delegados con bicho estuviera presente en la sala del Consejo de Seguridad.

Chatterjee estaba reunida con el segundo secretario general Takahara de Japón, dos subsecretarios generales y su jefe de seguridad en la gran sala de conferencias junto a su oficina privada. También estaba presente el segundo secretario general de administración y director de personal. Él y su equipo estaban al teléfono, manteniendo informados a los diferentes gobiernos cuyos delegados se encontraban entre los rehenes. El asistente de Chatterjee, Enzo Donati, también estaba allí.

Casi no se había hablado de pagar el rescate. Aun cuando se obtuviera la suma, lo cual

era dudoso, la secretaria general no estaba en condiciones de entregarla. En 1973, las Naciones Unidas habían establecido una política para tratar con pedidos de rescate en caso de que personal de la ONU fuera secuestrado. El Consejo de Seguridad había propuesto, y la Asamblea General había aprobado con los dos tercios de los votos requeridos, que en el caso de un secuestro, la nación o las naciones afectadas seguirían su propia política nacional. La ONU se involucraría sólo como negociadora.

Hasta el momento, sólo una de las naciones involucradas, Francia, había consentido en proporcionar la suma del rescate. Los otros países no podían comprometerse sin autorización formal o bien tenían la política de no negociar con terroristas. Estados Unidos, cuya delegada, Flora Meriwether, estaba entre los rehenes, se negaba a pagar el rescate pero consentía en participar si se abría un diálogo con los terroristas. Chatterjee y su equipo se volverían a poner en contacto con las naciones afectadas una vez vencido el plazo.

El problema inmediato, que necesitaba una rápida resolución, era quién sería responsable de tomar las decisiones en la crisis. Si los rehenes hubieran sido sólo turistas, la jurisdicción habría sido del Comité Militar del coronel Rick Mott. Pero ése no era el caso. Según el estatuto, las decisiones concernientes al Consejo de Seguridad sólo podían ser tomadas por el Consejo de Seguridad o la Asamblea General. Dado que el presidente del Consejo de Seguridad, el polaco Stanislaw Zintel, se encontraba entre los rehenes, y que la Asamblea General no podía ser convocada, Chatterjee decidió que, como líder de la Asamblea General, la secretaria general debía decidir qué acciones e iniciativas se llevarían a cabo.

Ani sospechaba que era ésta la primera vez en la historia de las Naciones Unidas que no se había decidido una acción por medio del voto. Y, por supuesto, se había necesitado una mujer para realizarlo.

Una vez tomada la decisión, Mott informó a los funcionarios que la mayor parte de la policía de la ONU había sido retirada del perímetro y reunida alrededor de la sala del Consejo de Seguridad. Los ilustró brevemente acerca de la posibilidad de organizar un ataque con las fuerzas de la ONU o con la Unidad de Servicio de Emergencia de la Policía de Nueva York, que había ofrecido personal.

-No podemos diseñar ningún plan de respuesta militar hasta tener más idea de lo que está pasando allí adentro -dijo Mott-. Tengo a dos oficiales escuchando a través de las puertas dobles de la sala del Consejo de Administración Fiduciaria. Lamentablemente, instalaron detectores de movimiento en los pasillos que van hacia las salas de medios, así que allí no podemos subir. También desconectaron las cámaras de seguridad en la sala del Consejo. Estamos tratando de ver la sala por medio de lentes de fibra óptica ultradelgadas. Usaremos perforadoras manuales para abrir dos pequeños agujeros en el piso de los gabinetes detrás de la sala. Desgraciadamente, no tendremos imágenes hasta bien pasado el plazo de noventa minutos. Hemos utilizado un enlace para enviar copias de las grabaciones de los asesinos hechas por la cámara de vigilancia a las oficinas de la Interpol en Londres, París, Madrid y Bonn, así como a agencias para el cumplimiento de la ley en Japón, Moscú y Ciudad de México. Tenemos la esperanza de que algún aspecto del ataque tenga semejanzas con algo que algún agente de allí haya visto antes.

-La pregunta es si realmente ejecutarán a uno de los rehenes -dijo la secretaria general Chatterjee.

-Yo creo que sí -dijo Mott.

-¿Basado en qué inteligencia? -preguntó alguien. Ani no reconoció su voz ni su acento.

-Mi propia *inteligencia* -respondió Mott. Por la manera en que dijo "inteligencia", Ani se lo pudo imaginar señalando su propia cabeza, desalentado-. Los terroristas no tienen nada que perder si vuelven a matar.

-Entonces, ¿cuáles son nuestras opciones previas al vencimiento del plazo? -preguntó la secretaria general.

-¿Militarmente? -preguntó Mott-. Mi gente está dispuesta a entrar sin imágenes, si es necesario.

-¿Su equipo está preparado para una operación así? -preguntó la secretaria general.

Ani podría haber respondido esa pregunta. La fuerza de ataque del Cuerpo Militar no

estaba preparada para entrar en acción. Jamás había sido probada en campo y tenía poco personal. Si una o dos de las personas clave caían, no había reservas. El problema era que, junto con el resto del personal de la ONU, el CM había sido reducido en un 25 por ciento durante los últimos años. Más aún, la gente más capacitada se había pasado al sector privado, áreas como seguridad empresarial o agencias para el cumplimiento de la ley, donde el sueldo era mejor y había más oportunidades de ascenso.

-Estamos listos para entrar y terminar con la toma -dijo Mott-. Pero, señora, tengo que ser honesto. Si entramos a la sala con la intención de sacar a los terroristas, hay una gran probabilidad de que se sufran pérdidas, no sólo de los miembros de mi equipo, sino entre los delegados y niños que pueden llegar a entrar en pánico.

-A eso no podemos arriesgarnos -dijo Chatterjee.

-Tendríamos más posibilidades si esperáramos hasta tener el reconocimiento -admitió Mott.

-¿Y si utilizamos gas lacrimógeno contra los terroristas? -preguntó el segundo secretario general Takahara.

-El Consejo de Seguridad es una habitación muy grande -dijo Mott-. De modo que llevaría como mínimo setenta segundos soltar el gas por el sistema de ventilación, y un poco menos abrir las puertas y lanzar granadas. De ambas formas, los terroristas tendrían tiempo de colocarse las máscaras de gas, si las tienen, de disparar a las dos ventanas para diluir los efectos del gas, de matar a los rehenes cuando se den cuenta de lo que está ocurriendo, o de desplazarse hacia otro sitio con los rehenes como escudo. Si, como dicen, tienen gas venenoso, supongo que es probable que tengan máscaras.

-Van a matar a todos los rehenes de todas maneras -dijo uno de los subsecretarios generales. A Ani le pareció que podía ser Fernando Campos, de Portugal, uno de los pocos militantes a quien la secretaria general tenía en gran consideración-. Si entramos ahora al menos podremos salvar a algunos.

Se oyeron murmullos alrededor de la mesa. La secretaria general Chatterjee los aquietó y le devolvió la palabra a Mott.

-Mi recomendación, otra vez, es que esperemos a tener algunas imágenes de la sala -concluyó Mott-. Para saber dónde está el enemigo y dónde los rehenes.

-El tiempo adicional, así como sus fotos, será comprado con las vidas de los delegados -dijo el hombre que Ani creía que era el subsecretario general Campos-. Yo digo que entremos y terminemos con este asunto.

Chatterjee hizo a un lado el plano militar de la discusión y le preguntó a Mott si tenía alguna otra idea. El coronel dijo que también se había pensado en desconectar el aire y la electricidad en la sala del Consejo de Seguridad o en subir el aire acondicionado para incomodar a los terroristas. Pero él y el Comité del Cuerpo Militar habían decidido que tales acciones resultarían más provocativas que útiles. Dijo que hasta el momento no se les había ocurrido nada más.

Hubo un breve silencio. Ani notó que la media hora final había pasado. Intuía lo que Chatterjee estaba por hacer: lo mismo que hacía siempre.

-Si bien comprendo los puntos de vista del coronel Mott y del subsecretario general Campos, no podemos darles a los terroristas lo que quieren -dijo finalmente Chatterjee, con su voz ronca más grave que lo habitual-. Pero se debe realizar una acción significativa en reconocimiento de su condición.

-¿Su condición? -preguntó el coronel Mott.

-Sí -dijo Chatterjee.

-¿Su condición de *qué,* señora? -inquirió Mott-. Son unos brutales asesinos...

-Coronel, no es momento de expresar nuestra indignación -dijo Chatterjee-. Ya que no podemos darles lo que quieren, debemos ofrecerles lo que tenemos.

-¿Que es...? -preguntó Mott.

-Nuestra humildad.

-Dios mío -murmuró Mott.

-Éste no es su antiguo comando SEALs -dijo Chatterjee severamente-. Tendremos que

"buscar una solución a través de la negociación, la investigación, la mediación, la conciliación, el arbitraje, las instancias judiciales..."

-Conozco el estatuto, señora -dijo Mott-. Pero no fue escrito para este tipo de situación.

-Entonces lo adaptaremos -dijo ella-. El concepto es correcto. Debemos reconocer que esta gente tiene el poder de matar o liberar a nuestros delegados y niños. Tal vez someternos a ellos nos proporcionará tiempo y confianza.

-Ciertamente no nos proporcionará su respeto -dijo Mott.

-No estoy de acuerdo, Coronel Mott -dijo Takahara-. Se sabe que la sumisión aplaca a los terroristas. Pero quisiera saber, señora secretaria general, ¿Cómo piensa llevarlo a cabo?

Takahara siempre sorprendía a Ani. A través de la historia, los líderes japoneses nunca se habían sentido cómodos con la conciliación; salvo que estuvieran fingiendo querer la paz mientras se preparaban para la guerra. Takahara no era así. Era un hombre genuinamente pacifista.

-Me presentaré ante los terroristas -dijo Chatterjee-. Les expresaré nuestro interés en ayudarlos y les pediré tiempo para concertar la oportunidad de que dirijan sus pedidos directamente a las naciones involucradas.

-Está propiciando un *sitio* -declaró Mott.

-Prefiero eso a un baño de sangre -dijo Chatterjee-. Además, debemos asegurarnos de una cosa por vez. Si podemos lograr que pospongan el plazo, quizás encontremos la manera de descomprimir la situación.

-Me permito recordarle -dijo Takahara-, que los asesinos señalaron que no reconocerían ninguna otra comunicación que el aviso de que el dinero y el transporte estaban listos.

-No importa que reconozcan o no -dijo Chatterjee-. Sólo que escuchen.

-Ah, sí, van a reconocer -dijo Mott-. A los tiros. Estos monstruos llegaron hasta el Consejo de Seguridad *matando.* No tienen nada que perder si matan a un par de personas más.

-Caballeros -dijo Chatterjee-, no podemos pagar el rescate, y no permitiré un ataque a la sala del Consejo -era obvio para Ani que la secretaria general se sentía cada vez más desalentada-. Se supone que somos los mejores diplomáticos del mundo y, en este momento, *no tenemos* otra opción que la diplomacia. Coronel Mott, ¿me acompañaría al Consejo de Seguridad?

-Por supuesto -dijo el oficial.

Sonaba aliviado. Era inteligente de parte de Chatterjee ir acompañada de un soldado. *Habla suavemente, y lleva un gran garrote.*

Ani oyó toses y el sonido de sillas moviéndose. Miró el reloj de su computadora. La secretaria general tenía poco más de siete minutos antes de que venciera el plazo. Era justo el tiempo suficiente para llegar a la sala del Consejo de Seguridad. El bicho transmisor llegaría poco después. Ani se quitó los auriculares y se volvió hacia el teléfono para llamar a David Battat. La línea era segura, conectada a través de una avanzada unidad de TAC-SAT 5 dentro del escritorio.

El teléfono sonó en el momento en que ella estaba por levantarlo. Atendió. Era Battat.

-Estás allí -dijo Battat.

-Estoy aquí -dijo Ani-. Cancelé mi fogosa cita y vine apenas empezó todo.

-Buena chica -dijo el nativo de Atlanta, de cuarenta y dos años.

Los dedos de Ani emblanquecieron alrededor del teléfono. Battat no era tan malo como algunos de los otros, y ella no creía que él quisiera degradarla. Era sólo algo a lo que se había habituado en el "club de espionaje para hombres".

-Aquí acaban de anunciar el ataque -dijo Battat-. *Dios,* quisiera estar allí. ¿Qué está pasando?

La joven le dijo a su superior lo que se proponía la secretaria general Chatterjee. Después de escuchar el plan, Battat suspiró.

-Los terroristas van a matar al sueco -dijo.

-Tal vez no -respondió Ani-. Chatterjee es muy buena en esto.

-La diplomacia se inventó para empolvar el trasero de los tiranos, y nunca vi que funcionara por demasiado tiempo -dijo Battat-. Lo cual es una de las razones por las que

llamo. Un ex miembro de la Compañía llamado Bob Herbert me llamó hace veinte minutos. Trabaja para el Centro Nacional para el Manejo de la Crisis y necesita un lugar para instalar a su escuadrón SWAT. Si les dan el visto bueno desde arriba, pueden hacer una jugada y sacar a las niñas de allí. Aquí los muchachos no tienen problema con que usen la AMD siempre que no se entrometan. Recibirás a un tal general Mike Rodgers, al coronel Brett August y pelotón aproximadamente en noventa minutos.

-Sí, señor -dijo ella.

Ani colgó y esperó antes de regresar a sus auriculares. La noticia del CMP era una sorpresa, y le llevó un momento procesarla. Había estado controlando las conversaciones de la secretaria general Chatterjee por tres horas. No había habido ninguna mención de acción militar por parte de los Estados Unidos. No podía creer que los Estados Unidos se involucraran militarmente en una acción en el edificio de las Naciones Unidas.

Pero si era cierto, al menos ella estaría allí para verlo desarrollarse. Quizás incluso pudiera participar en la organización del plan de ataque.

En circunstancias habituales, era vigorizante estar en el centro de lo que la CÍA llamaba "un evento", especialmente cuando se estaba preparando un "contraevento". Pero éstas no eran circunstancias habituales.

Ani miró el monitor de su computadora. Había un plano detallado de las Naciones Unidas con iconos que representaban la presencia de todos los bichos. Observó la marcha del bicho que seguía a Chatterjee. La alcanzaría en menos de un minuto.

Volvió a ponerse los auriculares. Estas no eran circunstancias habituales porque había un grupo de gente dentro de las Naciones Unidas; un grupo que dependía de que ella controlara todo lo que decía y planeaba la secretaria general. Un grupo que no tenía nada que ver con la CÍA. El grupo estaba encabezado por el hombre que había conocido reclutando gente en Camboya. Un hombre que había

trabajado para la CÍA en Bulgaria y que, como ella, se había desencantado con la manera en que la Compañía lo trataba. Un hombre que había pasado varios años haciendo sus propios contactos internacionales, aunque no para que lo ayudaran a recolectar inteligencia. Un hombre a quien no le interesaba el sexo o la nacionalidad de las personas, sino sólo su capacidad.

Era por eso que Ani había ido a la oficina a las siete en punto. No había llegado después de comenzado el ataque, como le había dicho a Battat. Había ido porque quería estar en su puesto *antes* del ataque. Para asegurarse de que si Georgiev la contactaba en su teléfono de seguridad, ella podría proporcionarle la inteligencia que él necesitara. También estaba controlando la cuenta en Zurich. Tan pronto como el dinero estuviera allí, ella lo distribuiría entre una docena de otras cuentas alrededor del mundo, y luego borraría el rastro. Los investigadores jamás lo encontrarían.

El éxito de Georgiev sería su propio éxito. Y su éxito sería el éxito de sus padres. Con su parte de los doscientos cincuenta millones de dólares, sus padres finalmente podrían llevar a cabo el sueño americano.

La ironía era que Battat en realidad se había equivocado en dos cosas. Ani Hampton no era una chica. Pero aun si lo fuera, no sería lo que él dijo: una "buena chica".

Era una chica excepcional.

18

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 10.29 pm

Mala Chatterjee medía sólo un metro cincuenta y cinco. Apenas le llegaba al mentón al oficial de cabello gris que iba caminando levemente detrás de ella. Pero el tamaño de la secretaria general no era la verdadera medida de su talla. Sus ojos oscuros eran grandes y luminosos, y su piel era morena y tersa. Su fino cabello negro estaba naturalmente veteado de blanco y llegaba hasta la mitad de los hombros de su elegante traje negro. Las únicas joyas que usaba eran un reloj y un par de pequeños aros de perla.

En su país había habido bastante resistencia cuando fue nombrada para el puesto y decidió no usar el tradicional sari. Hasta su padre se molestó. Pero como había dicho Chatterjee recientemente en una entrevista con *Newsweek,* ella estaba allí como representante de toda la gente y de todos los credos, no sólo de su tierra natal y sus compatriotas hindúes. Afortunadamente, el pacto de desarme con Pakistán hizo pasar al olvido el tema del sari. También apaciguó los insistentes reclamos de algunos países miembros, acerca de que el organismo mundial hubiera decidido elegir una secretaria general mediática en lugar de un diplomático de renombre internacional.

Chatterjee no había dudado de su capacidad para manejar este trabajo. Nunca se había topado con ningún problema que no pudiera resolverse por medio del primer intento conciliatorio. Tantos conflictos eran causados por la necesidad de defender la propia reputación; excluyendo ese elemento, las disputas a menudo se resolvían solas.

Mala Chatterjee se aferró a esa creencia mientras ella y el coronel Mott bajaban en el ascensor hacia el segundo piso. Se había dejado ingresar a esa sección del edificio a periodistas escogidos, y respondió algunas preguntas mientras se dirigía hacia la sala del Consejo de Seguridad.

"Esperamos que el problema pueda resolverse pacíficamente... nuestra prioridad es la seguridad y la preservación de la vida humana... rezamos por que las familias de los rehenes y de las víctimas sean fuertes..."

Los secretarios y secretarias generales habían dicho esas mismas palabras o palabras similares tantas veces, en tantos lugares alrededor del mundo, que casi se habían convertido en un mantra. Sin embargo esta vez era diferente. No se trataba de una situación donde la gente había estado peleando y odiando y muriendo durante años. La guerra era nueva, y el enemigo era muy preciso. Las palabras salieron de su alma, no de su memoria. Tampoco eran las únicas palabras que se le habían ocurrido. Después de dejar a los periodistas, ella y el coronel pasaron junto a la *Regla de oro,* un gran mosaico basado en el cuadro de Norman Rockwell. Era un regalo de los Estados Unidos para el cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas.

"Trata a tu prójimo como quisieras que te trataran a ti". Chatterjee rogó que eso fuera posible en este caso.

Representantes de las naciones del Consejo de Seguridad estaban reunidos al norte de las salas del Consejo Social y Económico. Entre ellos y el adyacente Consejo Fiduciario había veintisiete guardias, toda la fuerza al mando del coronel Mott. Había también un equipo de técnicos médicos del Centro Médico de la Universidad de Nueva York, que estaba diez cuadras al sur de las Naciones Unidas. Todos los técnicos eran voluntarios.

La secretaria general Chatterjee y el coronel Mott se acercaron a las puertas dobles de la sala del Consejo de Seguridad. Se detuvieron a unos metros de distancia. El coronel se quitó la radio de la presilla del cinturón. La habían sintonizado en la frecuencia indicada. Encendió la unidad y se la pasó a la secretaria general. Chatterjee la tomó con una mano fría. Miró su reloj. Eran las diez y media.

Había repasado las palabras mentalmente mientras caminaba, haciéndolas tan concisas como fuera posible. *Soy la secretaria general Chatterjee. ¿Les molestaría que entrara?*

Si los terroristas la dejaban pasar, si el plazo pasaba sin una muerte, entonces habría lugar para conversar. Para negociar. Quizá podría convencerlos de que se quedaran con ella en lugar de las niñas. Chatterjee ni siquiera pensaba más allá de eso, en su propia suerte. Para un negociador, el objetivo lo era todo y los medios eran secundarios. Verdad, engaño, riesgo,

compasión, frialdad, resolución, seducción; todo era moneda en ese campo.

Los delgados dedos de Chatterjee sostuvieron fuertemente la radio mientras se acercaba el transmisor a la boca. Tenía que asegurarse de sonar fuerte, pero sin utilizar un tono de censura. Tragó

saliva para asegurarse de que no se le trabaran las palabras. Su voz tenía que ser clara. Se humedeció los labios.

-Soy la secretaria general Mala Chatterjee -dijo lentamente. Había decidido agregar su nombre de pila para que la presentación no fuera tan formal-. ¿Les molestaría que entrara?

En la radio sólo hubo silencio. Los terroristas habían dicho que estarían escuchando ese canal; tenían que haber oído. Chatterjee podía jurar que oía los latidos del corazón del coronel Mott. Por cierto podía escuchar los suyos, como papel de lija alrededor de sus oídos.

Un momento después, llegó un fuerte chasquido desde detrás de las puertas dobles del Consejo de Seguridad. Le siguieron gritos provenientes del fondo de la sala. Un instante después, se abrió la más cercana de las dos puertas. El sueco cayó hacia afuera, salvo por la parte posterior de su cabeza.

Que estaba sobre la pared del lado de adentro de la sala.

19

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 10.30 pm

Paul Hood se compuso y regresó a la cafetería. Llegó al mismo tiempo que los representantes de la policía de seguridad del Departamento de Estado. Dado que todos los padres eran ciudadanos norteamericanos, el embajador había solicitado que fueran trasladados a las oficinas del DDE del otro lado de la Primera Avenida. Se dijo que era por seguridad, pero Hood sospechaba que el verdadero tema era la soberanía. Los Estados Unidos no querían que sus ciudadanos fueran interrogados por extranjeros acerca de un ataque terrorista en suelo internacional. Sentaría un peligroso precedente permitir que cualquier gobierno o representante de un gobierno retuviera a norteamericanos no acusados de violar una ley extranjera o internacional.

A ninguno de los padres le gustó la idea de irse del edificio donde estaban sus hijas. Pero accedieron, acompañados por el jefe segundo de Seguridad Bill Mohalley, del DDE. Hood calculó que Mohalley tendría alrededor de cincuenta años. Por su manera de pararse, con sus anchos hombros hacia atrás y su actitud de mando, probablemente hubiera llegado al DDE a través del ejército. El morocho Mohalley reiteró que su propio gobierno podría tanto protegerlos como informarlos mejor. Ambas afirmaciones eran verdaderas, aunque Hood se preguntó cuánto les diría realmente el gobierno. Terroristas armados habían traspasado los sistemas norteamericanos de seguridad para entrar en la ONU. Si algo les ocurría a las niñas, habría pleitos sin precedentes.

Mientras salían de la cafetería y comenzaban a subir por las escaleras centrales, el disparo en la sala del Consejo de Seguridad resonó por todo el edificio.

Todo se detuvo. Luego hubo algunos gritos distantes en el terrible silencio.

Mohalley les pidió a todos que siguieran subiendo rápidamente. Pasó un largo segundo antes de que alguien se moviera. Algunos padres insistieron en regresar a la sala de corresponsales para estar cerca de sus hijas. Mohalley les dijo que el área había sido clausurada por el personal de seguridad y que ya no era posible entrar. Los instó a apurarse para poder dejarlos en un sitio seguro e ir a averiguar qué había ocurrido. La fila se movió, aunque varias madres y algunos padres empezaron a llorar.

Hood rodeó a Sharon con el brazo. Aunque sus propias piernas se habían debilitado, la ayudó a subir las escaleras. Habían disparado sólo un tiro, así que suponía que habían matado a un rehén. Hood siempre había pensado que ésa era la peor manera de morir, despojado de todo para ayudar a que algún otro demostrara algo. Una vida usada como signo de exclamación sangriento e impersonal, los amores y los sueños truncados como si no importaran. No había nada más frío de imaginar.

Al llegar al vestíbulo, Mohalley recibió una llamada en su radio. Mientras se apartaba para responderla, los padres pasaron hacia el parque iluminado ubicado entre el edificio de la Asamblea General y el 866 de UN Plaza. Allí se les unieron dos asistentes de Mohalley.

La llamada fue breve. Cuando terminó, Mohalley volvió a situarse a la cabeza del grupo. Mientras iban pasando, le preguntó a Hood si podía hablarle un momento.

-Por supuesto -dijo Hood. Sintió que la boca se le secaba-. ¿Fue un rehén? -preguntó-. ¿El disparo?

-Sí, señor -dijo Mohalley-. Uno de los diplomáticos.

Hood se sintió asqueado y aliviado al mismo tiempo. Su mujer se había detenido unos pasos más allá. Le hizo un gesto para que siguiera, indicando que todo estaba bien. En ese momento, *bien* era un término muy relativo.

-Señor Hood -dijo Mohalley-, realizamos una rápida verificación de antecedentes de todos los padres, y surgió su expediente del Centro de Operaciones...

-Renuncié -dijo Hood.

-Lo sabemos -le dijo Mohalley-. Pero su renuncia no entra en vigencia hasta dentro de doce días. Mientras tanto -prosiguió-, tenemos un problema potencialmente grave con el que usted nos podría ayudar.

Hood lo miró.

-¿Qué clase de problema?

-No tengo permiso para decírselo -le dijo Mohalley.

No es que Hood realmente hubiera supuesto que Mohalley se lo diría. No allí. El Departamento de Estado era paranoico respecto de la seguridad fuera de sus propias oficinas, si bien en este caso tenía sus razones para serlo. Cada diplomático, cada cónsul estaba allí para ayudar a su país. Eso incluía estar "conectado", utilizando todo, desde escuchar furtivamente hasta recurrir a métodos electrónicos, para captar conversaciones.

-Entiendo -dijo Hood-. Pero, ¿tiene relación con esto? -presionó.

-Sí, señor. ¿Me sigue, por favor? -dijo Mohalley. Fue menos una pregunta que una afirmación.

Hood miró hacia el parque.

-¿Y mi mujer...?

-Le diremos que necesitábamos su ayuda -le informó Mohalley-. Ella va a entender. Por favor, señor, es importante.

Hood miró los ojos gris-acero del hombre. Una parte suya -la parte que se sentía culpable por Sharon- quería decirle a Mohalley que se fuera al diablo. Una vez Lowell Coffey había dicho: *"Las necesidades de Estado se imponen a las necesidades del propio estado".* Por esa razón Hood se había ido del gobierno. Un delegado acababa de ser asesinado, y su hija estaba secuestrada por sus asesinos; asesinos que habían prometido matar a otra persona cada hora. Hood debería estar con su mujer.

Sin embargo, otra parte de él no quería sentarse a esperar que otros actuaran. Si había algo que Hood pudiera hacer para ayudar a Harleigh, o si pudiera reunir información para Rodgers y la Striker, quería involucrarse y hacerlo. Esperó que Sharon lo comprendiera.

-Está bien -le dijo Hood al jefe de seguridad.

Los hombres se volvieron y caminaron enérgicamente hacia el parque. Se dirigieron hacia la Primera Avenida, que estaba bloqueada por autos de la policía desde la calle Cuarenta y Dos hasta la Cuarenta y Siete. Detrás de los autos se levantaba un muro de resplandor: las luces de las cámaras de televisión. A lo largo de la avenida estaban estacionados tres camiones de la Patrulla de Emergencia por Radio de la Unidad del Servicio de Emergencia del DPNY, con escuadrones ECF -Equipos de Captura de Fugitivos- para el caso de que los terroristas fueran norteamericanos. Estaba también el escuadrón de bombas del Distrito Diecisiete con su propia camioneta. En lo alto había un par de helicópteros Bell-412 azules y blancos de la Unidad de Aviación de la Policía de Nueva York, con los potentes focos iluminando el recinto. Personal de limpieza y asistentes diplomáticos seguían siendo evacuados de la ONU y de las torres al otro lado de la avenida.

En el brillo de las luces blancas, Hood llegó a ver a su mujer, blanca y fantasmal, cruzando la calle con el resto de los padres. Miraba hacia atrás, tratando de vislumbrarlo. El saludó con la mano, pero inmediatamente se interpusieron los camiones de la PER del lado de la ONU y la pared policial del otro lado.

Hood siguió a Mohalley hacia el sur, en dirección a la calle Cuarenta y Dos, donde esperaba un sedán negro del Departamento de Estado. Mohalley y Hood se introdujeron en el asiento de atrás. Cinco minutos después salían de Manhattan por el renovado túnel Queens-Midtown.

Hood escuchaba hablar a Mohalley. Y lo que escuchaba lo hacía sentir como si, de una trompada, lo hubiesen empujado a dar un gran paso en la dirección equivocada.

20

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 10.31 pm

Cuando se oyó el revólver en la sala del Consejo de Seguridad, el coronel Mott se puso inmediatamente delante de la secretaria general. Si hubiera habido más detonaciones, la habría hecho retroceder hacia donde se encontraba su personal de seguridad. Los oficiales habían tomado los escudos antiimpacto, que estaban apilados a un lado, y estaban parados detrás de ellos.

Pero no hubo más disparos. Sólo el olor acre de la cordita, la sordera algodonosa causada por la detonación, y el frío inconcebible de la ejecución.

La secretaria general Chatterjee miró hacia adelante. El mantra había fallado. Había muerto un hombre, y había muerto la esperanza.

Ella había visto la muerte recreada en las películas de su padre. Había visto las consecuencias del genocidio en videos producidos por organizaciones de derechos humanos. Nada de eso se acercaba a la deshumanizadora realidad del asesinato. Miró el cuerpo que yacía boca abajo sobre las losas del piso. Los ojos y la boca estaban muy abiertos, y el rostro muerto era como de arcilla, achatado sobre un costado y vuelto hacia ella. Debajo de él, la sangre se expandía parejamente en todas direcciones. El hombre tenía los brazos retorcidos debajo del cuerpo, y los pies vueltos en direcciones opuestas.

¿Dónde estaba la sombra del *atinan* del que hablaba su religión, el alma eterna del hinduismo? ¿Dónde estaba la dignidad que supuestamente nos acompañaba en el ciclo de la eternidad?

-Sáquenlo de aquí -dijo el coronel Mott, después de lo que probablemente fueron uno o dos segundos pero pareció muchísimo más-. ¿Se encuentra bien? -le preguntó a la secretaria general.

Ella asintió.

Los técnicos médicos se acercaron con una camilla. Pusieron sobre ella el cuerpo del delegado. Uno de los técnicos colocó una gruesa gasa contra la herida abierta de la cabeza. Lo hizo más por decoro que por ayudar al delegado, que estaba más allá de toda ayuda.

Detrás de los guardias, los representantes estaban quietos y callados. Chatterjee los miró y ellos la miraron a ella. Todos estaban pálidos. Los diplomáticos trataban con el horror todos los días, pero raramente llegaban a experimentarlo.

Pasó un largo rato hasta que Chatterjee recordó que tenía la radio en la mano. Se compuso rápidamente y habló en el transmisor.

-¿Cuál era la necesidad?

Después de un breve silencio, alguien respondió.

-Habla Sergio Contini.

Contini era el delegado italiano. Su potente voz era ahora débil y jadeante.

El coronel Mott se volvió hacia Chatterjee. Tenía la mandíbula tensa, y la furia asomaba en sus ojos oscuros. Obviamente sabía de qué se trataba.

-Continúe, *signore* Contini -dijo Chatterjee. A diferencia de Mott, ella se aferraba a la esperanza.

-Me ordenaron que le dijera que seré la siguiente víctima -dijo. Las palabras surgieron lenta, irregularmente-. Me matarán en exactamente una... -se detuvo y se aclaró la garganta-... exactamente una hora. No habrá más comunicaciones.

-Por favor dígales a sus captores que deseo entrar -dijo Chatterjee-. Dígales que quiero...

-Ya no están escuchando -le informó Mott.

-¿Cómo? -dijo Chatterjee.

El coronel señaló la pequeña luz indicadora en la parte superior del aparato oblongo. Estaba apagada.

Chatterjee bajó el brazo lentamente. El coronel estaba equivocado. Los terroristas nunca habían escuchado.

-¿Cuánto falta para que tengamos imágenes del interior de la sala? -preguntó.

-Enviaré a alguien abajo para averiguar -dijo Mott-. No utilizamos la radio por si están escuchando.

-Comprendo -dijo Chatterjee. Le devolvió la radio.

El coronel Mott envió a uno de sus oficiales abajo y ordenó a otros dos limpiar la sangre del delegado. Si tenían que entrar, no quería que nadie se resbalara sobre ella.

Mientras Mott hablaba con su equipo, varios de los representantes intentaron acercarse. Mott les ordenó a los guardias que los detuvieran. Dijo que no quería a nadie bloqueando el camino a la sala del Consejo de Seguridad. Si alguno de los rehenes lograba salir, quería poder protegerlo.

Mientras Mott mantenía a la multitud en orden, Chatterjee le dio la espalda al grupo. Caminó hacia la ventana que daba al parque. Habitualmente había tanta actividad allí afuera, aun de noche, con la fuente y el tráfico, gente trotando o paseando a sus perros, luces en las ventanas de los edificios de enfrente. Incluso el tráfico de helicópteros estaba siendo desviado de la zona céntrica; no sólo por si había una explosión en tierra sino también por si los terroristas tenían cómplices. Se imaginó que también el tráfico de lanchas y botes de recreo estaba siendo interrumpido a lo largo del río East.

Toda la zona estaba paralizada. Igual que ella.

Chatterjee inspiró temblorosamente. Se dijo que no había nada que pudieran haber hecho para evitar la muerte del delegado. No podrían haber reunido la suma del rescate, ni siquiera si las naciones se hubieran puesto de acuerdo para intentarlo. No podrían haber atacado la sala del Consejo de Seguridad sin ocasionar más muertes. No pudieron negociar, aunque lo intentaron.

Y luego, de pronto, se dio cuenta: se había equivocado en algo. Una cosa; una cosa pequeña pero significativa.

Pasando junto a los representantes, Chatterjee les informó que volvía a la sala de conferencias para notificar del asesinato a la familia del delegado. Luego, dijo, regresaría.

-¿A hacer qué? -preguntó el delegado de la República de Fiji.

-A hacer lo que debería haber hecho la primera vez -respondió ella, y luego se dirigió hacia el ascensor.

21

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 10.39 pm

Después de matar al delegado sueco, Reynold Downer se acercó a Georgiev. Salvo por unas pocas niñas que lloraban y por el delegado italiano que rezaba, todos en la habitación estaban callados e inmóviles. Los otros miembros enmascarados del grupo permanecieron donde estaban.

Downer se acercó lo suficiente como para que Georgiev pudiera sentir el calor de su aliento a través de la máscara. Había pequeñas manchas de sangre sobre las fibras.

-Tenemos que hablar -dijo Downer.

-¿Sobre qué? -murmuró Georgiev fastidiado.

-Sobre echar más leña al fuego -gruñó Downer.

-Vuelve a tu puesto -insistió Georgiev.

-Escúchame. Cuando abrí la puerta, vi como veinte o veinticinco guardias de seguridad con armas y escudos en el pasillo.

-Eunucos -dijo Georgiev-. No se arriesgarán a entrar. Ya *hemos hablado* de esto. Estarían arriesgando demasiado.

-Lo sé -Downer desvió la mirada hacia un teléfono de seguridad apoyado sobre un bolso militar en el suelo-. Pero tu fuente de inteligencia dijo que sólo Francia había consentido en pagar. No tenemos de rehén a la maldita secretaria general, como lo habíamos planeado.

-Eso fue desafortunado -dijo Georgiev-, pero no catastrófico. Nos arreglaremos sin mediador.

-No veo de qué manera -dijo Downer.

-Resistiendo más que ellos -dijo Georgiev-. Cuando Estados Unidos empiece a temer que las niñas estén en peligro, pagarán todo lo que no paguen los otros países. Lo pondrán a cuenta de la deuda con la ONU, encontrarán alguna manera apropiada de dárnoslo. Ahora regresa y haz lo que se supone que debes hacer.

-No estoy de acuerdo con esto -insistió Downer-. Creo que tenemos que calentar el ambiente.

-No hace falta -dijo Georgiev-. Tenemos tiempo, comida, agua...

-¡No me refería a eso! -interrumpió Downer.

Georgiev le lanzó una mirada. El australiano se estaba poniendo ruidoso. Era exactamente lo que esperaba de Downer. Un rústico discutidor y ritualista, predecible y extremo como un kabuki japonés. Pero se estaba extendiendo un poco más de lo tolerable y poniéndose demasiado escandaloso. Estaba dispuesto a dispararle a Downer, a dispararle a cualquiera de los suyos si tenía que hacerlo. Deseó que Downer pudiera notarlo en sus ojos.

Downer tomó aliento. Cuando habló, se había calmado un poco. Había recibido el mensaje.

-Lo que digo -siguió Downer-, es que estos cabrones no están entendiendo el mensaje de que queremos el dinero, que no vamos a hablar. Chatterjaw intentó negociar.

-Eso también nos lo esperábamos -dijo Georgiev-. Y la detuvimos.

-Por ahora -rezongó Downer-. Volverá a intentarlo. Hablar es lo único que hacen estos imbéciles.

-Y nunca resulta -dijo Georgiev-. Estamos preparados para todas las eventualidades -le recordó tranquilamente el búlgaro-. *Van* a obedecer.

El australiano todavía sostenía la pistola con la que había matado al delegado sueco. La sacudía mientras hablaba.

-Sigo pensando que tendríamos que averiguar qué traman y *presionar* a los cabrones -dijo Downer-. Yo digo que después de liquidar al delegado italiano, empecemos con las nenitas. Quizá primero torturarlas, que se escuchen un par de gritos por los pasillos. Como esos guerrilleros del Khmer Rouge en Camboya, que atrapaban al perro y lo cortaban lentamente en pedazos para hacer salir a la familia. Presionarlos para apurar las cosas.

-Sabíamos que nos iba a llevar varias balas llamar su atención -respondió Georgiev en un susurro-. Sabíamos que aun si están dispuestos a sacrificar delegados, Estados Unidos no permitirá que mueran las niñas. Ni por medio de un ataque ni por medio de la inactividad.

Ahora, por última vez, vuelve a tu puesto. Seguiremos nuestro plan.

Downer se alejó bufando e insultando, y Georgiev volvió a prestar atención a los rehenes. También esto lo había previsto el búlgaro. Reynold Downer no era un hombre paciente. Pero el conflicto y la tensión podían probar la determinación y fortalecer el trabajo en equipo.

Excepto en las Naciones Unidas, pensó Georgiev con ironía. Y

la razón era sencilla. Las Naciones Unidas promovían la paz en lugar de la ganancia. La paz en lugar de probarse a uno mismo. La paz en lugar de la vida.

Georgiev combatiría hasta sucumbir a la paz inevitable, la paz que finalmente les llegaba a todos los hombres.

22

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.08 pm

El gran C-130 estaba estacionado e inmóvil en la pista junto a la Terminal Aérea Marítima en el aeropuerto La Guardia. Originariamente denominada Terminal de Ultramar cuando se inauguró en 1939, la Terminal Aérea Marítima supo ser el edificio terminal principal del aeropuerto. Construida junto a la ventosa Bahía Jamaica, la terminal fue concebida para recibir a los pasajeros de los "botes voladores", el medio de vuelo internacional predominante en los treinta y los cuarenta.

En la actualidad, la Terminal Aérea estilo *art decó* se veía empequeñecida por el Edificio Terminal Central y los edificios de las aerolíneas privadas. En su época, sin embargo, la Terminal Aérea Marítima había presenciado hechos históricos. Aunque negro, el llamado "asfalto plateado" había recibido a políticos y líderes mundiales, estrellas de cine y famosos artistas, inventores de renombre y exploradores mundialmente famosos. Entonces, los flashes de la prensa estaban siempre listos para darles la bienvenida a Nueva York. Las limusinas esperaban para llevarlos a la ciudad.

Esa noche, la Terminal Aérea Marítima presenciaba otra clase de hecho histórico. Once *strikers* y el general Mike Rodgers estaban de pie sobre la oscura pista de aterrizaje, rodeados por una docena de policías militares. Al verlos, Paul Hood se enfureció, y literalmente hundió los dedos en el almohadón del asiento.

En el camino, el jefe segundo de Seguridad Mohalley le había dicho que la policía militar había llegado en helicóptero desde Fort Monmouth, Nueva Jersey, donde trabajaban para el Comando de Movilidad Aérea.

-De acuerdo a la información que recibí -había explicado Mohalley- el Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso se negó a darles a sus *strikers* permiso para involucrarse en la crisis. Aparentemente, el presidente del CSIC estaba preocupado por la reputación de la Striker de apartarse de las reglas. Así que se puso en contacto con la Casa Blanca y habló directamente con el presidente.

Obviamente, pensó Hood con amargura, *nadie se había molestado en considerar la reputación de la Striker de lograr sus objetivos.*

-Cuando el presidente trató de llamar a Mike Rodgers -prosiguió Mohalley- se enteró de que la Striker ya estaba en el aire y se puso furioso. La siguiente llamada del presidente fue al coronel Kenneth Morningside, comandante de Fort Monmouth. No me extraña que hayan tomado una actitud tan firme -agregó Mohalley-. Alrededor de quince minutos después de que los terroristas ingresaran a las Naciones Unidas, el Departamento de Estado emitió una orden general de que ninguna unidad de la policía de seguridad debía poner un pie en el edificio. Entiendo que el DPNY recibió una orden similar. Cualquier incursión debía ser solicitada por escrito por la secretaria general, y los parámetros debían ser aprobados por el oficial comandante de la unidad.

Al escuchar esto, Hood temió aun más por Harleigh y las otras niñas. Si a la Striker no se le permitía salvarlas, ¿entonces quién podría hacerlo? Pero su desesperación se tiñó de ira cuando vio cómo retenían a Mike Rodgers, Brett August y el resto de los *strikers.* Estos hombres y mujeres, estos héroes de batalla, no merecían que se los tratara como a malhechores.

Hood salió del auto y corrió hacia el grupo. Mohalley se apresuró tras él. Un viento fuerte y salado soplaba desde la bahía y Mohalley tuvo que sostenerse la gorra para que no se le volara. Hood ni siquiera lo sintió. La furia en su interior ardía más intensamente que el temor o la frustración. Tenía los músculos tirantes como cables y su mente estaba en llamas. Y sin embargo su ira no sólo estaba dirigida a este ultraje y a la permanente ineficacia de la ONU. Como combustible avivando el rescoldo, su cólera se derramaba en todas direcciones. Notó que estaba enojado con el Centro de Operaciones por haberse inmiscuido tanto en su vida, con Sharon por no haberle dado más apoyo, consigo mismo por haber manejado todo tan mal.

El teniente Solo, comandante de la brigada de policía militar, se adelantó a su encuentro. El teniente era un hombre bajo, rollizo, medio calvo, de alrededor de cuarenta años. Tenía una

mirada inflexible y un rostro pragmático.

Mohalley alcanzó a Hood y se presentó ante el teniente. Luego se dispuso a presentar a Hood. Pero él ya había pasado entre los oficiales en dirección al grupo de policías militares. Frunciendo el ceño, el teniente se volvió y fue tras él. Mohalley lo siguió.

Hood se detuvo bruscamente cuando estaba por abrirse paso a empellones entre los policías -pero estuvo cerca de hacerlo-. Le quedaba suficiente sentido común como para comprender que si peleaba con esta gente, perdería.

El teniente se puso delante de Hood.

-Discúlpeme, señor... -dijo.

Hood lo ignoró.

-Mike, ¿estás bien?

-La he pasado peor -dijo él.

Hood tenía que admitir que eso era cierto. La puesta en perspectiva se unió al sentido común y Hood se relajó un poco.

-Señor Hood -insistió el teniente.

Hood lo miró.

-Teniente Solo, estos soldados están bajo mi mando. ¿Cuáles son sus instrucciones?

-Nos han ordenado asegurarnos de que todo el personal de la Striker vuelva a abordar el C-130, y permanecer en nuestro puesto hasta que la aeronave regrese a la base Andrews -le informó Solo.

-Bien -dijo Hood con evidente disgusto-. Dejemos que Washington anule la única esperanza de la ONU...

-No fue mi decisión, señor -dijo Solo.

-Lo sé, teniente -dijo Hood-, y no estoy enojado con usted -no lo estaba. Estaba enojado con todos-. Pero sí estoy ante una situación en la que necesito a mi subjefe, el general Rodgers. El general no es miembro de la unidad Striker.

El teniente Solo pasó la mirada de Hood a Rodgers y de Rodgers a Hood.

-Si eso es cierto, mis instrucciones no atañen al general.

Rodgers se apartó de los *strikers* y avanzó por entre el círculo de policías.

Mohalley hizo un gesto severo.

-Un momento -dijo-. La orden general que yo recibí sí atañe a todo el personal militar y de seguridad, incluyendo al general Rodgers. Señor Hood, quisiera saber cuál es la situación que requiere la presencia del general.

-Es personal -respondió Hood.

-Si atañe a la situación en las Naciones Unidas...

-Sí -dijo Hood-. Mi hija está entre los rehenes. Mike Rodgers es su padrino.

Mohalley contempló a Rodgers.

-Su padrino.

-Así es -dijo Rodgers.

Hood no dijo nada. No importaba si el oficial del DDE le creía o no. Lo único que importaba era que Rodgers pudiera ir con él.

Mohalley miró a Hood.

-Sólo familiares directos pueden ingresar con usted a la sala de espera.

-Entonces *no* iré a la sala de espera -dijo Hood entre dientes. Ya había tenido suficiente. Nunca había golpeado a un hombre, pero si este funcionario no se apartaba, él lo apartaría de un empujón.

Rodgers estaba parado junto al más bajo oficial del Departamento de Estado. El general miraba a Hood. Por un largo momento, el viento fue el único sonido. En el silencio parecía mucho más fuerte.

-Muy bien, señor Hood -dijo Mohalley-. En esto no le voy a atar las manos.

Hood exhaló.

Mohalley miró a Rodgers.

-¿Quiere que lo lleve, señor?

-Sí, gracias -dijo Rodgers.

Rodgers seguía mirando a Hood. Y Hood se sintió, de pronto, como se sentía cuando ambos estaban sentados en su oficina del Centro de Operaciones. Sintió que volvía a conectarse, a integrarse a una red de leales amigos y colegas.

Gracias a Dios. En medio de todo, volvió a sentirse entero.

Antes de partir, Rodgers se volvió hacia los *strikers.* El coronel August lo saludó. Rodgers le devolvió el saludo. Luego, a una orden de August, los *strikers* regresaron al C-130. La policía permaneció en la pista mientras Hood, Rodgers y Mohalley volvían al auto.

Paul Hood no tenía ningún plan. Tampoco imaginaba que Rodgers lo tuviera. Cualquier cosa que Rodgers hubiera pensado habría involucrado a la Striker. Pero mientras el sedán del Departamento de Estado se alejaba de la Terminal Aérea Marítima y del imponente C-130, la angustia de Hood cedió ligeramente. No era sólo la presencia de Rodgers lo que lo aliviaba. Era también el recuerdo de algo que había aprendido en el Centro de Operaciones: que, de todos modos, los planes realizados en momentos de calma raramente funcionaban durante una crisis.

Ellos eran sólo dos, pero estaban respaldados por el equipo más fuerte del mundo, y se les ocurriría algo.

Tenía que ocurrírseles.

23

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.11 pm

-¡De ningún modo puedo permitir que lo haga! -el coronel Mott casi le gritaba a la secretaria general Chatterjee-. Es una locura. No, es peor que una locura. ¡Es un *suicidiol*

Estaban los dos sentados en la cabecera de la mesa de la sala de conferencias. El vicesecretario general Takahara y el subsecretario general Javier Olivo estaban parados a un par de metros, junto a la puerta cerrada. Chatterjee acababa de colgar con Gertrud Johanson, la esposa del delegado sueco, que estaba en Estocolmo. Su marido había concurrido a la fiesta con su joven asistente ejecutiva, Liv, que seguía en la sala del Consejo de Seguridad. La señora Johanson volaría tan pronto como fuera posible.

Era triste e irónico a la vez, pensó Chatterjee, que tantas esposas de políticos se juntaran con sus maridos sólo después de muertos. Se preguntó si ella tendría ese trabajo si estuviera casada.

Probablemente, decidió.

-Señora -dijo el coronel-. Por favor dígame que lo pensará mejor.

Ella no podía hacerlo. Estaba convencida de que tenía razón. Y al estar convencida, no podía hacer ninguna otra cosa. Ese era su *dharma,* el deber sagrado que venía junto con la vida que había elegido.

-Gracias por preocuparse -dijo la secretaria general Chatterjee-, pero creo que ésta es nuestra mejor alternativa.

-No lo es -dijo Mott-. Deberíamos tener imágenes en video del Consejo de Seguridad en pocos minutos. Déme media hora para mirarlas, y luego entraré con mi equipo.

-Mientras tanto -señaló la secretaria general- morirá el embajador Contini.

-El embajador morirá de todos modos -dijo Mott.

-Esa noción no la voy a aceptar -dijo Chatterjee.

-Eso es porque usted es una diplomática y no un soldado -dijo Mott-. El embajador es lo que llamamos una pérdida operativa. Es decir, un soldado o una unidad al que no se puede llegar a tiempo sin arriesgar la seguridad del resto de la compañía. Así que no se lo intenta. No se *puede.*

-No hay una compañía en peligro, Coronel Mott -dijo Chatterjee-. Sólo yo. Iré al Consejo de Seguridad y entraré.

Mott sacudió la cabeza, enojado.

-Creo que lo está haciendo para autocastigarse, señora secretaria general, y no tiene por qué. Hizo lo correcto al tratar de contactar a los terroristas por radio.

-No -dijo Chatterjee-. Me faltó visión. No pensé en el paso siguiente.

-Eso es fácil de decir ahora -sugirió el vicesecretario general Takahara-. Nadie tuvo una idea mejor. Y si se nos hubiese ocurrido esta posibilidad, yo habría estado en contra.

Chatterjee miró su reloj. Tenían sólo diecinueve minutos hasta el próximo plazo.

-Caballeros, voy a seguir adelante con esto -dijo.

-La van a derribar -advirtió Mott-. Probablemente tengan a alguien en la puerta para dispararle a cualquiera que intente entrar.

-Si es así, tal vez mi muerte cuente como el asesinato de la hora -dijo Chatterjee-. Tal vez no maten al embajador Contini. Entonces usted, señor Takahara, tendrá que decidir cómo proceder a continuación.

-Cómo proceder a continuación -murmuró Mott-. ¿Qué se puede hacer salvo atacar a estos monstruos? Y hay otra cosa que usted no consideró. Los terroristas dijeron que ante cualquier intento de liberar a los rehenes soltarían gas venenoso. Estamos ante una situación delicada. Hay una gran probabilidad de que interpreten su entrada a la habitación como un ataque de mis fuerzas de seguridad, o quizá como una distracción para montar un ataque.

-Les hablaré a través de la puerta -dijo Chatterjee-. Dejaré en claro que no estoy armada.

-Que es exactamente lo que diríamos si quisiéramos engañarlos -dijo Mott.

-Coronel, en esta instancia estoy de acuerdo con la secretaria general -dijo el vicesecretario Takahara-. Recuerde que lo que está en peligro no es sólo la vida del embajador Contini. Si usted entra en el Consejo de Seguridad con una fuerza de seguridad armada, sin

dudas habrá gran cantidad de bajas entre los rehenes y posiblemente entre su propia gente, y eso por no mencionar el riesgo del gas venenoso.

Chatterjee volvió a mirar su reloj.

-Desgraciadamente, no tenemos tiempo de seguir con esta discusión.

-Señora -dijo Mott-, ¿al menos se pondrá un chaleco antibalas?

-No -dijo Chatterjee-. Debo entrar en esa habitación con esperanza y también con confianza.

La secretaria general abrió la puerta. Caminó por el pasillo seguida de cerca por el coronel Mott.

A pesar de sus expresiones de esperanza en la sala de conferencias, Chatterjee sabía que podía estar caminando hacia su muerte. La conciencia de que tal vez le quedaran unos pocos minutos de vida provocó que sus sentidos estuvieran hiperalertas, y el aspecto habitualmente familiar del pasillo se modificó. Las imágenes y los olores, hasta el sonido de las losas bajo sus pies, todo era vivido. Y por primera vez en su corta trayectoria en el puesto, no se distrajo con charlas o debates, declaraciones de guerra o de paz, sanciones y resoluciones. Eso hizo que la experiencia fuera aun más irreal.

Ella y Mott subieron al ascensor. Quedaban cinco minutos hasta la hora del plazo.

24

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.28 pm

Georgiev estaba parado cerca de la abertura de la mesa circular en la sala del Consejo de Seguridad. Había estado controlando a los delegados al tiempo que miraba su reloj. Los otros hombres seguían custodiando las puertas, excepto Barone. El uruguayo estaba arrodillado en el centro de la habitación, delante de la galería, mirando hacia abajo. Cuando faltaban dos minutos para el siguiente plazo, el búlgaro se volvió y le hizo un gesto a Downer.

El australiano había estado paseándose lentamente por la puerta norte de la galería superior, observando a Georgiev. Al recibir la señal, comenzó a bajar las escaleras.

Varios de los hombres y mujeres sentados en el piso dentro de la mesa comenzaron a gemir. Georgiev detestaba la debilidad. Así que levantó su automática y la apuntó hacia una de las mujeres. Era lo que solía hacer con sus chicas en Camboya. Cuando alguna o algunas de ellas lo amenazaban con denunciarlo porque él las trataba mal o les pagaba menos de lo convenido, Georgiev no decía palabra. Simplemente les ponía una pistola en la cabeza. Nunca fallaba: cada abertura de sus caras -ojos, nariz, boca- se abría y se inmovilizaba. Entonces Georgiev hablaba: "Te me vuelves a quejar y te mato", les decía. "Tratas de huir, y te mato a ti y a tu familia". Después de eso no volvían a quejarse. De las más de cien chicas que habían trabajado para él durante el año en que funcionó el círculo, sólo había tenido que matar a dos.

Todos dejaron de lloriquear. Georgiev bajó la pistola. Seguía habiendo lágrimas pero ningún sonido.

Downer estaba casi al final de las escaleras cuando Georgiev vio que titilaba la luz del TAC-SAT. Se sorprendió. Había hablado con Annabelle Hampton una hora atrás, cuando ella le había avisado que la secretaria general tenía la intención de negociar. Por un momento, Georgiev se preguntó si los temores de Downer se harían realidad y las fuerzas de seguridad tratarían de ingresar. Pero eso no era posible. La ONU no se arriesgaría a algo así. Fue hacia el teléfono.

Annabelle Hampton había sido la adquisición más arriesgada pero también más importante de Georgiev. Desde que se habían conocido en Camboya, Annabelle le había parecido una mujer decidida e independiente. Ella estaba en Phnom Penh reclutando INTHUM (inteligencia humana) y personal para la CÍA. Georgiev le proveía información que sus chicas obtenían de los clientes. También le pasaba información que levantaba de sus propios contactos con el Khmer Rouge. Aunque él les pagaba a los rebeldes y a él le pagaban por espiarlos, obtenía con el arreglo un pequeño rédito personal.

Cuando terminó la operación del ATNUC en 1993, Georgiev buscó a Annabelle para venderle los nombres de las chicas que había utilizado. Se enteró de que había sido trasladada a Seúl y allí la contactó. Para entonces Annabelle parecía más enojada que ambiciosa. Cuando él mencionó que dejaba el ejército para entrar en el negocio, ella, medio en broma, le dijo que la tuviera en cuenta si había alguna oportunidad interesante.

Él lo hizo.

Hasta aquella tarde, cuando Annabelle le dio el horario detallado del evento en las Naciones Unidas, Georgiev se había preguntado si ella se echaría atrás. Confiaba en que no lo traicionaría porque él sabía dónde vivían sus padres; se había ocupado de enviarles flores cuando ella estaba de visita para Navidad. Aun así, las horas finales antes de cualquier misión eran lo que el gran general búlgaro del siglo diecinueve Grigor Halachev solía llamar "el momento de las peores dudas". Es entonces que se establecen finalmente los planes externos, y los soldados tienen la oportunidad de examinar su estado interno.

Annabelle no se había echado atrás. Había en ella tanta resolución como en cualquiera de los soldados que estaban en la habitación.

Georgiev levantó el teléfono.

-Habla -dijo. Era la única palabra a la que Annabelle debía responder.

-La secretaria general está nuevamente en camino -le informó Ani-. Sólo que esta vez piensa entrar en la sala del Consejo de Seguridad. Confía en que la dejen pasar.

Georgiev sonrió.

-Eso -dijo Ani- o ser ella el blanco en lugar del delegado italiano.

-Los pacifistas siempre quieren ser el blanco hasta que realmente lo son -dijo Georgiev-. Después lloran y ruegan. ¿Qué le dicen sus consejeros?

-El coronel Mott y uno de los subsecretarios generales alientan un golpe tan pronto como tengan imágenes de la sala -dijo Ani-. Los otros funcionarios no opinan.

Georgiev le echó una mirada a Barone. La unidad de seguridad no obtendría ninguna imagen. Cuando Annabelle les había informado el plan, Georgiev había enviado a Barone al lugar donde se suponía que estaban haciendo las perforaciones. Apenas la minúscula cámara apareciera, la cubriría.

-¿Se siguió discutiendo el pago del rescate? -le preguntó Georgiev.

-No -dijo Ani.

-No importa -dijo Georgiev-. Sin imágenes de video, y con más muertes, pronto accederán a nuestro pedido.

-Hay algo más -dijo Ani-. Mi jefe acaba de informarme que un escuadrón SWAT del Centro para el Manejo de la Crisis está viniendo desde Washington.

-¿El CMC? -dijo Georgiev-. ¿Quién los autorizó?

-Nadie -le dijo Ani-. Van a usar mi oficina como centro de operaciones. Si la ONU les da el visto bueno, podrán entrar.

Eso era algo inesperado. Georgiev había oído que el CMC había montado una acción muy respetable en Rusia durante el intento de golpe más de un año atrás. Si bien tenía gas venenoso y planes de batalla para el Consejo de Seguridad, prefería no tener que usar ninguno de ellos. Por otra parte, la ONU tendría que darle permiso de entrada al escuadrón SWAT. Y si lograban tener a Chatterjee adentro, ella proveería los medios para evitar que ocurriera.

Georgiev le agradeció a Annabelle y colgó.

La secretaria general sería una buena incorporación a los rehenes. El había contado desde el principio con tenerla como mediadora por las niñas. Diciéndoles a las naciones que cooperaran para su liberación. Ahora también ayudaría a que el ejército no interviniera. Y cuando fuera el momento de partir, ella y las niñas serían los rehenes ideales.

Downer llegó junto a Georgiev. La única cuestión era qué hacer con el delegado italiano. Si lo mataban, se debilitaría la credibilidad de la secretaria general como pacificadora. Si lo dejaban vivir, parecerían débiles.

Georgiev decidió que la credibilidad de la secretaria general no era asunto suyo y le hizo a Downer un gesto de asentimiento. Luego miró cómo el australiano, a la rastra, subía al sollozante delegado italiano por las escaleras.

25

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.29 pm

-Van a volver a hacerlo.

Laura Sabia, de cabello castaño, estaba sentada a la izquierda de Harleigh Hood. Tenía una mirada fija y sin expresión y temblaba aun peor que antes. Era como si tuviera un pico de glucemia. Harleigh volvió a poner las yemas de sus dedos sobre la mano de ella para tratar de calmarla.

-Lo van a matar -dijo Laura.

-Shhh... -dijo Harleigh.

Bárbara Mathis, sentada a la derecha de Harleigh, observaba a los terroristas. La violinista de cabellos negros estaba muy derecha y parecía muy intensa. Harleigh le conocía esa actitud. Bárbara era de esa clase de músicos que se enojaban de manera irracional si alguien hacía un ruido que quebrara su concentración. Parecía que estaba por llegar a ese punto. Harleigh deseó que no ocurriera.

Las niñas miraron cómo los enmascarados llevaban al delegado escaleras arriba. La víctima cayó de rodillas en uno de los escalones, llorando y diciendo algo rápido y fuerte en italiano. El enmascarado, el australiano, lo tomó por el cuello de la camisa y lo tironeó con violencia. Al italiano se le doblaron los brazos y cayó hacia adelante. El enmascarado insultó, se agachó y puso el revólver entre las piernas del hombre. Le dijo algo al italiano, que se agarró de una silla y rápidamente maniobró para ponerse de pie. Los dos continuaron subiendo la escalera.

Cerca de las violinistas, en el centro de la mesa circular, la esposa de un delegado consolaba a otra mujer. La apretaba contra ella y le tapaba la boca con la mano. Harleigh supuso que era la mujer del hombre que estaba por morir.

Para entonces Laura ya estaba literalmente sacudiéndose, como atravesada por una corriente eléctrica. Harleigh jamás había visto algo así. Cerró sus dedos con fuerza sobre las manos de Laura.

-Tienes que calmarte -susurró Harleigh.

-No puedo -dijo Laura-. No puedo respirar. Tengo que salir de aquí.

-Pronto -dijo Harleigh-. Nos van a sacar. Sólo reclínate y cierra los ojos. Trata de relajarte.

El padre de Harleigh una vez les había dicho, a ella y a su hermano, que si alguna vez se encontraban en una situación como ésa, lo importante era mantenerse centrado. Invisible. Contar los segundos, había dicho, no los minutos o las horas. Cuanto más larga fuera la toma de rehenes, más posibilidades había de que se negociara un arreglo. Más posibilidades de sobrevivir. Si existía alguna oportunidad de escapar, debía usar el sentido común. La pregunta que tenía que hacerse no era: *"¿tengo posibilidades de lograrlo?".* La pregunta era: *"¿tengo posibilidades de no lograrlo?".* Si la respuesta era sí, era mejor quedarse donde uno estaba. Le había dicho también que evitara hacer contacto visual siempre que pudiera. El contacto visual la haría más humana ante sus captores. Les recordaría que era una de las personas a quienes ellos odiaban. Además no debía decir nada, para no decir algo equivocado. Sobre todo, tenía que relajarse. Pensar en cosas alegres, como hacían en dos de sus musicales favoritos, *Peter Pan* y *La novicia rebelde.*

-¿Laura? -dijo Harleigh.

Laura no parecía haber oído.

-Laura, tienes que escucharme.

Ella no oía nada. Había caído en algún tipo de estado extraño. Tenía la mirada fija y los labios apretados.

Los dos hombres habían llegado a la cima de las escaleras.

Al otro lado de Harleigh, Bárbara Mathis era lo opuesto de Laura, tensa como una cuerda de violín. Tenía un ademán despectivo que Harleigh conocía muy bien. Harleigh se sintió como la estatua del Departamento de Justicia. Sólo que en lugar de estar entre los platillos de la balanza de la justicia estaba entre extremos emocionales.

De pronto Laura salió disparada de su asiento. Harleigh seguía sosteniéndole la mano.

-¿Por qué nos *están haciendo* esto? -gritó Laura allí parada-. ¡Quiero que se detengan *ya!*

Harleigh le tironeó suavemente de la mano.

-Laura, no lo hagas...

El jefe de la banda se había detenido a mitad de las escaleras. Se volvió y miró furioso a las niñas.

La señorita Dorn estaba sentada tres asientos más allá. Se levantó despacio pero permaneció en su lugar.

-Laura, *siéntate* -dijo con firmeza.

-¡No! -Laura se soltó de Harleigh-. ¡No puedo quedarme aquí! -aulló, y corrió alrededor de la mesa. Se dirigía hacia la puerta del otro lado de la sala, la que había estado custodiando el jefe.

El jefe comenzó a bajar las escaleras mientras Laura corría por el piso alfombrado. La señorita Dorn fue tras ella, gritándole que regresara. El hombre que había estado del otro lado de la habitación, custodiando la otra puerta, dejó su puesto y corrió tras la maestra. El australiano en la cima de las escaleras se había detenido y los observaba.

Todos miraban a Laura cuando el jefe, el otro hombre y la señorita Dorn llegaron a la puerta. El otro hombre tomó a la señorita Dorn por la cintura, la tironeó hacia atrás, la revoleó y la arrojó al suelo. El jefe alcanzó la puerta cuando Laura la estaba abriendo. La cerró con el hombro y empujó a Laura hacia atrás. La niña tropezó, se cayó, se levantó y corrió hacia las escaleras. Seguía aullando.

La puerta no está cerrada.

El pensamiento se le presentó a Harleigh como una luz brillante. Claro que no estaba cerrada. Los hombres habían abierto las puertas y no tenían las llaves para cerrarlas.

Habían abierto la puerta hacia la que había corrido Laura, y habían abierto la puerta que estaba detrás de Harleigh. Harleigh los había visto hacerlo. Habían pasado un tiempo colocando equipos en el corredor de ese lado.

La puerta que estaba a alrededor de seis metros detrás de donde Harleigh y Bárbara estaban sentadas. La puerta desde donde el hombre acababa de salir corriendo para atrapar a Laura.

La puerta que nadie estaba custodiando.

El jefe corría detrás de Laura. La señorita Dorn había perdido el aliento pero estaba forcejeando con el hombre que la había derribado. La presión debía haberla afectado: la maestra de música no estaba razonando. Pero Harleigh sí, con claridad y confianza. Pensaba no sólo en salir y salvarse, sino también en llevar al exterior lo que el "tío" Bob Herbert llamaba "inteligencia".

La adolescente se volvió lentamente y echó una mirada de soslayo hacia la puerta. Fácilmente podía correr esa distancia. Había ganado la carrera de cincuenta yardas en la escuela dos de los cuatro años. Ciertamente podía llegar a la puerta doble antes de que ninguno de los hombres la detuviera. Y una vez afuera, debía haber un modo de meterse en la sala del Consejo Social y Económico. Había visto la puerta doble de ese lado durante el tour que les habían brindado.

Harleigh usó la punta de su zapato de taco alto para sacarse el zapato izquierdo. Después, lentamente, hizo lo mismo con el derecho. Sus compañeras estaban mirando el forcejeo.

Harleigh corrió su silla hacia atrás. Despacio, sin levantarse, hizo rotar la silla sobre una pata para poder girar ligeramente el cuerpo. Y tener el camino despejado y directo hacia la salida.

-No lo hagas -dijo Bárbara con un costado de la boca.

-¿Qué? -dijo Harleigh.

-Sé lo que estás pensando -dijo Bárbara- porque yo estoy pensando lo mismo. No lo intentes. Lo haré yo.

-No...

-Soy más veloz -murmuró Bárbara-. Te gané dos años seguidos.

-Yo estoy dos pasos más cerca -señaló Harleigh.

Bárbara negó con la cabeza lentamente. Sus ojos irradiaban furia y su mente parecía resuelta. Harleigh no supo qué hacer. No quería competir con Bárbara por la puerta. Sólo se tropezarían la una con la otra.

Las niñas miraron cómo el jefe atrapaba a Laura en mitad de las escaleras. La levantó en el aire y la arrojó hacia atrás, escaleras abajo. Laura rebotó y rodó hasta llegar hasta abajo. Movía despacio y con dolor los brazos y la cabeza. El jefe bajó hacia ella.

Bárbara respiró pausadamente varias veces. Puso las manos sobre el borde de la mesa de madera. Esperó hasta estar segura de que nadie la miraba. Luego se separó de la mesa, se levantó y corrió.

El ajustado vestido le trababa las piernas. Harleigh oyó un desgarro en el costado, pero Bárbara siguió corriendo. Revoleando los brazos, tenía los ojos fijos en la perilla de la puerta, e ignoraba a quien fuera que le gritaba que se detuviera.

Harleigh la vio llegar a la puerta.

¡Vete!, pensó.

Bárbara se detuvo a abrirla. Harleigh oyó el chasquido del picaporte, la puerta se abrió, y luego oyó un estallido. Permaneció dentro de sus oídos, llenándolos, como la primera explosión de música cuando el volumen de sus walkman estaba muy alto.

Lo siguiente que supo fue que Bárbara ya no estaba de pie. Seguía aferrándose al picaporte, pero estaba de rodillas. Su mano se resbaló de la perilla, y su brazo se dejó caer.

El cuerpo de Bárbara permaneció erguido, pero sólo por un momento. Luego cayó hacia el costado.

Ya no estaba enojada.

26

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.30 pm

La secretaria general Chatterjee se detuvo al escuchar el disparo apagado. Le siguieron gritos agudos, y unos momentos después hubo un segundo disparo, más cercano al pasillo que el primero. Casi inmediatamente se abrió la puerta de la sala del Consejo de Seguridad. El embajador Contini fue arrojado hacia afuera, y la puerta se cerró rápidamente.

El coronel Mott corrió hacia el cuerpo de inmediato. Sus pasos quebraron la quietud absoluta del pasillo. Lo siguió el equipo de emergencias médicas. El cuerpo bien vestido del delegado yacía de costado, con el rostro oscuro vuelto hacia ellos. Tenía una expresión relajada, con los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta. El hombre no parecía muerto, no como lo había parecido el embajador Johanson. Luego la sangre empezó a manar desde debajo de su blanda mejilla.

Mott se acuclilló junto al cuerpo. Miró detrás de la cabeza. Había una única herida, igual que antes.

Mientras el equipo médico colocaba el cuerpo sobre una camilla, Chatterjee caminó hacia las puertas de la sala del Consejo de Seguridad. Desvió la mirada del cuerpo cuando pasó junto a él. Mott se levantó y la interceptó.

-Señora, no va a ganar nada con entrar ahora -dijo-. Al menos espere a que tengamos el video.

-¡Que espere! -dijo Chatterjee-. Ya he esperado demasiado.

En ese momento, un integrante de la fuerza de seguridad llegó desde la sala del Consejo Social y Económico. El teniente David Mailman estaba asignado a un improvisado equipo de reconocimiento de dos miembros. El y su compañero habían sacado del depósito un aparato de espionaje remoto de quince años de antigüedad. Concebido para funcionar sobre una línea de teléfono, lo habían adaptado para que captara las voces a través de los auriculares de las unidades de traducción que había en cada asiento del Consejo de Seguridad. Como el alcance era de sólo siete metros y medio, tenían que trabajar desde la sala contigua. Estaban ubicados en el pequeño corredor de acceso al centro de medios del segundo piso, que era común a las salas del Consejo de Administración Fiduciaria y el Consejo de Seguridad.

-Señor -le dijo el teniente Mailman al coronel-, creemos que alguien acaba de intentar salir del Consejo de Seguridad. Vimos girar la perilla y oímos que tironeaban del picaporte justo antes del primer disparo.

-¿Fue un disparo de advertencia? -preguntó Mott.

-No nos parece -respondió Mailman-. La persona que estaba detrás gimió después del estallido -el teniente bajó la vista-. No... no parecía un hombre, señor. Era una voz muy suave.

-Una de las niñas -dijo Chatterjee con horror.

-Eso no lo sabemos -dijo Mott-. ¿Algo más, teniente?

-No, señor.

El oficial se marchó. El coronel apretó los puños, luego miró su reloj. Estaba esperando noticias del reconocimiento en video. Se habían solicitado teléfonos de seguridad a las fuerzas de Seguridad Diplomática del Departamento de Estado; hasta que llegaran, todas las comunicaciones debían efectuarse persona a persona. Chatterjee nunca había visto a un hombre parecer tan impotente.

La secretaria general seguía frente a la puerta. La muerte del embajador Contini no la había afectado tanto como la primera, y eso la inquietaba. O tal vez su reacción había sido mitigada por las noticias del teniente Mailman.

Pueden haber matado a una niña...

Chatterjee se dirigió hacia la puerta.

Mott le tomó el brazo suavemente.

-Por favor no lo haga. No todavía.

La secretaria general se detuvo.

-Sé que no hay nada que pueda hacer desde afuera -dijo-. Si se hace necesario entrar en acción, no me necesitarán aquí. Pero adentro, puede ser que sirva de algo.

El coronel miró largamente a la secretaria general y luego le soltó el brazo.

-¿Lo ve? -dijo ella con una ligera sonrisa-. Diplomacia. No tuve que apartar mi brazo.
Mott no parecía convencido cuando la miró partir.

27

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.31 pm

Paul Hood y Mike Rodgers iban sentados en la parte de atrás del sedán mientras Mohalley iba adelante con su chofer. Al regresar, Manhattan le pareció a Hood un lugar muy diferente. El edificio de la Secretaría sobresalía más que cuando había llegado con su familia (¿hacía sólo un día?). Estaba iluminado por focos dispuestos en los techos de los rascacielos adyacentes. Pero las oficinas estaban a oscuras, y la estructura lucía cadavérica. La ONU ya no le recordaba al vigoroso "símbolo del murciélago". No era el corazón vivo de la ciudad; más bien parecía algo ya muerto.

Cuando salieron del aeropuerto poco después de las once de la noche, el jefe segundo Mohalley llamó a su oficina para averiguar si había habido nuevos acontecimientos. Su asistente le informó que, por lo que ellos sabían, no había ocurrido nada desde la primera ejecución. Mientras tanto, Hood había puesto al tanto a Rodgers. Como de costumbre, Rodgers escuchó sin decir nada. Al general no le gustaba revelar sus pensamientos en público. Para Rodgers, estar con gente que no formaba parte de su círculo de confianza era estar "en público".

Ambos hombres iban en silencio mientras atravesaban el túnel de vuelta a Manhattan. Al salir de él Mohalley se volvió hacia ellos por primera vez.

-¿Dónde los dejo? ¿Señor Hood, general Rodgers? -preguntó.

-Nos bajaremos donde se baje usted -dijo Hood.

-Yo voy hasta el Departamento de Estado.

-Allí estará bien -dijo Hood. No agregó nada más. Seguía con la intención de ir a la oficina encubierta de la CÍA frente a la ONU, pero no quería que Mohalley lo supiera.

Una vez más, a Mohalley no pareció complacerle la respuesta, pero no insistió.

El auto salió del túnel en la calle Treinta y Siete. Mientras el conductor avanzaba hacia el norte por la Primera Avenida, Mohalley miró a Mike Rodgers.

-Quiero que sepa que detesto lo que ocurrió en el aeropuerto -dijo el funcionario del Departamento de Estado.

Rodgers asintió.

-He oído hablar de la Striker -dijo Mohalley-. Tienen toda una reputación. En mi opinión, lo mejor que podíamos hacer era mandar a su gente y terminar con todo esto.

-Es morboso -dijo Hood-. Seguramente todos piensan lo mismo, pero nadie lo autoriza.

-Todo este asunto es un lío -dijo Mohalley al tiempo que sonaba el teléfono del auto-. Cientos de cabezas y ningún cerebro. Es casi pasmoso, en el sentido trágico de la palabra.

Mohalley respondió el teléfono mientras el auto se detenía en la barricada de la calle Cuarenta y Dos. Se acercaron dos policías en uniforme de combate. Mientras el conductor les mostraba su credencial del Departamento de Estado, Mohalley escuchaba en silencio.

Hood observó su rostro bajo el resplandor de un farol de la calle. Lo roía la curiosidad. Echó una mirada al complejo de las Naciones Unidas. Desde ese ángulo, mirando hacia arriba, el Edificio de la Secretaría parecía grande e imponente contra el cielo negro. Su nena le pareció tan pequeña y vulnerable cuando se la imaginó dentro de esa monstruosidad blanca azulada.

Mohalley colgó el teléfono. Se dio vuelta.

-¿Qué pasa? -preguntó Hood.

-Le dispararon a otro delegado -le dijo Mohalley-. Y posiblemente -dijo-, *posiblemente* a una de las niñas.

Hood se quedó mirándolo. Le llevó un instante traducir *"una de las niñas"* como *"posiblemente a Harleigh".* Cuando lo hizo, la vida pareció despojarse de todo impulso. Hood supo que jamás olvidaría la sombría expresión de Mohalley en ese momento, el brillo blanco contra el parabrisas y el amenazante edificio detrás de él. Era, ahora y para siempre, la imagen de la esperanza perdida.

-Hubo un disparo anterior al que mató al delegado -prosiguió Mohalley-. Una de las personas de seguridad que estaba en la sala de al lado oyó que alguien trataba de salir por la puerta lateral. Después hubo un grito o un quejido.

-¿Hay alguna otra información? -preguntó Rodgers mientras la policía los dejaba pasar.

-No hubo comunicación del Consejo de Seguridad -dijo Mohalley-. Pero la secretaria general va a tratar de entrar.

El sedán se acercó al cordón de la vereda.

-Mike -dijo Hood-, tengo que ir a ver a Sharon.

-Lo sé -dijo Rodgers. Abrió la puerta y salió.

-General, ¿quiere venir conmigo? -preguntó Mohalley.

Rodgers se hizo a un lado para dejar salir a Hood.

-No -dijo-, pero gracias.

Mohalley le dio su tarjeta a Hood.

-Avíseme si necesita algo.

-Gracias -dijo Hood-. Lo haré.

Nuevamente, Mohalley pareció querer preguntar algo, pero no lo hizo. Rodgers cerró la puerta. El auto se alejó y Rodgers permaneció parado frente a Hood.

Hood oyó los lejanos rumores del tráfico y el zumbido de los helicópteros revoloteando sobre el río y sobre la ONU. Oyó los gritos de la policía y los golpes de los sacos de arena que arrojaban detrás de las barricadas entre las calles Cuarenta y Dos y Cuarenta y Siete. Y sin embargo no sentía que estaba allí. Todavía estaba en el auto, mirando fijamente a Mohalley.

Todavía lo oía decir: *"Y posiblemente a una de las niñas".*

-Paul -dijo Rodgers.

Hood miraba los edificios encogiéndose en la oscuridad de la Primera Avenida. Tuvo que obligarse a respirar.

-No te me vayas -dijo Rodgers-. Después voy a necesitarte, y Sharon te necesita ahora.

Hood asintió con la cabeza. Rodgers tenía razón. Pero él no lograba salir de ese maldito auto, del rostro entristecido de Mohalley y del horror de ese momento.

-Iré aquí enfrente -siguió Rodgers-. Me encontraré con Brett en la oficina encubierta de la CÍA.

Eso recuperó la atención de Hood. Sus ojos se volvieron hacia Rodgers.

-¿Brett?

-Vimos a la policía militar cuando carreteábamos hacia la terminal-dijo Rodgers-. Nos imaginamos por qué estaban allí. Brett me dijo que de alguna manera se escaparía y me encontraría aquí -el general logró esbozar una pequeña sonrisa-. Conoces a Brett. Nadie lo va a apurar.

Hood se recobró un poco. Quienquiera que fuese la posible víctima, seguía habiendo vidas en peligro. Miró hacia la torre del Departamento de Estado.

-Me tengo que ir.

-Lo sé -dijo Rodgers-. Cuídala.

-Tienes el número de mi celular...

-Sí -dijo Rodgers-. Cuando averigüemos algo o tengamos alguna idea, te llamaré.

Hood le agradeció y se encaminó hacia el edificio de ladrillo.

28

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.32 pm

Georgiev estaba llevando a la aterrada niña de vuelta a su asiento cuando Bárbara Mathis fue derribada. Downer, que era quien había disparado, corría desde lo alto de la galería. También Barone se acercaba a la carrera. Había sido él quien le gritó a Bárbara que se detuviera.

Descuidando su propia seguridad, la esposa de uno de los delegados asiáticos se había levantado de la mesa y caminaba en dirección a Bárbara. Era sagaz. No corría. Se detuvo con la espalda contra la puerta; no tenía intenciones de huir. El búlgaro no le ordenó que regresara a su lugar. Ella apoyó su cartera, se arrodilló junto a la niña y despegó con cuidado el vestido de la herida ensangrentada. La bala le había dado en el costado izquierdo. Manaba sangre de la pequeña abertura. La niña no se movía. La carne de sus delgados brazos estaba pálida.

Georgiev continuó hacia la mesa circular. Se preguntó si había sido planeado: una niña corre gritando para llamar la atención de todos mientras otra corre en la dirección opuesta y trata de escapar. Si era así, había sido una maniobra inteligente y peligrosa. Georgiev admiraba el coraje. Pero, como algunas de las chicas que trabajaban para él en Camboya -algunas de las cuales no eran mayores que Bárbara-, ésta había desobedecido. Y había sido castigada.

Por desgracia, no les había servido de lección al resto de los rehenes. Se estaban volviendo sorprendentemente osados. Algunos empujados por el miedo, otros por la indignación por lo que había ocurrido con la niña y los delegados. La conciencia de masa, aun entre los rehenes, tenía la capacidad de nublar la razón. Si se le sublevaban, tendría que matarlos. Matarlos le haría perder poder, y los disparos y gritos harían entrar a las fuerzas de seguridad.

Claro que les dispararía si tenía que hacerlo. Sólo necesitaba conservar a las niñas. Hasta una sola niña serviría, llegado el caso.

De pronto, otros dos delegados se pusieron de pie. Ese era el problema cuando uno se ponía permisivo con alguien. Todos suponían que también tenían derecho. Georgiev dejó caer a la azorada Laura en su asiento, donde se quedó llorando. Les ordenó a los otros delegados que se sentaran. No quería demasiada gente parada porque algún otro podía verse tentado a huir.

-¡Pero la niña está herida! -dijo uno de los delegados-. Necesita atención.

Georgiev levantó la pistola.

-Todavía no elegí a la próxima víctima. No me lo hagan fácil.

Los hombres se sentaron. El que había hablado pareció querer decir algo más; su mujer lo instó a callarse. El otro miró tristemente en dirección a Bárbara.

A su derecha, la mujer de Contini sollozaba histérica. Una de las otras mujeres la abrazaba fuertemente para impedir que aullara.

Vandal llevó de vuelta a la maestra de música y le ordenó que se sentara. La señorita Dorn dijo que ella era responsable de Bárbara e insistió en que le permitieran cuidarla. Vandal volvió a sentarla de un empujón. Furioso, Georgiev se lanzó hacia la mujer. Siguió caminando mientras le apuntaba a la cabeza. Vandal retrocedió.

-Una palabra más de cualquiera de ustedes y mueren todas las niñas -dijo entre dientes-. Una palabra más.

Georgiev vio cómo a la mujer se le dilataba la nariz y se le ensanchaban ojos, igual que a las prostitutas en Camboya. Pero se había callado. De mala gana, se sentó y pasó su atención a la niña que había tratado de huir.

Vandal permaneció allí un rato más y luego volvió a su puesto. Downer llegó junto a Georgiev al mismo tiempo que Barone. Barone se pegó al australiano.

-¿Estás demente? -le gruñó.

-¡Tuve que hacerlo! -replicó Downer.

-¿Tuviste? -dijo Barone, en voz muy baja-. íbamos a tratar de no lastimar a las niñas.

-Si se hubiera escapado, la misión habría estado en peligro -dijo Downer.

-Me oíste gritar, viste que corría hacia ella -dijo Barone-. La habría alcanzado antes de

que llegara a la puerta exterior.

-Tal vez sí, tal vez no -dijo Georgiev-. Lo importante es que no se escapó. Ahora vuelvan a sus puestos, los dos. La cuidaremos lo mejor que podamos -dijo Georgiev.

Barone lo miró con fiereza.

-Es una niñita.

Georgiev le mantuvo la mirada.

-Nadie le dijo que huyera.

Barone estaba silenciosamente furioso.

-Ahora quedó una puerta desprotegida, y deberían estar controlando el cable de fibra óptica -dijo Georgiev, con calma-. ¿O prefieren ver cómo fracasa nuestro plan por eso? -señaló a Bárbara.

Downer refunfuñó y regresó a lo alto de la galería. Barone resopló, sacudió la cabeza disconforme y volvió a la zona delantera de la galería.

Georgiev los observó mientras se alejaban. Le gustara o no, esto había cambiado las cosas. El crimen intensifica los ánimos. La proximidad refuerza las emociones, y un suceso inesperado empeora las cosas aun más.

-Tienen que dejarme sacarla de aquí.

Georgiev se volvió. La mujer asiática estaba parada detrás de él. Ni siquiera la había oído acercarse.

-No -dijo. Realmente se había distraído. Tenía que volver a concentrarse, recuperar a sus hombres. Presionar a las Naciones Unidas. Y creyó saber cómo hacerlo.

-Pero va a morir desangrada -dijo la mujer.

Georgiev se acercó a uno de los bolsos. No quería que la niña muriera porque eso podría incitar una rebelión. Sacó un pequeño estuche azul y regresó. Le pasó la caja a la mujer.

-Use esto -dijo.

-¿Un equipo de primeros auxilios? -dijo la mujer-. Con eso no hago nada.

-Es todo lo que puedo darle.

-Pero puede haber hemorragias internas, órganos dañados... -dijo la mujer.

Downer hizo un gesto con la mano para captar la atención de Georgiev. El australiano señalaba hacia la puerta.

-Tendrá que arreglarse -le dijo el búlgaro a la mujer, mientras llamaba a Vandal con un ademán. Cuando el francés se acercó, Georgiev le dijo que cuidara que la mujer asiática no tratara de huir. Luego caminó hacia las escaleras.

Subió hasta donde estaba Downer.

-¿Qué pasa?

-Está aquí -susurró el australiano torpemente-. La secretaria general. Golpeó la maldita puerta y pidió entrar.

-¿Eso es todo lo que dijo? -preguntó Georgiev.

-Eso es todo -le dijo Downer.

Georgiev miró más allá del australiano. *Concentración,* se dijo. Las cosas habían cambiado. Tenía que volver a pensarlas. Si dejaba entrar a Chatterjee, ella se preocuparía por conseguir atención médica para la niña más que por conseguirles el dinero. Y si dejaban salir a la niña, la prensa sabría que una criatura estaba herida; posiblemente muerta. Se incrementaría la presión para un procedimiento militar, a pesar del riesgo que corrían los rehenes. También podía ocurrir que la niña recuperara la conciencia en el hospital. Entonces le describiría al personal de seguridad la distribución de terroristas y rehenes.

Claro que Georgiev podía dejar entrar a la secretaria general y no dejar salir a la niña. ¿Qué haría Chatterjee: arriesgar las vidas de las otras niñas rehusándose a cooperar?

Tal vez, pensó Georgiev. Y que ella desafiara su autoridad podría envalentonar a los prisioneros o bien debilitar su influencia entre su propia gente.

Georgiev se volvió a mirar a los rehenes. Le había dicho a la ONU cómo contactarlo y qué decir cuando lo hicieran. Su instinto le decía que bajara, agarrara a otro y le hiciera decir el mismo discurso que había dicho el delegado anterior. ¿Por qué cambiar su plan y hacerles pensar que le faltaba resolución?

Porque estas situaciones son variables, se dijo.

Luego, de pronto, se le ocurrió. Como siempre le pasaba con sus mejores ideas. Una manera de darle a Chatterjee lo que quería sin comprometer sus demandas. La vería. Sólo que no del modo que ella esperaba.

29

Washington, DC Sábado, 11.33 pm

La mayor parte del tiempo, Bob Herbert era un hombre tratable.

Más de quince años atrás, sus heridas y la pérdida de su mujer lo habían empujado a una depresión que duró casi un año. Pero la fisioterapia lo ayudó a superar la autoconmiseración, y el hecho de volver a trabajar en la CÍA reforzó la autoestima que había sido destruida con la explosión en la embajada de Beirut. Desde su participación en la organización y puesta en marcha del Centro de Operaciones hacía casi tres años, Herbert había disfrutado del reto y la recompensa más importantes de su carrera. A su mujer le habría resultado gracioso que el cascarrabias crónico con quien se había casado, el hombre a quien siempre había tratado de levantarle el ánimo, fuera conocido en el Centro para el Manejo de la Crisis como Mister Optimismo.

Sentado solo en su oficina a oscuras, iluminada solamente por el resplandor de la pantalla de la computadora, Herbert no estaba ni tratable ni optimista. No sólo le preocupaba que la hija de Paul Hood fuera uno de los rehenes en las Naciones Unidas. No era sólo el conocimiento de que este tipo de situaciones terminaban invariablemente en derramamiento de sangre. A veces sucedía rápidamente, si el país o la entidad tomada expulsaba a los intrusos antes de que pudieran atrincherarse. A veces sucedía lentamente, evolucionando desde un retraimiento a un asedio, que resultaba en un ataque tan pronto como se pudiera elaborar un plan. En las raras ocasiones en que podía alcanzarse un acuerdo, solía ser porque los terroristas habían tomado rehenes sólo para llamar la atención sobre una causa. Cuando querían dinero o la liberación de prisioneros -lo cual ocurría la mayoría de las veces- era que las cosas se ponían complicadas.

Dos cosas le molestaban sobre todo. Primero, que el objetivo fueran las Naciones Unidas. Nunca habían sido atacadas de esta manera, y no tenían antecedentes de tomar una actitud firme ante agentes hostiles bajo ninguna circunstancia. Segundo, estaba preocupado por un e-mail que acababa de enviarle Darrel McCaskey acerca de la lista de invitados al evento de las Naciones Unidas. ¿Cómo *diablos* manejaban una organización esos ingenuos internacionales?

McCaskey se encontraba en la oficina de Interpol en Madrid. El ex agente del FBI había ayudado a su amigo Luis García de la Vega a desbaratar el intento de golpe, y se estaba quedando un tiempo con su compañera herida, María Corneja. Se habían enviado a la Interpol imágenes de la cámara de seguridad del ataque a las Naciones Unidas, para ver si alguno de los asaltos en sus archivos se correspondía con el *modus operandi* de este grupo. También se había enviado una lista de los invitados y delegados que habían concurrido a la recepción en el Consejo de Seguridad. Media hora antes, McCaskey le había remitido la información a Herbert en Washington. Todos los asistentes eran legítimos representantes de sus naciones, aunque eso no significaba que fueran diplomáticos. Por más de cincuenta años, innumerables espías, contrabandistas, asesinos y traficantes de droga habían entrado y salido de las Naciones Unidas bajo la apariencia de diplomáticos.

Sin embargo, esta vez la ONU había establecido un nuevo parámetro de ineficacia al no efectuar verificaciones necesarias acerca de dos de los invitados. Al llegar a la ONU dos días atrás, habían consignado datos biográficos imposibles de corroborar en las universidades y empresas mencionadas. O bien su gobierno no había tenido tiempo de fraguar la información en los archivos, o esos dos no pensaban quedarse en Nueva York el tiempo suficiente como para ser descubiertos. La pregunta que Herbert debía responder era: ¿quiénes *eran?*

McCaskey había obtenido las fotos de sus credenciales del secretario suplente de Administración y jefe de personal de las Naciones Unidas. Cuando se las enviaron por e-mail, el jefe de inteligencia del Centro de Operaciones las confrontó con una base de datos consistente en imágenes de más de veinte mil terroristas internacionales, agentes extranjeros y contrabandistas.

Los dos asistentes estaban en el archivo.

Herbert leyó la breve historia personal disponible acerca de la pareja (sus historias verdaderas, no las falsas que les habían dado a las Naciones Unidas). Aunque no sabía nada

sobre la gente que había tomado el Consejo de Seguridad, de una cosa estuvo seguro: por malos que fueran esos cinco terroristas, estos dos podrían llegar a ser peores.

La Striker le había informado que volvía a Washington sin el

general Rodgers ni el coronel August. Herbert no sabía adonde podría haber ido August, pero sabía que Rodgers estaba con Hood. Sin tiempo que perder, Herbert llamó a Hood a su celular.

30

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.34 pm

En su larga historia, Camboya jamás ha conocido la paz.

Antes del siglo XV, era una potencia militar en expansión. Bajo la ley marcial de los poderosos emperadores del Khmer, la nación había conquistado todo el valle del río Mekong, y gobernaba los territorios que comprendían la actual Laos, la península Malaya y parte de Siam. Sin embargo, hubo levantamientos militares en los sectores no conquistados de Siam y en el estado de Annam, en Vietnam central. Durante los siglos subsiguientes, estas fuerzas hicieron que los ejércitos del Khmer se replegaran gradualmente, hasta que la monarquía misma se vio amenazada. En 1863, el rey de Camboya, desesperado, accedió a la formación de un protectorado francés sobre el país. A través de una lenta y progresiva acumulación de tropas se reclamaron los territorios perdidos, aunque las ganancias fueron confiscadas cuando los japoneses ocuparon Indochina durante la Segunda Guerra Mundial. El autogobierno se reconstituyó después de la guerra, con el príncipe Norodom Sihanouk al frente del país. Sihanouk fue expulsado en 1970 por un golpe militar apoyado por los Estados Unidos y liderado por el general Lon Nol. Formó en Beijing un gobierno en el exilio mientras el Khmer Rouge comunista llevaba adelante una guerra civil que derrotó a Lon Nol en 1975. Sihanouk volvió al poder como parte de una inestable coalición gubernamental en la ahora denominada Kampuchea Democrática. El primer ministro de Sihanouk era el furiosamente anticomunista Son Sann, que era un cabrón insensible. Pero Sihanouk y su gobierno pronto fueron reemplazados por el más moderado e ineficaz Khieu Samphan, que tenía como primer ministro al despiadado y ambicioso Pol Pot. Este era un maoísta que pensaba que la educación era una maldición y que el regreso a la tierra podía transformar a Camboya en una utopía. En cambio, bajo su cruel mandato, Camboya se convirtió en sinónimo de "campos de matanza": la tortura, el genocidio, el trabajo forzado y la hambruna se llevaron las vidas de más de dos millones de personas -uno de cada

cinco camboyanos-. El régimen de Pol Pot duró hasta 1979, cuando Vietnam invadió el país. Los vietnamitas tomaron control de Phnom Penh y establecieron un gobierno comunista liderado por Heng Samrin. Pero Pol Pot y el Khmer Rouge siguieron controlando grandes áreas de lo que entonces se denominó República Popular de Kampuchea, y la guerra siguió devastando el territorio. Los vietnamitas se retiraron en 1989 después de que las sostenidas operaciones guerrilleras cobraran muchas víctimas entre las fuerzas de ocupación. Su retirada dejó al nuevo primer ministro Hun Sen luchando contra grupos entre los que se encontraban los izquierdistas del Khmer Rouge, los derechistas del Khmer Bleu, el Ejército Nacional de Sihanouk, leal al príncipe depuesto y formado por tribus étnicas de las colinas, y el Khmer Viet Minh, apoyado por Hanoi, entre varios otros.

En 1991, con la economía y la agricultura de la nación en la ruina, los grupos en guerra finalmente firmaron un acuerdo consintiendo el cese de hostilidades, el desarme generalizado y la presencia de las fuerzas para el mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas, así como elecciones supervisadas por la ONU. Se formó una nueva coalición con el partido de Hun Sen, que restableció la monarquía y puso a Sihanouk en el trono. El Khmer Rouge sintió que se lo forzaba a ceder demasiado poder y reanudó la lucha. La batalla perdió algo de impulso en 1998 con la muerte de Pol Pot. Sin embargo, otros oficiales y cuadros de alto rango permanecieron en el campo y afirmaron que continuarían con la guerra.

Como resultado de que tantas entidades políticas y militares compitieran por el poder, la policía secreta del gobierno y los agentes rebeldes competían ferozmente por inteligencia y armamento. Sus necesidades hicieron surgir una red subterránea de espías, asesinos y contrabandistas sin precedentes. Algunos trabajaban por lo que creían que era el bien de su nación. Otros lo hacían sólo por ellos mismos.

Durante casi diez años, Ty Sokha, de treinta y dos años, y su marido Hang Sary, de treinta y nueve, habían sido agentes contraterroristas para las Fuerzas Armadas Populares de Liberación Nacional del Khmer, el componente militar del Frente Popular de Liberación Nacional del Khmer. El FPLNK había sido creado en marzo de 1979 por el entonces primer ministro Son Sann. En un principio, su objetivo había sido expulsar a los vietnamitas de Cam-

boya. Una vez cumplida esa meta, el FPLNK se dedicó a expurgar al país de toda influencia extranjera. Aun cuando Son Sann fue designado para el Consejo Supremo Nacional, que gobernaba el país bajo Sihanouk, íntimamente el líder se oponía a la presencia de las

Naciones Unidas. Se oponía especialmente a la presencia de soldados chinos, japoneses y franceses. No creía que pudiera existir una cosa tal como un ejército ocupador benévolo. Aun si los soldados estaban comprometidos con el mantenimiento de la paz, su mera presencia corrompía el carácter y la fuerza de la nación.

Ty y Hang estaban de acuerdo con Son Sann. Y al ir a Camboya, un oficial extranjero había hecho más que contaminar su cultura. Había destruido algo muy importante para Hang.

Ty Sokha se arrodilló junto al cuerpo de la niña norteamericano herida. No podía tener más de catorce o quince años. La camboyana había visto tantas niñas como ella, heridas o moribundas. Y muertas. Una vez había ayudado a Amnistía Internacional a localizar una tumba colectiva en las afueras de Kampong Cham, donde estaban enterrados más de doscientos cuerpos en descomposición, la mayoría pertenecientes a ancianas y niños pequeños. Algunos de los cuerpos tenían pintadas -a veces talladas- leyendas antigubernamentales. Ty también había causado por lo menos tres docenas de muertes guiando a Hang hasta oficiales enemigos o agentes encubiertos para que los estrangulara o les abriera el corazón con un estilete mientras dormían. Algunas veces Ty ni siquiera se había molestado en guiar a Hang hasta allí: había hecho ella misma el trabajo.

Como la mayoría de los agentes militares que trabajaban solos o en parejas, Ty había sido instruida en medicina de campo y tenía experiencia en el desbridamiento de heridas. Lamentablemente, el equipo de primeros auxilios que le habían dado era inadecuado para la tarea. No había una abertura de salida, lo que significaba que la bala todavía estaba adentro. Si la niña se movía, podía causar mayores daños. Ty usó un antiséptico para limpiar el pequeño orificio como mejor pudo. Luego lo cubrió con gasa y cinta. Trabajaba con cuidado y eficiencia, pero menos desapasionadamente de lo que solía hacerlo. Aunque hacía mucho que Ty se había desensibilizado ante el terrorismo y el asesinato, esta niña y las circunstancias del ataque le eran dolorosamente familiares.

Se trataba de Phum, por supuesto, la querida hermanita de Hang.

Mientras trabajaba, Ty recordó el evento que los había llevado a un sitio tan improbable. Un sitio tan lejos de donde habían comenzado.

Ty había crecido en una pequeña aldea agrícola a mitad de camino entre Phnom Penh y Kampot, sobre el golfo de Tailandia. Sus padres murieron en una inundación cuando ella tenía seis años, y ella se fue a vivir con el primo segundo Hang Sary y su familia. Ty y Hang se adoraban, y siempre se dio por hecho que se casarían. Finalmente lo hicieron, justo antes de partir juntos a una misión en 1990. Estaban solos salvo por el cura y su hijo, en medio de una tormenta que había volado la cabaña del cura. Fue el momento más feliz en la vida de Ty.

El padre de Hang había sido un vehemente partidario del príncipe Sihanouk, y había escrito artículos para el periódico local sobre cómo las políticas de libre mercado del príncipe habían ayudado a los agricultores. En una oscura y sofocante noche de verano en 1982, mientras Ty y Hang estaban en la ciudad, soldados del Ejército Nacional de la Kampuchea Democrática de Pol Pot se llevaron al padre, a la madre y a la hermana menor de Hang. Hang encontró a sus padres dos días después. Su padre yacía en una hondonada junto a un camino de tierra. Le habían atado los brazos detrás de la espalda, dislocándole los hombros. Le habían quebrado los pies y las rodillas para que no pudiera caminar o arrastrarse. Luego le habían llenado la boca de tierra y le habían perforado la garganta para que se desangrara lentamente hasta morir. Su madre había sido estrangulada ante los ojos de su padre. Hang no encontró a su hermana menor.

El mundo de Ty y Hang cambió. Hang se puso en contacto con el FPLNK de Sann, que apoyaba al príncipe. Les dijo que quería seguir escribiendo la clase de artículos que escribía su padre, pero no solamente para promover a Sihanouk. Quería provocar a los asesinos del ENKD para luego desquitarse por lo que le habían hecho a su familia. Antes de permitir que Hang y Ty se utilizaran ellos mismos como carnada, el jefe de inteligencia del FPLNK los entrenó en el uso de armas. Dos meses más tarde, la pequeña banda de terroristas del Khmer

Rouge entró a su cabaña. Hang y Ty estaban bien preparados y los derribaron aun antes de que el guardia del FPLNK pudiera requerir ayuda.

Después de eso, se les enseñaron técnicas de reconocimiento. En el proceso, aprendieron también el arte del asesinato. Un manual de la CÍA encontrado en Laos les enseñó cómo usar horquillas para el cabello, medias rellenas de piedras y hasta tarjetas de crédito robadas para traspasar ojos, quebrar cuellos y rebanar gargantas. Adquirieron todas esas habilidades para servir a su país y también con la esperanza de que algún día encontrarían al monstruo que había ordenado la muerte de Phum.

El monstruo que los había eludido por estar bajo la protección del Khmer Rouge.

El monstruo a quien le habían perdido la pista cuando se fue de Camboya, y a quien recién ahora habían encontrado.

El monstruo que estaba en algún lugar de aquella habitación. Un monstruo llamado Ivan Georgiev.

31

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.35 pm

Hood se sintió solo y asustado mientras subía en el ascensor hacia el salón del séptimo piso del Departamento de Estado. Era allí donde los otros padres estaban esperando. No había nadie más en el ascensor; sólo su propio reflejo acongojado, distorsionado y teñido por las bruñidas paredes doradas.

Si no hubiera sabido que las cámaras de seguridad lo estaban observando y que terminarían recluyéndolo por constituir una amenaza, Hood habría gritado y arrojado trompadas al aire. Estaba profundamente preocupado por los rumores acerca del disparo, y se sentía infeliz por no poder tomar parte.

La puerta del ascensor se abrió, y mientras Hood avanzaba hacia el escritorio de seguridad sonó su teléfono celular. Se detuvo y se puso de espaldas al guardia antes de responder.

-¿Sí? -dijo.

-Paul, soy Bob. ¿Estás con Mike?

Hood conocía muy bien la voz de Herbert. El jefe de inteligencia hablaba rápido, lo que significaba que estaba preocupado por algo.

-Mike fue a ver a esa jefa local de la que le hablaste. ¿Por qué?

Hood sabía que Herbert tendría que hablar en clave, ya que ésa era una línea potencialmente abierta.

-Porque hay dos personas en la zona-objetivo sobre las que debería saber -dijo Herbert.

-¿Qué clase de personas? -insistió Hood.

-Con prontuario pesado -respondió Herbert.

Personas con antecedentes criminales, una larga historia de delincuencia. Era enloquecedor. Tenía que saber más.

-Su presencia y el momento podrían ser una coincidencia -dijo Herbert-, pero no quiero arriesgarme. Llamaré a Mike a la otra oficina.

Hood regresó hacia el ascensor y apretó el botón.

-Estaré allí cuando lo hagas -dijo-. ¿Cómo es el nombre?

-Marítima Doyle.

-Gracias -dijo Hood al tiempo que llegaba al ascensor. Plegó el teléfono y entró.

Sharon nunca se lo perdonaría. Nunca. Y él no la culpaba. No sólo estaba sola entre desconocidos, sino que además estaba seguro de que el Departamento de Estado no les estaba diciendo nada a los otros padres. Pero si los terroristas tenían cómplices allí dentro sobre los que nadie sabía, él quería estar disponible para ayudar a Rodgers y a August a considerar las cosas.

Mientras descendía, Hood sacó de su billetera la credencial del Centro de Operaciones. Se apresuró por el vestíbulo en dirección a la Primera Avenida y corrió cuatro cuadras hacia el norte. Le mostró la credencial a un policía apostado junto a las torres de UN Plaza. Aunque las torres no eran parte del complejo de la ONU, muchos delegados tenían sus oficinas allí. Entró.

Sin aliento, Hood firmó el registro de seguridad y se dirigió hacia el primer grupo de ascensores que llevaban a los pisos inferiores. Todavía sentía deseos de gritar y dar puñetazos al aire. Pero al menos iba a involucrarse en lo que estaba ocurriendo. Al menos tendría algo en lo cual concentrarse más allá del miedo. No eran esperanzas, pero era algo casi tan bueno como eso.

Una ofensiva.

32

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.36 pm

Era él.

Esa voz monótona, esos ojos crueles, ese porte arrogante... era él, maldita sea su alma. Ty Sokha no podía creer que después de casi diez años hubieran encontrado a Ivan Georgiev. Ahora que había escuchado su voz detrás de la máscara, que había estado lo suficientemente cerca como para oler su sudor, sabía cuál de estos monstruos era él.

Varios meses atrás se le había encargado a un traficante de armas llamado Ustinoviks, que proveía armamento al Khmer Rouge, que hablara con Georgiev acerca de una venta. Un informante del Khmer Rouge sabía que Ty y Hang lo estaban buscando. El informante les vendió el nombre del traficante de armas. Aunque no llegaron a tiempo para dar con Georgiev la primera vez que fue a Nueva York, lograron ponerse en contacto con Ustinoviks después de que él se fuera. Le hicieron al ruso una oferta sencilla: que les avisara cuándo iría Georgiev a recoger las armas o ellos denunciarían a Ustinoviks al FBI.

El ruso les había dicho cuándo estaba pactado el encuentro con Georgiev con la condición de que no lo atraparan en ese momento. Ellos estuvieron de acuerdo. De hecho, no era allí que lo querían. Lo querían haciendo lo que fuera que había ido a hacer a Nueva York, cuando el resto del mundo pudiera verlo, cuando ellos pudieran llamar la atención sobre su propia gente, poner término a los incontables crímenes de los que habían participado tratando de detener al Khmer Rouge y de socavar el patético gobierno de Norodom Sihanouk.

Habían observado al equipo de Georgiev cuando realizaba la transacción, desde el techo del club vecino al galpón de Ustinoviks. En esa ocasión no pudo verlo con claridad. No con la claridad con que lo había visto en el cuartel de la ONU, desempeñándose como cocinera, vigilando infiltrados del Khmer Rouge y viendo las degradaciones de las que Georgiev era responsable. Pero el gobierno no podía hacer nada si no tenía pruebas de lo que estaba ocurriendo, y cualquiera que intentara obtener esas pruebas -o que intentara escapar, como la pobre Phum- moría.

Después de que Georgiev y su gente realizara la compra de armas, Ty y Hang los siguieron hasta el hotel. Las habitaciones junto a la suya estaban tomadas, así que se ubicaron en la de abajo. Pasaron un cable por la instalación del cielo raso hasta el piso de la habitación de Georgiev, le conectaron un amplificador de sonido, y escucharon cómo los hombres repasaban sus planes.

Luego fueron a la Misión Permanente del Reino de Camboya, en la vereda de enfrente, y allí esperaron.

Ty Sokha alejó sus grandes ojos oscuros de la niña herida que yacía junto a ella. La que era apenas mayor de lo que había sido Phum cuando uno de los matones de Georgiev la asesinó. Ty miró a Hang Sary, que estaba sentado en el piso dentro de la mesa circular. El agente camboyano había modificado ligeramente su posición para poder ver a Ty sin que pareciera que la estaba observando.

Ella hizo una seña con la cabeza. El le respondió.

Cuando Georgiev volviera a bajar las escaleras, sería el momento.

33

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.37 pm

Georgiev se detuvo al llegar a la puerta doble. Empuñaba su automática, aunque no creía que fuera a necesitarla. Reynold Downer estaba parado a la derecha de la puerta. Tenía un arma en cada mano.

-¿La dejarás entrar? -murmuró Downer.

-No -dijo Georgiev-. Voy a salir.

Georgiev pudo ver que Downer estaba sorprendido, aun a través de la máscara.

-Pero por Dios, *¿por qué?*

-Necesitan una lección sobre su propia futilidad -explicó Georgiev.

-¿Futilidad? ¡Te tomarán *a ti* de rehén! -dijo Downer.

La secretaria general volvió a hablar. Pidió que la dejaran entrar.

-No correrían el riesgo -le dijo Georgiev a Downer-. Esto los convencerá de que su única opción es cooperar, y pronto.

-Ahora hablas como un maldito diplomático. ¿Qué pasa si reconocen tu acento?

-Hablaré despacio y con voz grave -dijo Georgiev-. Probablemente crean que soy ruso -ahora que lo pensaba, estaría bien si se le atribuía todo el atentado a Moscú o a la mafia rusa.

-No estoy de acuerdo con esto -dijo Downer-. No estoy de acuerdo, carajo.

Obviamente, pensó Georgiev. Downer sólo sabía de bravuconadas, no de estratagemas.

-Estaré bien -dijo Georgiev. Lentamente, tomó el picaporte de la puerta de la izquierda. Lo hizo girar y abrió un poco la puerta.

Mala Chatterjee estaba allí parada, con los brazos colgando a los costados del cuerpo, los hombros y la cabeza erguidos. Varios pasos más atrás estaba su jefe de seguridad. Detrás de él, Georgiev llegó a ver a algunos de los guardias con sus escudos.

El rostro de Chatterjee era calmo pero decidido; el oficial parecía querer escupir fuego. A Georgiev le gustaba eso en un adversario. Hacía que uno no se pusiera complaciente.

-Quisiera hablar con usted -dijo Chatterjee.

-Dé la orden de que retrocedan todos más allá de la sala del Consejo -dijo Georgiev. Le pareció innecesario agregar que si algo le ocurría a él, lo sufrirían los rehenes.

Chatterjee se volvió y le hizo un gesto al coronel Mott. Mott le indicó al resto del equipo de seguridad que retrocediera. Lo hicieron. Mott se quedó donde estaba.

-Todos -dijo Georgiev.

-Está bien, coronel -dijo Chatterjee sin mirar hacia atrás.

-Señora secretaria...

-Vaya, por favor -dijo ella con firmeza.

Mott exhaló por la nariz, luego se volvió y se unió a su equipo. Permaneció a unos diez metros, observando ferozmente a Georgiev.

Eso estuvo bien, pensó Georgiev. Ella acababa de emascular a su jefe de seguridad. El coronel lucía como si quisiera sacar el revólver y meterle una bala al búlgaro.

Chatterjee seguía observándolo.

-Ahora, retroceda usted -dijo Georgiev.

Ella pareció sorprendida.

-¿Quiere que retroceda yo?

El asintió. Ella dio tres pasos atrás, luego se detuvo. Georgiev abrió la puerta un poco más. Los escudos se elevaron ligeramente mientras las armas se tensionaban detrás. Vio cómo una onda de ansiedad se expandía por todo el equipo de seguridad. Deseó que la secretaria general pudiera ver, pudiera *sentir* lo imposible de su situación. Sólo contaba con algunos habladores y un grupo de escolares inexpertos.

Georgiev enfundó su pistola y atravesó la puerta abierta. Enfrentando al equipo de seguridad, cerró la puerta tras él. Despacio, sin temor. Estuvo tentado de rascarse la cabeza o las costillas para verlos saltar. Pero no lo hizo. Era suficiente con saber que saltarían. Y lo más importante era que ellos también lo sabían. Sabían quién tenía más coraje y quién estaba más cómodo. Salir había sido lo correcto. Miró a Chatterjee.

-¿Qué quiere? -le preguntó.

-Quiero resolver esta situación sin más derramamiento de sangre -le dijo ella.

-Puede hacerlo -replicó él-. Denos lo que pedimos.

-Estoy tratando -dijo ella-. Pero las naciones se rehúsan a pagar.

Eso se lo había esperado.

-Entonces tiene que pagar algún otro -le dijo-. Deje que Estados Unidos vuelva a salvar al mundo.

-Puedo hablarles -dijo ella-, pero llevará tiempo.

-Lo tendrá -dijo él-. El precio es una vida por hora.

-No, por favor -dijo Chatterjee-. Quisiera sugerir algo. Una moratoria. Tengo más posibilidades de conseguir lo que piden si les digo que ustedes están cooperando.

-¿Cooperando? -dijo él-. Es usted la que está perdiendo el tiempo.

-Pero llevará horas, tal vez días -dijo ella.

Georgiev se encogió de hombros.

-Entonces la sangre está en sus manos, no en las mías.

La secretaria general seguía mirándolo, aunque estaba menos compuesta que antes. Su respiración era más rápida, sus ojos se mostraban más inquietos. Eso estaba bien. Georgiev quería obediencia, no negociación. Notó que el jefe de seguridad se revolvía incómodo detrás de ella. No debía provenir de las filas de la ONU. Tenía la apariencia de un toro encadenado.

Chatterjee bajó la vista. Sacudió lentamente la cabeza. Nunca antes había tenido que tratar con algo así. A Georgiev le dio un poco de pena. ¿Qué hace un diplomático cuando uno insiste en decir no?

-Le doy mi palabra -dijo ella-. Detenga la matanza. Le conseguiré todo lo que quiera.

-Me lo conseguirá de todos modos -dijo él.

Chatterjee lo miró. Parecía estar buscando qué más decir, pero ya todo había sido dicho.

Georgiev se volvió hacia la puerta.

-No haga esto -dijo Chatterjee.

El siguió caminando. Tomó el picaporte.

Chatterjee fue tras él.

-¿No lo entiende? Nadie se beneficiará con todo esto -dijo ella. Le tomó el brazo, desesperada.

Georgiev se detuvo y retiró violentamente el brazo. La mujer se aferró a él.

-¡Escúcheme! -imploró.

De modo que la pacificadora tenía garras. El hombretón tiró su brazo hacia atrás. Chatterjee cayó contra la pared. Georgiev se volvió hacia la puerta.

Hubo pasos detrás de él. Georgiev desenfundó su automática y giró, justo cuando un codo se abalanzaba sobre su línea de visión.

Vio todo rojo, se le entumeció la frente y el puente de la nariz, y se sintió mareado. Luchaba por mantener la conciencia cuando un segundo golpe lo volvió todo negro.

34

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.42 pm

-Acaba de ocurrir algo -le dijo Mike Rodgers a Paul Hood.

Rodgers estaba sentado a la computadora con Ani Hampton. Hood había llegado hacía unos momentos, todavía jadeando por la corrida. Ani lo había mirado por la cámara de vigilancia de la puerta y lo había dejado pasar. Rodgers quería saber qué hacía Hood allí, pero lo que estaba sucediendo con Mala Chatterjee era lo que él llamaba "noticias de último momento". Ani había conectado el audio del "bicho" a los parlantes de la computadora. Aunque el sonido se estaba grabando, no quería perderse una palabra de la tenue conversación entre la secretaria general y el terrorista.

-Paul Hood, Annabelle Hampton -los presentó Rodgers, ahora que casi no se podía escuchar nada.

Ani miró a Hood brevemente y le hizo una inclinación con la cabeza. Parecía sumamente interesada en lo que ocurría.

-Creemos que acaba de pasar algo fuera del Consejo de Seguridad -le dijo Rodgers a Hood-. Uno de los terroristas salió para hablar con la secretaria general. A juzgar por los ruidos, ella gritó y después alguien -probablemente el coronel Mott, del equipo de seguridad de la ONU, que pensamos que es el que estaba más cerca- aparentemente atacó al terrorista. Suena como si lo tuvieran, pero no estamos seguros. Todos están muy callados.

Escucharon en silencio un momento más. Luego Hood habló.

-Puede ser que no tenga nada que ver con lo que está pasando -dijo-, pero acabo de recibir una llamada de Bob. Hay dos personas dentro del Consejo de Seguridad que estuvieron al menos ocho años con las Fuerzas Armadas Populares de Liberación Nacional del Khmer en Camboya. Empezaron como contraterroristas combatiendo al Khmer Rouge y luego se convirtieron en asesinos bajo las órdenes de Son Sann.

Ani le lanzó una mirada.

-Llegaron al país hace dos días con el permiso de alguien de su gobierno, aunque sus antecedentes fueron intencionalmente falsificados -continuó Hood-. La pregunta es: ¿están allí por casualidad, están trabajando con los terroristas o está ocurriendo algo más de lo que no tenemos idea?

Rodgers sacudió la cabeza en el momento en que volvía a sonar el timbre. Ani puso la imagen de vigilancia en la computadora; era Brett August. Rodgers lo autorizó y Ani se estiró bajo la mesa para oprimir el botón y dejarlo pasar. Rodgers salió para recibir al jefe de la Striker.

Dirigiéndose hacia el área de recepción, Rodgers reflexionó sobre el hecho de que éste fuera el tipo de situación con la que los negociadores de rehenes de todo el mundo se enfrentaban día a día. Algunas crisis eran eventos políticos a gran escala y salían en los medios; otras eran pequeñas e involucraban a no más de una o dos personas en un departamento o una tienda. Pero todas ellas, dondequiera que ocurriesen y quienquiera que estuviese involucrado, tenían algo en común: la volatilidad. En su experiencia, las batallas podían cambiar rápidamente, pero tendían a cambiar en masa. Adquirían inercia y continuaban en una dirección según los ejércitos participantes avanzaran o retrocedieran.

Las situaciones con rehenes eran diferentes. Estaban sujetas a una fluidez muy sutil. Se tambaleaban, se atascaban, se soltaban de un tirón, se modificaban y luego se disparaban en impredecibles direcciones. Y cuanta más gente estuviera involucrada, más posibilidades había de que las cosas cambiaran drásticamente en cualquier momento. Especialmente si esa gente era una mezcla de niños atemorizados, terroristas fanáticos, tercos asesinos y diplomáticos cuya única arma era la palabra.

El coronel August estaba sudado y engrasado. Le hizo la venia a Rodgers y luego explicó que se había tirado desde la rampa hidráulica del C-130 mientras la levantaban. Como estaba oscuro, nadie lo vio rodar acurrucado, aplastado contra la rampa. Había una caída de un poco más de un metro entre el borde y el asfalto, y salvo por algunos moretones el coronel se encontraba bien. Llevaba un chaleco antibalas Kevlar bajo la camiseta y eso había moderado el impacto. Como August era un turista bien pertrechado, tenía su billetera y

efectivo suficiente para el taxi hasta Manhattan.

Rodgers lo puso al tanto mientras se dirigían hacia la oficina de Ani. Antes de llegar, August se detuvo bruscamente.

-Espera un momento -dijo en voz baja.

-¿Qué pasa?

-¿Tienen a un par de asesinos camboyanos en el Consejo de Seguridad? -preguntó August.

-Así es.

August pensó un momento, y luego hizo un gesto hacia las oficinas del fondo.

-¿Sabías que esta señorita que tienen aquí trabajó para la CÍA en Camboya?

-No -dijo Rodgers-. Cuéntame un poco.

-Bajé su archivo en el vuelo hacia aquí -dijo August-. Estuvo reclutando agentes en Camboya durante casi un año.

Rodgers paseó su mente por distintas situaciones, buscando posibles conexiones.

-Se registró en planta baja como quince minutos antes de que se produjera el golpe. Dijo que había venido para adelantar trabajo.

-Eso muy bien podría ser verdad -dijo August.

-Podría -asintió Rodgers-. Pero llegó temprano y tiene la capacidad de espiar las conversaciones de la secretaria general. También tiene un TAC-SAT en la oficina.

-Que en la CÍA no es un artículo de oficina habitual.

-No -asintió Rodgers-. Suena como un lindo plan para pasarle información a la gente involucrada en la toma.

-¿Pero a qué lado de la toma? -preguntó August.

-No lo sé -dijo Rodgers.

-¿El TAC-SAT está encendido? -preguntó August.

-No sabría decir. Está en un bolso.

August soltó una risita.

-Pasas demasiado tiempo detrás de un escritorio. Arremángate.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Rodgers.

-Acerca el brazo a la unidad -dijo August.

-Sigo sin entender.

-Los pelos. Electricidad estática -le dijo August.

-Mierda -dijo Rodgers-. Tienes razón.

Un equipo aislado, cuando estaba encendido, generaba una descarga eléctrica: electricidad estática. Eso le erizaría el vello del brazo al acercarse.

Rodgers asintió con la cabeza, y se dirigieron a la oficina.

Ninguno de los dos era alarmista. Pero desde el comienzo de sus carreras, si una o mil vidas dependían de sus decisiones, ninguno de los dos había sido complaciente. Y mientras entraba en la oficina, Rodgers se repitió algo que la CÍA había aprendido por las malas. Que la volatilidad no siempre venía de afuera.

35

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.43 pm

Por un momento, el silencio en el pasillo fuera del Consejo de Seguridad fue absoluto. Luego la secretaria general Chatterjee se separó de la pared contra la que había sido arrojada. Miró al terrorista tendido en el suelo, luego al coronel Mott.

-¡No tenía derecho! -susurró severamente.

-La atacaron -respondió él, también susurrando-. Mi trabajo es protegerla.

-*Yo* lo agarré *a él...*

-No tiene importancia -dijo Mott. Señaló a dos de los hombres en la línea de seguridad y les hizo un gesto de que se acercaran. Luego se volvió hacia Chatterjee-. Ahora ya estamos en esto.

-*¡Contra mi voluntad!* -disparó ella.

-Señora, eso podemos discutirlo más tarde -dijo Mott-. No tenemos mucho tiempo.

-¿Para qué? -preguntó ella.

Los dos hombres llegaron junto a ellos.

-Desnúdenlo -dijo Mott en voz baja, señalando al terrorista-. Rápido.

Los hombres se pusieron a trabajar.

-¿Qué está haciendo? -dijo Chatterjee.

El coronel comenzó a desabotonarse la camisa.

-Voy a entrar -dijo él-. En su lugar.

Chatterjee estaba azorada.

-No. De ninguna manera.

-Puedo lograrlo -dijo Mott-. Somos casi del mismo tamaño.

-No sin mi autorización -dijo ella.

-No necesito su autorización -respondió él mientras se sacaba la camisa y los zapatos-. Sección 13C, subsección 4 de las reglas de seguridad. En caso de ataque directo al secretario general, deberán tomarse todas las precauciones necesarias. El la golpeó. Yo lo vi. Por algún motivo, la cámara de fibra óptica no está transmitiendo. Nos llevará otra hora, y mientras tanto una de las niñas puede

resultar herida. Ayúdeme a terminar con esta situación, señora. ¿El hombre tenía algún acento?

-Lo van a descubrir.

-No lo suficientemente pronto -dijo Mott. Era consciente de cada segundo que pasaba, y se preguntaba cuánto tiempo esperarían los terroristas a que su hombre regresara. Temía lo que pudieran hacer para recuperarlo.

-Ahora, por favor -presionó Mott-. ¿Tenía algún acento?

-De Europa del Este, creo -dijo Chatterjee. Parecía atontada.

Mott bajó la vista cuando uno de sus hombres le sacó la máscara a Georgiev.

-¿Lo reconoce?

Chatterjee miró el rostro musculoso y sin afeitar. Tenía sangre en el grueso tabique de la nariz.

-No -dijo suavemente-. ¿Usted?

Mott pasó la mirada del hombre caído a la puerta del Consejo de Seguridad.

-No.

Ya fuera debido a su propia ansiedad o a los instintos de ex policía encubierto, sintió que había tensión en el interior de la sala. Tenía que disolverla antes de que estallara. El coronel le pidió la máscara a uno de sus hombres. Se la puso en la cabeza, luego se inclinó y pasó un poco de la sangre de la nariz de Georgiev a la boca de la máscara.

-Ahora no tendré que hacer ningún acento -dijo.

Chatterjee lo observó ponerse el suéter, los pantalones y los zapatos del terrorista.

-Métanse todos en la sala del Consejo Fiduciario -le dijo el coronel a su comandante segundo, el teniente Mailman-. Los quiero en las puertas contiguas, rápido pero en silencio. Formen dos grupos: un cordón de defensa y un grupo para sacar a los rehenes. Entren cuando escuchen disparos -Mott levantó la automática de Georgiev y revisó el cargador. Estaba casi

lleno-. No dispararé hasta no estar en condiciones de liquidar a uno o más. Trataré de quedarme en el lado norte para desviar los tiros de donde estén ustedes. Saben cómo están vestidos: liquídenlos. Sólo asegúrense de no dispararle al que les está disparando.

-Sí, señor -respondió el oficial.

-Señora, llamaré a la Interpol para que averigüe quién es este *individuo* -Mott casi escupió la palabra-. Si algo sale mal, la información puede ayudarla a detenerlos.

-Coronel, estoy en contra de todo esto -dijo Chatterjee. La

secretaria general se había recompuesto y estaba empezando a enojarse-. Está arriesgando las vidas de todos los que están en esa habitación.

-Todos ellos morirán salvo que los saquemos de allí -respondió él-. ¿No es eso lo que le dijo esta persona? -señaló a Georgiev con el pie-. ¿No fue por eso que usted trató de detenerlo?

-Yo quería detener la matanza...

-Y a él le importó un bledo lo que usted quería -murmuró el coronel Mott, irritado.

-Es cierto -convino ella-. Pero todavía puedo entrar y hablar con los otros.

-No después de esto -dijo Mott-. Querrán saber dónde está su hombre. ¿Qué les va a decir?

-La verdad -dijo ella-. Tal vez eso los persuada de que cooperen. Tal vez hasta podemos cambiárselo por rehenes.

-No podemos -dijo Mott-. Quizás lo necesitemos para que nos dé información. Y pase lo que pase, este cabrón tiene que ir a juicio -Mott siempre había admirado la persistencia de Chatterjee. Pero en ese momento parecía más ingenua que visionaria.

Mientras el teniente formaba dos grupos, el coronel le hizo señas al equipo de emergencias médicas. Colocaron al terrorista sobre una camilla y utilizaron las esposas de uno de los oficiales de seguridad para evitar que huyera.

-Llévenlo a la enfermería y manténgalo esposado -le dijo Mott al jefe del equipo de emergencias.

El teniente le indicó a Mott que estaba listo. El coronel Mott le respondió marcándole treinta con los dedos. Observó su reloj mientras los dos equipos del teniente Mailman se dirigían hacia la sala del Consejo Fiduciario. Luego comenzó a descontar treinta segundos.

-Coronel, por favor -dijo Chatterjee-. No puedo entrar si entra usted.

-Lo sé -dijo él. Faltaban veinticinco segundos.

-¡Pero es un error! -dijo ella, por primera vez levantando la voz.

Hubo un crujido en la puerta del Consejo de Seguridad, como si alguien se hubiera apoyado en ella. Chatterjee hizo silencio. Mott pasó su mirada de la puerta a Chatterjee y luego a su reloj. Quedaban veinte segundos.

-Sólo es un error si falla -dijo quedamente el coronel Mott-. Ahora, por favor, señora secretaria. Ya no hay tiempo para debatirlo. Sólo retroceda para no salir herida.

-Coronel -empezó ella, luego se detuvo-. Dios lo acompañe -dijo-. Dios los acompañe a todos.

-Gracias -respondió Mott. Faltaban quince segundos.

Chatterjee retrocedió de mala gana.

El coronel Mott puso su atención en lo que estaba por hacer. Podía sentir el sabor de la sangre del terrorista a través de la máscara. Todo esto tenía algo acertadamente bárbaro, vikingo. Se puso el revólver del terrorista en el cinturón, donde lo llevaba cuando salió. Después flexionó varias veces los dedos enguantados, ansioso por entrar y hacer su trabajo.

Diez segundos.

Más de veinte años atrás, cuando era cadete en la academia de policía de la calle Veintitrés y Segunda Avenida, un instructor de táctica y estrategia le había dicho que ese trabajo se reducía a una partida de dados. Cada oficial de policía tenía un dado con seis valores. Los valores eran determinación, habilidad, crueldad, ingenuidad, coraje y fuerza. La mayoría eran tiros de práctica. Uno entrenaba, recorría su zona, patrullaba las calles, tratando de lograr el juego de muñeca, la sutileza, la sensación exacta. Porque cuando llegaba el momento de tirar de verdad, uno tenía que presentar más de esas cualidades que el otro, a

veces en un instante. Mott recordó esa noción durante sus veinte años en el área Centro-Sur. La recordó cada vez que fue a un departamento sin tener la menor idea de lo que había del otro lado de la puerta, o detuvo un auto sin saber qué se ocultaba bajo el periódico junto al conductor. La recordó también en ese momento. Hizo surgir cada reflejo acumulado en su memoria, en sus huesos, en su alma. Y además añadió las palabras de uno de los astronautas originales del Mercury, no recordaba cuál, que, mientras esperaba ser lanzado hacia el espacio, había dicho: "Querido Dios: ésta no dejes que la arruine".

Cinco segundos.

Listo y alerta, Mott caminó hacia la puerta del Consejo de Seguridad. Gimió como si lo hubieran herido.

Abrió la puerta de un tirón y entró.

36

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.48 pm

Cuando los padres llegaron a la sala del Departamento de Estado se pusieron teléfonos a su disposición. Sharon eligió un sillón en un rincón de la sala fuertemente iluminada, y en primer lugar llamó a Alexander al hotel. Quería asegurarse de que estuviera bien. Estaba bien, aunque ella sospechó que había dejado los videojuegos y se había conectado al canal de Spectravisión de la habitación. Cuando estaba con sus videojuegos, Alexander siempre sonaba inquieto, como si el destino de la galaxia dependiera de él. Cuando Sharon llamó alrededor de las 11, se lo oía impresionado y sumiso. Como Charlton Heston cuando ve la zarza ardiente en *Los diez mandamientos.*

Sharon no lo preocupó. Ni siquiera le dijo lo que estaba ocurriendo. Tuvo la sensación de que Alexander dormiría muy bien. Con suerte, todo habría pasado por la mañana, antes de que se despertara. Después llamó al contestador automático de su casa. No quería llamar a sus padres salvo que ellos hubiesen visto las noticias y dejado un mensaje. Su salud no era tan buena, y se preocupaban con facilidad. No quería atormentarlos.

Pero su madre había telefoneado. Había visto el flash de noticias, así que Sharon la llamó. Le dijo lo que le habían dicho a ella, que los funcionarios intentaban negociar y que no había más noticias.

-¿Qué piensa Paul? -preguntó su madre.

-No lo sé, mamá -respondió Sharon.

-¿Qué quieres decir?

-Se fue con uno de los oficiales de la ONU y todavía no volvió -dijo Sharon.

-Debe estar tratando de ayudar -dijo su madre.

Sharon quiso decir: *Siempre está tratando de ayudar... los.* En cambio, dijo:

-Sí, estoy segura.

Su madre le preguntó cómo estaba ella. Sharon dijo que ella y

los otros padres se aferraban a la esperanza, que era lo único que podían hacer. Le prometió llamar si algo sucedía.

Pensar en Paul y su devoción hacia *ellos* la irritó. Quería que le devolvieran a su hija y estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio para salvarla. Pero sabía que Paul estaría haciendo esto aun si su hija no estuviera allí dentro. Sharon no había llorado mucho desde que todo había comenzado, pero ese pensamiento la desbordó.

Dándoles la espalda a los otros padres, se secó las lágrimas a medida que le brotaban. Trató de convencerse de que Paul estaba haciéndolo por Harleigh. Y aunque no fuera así, lo que hiciera la ayudaría.

Pero se sintió muy sola. Y no saber qué estaba sucediendo, cómo estaba su bebé, la volvió a enojar. Lo menos que Paul podía hacer era llamarla. Decirle qué estaba pasando.

Entonces se le ocurrió algo. Sacando un pañuelo de su cartera, Sharon se sonó la nariz y tomó el teléfono. Paul todavía tenía el celular. Marcó su número, sacando del enojo la fuerza que no había encontrado en la reflexión.

37

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.49 pm

Ty Sokha seguía en cuclillas junto a la niña. No podía hacer nada más por ella, pero tampoco había ido allí a salvar vidas. Hacerse cargo de la niña le había servido para una sola cosa: permitirle establecer cuál de los hombres era Ivan Georgiev. Cuál era el dueño de esa voz que había oído en el campamento de la ONU cuando hacía entrar y salir de las tiendas a los clientes. Cuál de ellos le había ordenado a su ayudante matar a Phum cuando ella trató de escapar. Si Ty y Hang no lograban dispararles a todos los terroristas, al menos querían estar seguros de dispararle a él.

Ty tenía una pistola de mano Browning High Power de 9mm en la cartera. Hang llevaba otra en una cartuchera enganchada en la parte de atrás del cinturón. Habían pasado las armas en sacos diplomáticos. Entre los dos, atraparían al cabrón en un fuego cruzado y después se ocuparían del resto de los terroristas. No sólo se tomarían revancha, no sólo serían considerados héroes por rescatar a los rehenes, sino que su causa -una Camboya fuerte y

derechista bajo Son Sann- captaría la atención mundial. Terminaría la injusticia. El Khmer Rouge sería finalmente perseguido y destruido. Camboya podría convertirse en un poder político y financiero.

Pero todo eso dependía de lo que ocurriera a continuación. Ty lamentó haber dejado ir a Georgiev, pero no se suponía que el terrorista saliera. Y no quería dispararle sola, sin habérselo señalado a Hang, por si los otros terroristas lograban derribarla.

Ty abrió su cartera y extrajo un pañuelo de seda. Dejó la cartera abierta en el piso mientras le enjugaba la frente a la niña herida. La culata de la Browning apuntaba hacia ella. Cuando guardó el pañuelo, aprovechó para destrabar el seguro. Estaba poniéndose ansiosa. Esperó que la miserable criatura no negociara un arreglo con la secretaria general Chatterjee. Ty comenzó a enfurecerse con ella misma por no haberlo liquidado cuando tuvo la oportunidad. Había estado parado justo a su lado. Podría haber muerto, pero habría muerto sabiendo lo orgullosos que estarían de ella Hang y los espíritus de su familia.

De pronto, una de las puertas dobles se abrió violentamente en la cima de las escaleras, del otro lado de la sala. El terrorista que estaba allí parado dio un salto al costado mientras Georgiev volvía hecho una tromba. El búlgaro se sostenía la parte inferior de la máscara. Cerró la puerta de un golpe, empuñó la pistola y la sacudió furioso en dirección a la puerta. Luego se volvió y pasó veloz junto a su socio. Cuando el otro hombre trató de seguirlo, Georgiev le indicó que se quedara donde estaba. Luego bajó las escaleras un poco caminando y otro poco a los tropezones. Parecía un poco tambaleante, como si lo hubiesen golpeado. No lucía satisfecho.

Eso era bueno. Según la doctrina de los mayores en la fe budista de Theravada, un hombre que moría insatisfecho permanecía así en la vida siguiente. Ty creía que eso era lo mínimo que Georgiev se merecía.

El búlgaro sostenía su revólver. Se detuvo en mitad de las escaleras y se frotó el mentón. Pareció vacilar.

El hombre que estaba arriba se le acercó. Lo mismo hizo el que estaba al pie de las escaleras.

Maldición, pensó Ty. Ese era el momento. Pronto habría tres de ellos en un mismo lugar; tal vez no podría disparar con precisión.

Miró a Hang. Obviamente él estaba pensando lo mismo. Metió la mano en su cartera mientras Hang se levantaba. El sacó el arma de la cartuchera y giró hacia el objetivo. Ty extrajo su propia pistola y lo imitó. Hang disparó primero, dirigiendo tres tiros hacia Georgiev antes de que los otros llegaran. Una bala pasó de largo, pero dos manchones rojos aparecieron en su frente y el búlgaro salió despedido hacia atrás, dando contra la pared. Se deslizó hacia el piso, arrastrando tres largas manchas rojas por el empapelado dorado y verde.

La pareja empezó a avanzar velozmente, cubriéndose tras el hueco de la escalera. Los otros dos hombres se detuvieron, se agacharon detrás de las sillas y apuntaron sus revólveres a los atacantes. Los otros dos terroristas, del otro lado de la sala, también se agacharon y les apuntaron. En ese momento se abrió la puerta que daba al Consejo Fiduciario. Irrumpieron en la habitación cuatro miembros de la fuerza de seguridad de la ONU. Hubo un instante so-brecogedor en que lo único que se oyó fueron los sollozos de las niñas. Los dos camboyanos se volvieron para ver quién estaba detrás de ellos, y los terroristas aprovecharon para apuntar al objetivo más cercano.

La distracción les permitió a los dos que estaban junto a Georgiev abrir fuego contra Ty y Hang. Los camboyanos estaban encogidos cerca de la pared, bajo la galería, y ambos cayeron. Hang

recibió una bala en el hombro, Ty en el muslo. Ty se retorció y se derrumbó silenciosamente de espaldas; Hang quedó en cuatro patas y gritó, pero el grito fue interrumpido por un tiro en la cabeza. La bala entró en ángulo desde el frente y lo dejó tendido en el piso.

Al caer, Ty había perdido la pistola, y estaba tratando de recuperarla cuando un segundo tiro la alcanzó en la parte superior del brazo y un tercero le dio en el vientre. Alargó las manos hacia el abdomen, cuando un cuarto disparo le atravesó el cráneo.

En poco más de un segundo, los camboyanos cayeron y murieron. Pero su presencia había confundido a la policía de la ONU, que no sabía si dispararles o no. La tardanza permitió que los terroristas del lado norte giraran, apuntaran y dispararan derecho a la puerta. Un oficial de seguridad cayó, con un disparo en la pierna, y tuvo que ser retirado. Los otros tres que habían entrado se agacharon y contraatacaron, cubriendo la retirada. Al ver a la niña herida, uno de los hombres la tomó por debajo de los brazos y la arrastró hacia atrás.

Uno de los terroristas ubicados en el ala sur de la habitación fue derribado. Rodó varios escalones antes de que su cabeza golpeara contra una de las sillas. Uno de los oficiales de la ONU recibió un tiro en la cara y simplemente cayó hacia adelante. La sala se convirtió en una cámara de resonancia, con los tiros y aullidos que retumbaban mientras los terroristas combatían con la policía y los rehenes chillaban. Muchos de los que gritaban trataban de acurrucarse y, al mismo tiempo, evitar que otros rehenes en pánico salieran corriendo como locos hacia la línea de fuego.

El tiroteo terminó cuando las fuerzas de la ONU se retiraron y la puerta del Consejo Fiduciario se cerró de un golpe. Cesaron los disparos pero no el griterío. Ni la sensación de locura que, por algunos devastadores segundos, pareció infectar a todos en la sala.

38

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.50 pm

Reynold Downer extendió el ensangrentado cuerpo de Georgiev mientras Etienne Vandal se arrodillaba junto a él.

-Mejor vuelve junto a la puerta -dijo Vandal-. Tal vez traten de entrar otra vez.

-Sí -dijo Downer. Retiró sus guantes bañados en sangre de debajo de Georgiev y echó una mirada a la habitación. El más bajo de los dos terroristas bajaba corriendo por las escaleras. Eso significaba que Sazanka había recibido el disparo. Downer observó a Barone inclinarse sobre él. El uruguayo se puso de pie y se pasó un dedo por la garganta. El piloto estaba muerto.

Downer maldijo. Vandal también. Downer bajó la vista.

Vandal le había sacado la máscara a Georgiev. Sólo que no era Georgiev el que yacía en el descanso de las escaleras.

-Lo atraparon -dijo Downer-. Me pareció oír ruidos allí afuera. Los cabrones lo atraparon -escupió sobre el rostro de apariencia norteamericana que yacía sin vida sobre la alfombra.

Vandal retiró el guante y trató de sentirle el pulso. Dejó caer la muñeca.

-Está muerto -Vandal miró hacia los cuerpos tendidos cerca de la galería-. Los que entraron eran policías de la ONU, y apuesto a que este hombre estaba con ellos. ¿Pero quiénes eran esos otros dos?

-Probablemente policías encubiertos -dijo Downer-. Cuidando la seguridad de la fiesta.

-¿Entonces por qué no actuaron antes? -se preguntó Vandal-. ¿Para tratar de salvar a los delegados?

-Tal vez enviaron algún tipo de señal silenciosa pidiendo refuerzos -dijo Downer-. Sólo estaban esperando.

-No creo -dijo Vandal-. Casi se sorprendieron cuando vieron entrar al equipo de las Naciones Unidas.

Downer regresó hacia arriba, y Vandal se apresuró escaleras abajo. Le preocupaban las puertas, aunque no creía que se presentara otro ataque por el momento. Las fuerzas de la ONU habían resultado heridas. Se llevaron a la niña lastimada, pero no creía que ése hubiera sido su objetivo. Entraron como para establecer una cabeza de playa. Cuatro adentro, y los refuerzos esperando para ubicarse en el centro. ¿Por qué los refuerzos no habían retirado a la niña?

El tiroteo había dejado a los rehenes aplastados contra el suelo o agachados debajo de la mesa. Por el momento Vandal los dejaría así. Se oía mucho lloriqueo, todos habían quedado azorados tras el combate. Nadie iría a ninguna parte.

Vandal llegó junto a las dos personas muertas al pie de la galería. Eran asiáticos. Se puso en cuclillas y revisó los bolsillos del saco del hombre. Tenía un pasaporte camboyano. Al menos había alguna conexión. Georgiev había participado de varios asuntos desagradables durante el operativo de la ATNUC, desde el espionaje hasta la prostitución. Tal vez esto era alguna clase de revancha. Pero ¿cómo sabían que él estaría allí?

Barone se había aproximado. Vandal dejó el pasaporte y se levantó.

-¿Está muerto? -preguntó Barone, haciendo un gesto en dirección a Georgiev.

-No es él -dijo Vandal.

-¿Qué?

-Lo agarraron cuando salió -dijo Vandal-. Hicieron un cambio.

-¿Quién hubiera creído que tenían los *cojones?** -dijo Barone-. Puede ser por eso que entró el equipo de seguridad. Cubrían a su hombre.

-Es muy posible -dijo Vandal.

Barone sacudió la cabeza.

-Si les da información sobre las cuentas bancarias, por más que salgamos de aquí con el dinero lo recuperarán de inmediato.

-Así es -dijo Vandal.

-¿Entonces qué hacemos? -preguntó Barone.

-Todavía tenemos lo que ellos quieren -dijo Vandal, pensando en voz alta-. Y todavía podemos matar a los rehenes si las fuerzas de seguridad vuelven a entrar. Así que sugiero que sigamos nuestro plan, pero con dos diferencias.

-¿Cuáles? -preguntó Barone.

Vandal se volvió hacia la mesa de conferencias.

En español en el original.

-Les decimos que queremos efectivo -dijo mientras caminaba hacia la mesa-, y aceleramos el reloj.

Sus ojos se apartaron de la silla vacía donde había estado la niña que trató de huir, y se posaron en Harleigh Hood. Algo en ella, algo desafiante, le cayó mal.

Le dijo a Barone que la agarrara.

39

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.51 pm

El transmisor de audio del pasillo captó los tiros en la sala del Consejo de Seguridad. Los estallidos llegaron amortiguados, igual que los gritos en el corredor, pero estuvo claro para Paul Hood y los otros que un lado o el otro había hecho una jugada. Los gritos continuaron después de que el tiroteo se detuvo.

Hood estaba parado detrás de Ani. Salvo por un movimiento hacia una laptop en otro escritorio -para mejorar la calidad del audio, había dicho-, la joven agente había permanecido en su puesto. Estaba tranquila y muy concentrada.

August estaba parado a la izquierda de Hood. Rodgers se había sacado el saco, se había subido las mangas y había acercado una silla del otro escritorio. Había solicitado un libro de planos de las Naciones Unidas. Hood le echó un vistazo al libro por sobre el hombro de Rodgers. Obviamente el FBI había reunido todos los planos para implantar primitivos aparatos de escucha en los materiales estructurales allá por los años cuarenta. Anotaciones actualizadas en algunas de las páginas sugerían que también la CÍA había utilizado los planos para programar las rutas de sus transmisores móviles.

Sobre el piso, cerca de la silla de Rodgers, se erguía un estuche de tela. El bolso con cierre tenía la parte de arriba abierta, y Hood pudo ver un teléfono TAC-SAT en el interior.

Mientras Hood estaba allí escuchando, sonó su teléfono celular. Supuso que sería Bob Herbert o Ann Farris con información. Extrajo el teléfono de su bolsillo. Mike Rodgers se levantó y se acercó.

-¿Hola? -dijo Hood.

-Paul, soy yo.

-Sharon -dijo Hood. *Ahora no, por Dios,* pensó.

Rodgers se detuvo. Hood se puso de espaldas a la habitación.

-Lo siento, cariño -dijo Hood en voz baja-. Estaba subiendo a verte cuando algo ocurrió. Algo que tiene que ver con Mike.

-¿Está aquí?

-Sí -dijo Hood. No estaba realmente prestando atención al teléfono. Trataba de oír lo que sucedía en el Edificio de la Secretaría-. ¿Tú lo llevas bien? -preguntó.

-Debes estar bromeando -dijo ella-. Paul, te necesito.

-Lo sé -dijo él-. Mira, estamos muy ocupados. Estamos tratando de sacar de allí a Harleigh y al resto. ¿Puedo llamarte después?

-Claro, Paul. Como siempre -Sharon colgó.

Hood sintió que lo habían abofeteado. ¿Cómo dos personas podían estar tan cerca una noche, y tan desconectadas al día siguiente? Pero no sintió culpa. Sintió furia. Estaba haciendo todo esto para salvar a Harleigh. Sharon no estaba contenta de haberse quedado sola, pero no era por eso que le había colgado. Era por el hecho de que el Centro de Operaciones los hubiera vuelto a separar.

Hood plegó su teléfono y lo guardó. Mike le puso una mano en el hombro.

De pronto, escucharon la voz de Chatterjee con claridad.

-Teniente Mailman, ¿qué sucedió? -preguntó la secretaria general.

-Alguien le disparó al coronel Mott antes de que entrara el resto del equipo -dijo él entrecortadamente-. Puede que esté muerto.

-No -dijo Chatterjee por encima de sus palabras-. Dios, no.

-Mataron a uno de los míos y nosotros le dimos a uno de los terroristas antes de retirarnos -continuó el teniente-. También sacamos a una niña. Le habían disparado. No había manera de entrar sin sufrir gran cantidad de bajas.

Hood sintió que se le aflojaban las rodillas.

-Averiguaré quién es -dijo Rodgers-. No llames a Sharon. Tal vez la preocupes por nada.

-Gracias -dijo Hood.

Rodgers fue hasta el teléfono de la oficina y llamó a Bob Herbert. Con el objeto de no perder de vista a conocidos terroristas y figuras del submundo -muchos de los cuales resultaban heridos habitual-mente en explosiones, accidentes de autos o tiroteos-, el Centro de

Operaciones tenía un programa que estaba conectado con todos los hospitales en ciudades importantes y en interfase con la Administración de Seguridad Social. Cada vez que un número de seguridad social ingresaba en la computadora de un hospital, se cotejaba con la base de datos del Centro de Operaciones para verificar que la persona no fuera alguien buscado por el FBI o la policía. En este caso, Herbert haría que Matt Stoll revisara la lista de personas registradas en hospitales de la zona de la ONU durante la última media hora.

En la Secretaría, la conversación continuaba.

-Hicieron bien en retirarse -dijo Chatterjee.

-Hay algo más -dijo el teniente-. Dos delegados estaban armados y disparando.

-¿Cuáles dos? -dijo Chatterjee.

-No lo sé -respondió el teniente-. Uno de los miembros del equipo que pudo mirar dijo que eran un hombre y una mujer asiáticos.

-Puede ser Japón, Corea del Sur o Camboya -dijo Chatterjee.

-Los terroristas mataron a ambos.

-¿A quién le disparaban los delegados? -preguntó Chatterjee.

-Créase o no, le disparaban al coronel Mott -respondió él.

-¿Al coronel? -dijo ella-. Lo deben haber tomado por...

-El terrorista a quien reemplazó -dijo el teniente.

Mientras el teniente hablaba, sonó una radio. Chatterjee respondió.

-Soy la secretaria general.

-Eso fue estúpido e imprudente -dijo la voz del otro lado. El hombre hablaba con acento y su voz llegaba muy débilmente y con chirridos, pero Hood logró entender casi todo lo que se decía. Concentrarse en eso era una buena distracción para no pensar en la niña herida.

-Lamento lo ocurrido -dijo Chatterjee-. Tratamos de razonar con su compañero...

-¡No trate de culparnos a *nosotrosl* -respondió bruscamente su interlocutor.

-No, fue todo mi culpa...

-Usted conocía las reglas, y las ignoró -dijo él-. Ahora tenemos nuevas instrucciones.

-Antes dígame -dijo Chatterjee-. ¿Cuál es el estado de nuestro oficial?

-Está muerto.

-¿Está seguro? -imploró Chatterjee.

Se oyó un disparo.

-Ahora sí -respondió la voz-. ¿Alguna otra pregunta?

-No -dijo Chatterjee.

-Pueden venir a llevárselo cuando nos vayamos -dijo el terrorista-. De usted depende cuan pronto sea eso.

Hubo un silencio breve y doloroso.

-Continúe -dijo Chatterjee-. Lo escucho.

-Queremos el helicóptero con seis millones de dólares estadounidenses -dijo él-. Queremos efectivo, no *transfers.* Tienen a nuestro hombre; él puede decirles nuestros nombres. No quiero que se nos congelen las cuentas. Avísennos cuando llegue el helicóptero. En ocho minutos mataremos a la primera persona, y luego una cada media hora. Sólo que esta vez no mataremos delegados. Continuaremos con las señoritas.

Hood comprendió que nunca había conocido el odio hasta ese momento.

-¡Oh, no, por favor! -gritó Chatterjee.

-Esto ocurrió por su culpa -dijo la voz.

-Escúcheme -dijo Chatterjee-. *Conseguiremos* lo que quiere pero no debe haber más asesinatos. Ya ha habido demasiados.

-Tiene ocho minutos.

-¡No! ¡Dénos algunas horas! -imploró Chatterjee-. Cooperaremos con ustedes. ¿Hola? */Hola!*

Todo quedó en silencio. Hood pudo imaginar la profunda angustia de la secretaria general.

August sacudió la cabeza.

-Las tropas tendrían que volver a entrar ahora, atacarlos rápido cuando ellos no se lo

esperan.

-*Nosotros* tendríamos que entrar -dijo Hood.

-Dijeron que largarían gas venenoso -les dijo Ani.

-Pero no lo hicieron durante el primer ataque -dijo August-. Las personas que toman rehenes quieren vivir. Para eso tienen rehenes. No van a ceder esa ventaja.

Rodgers se volvió desde el teléfono.

-No fue a Harleigh a quien dispararon -dijo-. El nombre de la chica es Bárbara Mathis.

Todo era relativo. Harleigh seguía prisionera, y una de sus compañeras del conjunto estaba herida. Y sin embargo Hood sintió que lo inundaba una oleada de alivio.

A pesar de que Harleigh todavía estaba allí adentro, Hood no podía sino coincidir con August. Los hombres que estaban en la sala del Consejo de Seguridad no eran tirabombas suicidas ni terroristas políticos. Eran piratas, y querían su botín. Querían salir con vida.

Después de un momento, Chatterjee le informó al teniente que iría a la enfermería. Quería hablar con el terrorista capturado. Cuando la secretaria general se retiró, no hubo más audio.

-Está fuera del alcance del transmisor -dijo Ani.

Rodgers miró su reloj.

-Tenemos menos de siete minutos -dijo decididamente-. ¿Qué podemos hacer para detenerlos?

-No hay suficiente tiempo como para ir al Consejo de Seguridad y entrar -dijo August.

-Usted ha estado escuchando por casi cinco horas -le dijo Rodgers a Ani-. ¿Qué piensa?

-No sé -dijo ella.

-Arriesgue algo -presionó Rodgers.

-Están sin líder -dijo ella-. Es difícil decir qué harán.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó Hood.

Ella lo miró.

-¿Que están sin líder? -dijo él.

-¿Quién si no hubiera salido a hablar? -respondió ella.

Sonó el teléfono, y Ani respondió. Era Darrell McCaskey para Rodgers. Ani le pasó el teléfono. Algo más pasó entre Rodgers y la mujer. Una mirada de desaprobación. ¿O era de duda?

La conversación fue breve. Rodgers permaneció de pie, hablando muy poco, mientras Darrell McCaskey le daba información. Cuando terminó, le devolvió el receptor a Ani. Ella giró y lo colocó en el soporte.

-La seguridad de la ONU le tomó las huellas digitales al terrorista capturado -dijo Rodgers-. Darrell acaba de recibir la información de inteligencia -Rodgers volvió a mirar a Ani. Se reclinó en su silla, con las manos sobre los apoyabrazos-. Háble me, señorita Hampton.

-¿Qué? -dijo ella.

-Mike, ¿qué pasa? -preguntó Hood.

-El terrorista se llama Ivan Georgiev -dijo Rodgers. Seguía observando a Ani-. Trabajó con la ATNUC en Camboya. También trabajó para la CÍA en Bulgaria. ¿Alguna vez lo oyó nombrar?

-¿Yo? -preguntó Ani.

-Usted.

-No -dijo ella.

-Pero sabe algo sobre todo esto que nosotros no sabemos -dijo Rodgers.

-No...

-Miente -dijo Rodgers.

-Mike, ¿qué está pasando? -preguntó Hood.

-Ella llegó a la oficina antes del golpe -dijo Rodgers. Se acercó a Ani-. A trabajar, según dijo.

-Así es -dijo Ani.

-No está vestida como para trabajar -dijo Rodgers.

-Me dejaron plantada -dijo ella-. Por eso vine para aquí. Tenía mesa reservada en Chez Eugenie, puede comprobarlo. Oiga, no sé por qué tengo que defenderme por...

-Porque está mintiendo -dijo Rodgers-. ¿Usted sabía que esto iba a ocurrir?

-¡Claro que no! -dijo ella.

-Pero sabía que iba a ocurrir *algo* -dijo Rodgers-. Usted trabajó en Camboya. El coronel Mott acaba de ser asesinado por un par de camboyanos que se hicieron pasar por delegados de las Naciones Unidas. ¿Creyeron que le estaban disparando a Ivan Georgiev?

-¿Cómo diablos puedo saberlo? -chilló Ani.

Rodgers lanzó la silla hacia atrás. La silla rodó a través del cuarto y chocó contra un armario de archivos. Ani empezó a levantarse, y Rodgers la sentó de un empujón.

-¡Mike! -gritó Hood.

-No tenemos tiempo para estas idioteces, Paul -dijo Rodgers-. ¡Tu hija podría ser la próxima que maten! -le lanzó una mirada a Ani-. Su TAC-SAT está encendido. ¿A quién estuvo llamando?

-A mi jefe en Moscú...

-Llámelo ahora -dijo Rodgers.

Ella vaciló.

-*¡Llámelo ahora!* -aulló Rodgers.

Ani no se movió.

-¿Quién está del otro lado de esa línea? -inquirió Rodgers-. ¿Eran los camboyanos o son los terroristas?

Ani no dijo nada. Tenía las manos sobre los apoyabrazos. De pronto, Rodgers puso una de sus manos sobre una de las de ella, inmovilizándola. Metió el pulgar bajo el dedo índice de Ani y se lo dobló hacia atrás. Ella gritó y trató de liberarse con la otra mano. El utilizó su mano libre para empujar la de ella de vuelta al apoyabrazos, mientras seguía presionando con la otra.

-¿Quién está del otro lado del maldito teléfono? -bramó Rodgers.

-¡Ya le dije!

Rodgers le dobló el dedo casi hasta que la uña le tocó la muñeca. Ani gritó.

-¿Quién está del otro lado? -insistió Rodgers.

-¡Los terroristas! -gritó Ani-. ¡Son los terroristas!

Hood se sintió asqueado.

-¿Hay alguna otra unidad externa aparte de usted? -preguntó Rodgers.

-¡No!

-¿Qué se supone que haga a continuación?

-Decirles si realmente les van a entregar el dinero -dijo ella.

Rodgers le soltó la mano y se puso de pie.

Hood miraba ferozmente a la joven.

-¿Cómo pudo ayudarlos? *¿Cómo?*

-Ahora no tenemos tiempo para eso -dijo Rodgers-. Van a matar a alguien en tres minutos. La pregunta es ¿cómo los detenemos?

-Pagándoles -dijo August.

Rodgers lo miró.

-Explícate.

-Conseguimos el número de Chatterjee a través del Centro de Operaciones -dijo August-. Le pedimos que les diga a los terroristas que tiene el dinero. Después esta señorita que tenemos aquí lo confirma. Llamamos a la policía de Nueva York, hacemos que vuele un helicóptero por allí arriba tal como ellos lo pidieron, y que una unidad de SWAT los atrape cuando salgan.

-Saldrán, pero con rehenes -dijo Hood.

-En algún momento tendremos que poner en riesgo a los rehenes -dijo August-. Al menos así salvaremos a más de los que podríamos salvar en el Consejo de Seguridad... y a uno de ellos lo salvamos seguro.

-Hazlo -dijo Hood, mirando su reloj-. Rápido.

40

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.55 pm

La secretaria general Chatterjee bajó a toda velocidad las escaleras automáticas en dirección a la enfermería, ubicada en el primer piso, no lejos del vestíbulo para visitas. Un asistente se le había unido al pie de las escaleras, y caminaba junto a ella. Enzo Donati era un joven estudiante romano que estaba acumulando créditos para su postgrado en Relaciones Internacionales. Tenía el teléfono celular de Chatterjee y estaba en contacto con la oficina de Interpol en Nueva York. Se habían enterado de que el terrorista era Ivan Georgiev, un antiguo oficial del ejército de Bulgaria. El embajador búlgaro, que no había concurrido a la fiesta, ya había sido notificado.

Chatterjee atravesó la entrada que decía "Sólo para delegados", cerca de la exhibición sobre Hiroshima, y avanzó por los pasillos iluminados. Trataba de no pensar en la pérdida del coronel Mott y los otros miembros del personal de seguridad, o en las muertes de los delegados. Se concentró en la llegada de la medianoche, en la inminente muerte de una de las violinistas, y en cómo impedirla. Chatterjee tenía pensado ofrecerle un trato a Georgiev. Si él instaba a su cómplice a posponer el asesinato y ayudaba a descomprimir la situación, ella haría lo posible para conseguir que la corte fuera indulgente con él.

Por supuesto, Chatterjee daba por sentado que Georgiev estaría al menos consciente. No se había comunicado con la gente de emergencias médicas desde que habían llevado al terrorista a la enfermería. Si no era así, no sabía lo que haría. Tenían menos de cinco minutos. El intento armado de Mott había sido repelido, y sus propios esfuerzos diplomáticos habían fracasado. Cooperar era una opción, pero iba a llevar tiempo reunir los seis millones que habían pedido. Había llamado al vicesecretario general Takahara y le había pedido que se reuniera con los otros miembros del equipo de emergencia para resolver cómo hacerlo. Sabía que aun si pagaban, habría más derramamiento de sangre. El Departamento de Policía de Nueva York o el FBI entrarían tan pronto como los terroristas trataran de huir. Pero por lo menos quedaba la posibilidad de que algunos delegados y las jóvenes violinistas salieran sanos y salvos.

¿Por qué las crisis internacionales parecían ser tanto más manejables que ésta? ¿Porque las derivaciones podían ser muy graves? ¿Porque había dos o más bandos en los que nadie quería verdaderamente tirar del gatillo? Si eso era cierto, ella no era en verdad una pacificadora. Era simplemente un medio, como un teléfono o una de las películas de su padre. Venía de la tierra de Gandhi, pero no se le parecía en nada. En nada.

Doblaron en una esquina y se acercaron a la puerta de la enfermería. Enzo se adelantó y abrió la puerta para la secretaria general. Chatterjee entró. Se detuvo abruptamente.

Dos miembros del equipo de emergencia yacían en el piso del área de recepción. También la enfermera estaba tirada en el piso, dentro del consultorio del médico. Igual que un par de guardias de seguridad.

Enzo corrió hacia los cuerpos más cercanos. Los técnicos estaban vivos pero inconscientes, evidentemente por haber sido golpeados en la cabeza. También la enfermera estaba inconsciente.

No tenían la ropa rasgada, ninguna señal de haber ofrecido resistencia.

No había rastros de las esposas ni de Georgiev.

Chatterjee se tomó un momento para procesar lo que había sucedido y comprendió que había una sola explicación: alguien había estado esperando allí abajo.

41

Ciudad de Nueva York, Nueva York Sábado, 11.57 pm

Hood llamó a Bob Herbert y le pidió que les consiguiera el número del teléfono móvil de Chatterjee. Mientras Hood esperaba en la línea, Rodgers ató a Ani a la silla. Utilizó una cinta aisladora negra que había encontrado en el armario de suministros para atarle la muñeca izquierda al apoyabrazos. En el estante había hilo de embalaje, pero usar cinta era una costumbre que le había quedado de las interrogaciones de campo: no dejaba marcas ni lastimaba la piel, y era más difícil de soltar. También había encontrado varias pistolas de mano y equipamiento de campaña de la CÍA. Las pistolas estaban dentro de un armero metálico. Después de inmovilizar a Ani, Rodgers sacó el llavero de su blazer, que estaba colgado en el armario. Según las regulaciones de la CÍA, la persona a cargo de una oficina encubierta tenía acceso al "material de autodefensa". Rodgers encontró la llave del armero y tomó un par de Berettas para él y otro par para August. Cada pistola tenía un cargador con capacidad para quince casquillos. Tomó también dos radios punta-a-punta junto con un ladrillo de C-4 y detonadores. Colocó los explosivos en una mochila con compartimientos acolchados que se colgó del hombro. No era el equipo Striker habitual -lo ideal hubieran sido anteojos para visión nocturna y Uzis-, pero tendría que arreglarse con eso. Esperaba no necesitar ninguno de los elementos, pero quería estar preparado para lo peor.

De vuelta en la oficina, Rodgers bajó la vista hacia Ani.

-Si coopera, la ayudaré cuando salgamos de aquí.

Ella no respondió.

-¿Comprende? -presionó Rodgers.

-Comprendo -dijo ella sin levantar la vista.

Después de pasarle las armas a August, Rodgers lo tomó del brazo. Lo llevó hacia donde estaba Hood, aún con el teléfono en la mano.

-¿Qué ocurre? -preguntó August.

-Tengo un mal presentimiento sobre nuestra prisionera -dijo Rodgers quedamente.

-¿Por qué? -preguntó Hood.

-En unos minutos, nos va a tener agarrados de las pelotas -dijo Rodgers-. Supongamos que Chatterjee llama a los terroristas. Después esta mujer se niega a apoyar nuestra mentira. ¿Cómo quedamos?

-Yo diría que bastante parecido a como estamos ahora -dijo August.

-No exactamente -dijo Rodgers-. Los terroristas van a haber sido atacados y luego engañados. Querrán contraatacar. Matar a un rehén, como habían anunciado, y a otro como revancha.

-¿Dices que no tendríamos que hacerlo? -preguntó Hood.

-No, no creo que tengamos opción -dijo Rodgers-. Porque, si no resulta, al menos ganaríamos algunos minutos.

-¿Para qué? -preguntó Hood.

-Para tomar el control de la situación -dijo Rodgers-. Para montar una operación de embudo.

August pareció satisfecho.

Hood sacudió la cabeza.

-¿Con qué tipo de fuerzas? -preguntó-. ¿Ustedes dos?

-Puede funcionar -le dijo Rodgers.

-Repito: ¿con sólo dos soldados? -preguntó Hood.

-En teoría, sí -dijo Rodgers.

Hood no pareció conforme con la respuesta.

-Hemos hecho simulacros -prosiguió Rodgers-. Brett se entrenó para este tipo de cosas.

-Mike -dijo Hood-, aun si logran entrar, los rehenes van a ser terriblemente vulnerables.

-Como dije antes, ¿qué crees que pasará si nuestra amiguita nos delata? -preguntó Rodgers-. Tenemos un barril de pólvora humana, y le estamos acercando un fósforo. Los terroristas van a soplar.

Hood tenía que admitir que Rodgers tenía razón. Miró su reloj.

-¿Bob? -dijo en el teléfono.

-Estoy aquí -dijo Herbert.

-¿Qué pasa con el número?

-El Departamento de Estado sólo tiene el número del secretario general Manni, si puedes creerlo. Tengo a Darrell tratando de conseguir el de Chatterjee a través de Interpol y a Matt tratando de hackearlo -dijo Herbert-. A esta altura supongo que Matt lo va a conseguir primero. En uno o dos minutos.

-Bob, nuestro tiempo se mide en segundos -dijo Hood.

-Comprendido -respondió Herbert.

Hood miró a Rodgers.

-¿Cómo hacen para entrar?

-El único que tiene que entrar es el coronel August -siguió Rodgers-. Yo tomaré la posición de base, que será fuera del Consejo de Seguridad -miró a August-. La entrada al garaje de la ONU se encuentra en el lado nordeste del complejo, bajando un piso por las escaleras que están directamente frente a la puerta delantera de ese edificio. Por allí te introduces.

-¿Cómo sabes que el garaje estará abierto? -preguntó Hood.

-Estaba abierto cuando vine hacia aquí -dijo Rodgers-, y obviamente lo están manteniendo así por si necesitan introducir personal o equipos. Los terroristas podrían escuchar una puerta tan grande abrirse y cerrarse. Si algo ocurre, eso podría alertarlos.

Estaba bien pensado, consideró Hood.

-Probablemente no habrá personal de seguridad en el jardín de rosas que da al garaje -le dijo Rodgers a August-. Tendrán vigilado directamente el perímetro para aprovechar al máximo sus efectivos. Si hay helicópteros, podrás cubrirte con los arbustos y las estatuas. Una vez que atravieses el parque y entres al garaje, el único problema será el pasillo entre el ascensor y el Consejo de Seguridad. Según los planos, el ascensor te deja a aproximadamente quince metros del Consejo de Seguridad.

-¿Eso no es un problema serio? -preguntó Hood.

-No realmente -dijo August-. Quince metros puedo cubrirlos bastante rápido. Tumbaré gente si tengo que hacerlo. La sorpresa también funciona con el propio personal.

-¿Y si la gente de seguridad te dispara? -preguntó Hood.

-Escuché acentos extranjeros por el transmisor -dijo August-. Estoy seguro de que habrá personal de la ONU que pueda usar de escudo. Una vez que me meta en el Consejo de Seguridad, ya no importa lo que hagan.

-Sigue siendo un problema extra -dijo Hood.

-Tal vez podamos convencer a Chatterjee de que nos ayude, llegado el caso -sugirió August.

-Si el engaño del rescate no funciona, dudo de que acceda a una segunda mentira -dijo Hood-. Los diplomáticos que nunca fueron soldados no entienden la naturaleza inconstante de las contiendas.

-A esa altura, tal vez no tenga opción -dijo Rodgers-. El coronel August ya estará adentro.

-¿Quién crees que estará vigilando la puerta del garaje? -le preguntó August a Rodgers.

-Probablemente estén dejando que de eso se ocupe el DPNY -dijo Rodgers-. La mayoría de la policía de la ONU debe estar arriba.

En ese momento Bob Herbert regresó a la línea. El genio en computación Matt Stoll había logrado extraer el número de la guía interna de las Naciones Unidas antes de que Darrell McCaskey pudiera obtenerlo a través de su gente en Interpol. Hood lo anotó. La línea no sería segura, pero habría que arriesgarse. No quedaba mucho tiempo.

Comprendió que tendría que arriesgar varias cosas. Le dio el visto bueno al plan de Rodgers y August partió de inmediato.

Hood marcó el número.

Respondió un hombre de acento italiano.

-Es la línea de la secretaria general.

-Habla Paul Hood, director del Centro de Operaciones en Washington -dijo Hood-. Necesito hablar con la secretaria general.

-Señor Hood, estamos en med...

-¡Ya lo sé! -replicó Hood-. ¡Y podemos salvar a la próxima víctima si actuamos con rapidez! Pásemela.

-Un momento -le dijo el hombre.

Hood echó un vistazo a su reloj. Suponiendo que los terroristas no adelantaran el plazo, quedaba poco más de un minuto.

Una mujer se puso en la línea.

-Habla Mala Chatterjee.

-Señora secretaria general, soy Paul Hood -dijo él-. Soy el director de un equipo para el manejo de la crisis en Washington. Una de las rehenes es mi hija.

A Hood le temblaba la voz. Se dio cuenta de que lo que dijera a continuación podía salvar o condenar a Harleigh.

-¿Sí, señor Hood?

-Necesito su ayuda -continuó Hood-. Necesito que llame por radio a los terroristas y les diga que tiene el dinero y el helicóptero que solicitaron. Si lo hace, nosotros nos aseguraremos de que le crean.

-Pero no tenemos esas dos cosas -le dijo Chatterjee-, ni es probable que las tengamos.

-Para cuando los terroristas se den cuenta, ya estarán fuera del edificio -dijo Hood-. Y allí el DPNY estará listo para atraparlos.

-Ya hemos intentado un ataque muy costoso -dijo Chatterjee-. No voy a autorizar otro.

Hood no quería que ella supiera que él lo sabía.

-Esto será distinto -dijo-. Si los terroristas están afuera, no pueden controlar a todos los rehenes. Podemos liberar a algunos.

Y si usan gas venenoso, estaremos en una mejor situación para ayudar a las víctimas. Pero tiene que llamarlos *ya.* También tiene que decirles que la oferta es válida sólo si no matan más rehenes.

Chatterjee dudó. Hood no podía entender *cuál* era su duda. Después del golpe que habían recibido las fuerzas de seguridad, había sólo una respuesta: lo haré. Ayudaré a salvar una vida y a sacar de aquí a estos cabrones. ¿O todavía pensaba que podía abrir un diálogo, convencer a los terroristas de que se rindieran? Si hubiera tenido tiempo de entrar en sutilezas, Hood habría señalado que aparentemente el coronel Georgiev había ayudado a convertir el operativo ATNUC en una farsa. Le habría preguntado a Chatterjee cómo podía seguir creyendo en su propia propaganda, en que el mantenimiento de la paz y la negociación eran, de algún modo, el mejor camino, mientras que la fuerza era el peor.

-Señora secretaria general, por favor -dijo Hood-. Tenemos menos de un minuto.

Ella siguió dudando. Hood nunca se había sentido tan asqueado ante un déspota como se sentía ante esta supuesta "humanitaria". ¿Qué era lo que la inquietaba? ¿Mentirles a los terroristas? ¿Tener que explicarle a la República de Gabón por qué se había hecho a un lado el estatuto de las Naciones Unidas, por qué no se consultaba a los miembros sobrevivientes de la Asamblea General antes de permitir que los Estados Unidos terminaran con una toma de rehenes?

Pero no era el momento de debatir. Con suerte, Chatterjee también lo entendería. Y rápido.

-Está bien -respondió la secretaria general-. Haré la llamada para salvar una vida.

-Gracias -dijo Hood-. Me mantendré en contacto.

42

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12 am

Harleigh Hood estaba arrodillada, de frente a las puertas cerradas de la sala del Consejo de Seguridad.

El australiano estaba parado detrás de ella, sosteniéndola fuertemente de los cabellos. El otro hombre, el que tenía acento español, estaba detrás de él, mirando el reloj. Harleigh tenía la cara muy hinchada sobre la mejilla derecha, donde el australiano le había pegado con la pistola cuando ella había tratado de morderlo. Tenía sangre en la boca, donde le habían propinado un fuerte revés. Su vestido estaba rasgado en ambos hombros y tenía el cuello raspado de cuando la habían arrastrado por la alfombra mientras ella pataleaba contra el piso, las paredes y las sillas. Y le dolía el costado izquierdo cada vez que respiraba, porque acababan de pegarle una patada.

Harleigh no había ido pasivamente hacia su ejecución.

Ahora que ya estaba allí, tenía la mirada fija y vacía. Le dolía todo el cuerpo, pero nada era tan doloroso como la completa pérdida de su humanidad, algo que ni siquiera podía tocar. En un instante de sorprendente lucidez, comprendió que así debía sentirse una violación. Que le quitaran la opción. Que le quitaran la dignidad. El terror futuro a cualquier estímulo que le recordara esta experiencia, desde algo tironeándole el cabello hasta la sensación de una alfombra bajo las rodillas. Tal vez lo peor de todo era que no tenía que ver con algo que ella hubiera dicho o hecho. Ella era sólo un objetivo oportuno para la hostilidad de algún animal. ¿Así se suponía que fuera la muerte? Sin ángeles ni trompetas. Convertida en un pedazo de carne.

No.

Harleigh lanzó un grito de ira que le surgió de muy adentro. Volvió a gritar, y luego sus músculos doloridos estallaron y trató de ponerse de pie. La muerte era así si uno *permitía* que fuera así. El australiano la tironeó fuertemente del pelo, retorciéndola. Harleigh cayó al piso, boca arriba. Forcejeó para levantarse, meneándose de

un lado a otro. Su captor le oprimió el pecho con la rodilla. Le puso el cañón del revólver en la boca.

-Grítale a esto -dijo.

Harleigh lo hizo, desafiante, y él le empujó el cañón hacia la garganta hasta producirle arcadas.

-Vamos, una vez más, ángel -dijo-. Vuelve a gritarle y te contestará.

La garganta de Harleigh se inundó de saliva con gusto metálico. La sangre se mezcló con la saliva, y ella dejó de gritar: tuvo que hacerlo para tratar de tragar alrededor del revólver. Pero no podía tragar, toser ni respirar. Iba a ahogarse en su propia saliva antes de que pudieran dispararle. Harleigh levantó los brazos e intentó retirarle la mano, pero el hombre le agarró las muñecas con la mano libre. Le volvió a bajar los brazos con facilidad.

-Es la hora -dijo Barone.

Downer lanzó una mirada hacia abajo mientras Harleigh emitía un sonido gutural alrededor del cañón del revólver.

Justo entonces sonó la radio.

-Espera -dijo Barone. Respondió la radio-. ¿Sí?

-Habla la secretaria general Chatterjee -dijo la interlocuto-ra-. Tenemos el dinero, y un helicóptero en camino.

Downer y Barone se miraron. Barone apretó el botón de "silencio". Entrecerró los ojos, suspicaz.

-Miente -dijo Downer-. No puede haberlo conseguido tan rápido.

Barone soltó el botón.

-¿Cómo lo consiguió? -preguntó.

-El gobierno de los Estados Unidos garantizó un préstamo del Banco de la Reserva Federal en Nueva York -dijo ella-. Están juntando el dinero y trayéndolo hacia aquí.

-Espere hasta que me vuelva a comunicar -dijo el uruguayo. Se volvió y corrió escaleras abajo.

-¿No ejecutará al rehén? -dijo Chatterjee.

-Ejecutaré a dos rehenes si me está mintiendo -respondió él. Apagó la radio y se apresuró hacia el TAC-SAT que estaba a la entrada del Consejo de Seguridad.

43

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12.01 am

Mientras esperaban que sonara el TAC-SAT, Rodgers llamó a Bob Herbert para ponerlo al tanto. Herbert dijo que se pondría en contacto con el comisionado Kane, de la Policía de Nueva York. Habían trabajado juntos cuando unos espías rusos en Brighton Beach estaban ayudando a orquestar un golpe en Moscú. Herbert se llevaba bien con el comisionado y pensó que Gordon apreciaría la posibilidad de salvar a los rehenes, y la ONU.

Cuando terminó, Rodgers hizo otra llamada; para escuchar sus mensajes, dijo. No era cierto, pero no quería que la joven se enterara. Le pidió prestado a Hood su teléfono celular. Mientras Hood observaba, Rodgers se interpuso entre la mujer y el escritorio de modo que ella no pudiera ver lo que hacía. Era un truco que había aprendido de Bob Herbert, que usaba el teléfono de su silla de ruedas para espiar a la gente una vez que se iba de una reunión. Rodgers desconectó la campanilla del teléfono de la oficina y luego marcó el número desde el teléfono de Hood. Levantó el teléfono de la oficina, lo puso en "parlante" y dejó ambas líneas abiertas. Luego se puso el celular en el bolsillo del pantalón, cuidando que no se desconectara.

Rodgers regresó y se sentó sobre el escritorio, frente a Annabelle Hampton. Hood iba y venía entre ambos. Con el paso de cada minuto, Rodgers se convencía de que las cosas no iban a salir como ellos querían.

La joven no hacía otra cosa que mirar fijamente hacia adelante. Rodgers no tenía duda de qué era lo que estaba mirando. El futuro. Ani Hampton no parecía ser del tipo APJ: analista post-juego. Mucha gente en inteligencia o en el ejército trabajaba a la manera de jugadores de ajedrez o bailarines de salón. Seguían patrones cuidadosamente comprobados y se desviaban lo menos posible de movimientos y estrategias a menudo complejas. Cuando ocurría alguna desviación, con posterioridad se la estudiaba y la incorporaba o la retiraba del manual.

Pero también había muchos miembros de la CÍA que tenían un enfoque táctico más efímero. Eran los llamados "tiburones". Habitualmente, los tiburones eran gente solitaria cuyo *modus operandi* era moverse permanentemente y mirar hacia adelante. No importaba si el puente se quemaba detrás de ellos: de todas formas, seguramente no regresarían. Ésta era la clase de gente que lograba infiltrarse en pueblos extranjeros, células terroristas y bases enemigas.

Rodgers estaba seguro de que Ani Hampton era un tiburón. Allí sentada, no se arrepentía de nada. Sólo estaba planeando qué hacer a continuación. Rodgers se hacía bastante idea de qué podía hacer, y por eso le había pedido al coronel August que se fuera. Por si acaso.

Mirando a la joven, Rodgers sintió frío -no por fuera sino por dentro-. Lo que ella había hecho le recordaba algo que había aprendido durante su primer turno de servicio en Vietnam: que, aunque la traición era más la excepción que la regla, estaba por todas partes. En cada país, cada ciudad, cada pueblo. Y no existía un perfil confiable, no había reglas para diferenciar a unos de otros. Había traidores de cualquier edad, sexo y nacionalidad. Trabajaban en lugares públicos y privados y tenían empleos que les permitían entrar en contacto con información o con gente. Y lo que hacían podía ser algo personal o estar enteramente motivado por el lucro.

Tenían aun otra característica; algo privativo de los traidores. Eran más peligrosos cuando se los atrapaba. Ante la posibilidad de ser ejecutados por sus crímenes, no tenían nada que perder. Si tenían una última estratagema, la intentarían por destructiva o fútil que fuera.

En 1969, la CÍA había recibido la información de que Vietnam del Norte estaba utilizando un hospital militar de Vietnam del Sur en Saigón para distribuir drogas a soldados norteamericanos. Rodgers fue allí, supuestamente para visitar a un camarada herido. Vio cómo las enfermeras de Vietnam del Sur recibían dólares norteamericanos de soldados vietnamitas "heridos" -en realidad infiltrados del Vietcong de entre quince y dieciocho años de edad- como pago por trasladar heroína y marihuana del sótano a los maletines médicos destinados al campo. Al ser arrestadas, dos de las tres enfermeras extrajeron la clavija de sendas granadas de mano que terminaron con ellas y con siete soldados heridos que había en el pabellón.

Enfermeras y adolescentes convirtiéndose en asesinos. En ese sentido, Vietnam era único. Era por eso que tantos veteranos se habían quebrado al volver a sus hogares. En pueblos tranquilos, muchas veces las jóvenes salían a recibir a los soldados norteamericanos. Algunas pedían caramelos o dinero. A menudo, eso era todo lo

que querían. Otras veces, las niñas llevaban muñecas armadas para estallar. Aveces las niñas volaban junto con ellas. En ocasiones las ancianas les ofrecían a los soldados platos de arroz con cianuro; arroz que ellas mismas comían para darles confianza. Estas formas de la destrucción eran más pavorosas que un M16 o una mina de tierra. Más que cualquier otra guerra, Vietnam les había robado a los soldados norteamericanos la noción de que se podía confiar en cualquiera, en cualquier lugar. Y al volver de esa guerra, muchos soldados descubrieron que ya no podían abrirse a sus esposas, familiares, aun a sus hijos. Esa era una de las razones por las que Mike Rodgers no se había casado. Le era imposible acercarse a nadie que no fuera un camarada soldado. Y eso no podía modificarlo toda la terapia ni todo el razonamiento del mundo. Una vez muerta, la inocencia no revivía.

A Rodgers no le agradó tener que volver a pasar por esos sentimientos de desconfianza por culpa de Annabelle Hampton. La joven había lucrado con vidas inocentes y había deshonrado al gobierno para el que trabajaba. Rodgers se preguntó cómo alguien podía estar contento con dinero obtenido a costa de sangre.

El edificio estaba en silencio, y no llegaban sonidos del exterior. Habían cortado la Primera Avenida justo después de ese edificio, y se había clausurado la autopista FDR porque pasaba por al lado de las Naciones Unidas. Obviamente, la Policía de Nueva York quería tener la entrada despejada por si necesitaban utilizarla. También se había clausurado el callejón sin salida que había frente al edificio.

Cuando sonó el TAC-SAT, todos se sobresaltaron.

Hood dejó de pasearse y se paró junto a Rodgers. Annabelle desvió su mirada hacia el general. Tenía las mandíbulas apretadas, y en sus ojos celestes no había ningún signo de docilidad.

Rodgers no se sorprendió. Annabelle Hampton era un tiburón, después de todo.

-Responde el teléfono -dijo Rodgers.

Ella lo observó. Sus ojos eran fríos.

-Si no lo hago, ¿va a torturarme otra vez?

-Preferiría no hacerlo -dijo Rodgers.

-Lo sé -dijo Annabelle. Esbozó una sonrisa-. Las cosas cambiaron, ¿no?

Definitivamente había algo distinto en la voz de la mujer. Agresividad. Confianza. Le habían dado demasiado tiempo para pensar. El baile había comenzado, y Annabelle Hampton lo dirigía. Rodgers se alegró de haber tomado precauciones.

-Puede obligarme a responder doblándome el dedo para atrás

otra vez -dijo ella-. 0 lastimándome de otras maneras. Podría estirar un clip o buscar un alfiler y apretar la punta contra la pielcita de abajo de mis ojos. Un método de persuasión normal en la CÍA. Pero se me notaría el dolor en la voz. Se darían cuenta de que me están coercionando.

-Dijo que cooperaría -señaló Hood.

-Y si no coopero, ¿qué van a hacer? -preguntó ella-. Si me disparan, el rehén muere con seguridad -miró a Hood con toda intención-. Posiblemente su hija.

Hood se puso rígido.

Ella era mejor de lo que él había supuesto, pensó Rodgers. El baile se había convertido en un rápido y sórdido juego de amenazas. Rodgers ya sabía hacia dónde iba todo eso. Lo que necesitaba era conseguirle tiempo a August.

-¿Qué es lo que quiere? -preguntó Rodgers.

-Que me liberen y salgan de la habitación -dijo ella-. Haré la llamada que ustedes quieren, y luego estaré libre.

-No lo haré -dijo Rodgers.

-¿Por qué? -preguntó Ani-. ¿No quiere ensuciarse las manos haciendo un trato conmigo?

-He hecho tratos con gente peor -dijo Rodgers-. No haré un trato porque no confío en

usted. Necesita que la operación salga bien. Los terroristas no pagan por adelantado. Es así como se aseguran lealtad. En la situación en la que está ahora, va a necesitar su parte del rescate.

El TAC-SAT sonó por segunda vez.

-Confíe o no en mí -dijo Annabelle-, si no respondo el teléfono van a pensar que me pasó algo. Ejecutarán a la niña.

-En ese caso -respondió Rodgers en el mismo tono-, usted será ejecutada o bien pasará el resto de su vida en la cárcel por cómplice.

-Me darán de diez a veinte años si coopero con usted -dijo Ani-. Si no, tal vez muera. ¿Qué diferencia hay?

-Unos treinta años -dijo Rodgers-. Ahora tal vez no le importe, pero le importará cuando tenga sesenta.

-Ahórreme el reconocimiento desde el frente -respondió ella.

-Señorita Hampton, por favor -dijo Hood-. No es demasiado tarde para ayudarse a usted misma y a docenas de inocentes.

-Dígaselo a su compañero, no a mí -dijo ella.

El TAC-SAT sonó por tercera vez.

-Sonará cinco veces en total -dijo Ani-. Después le volarán la cabeza a una de las niñas en el Consejo de Seguridad. ¿Es eso lo que quieren? ¿Ambos?

Rodgers dio medio paso hacia adelante. Se ubicó entre Hood y la mujer. No sabía si Hood se tragaría el anzuelo y le ordenaría hacer lo que ella decía, pero no quería arriesgarse. Hood seguía siendo el director del Centro de Operaciones, y Rodgers no quería que se pelearan entre ellos. Especialmente dado que Hood no sabía qué más estaba pasando en ese mismo momento.

-Déjenme ir, y les diré lo que ustedes quieren -dijo ella.

-¿Por qué no dice lo que nosotros queremos y después la dejamos ir? -replicó Rodgers.

-Porque así como usted no confía en mí, yo no confío en ustedes -dijo ella-. Y en este momento, me necesitan más que yo a ustedes.

El TAC-SAT sonó por cuarta vez.

-Mike... -dijo Hood.

Aunque Hood había participado de la organización del plan de embudo, era obvio que aún esperaba que funcionara el plan original: hacer salir a los terroristas. Pero Rodgers esperó. Unos pocos segundos más podrían marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

-No estoy de acuerdo con esto -le dijo Rodgers a Annabelle.

-Y detesta saber que eso no interesa -respondió ella.

-No -le dijo Rodgers a la joven-. No será la primera vez que me la tenga que aguantar. Aquí somos todos gente grande. Lo que detesto es tener que confiar en alguien que ya rompió una promesa.

El general se enganchó el revólver en el cinturón, metió la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo una navaja. La abrió con un chasquido y comenzó a cortar las ataduras.

El TAC-SAT sonó por quinta vez.

Annabelle se estiró hacia la navaja.

-Yo termino -dijo.

Rodgers la soltó y retrocedió, por si Ani intentaba usar la navaja contra él.

-Quiero que salgan de aquí -dijo la joven-. Quiero verlos por la cámara de seguridad del pasillo. Y déjenme mis llaves.

Rodgers se sacó el llavero del bolsillo del pantalón y lo arrojó en el piso, junto a ella. Luego tomó su saco, que estaba en el respaldo de una silla, y salió detrás de Hood.

La mujer terminó de cortar las ataduras y conectó el monitor de la computadora con la cámara de seguridad. Mientras Rodgers atravesaba el vestíbulo de la oficina en dirección al corredor, Ani se inclinó y levantó el TAC-SAT.

-Hable -dijo.

Rodgers se alejaba y no pudo escucharla. Afortunadamente, eso

no duró mucho. Se apresuró hacia el pasillo y pasó bajo la cámara de seguridad.

Como Annabelle Hampton, Rodgers era un tiburón. Pero a pesar de todas las audaces amenazas y mentiras, de todas las bravuconadas que la mujer les acababa de lanzar, Rodgers tenía algo que a ella le faltaba.

Treinta años en el agua.

44

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12.04 am

Apenas Rodgers y Hood pasaron bajo la lente ojo de pez de la cámara de seguridad, Rodgers sacó de su bolsillo el celular de Hood. El general se detuvo en el pasillo y escuchó en silencio por un momento, luego se desconectó. Le pasó a Hood el teléfono junto con uno de sus dos revólveres.

-¿Le dijo la verdad? -preguntó Hood.

-Nos cagó bien cagados -dijo Rodgers.

Luego sacó la radio punta-a-punta del bolsillo de su saco. Apretó el botón de transmisión.

-¿Brett? -dijo.

-Sí, general.

-Visto bueno al embudo -dijo Rodgers-. ¿Llegarás?

-Llegaré -respondió August.

-Bien -dijo Rodgers-. ¿Cuándo quieres el contacto?

-En dos minutos -dijo August.

Rodgers miró el reloj.

-Perfecto. Me pondré en posición, lado norte del edificio. Estaré listo en siete minutos.

-Comprendido -dijo August y cortó-. Buena suerte.

-Buen viaje -dijo Rodgers. Volvió a meterse la radio en el bolsillo y miró su reloj-. Bueno, tengo que irme. Llama al DPNY y haz que rodeen el piso y arresten a nuestra amiguita. Probablemente esté armada, así que si sale antes de que lleguen tal vez tengas que derribarla.

-Puedo hacerlo -dijo Hood.

Todos los funcionarios ejecutivos del Centro de Operaciones recibían un intenso entrenamiento armado, porque eran probables objetivos para el terrorismo. En ese momento, a Hood le pareció que no tendría ninguna dificultad en dispararle a Annabelle Hampton. Y no era sólo por haberlos traicionado. Era porque Rodgers estaba tan completamente dispuesto, tan al mando, que sus órdenes no se cuestionaban. En eso consistía el liderazgo militar.

-También necesito que intentes lo que sugeriste antes.

-¿Chatterjee?

Rodgers asintió.

-Sé que es bastante arriesgado, pero explícale lo que está por suceder. Si no quiere cooperar, dile que no podrá hacer nada para detener lo que...

-Conozco la rutina -dijo Hood.

-Es cierto -dijo Rodgers-. Disculpa. Dile que hay sólo una cosa que quiero que ella y su gente hagan.

-¿Qué es? -preguntó Hood.

Rodgers buscó el cartel de "salida" y se apresuró hacia las escaleras.

-Mantenerse fuera de nuestro camino.

45

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12.05 am

El coronel Brett August avanzaba como un leopardo por el parque silencioso. No había helicópteros apuntando sobre ese sector; todas sus luces estaban sobre la ONU y los accesos más inmediatos. Salvo por el resplandor que llegaba de los faros alrededor del edificio, el terreno estaba a oscuras.

August iba con pasos largos y seguros, el torso encorvado, el equilibrio perfecto. Más que intimidarlo, los riesgos lo excitaban. A pesar de las probabilidades en su contra, estaba ansioso por involucrarse, por probarse a sí mismo. Y aunque en un combate nunca nada estaba garantizado, tenía confianza. Confianza en su entrenamiento, en sus capacidades y en la necesidad de hacer lo que estaba haciendo.

También tenía confianza en el plan. Lo que había dicho el general Rodgers acerca de la naturaleza caótica e inconstante de los combates era absolutamente cierto. Y de alguna manera, el embudo le daba al batallón la posibilidad de contenerla.

La operación de embudo es una maniobra clásica que fue utilizada por primera vez, según había podido determinarse, por un pequeño e improvisado ejército de campesinos rusos bajo las órdenes del príncipe Alexander Nevsky. Los rusos combatían contra invasores teutónicos fuertemente armados, en el siglo XII. La única forma que tuvieron de vencer a una fuerza tanto más numerosa y mejor equipada fue rodearlos hasta hacerlos confluir en un lago congelado, donde el hielo se quebró bajo el peso de sus armaduras. Casi todos los soldados enemigos se ahogaron. La estrategia había sido adaptada por el anterior comandante de la Striker, el teniente coronel Charles Squires, para ofensivas de poco personal.

La idea era elegir un área que proporcionara amparo suficiente a ambos lados de una fuerza enemiga: un desfiladero, un bosque, la orilla de un lago. Habiendo encontrado el lugar, la unidad, por pequeña que fuera, se dividía en dos secciones. Un grupo flanqueaba a la fuerza enemiga, dejándola en el medio. Luego una parte de la fuerza dividida avanzaba en formación apretada por el cuello del embudo, por así decirlo. El enemigo no podía huir, porque tenía un ejército oculto siguiéndole los pasos, listo para emboscarlo. Y si trataba de contraatacar, la fuerza que estaba en el embudo podía atacar desde el frente, la derecha o la izquierda. Cuando el ataque lo obligaba a retroceder, el enemigo era sorprendido por el grupo que había avanzado detrás de ellos. Entonces ambas secciones del ejército dividido abrían fuego. Bien hecha, al amparo de la noche o de la geografía, la operación embudo posibilitaba que una fuerza pequeña venciera a una mucho mayor.

El coronel August no contaría con la oscuridad para ampararse en su ingreso a la sala. Aun si pudiera hacer que las luces se apagaran por uno o dos segundos, eso alertaría a los terroristas. Prefería la sorpresa. Desgraciadamente, con las luces encendidas, el enemigo sabría que se trataba de un solo hombre. Lo verían entrar en la sala, igual que habían visto entrar al equipo de seguridad de las Naciones Unidas. Si actuaban con rapidez, podían romper el embudo.

En caso de que eso ocurriera, August seguía teniendo varias ventajas. Tenía entrenamiento de soldado, no de guardia de seguridad. Las butacas del Consejo de Seguridad le servirían para cubrirse. Gracias a las largas y amplias escalinatas, sería difícil para los terroristas escurrirse hasta él, especialmente si se mantenía en movimiento, agazapado, por las hileras superiores. Y si los terroristas intentaban usar rehenes como escudo, el líder de la Striker tenía otras dos ventajas. Una era su puntería. Brett August era uno de los más temibles tiradores de todas las fuerzas especiales, y tenía medallas que así lo demostraban. Sólo Mike Rodgers había ganado más. La otra ventaja era que August no tendría reparos en disparar. Estaba dispuesto a matar a un rehén para eliminar a un terrorista, si era necesario. Como había dicho Mike Rodgers, si no actuaban pronto y con decisión, los rehenes morirían de todos modos.

El jardín se extendía varias cuadras hacia el sur. En realidad era un parque pequeño y lleno de árboles, fijado por una imponente estatua de San Jorge matando al dragón. La escultura, un obsequio de la ex Unión Soviética, estaba hecha de fragmentos de SS-20 soviéticos y misiles nucleares norteamericanos Pershing que habían sido destruidos según los

términos del Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio del año 1987. Como las propias Naciones Unidas, la estatua era un gesto de relaciones públicas: una estrepitosa, alevosa mentira en celebración de la paz. Los soviéticos sabían condenadamente bien que la paz no funcionaba salvo que se tuvieran los SS-20 y los misiles Pershing para respaldarla.

O una buena táctica como el embudo, pensó. Ése era un monumento ruso que sí respetaba.

Enormes ratas grises se movían furtivamente entre los rosales. En ese sentido las ratas eran buenas compañeras. Si salían, era porque no había nadie a la vista. Los animales se dispersaban a medida que August avanzaba.

El coronel se encogió un poco más al acercarse al final del parque. Más allá del follaje, a unos veinte metros, se abría un patio que conducía al vestíbulo principal del edificio de la Asamblea General. Todavía se interponían demasiados arbustos y árboles como para que lo viera con claridad.

August llevaba en la mano una de las dos Berettas que le había dado Rodgers. La otra pistola estaba en el bolsillo derecho de su pantalón. El coronel se había hecho pasar por turista en una reciente misión en España, un disfraz que le había enseñado a usar pantalones con bolsillos lo suficientemente prufundos como para llevar un arma oculta. También llevaba la radio, sólo por si le era necesaria en el momento de entrar. Si no fuera por eso, August la habría desconectado y descartado. Una comunicación o una irrupción de estática en el momento incorrecto podría delatar su posición. Irónicamente, era eso mismo lo que podría llegar a necesitar para introducirse en el edificio.

Deteniéndose a aproximadamente setenta y cinco metros del edificio de la Asamblea General, August miró más allá de las otras esculturas más pequeñas, en dirección al complejo de las Naciones Unidas. Además de tres helicópteros sobrevolando el área, los focos iluminaban el amplio patio y media docena de oficiales del DPNY estaban apostados en la entrada del vestíbulo principal. Rodgers tenía razón. Habían permitido que la policía se trasladara de sus cabinas de la calle al terreno abandonado por los guardias de la ONU. August no podía arriesgarse a avanzar y ser localizado. Los policías del DPNY no eran como los de la ONU. Eran más parecidos a un Striker. Sabían cómo derribar a alguien y mantenerlo bajo control. Como consejero en la OTAN, August había pasado bastante tiempo con un antiguo jefe de departamento del servicio de emergencia del DPNY que había instruido a los estrategas de la OTAN sobre tomas de rehenes. La política del Departamento de Policía de Nueva York era establecer y asegurar un perímetro interno, tan apretado como fuera posible, y luego introducir armas especializadas, gruesos chalecos, y aprontarse a caer sobre los captores de rehenes en caso de que las negociaciones fracasaran. Aquella situación habría terminado hacía horas si Chatterjee no hubiera sido tan complaciente.

Era todo parte de la mentalidad post-Tormenta del Desierto. Alguien infringe la ley. Después, en nombre de la paz mundial, todos los demás hablan y negocian mientras el infractor de la ley se fortalece y se atrinchera. Cuando finalmente se decide hacer algo al respecto, es necesaria una coalición.

Eso era una idiotez. Lo único que se necesitaba era tener al que había empezado todo en la mira. No tardaría nada en echarse atrás.

August raramente prestaba atención a los relojes. Siempre se movía lo más rápido posible, lo más eficazmente posible, y presumía que contaba con menos tiempo del que realmente tenía. Hasta el momento, nunca se le había pasado un plazo. Pero aun sin mirar el reloj, supo que no tenía tiempo de explicar quién era o qué estaba haciendo allí. En cambio, decidió salir del jardín y bajar a la autopista FDR. El camino pasaba bajo la amplia explanada que bordeaba el jardín por el este. Tendría que tirarse en lugar de usar las escaleras que había detrás de la ONU, pero era la única manera de introducirse en el garaje sin ser visto.

Girando hacia el río, August avanzó por el camino de ripio que llevaba hasta la pasarela de cemento. Cruzó la explanada, llegó hasta una cerca metálica y la saltó. Boca abajo, mirando hacia el este, echó una mirada sobre el borde de la pasarela. Era un salto de más de tres metros y medio hasta la autopista, pero no había nada de qué agarrarse. Se sacó la radio del bolsillo y la reemplazó con la pistola. Luego se quitó el cinturón, pasó un extremo por el

estuche de la radio y tiró hasta que el estuche quedó contra la hebilla. Después enroscó el cinturón en uno de los delgados puntales que sostenían la baranda. Sujetando las dos puntas de la correa, fue descendiendo desde el borde. Sin dejar de sujetar el lado de la hebilla ni la radio, soltó la otra punta y cayó el metro y medio que quedaba hasta el asfalto.

August aterrizó con las rodillas ligeramente flexionadas. Se paró rápidamente. El garaje de las Naciones Unidas estaba hacia el sur, pero no llegaba a verlo con claridad porque lo tapaba la esquina de un edificio sobre el lado nordeste de la calle.

August volvió a ponerse el cinturón mientras se arrastraba bajo la autopista, en medio de un tenebroso silencio. Al acercarse a la entrada del garaje vio a dos policías parados al este de la puerta abierta. El interior del garaje estaba iluminado, pero el exterior estaba a oscuras. Si podía alejar a los oficiales, llegar hasta la puerta sin ser visto no sería difícil.

August miró su reloj. En veinte segundos, Rodgers pondría el volumen de su radio al máximo. Con su propia radio encendida, la sobrecarga generaría una reacción de estática. Cuando eso sucediera, los policías harían una de tres cosas. Ambos oficiales irían a investigar; un oficial investigaría mientras el otro permanecía en su puesto, o pedirían refuerzos.

August esperaba que ambos oficiales se marcharan. No podían arriesgarse a dejar una posible amenaza sin investigar, y se imaginó que el DPNY seguiría la política de campo de la mayoría de los departamentos de policía de las grandes ciudades. Que los oficiales no tenían permitido entrar solos a una situación potencialmente peligrosa.

Si eso no ocurría, August tendría que derribar a uno o a los dos oficiales. No le gustaba atacar a hombres de su mismo equipo, pero estaba dispuesto a hacerlo. Asumió una mentalidad de confrontación, concentrándose en el fin y no en los medios.

El coronel avanzó velozmente entre las sombras de la autopista, luego apoyó la radio en el piso junto al cordón. Se aseguró de que el volumen estuviera al máximo. Después, cuando quedaban sólo unos segundos, se acuclilló junto a una puerta oscura del otro lado del garaje. Estaba a diez metros de la esquina y más o menos a la misma distancia del garaje.

August se sacó los zapatos.

Menos de cinco segundos después, un chillido penetrante atravesó la noche. August observó mientras los oficiales miraban a su alrededor. Uno sacó su pistola y su linterna y se dirigió hacia la calle mientras el otro llamaba por radio al 10-59, que lo identificó como un ruido sin vinculaciones criminales.

-Parece una radio -dijo el que estaba reportando el incidente-. ¿Tenemos a alguien más en la cuadra?

-Negativo -dijo su interlocutor.

-Lo copio -dijo el oficial-. Voy con Orlando.

El primer policía se aproximó cautelosamente con la linterna apuntando hacia la esquina nordeste del edificio. El segundo oficial se quedó a un lado, empuñando el revólver y con la radio encendida. Apostaba a que esos hombres le dispararían de inmediato si lo veían. Tenía que asegurarse de que eso no ocurriera.

Mientras la radio seguía crujiendo estrepitosamente, August observó a los policías. Cuando llegaron a la esquina, se agachó y atravesó la calle corriendo en medias. No produjo sonido alguno ni sintió nada de lo que pisaba. Lo único que importaba era el objetivo. Y al entrar al garaje y ver el ascensor delante de él tenía sólo un objetivo.

Ganar.

46

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12.06 am

La secretaria general seguía parada en el pasillo fuera del Consejo de Seguridad. Poco había cambiado desde el comienzo del sitio. Algunos delegados se habían ido y otros habían llegado. El personal de seguridad estaba más agitado que antes, en especial los agentes que habían participado del ataque abortado. El joven teniente Mailman, un oficial británico que había llegado a Nueva York luego de ayudar a planear la operación Zorro del Desierto, era el más inquieto de todos. Después de que Chatterjee llamara a los terroristas para transmitir el mensaje de Hood, el oficial se acercó.

-¿Señora? -dijo.

El silencio era opresivo. Aunque susurraba, su voz sonó muy fuerte.

-¿Sí, teniente?

-Señora, el plan del coronel Mott era bueno -insistió-. No podíamos haber previsto la variable, los otros hombres armados.

-¿Qué es lo que me está pidiendo? -dijo ella.

-Ahora quedan sólo tres terroristas -le dijo él-, y tengo un plan que puede funcionar.

-No -dijo ella, inflexible-. ¿Cómo sabe que no habrá otras variables?

-No lo sé -admitió él-. Un soldado no predice el futuro. Lucha. Y eso no se puede hacer quedándose a un costado.

Hubo ruidos detrás de la puerta del Consejo. Sollozos, golpes, gruñidos. Algo estaba sucediendo.

-Ya le di mi respuesta -replicó ella.

Un momento después, Paul Hood volvió a llamar. Enzo Donati le pasó el celular.

-¿Sí? -dijo Chatterjee, con ansiedad.

-Nos delató -dijo Hood.

-Dios, no -dijo Chatterjee-. Entonces es eso lo que está pasando allí adentro.

-¿Qué está pasando? -dijo Hood.

-Un forcejeo -dijo ella-. Van a ejecutar a un rehén.

-No necesariamente -dijo Hood-. Uno de mis hombres está subiendo. Está vestido de civil...

-¡No! -dijo la secretaria general.

-Señora secretaria, tiene que dejarnos manejar esto -dijo Hood-. Usted no tiene un plan. Nosotros sí...

-Ustedes tenían un plan, y lo intentamos -dijo ella-. Falló.

-Éste no fallará...

-¡No, señor Hood! -dijo Chatterjee, al tiempo que cortaba la comunicación. Sintió deseos de gritar. El teléfono volvió a sonar. Ella lo desconectó y se lo pasó a Donati. Le dijo a su asistente que se fuera.

Era como si alguien hiciera girar al mundo como un trompo. Estaba mareada, electrizada y agotada al mismo tiempo. ¿Así era la guerra? ¿Un río de aguas rápidas que lo arrastraba a uno a lugares donde lo mejor que se podía hacer, lo máximo que se podía *esperar,* era sacar ventaja de alguien que estuviera un poco más mareado y exhausto que uno?

Chatterjee miró la puerta del Consejo de Seguridad. Tendría que intentar volver a entrar. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Justo entonces, llegó una conmoción desde el corredor, más allá de las salas del Consejo Social y Económico. Varios delegados se dieron vuelta, y los miembros de la fuerza de seguridad fueron hacia allí para ver qué sucedía.

-¡Viene alguien! -gritó uno de los policías de seguridad.

-¡Silencio, maldición! -siseó Mailman.

El teniente corrió hacia la línea policial. Llegó justo cuando el coronel August, descalzo, se abría paso a empujones entre la masa de delegados. August levantó las manos para mostrarle a la gente de seguridad que estaba desarmado, pero no dejó de avanzar.

-¡Déjenlo pasar! -dijo Mailman. Su voz era un murmullo insistente.

La línea de camisas azules se abrió de inmediato, y August siguió adelante. Mientras lo

hacía, metió las manos en los bolsillos y sacó las dos Berettas. Los movimientos del oficial eran veloces y seguros, ninguna de sus acciones era inútil. Estaba a menos de tres metros de la puerta. Lo único que lo separaba de la sala del Consejo de Seguridad era Mala Chatterjee.

La secretaria general miró la cara de August a medida que se acercaba. Su ojos le recordaron a un tigre que había visto una vez en la selva de la India. Este hombre olía a su presa, y nada se interpondría entre ellos. En ese momento, esos ojos le parecieron lo único estable en su universo.

No era así como se suponía que ocurrieran las cosas. León Trotsky había escrito que la violencia parecía ser la distancia más corta entre dos puntos. La secretaria general no quería creer en eso. Cuando Mala era estudiante en la Universidad de Delhi, el profesor Sandhya A. Panda, un acólito de Mohandas Gandhi, enseñaba el pacifismo como si fuera una religión. Chatterjee había profesado devotamente esa fe. Sin embargo, en cinco horas, todo lo que podía fallar había fallado. Sus mayores esfuerzos, su autosacrificio, sus pensamientos calmos. Al menos el intento abortado del coronel Mott había logrado llevar a una niña herida al hospital.

En ese momento se oyó un ligero sollozo del otro lado de la puerta. Era una voz de niña, aguda y apagada.

-¡No! -sollozó la voz-. *¡No lo haga!*

Chatterjee se ahogó con un involuntario sollozo propio. Instintivamente se volvió para ir hacia la niña, pero August la frenó con un firme codazo mientras pasaba a toda velocidad.

Armado con una pistola, el teniente Mailman lo siguió. Se detuvo varios pasos detrás del coronel.

Chatterjee hizo un gesto de ir tras ellos. Mailman se volvió y la retuvo.

-Déjelo ir -dijo el teniente en voz baja.

Chatterjee no tuvo la energía ni la voluntad de resistirse. En el manicomio, sólo los locos se sienten cómodos. Ambos vieron cómo el coronel se detenía ante la puerta, pero sólo por un instante. Giró el picaporte con la base de su mano izquierda y permaneció allí de pie. Una vez más, sus movimientos eran limpios y eficaces.

Un segundo después, entró siguiendo a sus dos revólveres.

47

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12.07 am

Poco después de responder la llamada de Barone por el TAC-SAT, Annabelle Hampton fue hacia el armario, tomó una de las últimas Berettas que quedaban y se dirigió al pasillo. Estaba vacío. Los cabrones que habían tratado de intimidarla se habían ido. Pasó junto a las oficinas cerradas, el cuarto de custodia y los baños, en dirección a las escaleras.

Annabelle no quería tomar el ascensor por dos razones. Primero, había cámaras de seguridad instaladas en el techo. Segundo, los hombres del Centro de Operaciones podían estar esperándola en el vestíbulo. Quería ir por las escaleras hasta el sótano y escaparse por la puerta lateral. Más tarde se volvería a poner en contacto con Georgiev, tal como lo habían planeado. Había mandado a los dos volantes de la CÍA a recogerlo a la enfermería. Le diría a su jefe que hizo que se lo llevaran por lo que Georgiev sabía acerca de las operaciones de la CÍA en Bulgaria, Camboya y el resto del Lejano Oriente. No quería que esa información cayera en manos de las Naciones Unidas. También le diría que los hombres del Centro de Operaciones estaban aliados con los terroristas. Eso los mantendría alejados el tiempo suficiente como para recibir su parte del rescate y salir del país. Si no había rescate, usaría el dinero que Georgiev le había adelantado y huiría a Sudamérica.

La puerta se abrió. Era de metal, como lo requerían las leyes antiincendio. No tenía ventana, de modo que la joven la abrió con precaución por si había alguien del otro lado.

No había nadie esperándola. Annabelle dejó la puerta cerrada y avanzó por el descansillo de cemento. Eran cinco pisos hasta el sótano; Hood o alguno de sus hombres todavía podían estar esperándola allí abajo. No creyó que pudiera estar la policía. La política del DPNY era formar una red. Habrían subido al cuarto piso para rodearla; no le habrían dado la oportunidad de escapar.

Comenzó a bajar los escalones. Y entonces se apagaron las luces. Se apagaron hasta los focos de seguridad, que sólo podían manejarse desde la sala de máquinas. Furiosa, la joven pensó: *Justo al lado del baño de hombres. Maldito sea cualquiera de esos cabrones a quien se le haya ocurrido.* Estaba aun más furiosa consigo misma por no haber revisado la sala.

Annabelle consideró la posibilidad de regresar, pero no quería perder tiempo o arriesgar una confrontación con quien fuese que había desconectado las luces. Pasándose el revólver a la mano izquierda, se tomó del pasamanos con la derecha e inició un lento descenso. Llegó al descanso, dio la vuelta y empezó a bajar la segunda mitad de escaleras. Estaba satisfecha de su avance.

Hasta que una luz brillante se encendió de golpe frente a ella, y sintió un dolor incisivo y desgarrador en el muslo izquierdo.

Cayó hacia adelante, sin poder respirar y perdiendo el revólver mientras el dolor le estremecía todo el costado izquierdo.

-¡Enciéndanlas! -gritó alguien.

Las luces de la escalera volvieron a encenderse, y Annabelle levantó la vista. Vio a un hombre robusto y morocho observándola amenazante. Llevaba camisa blanca y pantalones azul marino. En sus gruesas manos había una radio y un bastón negro de estilo policial. Era oficial de seguridad del Departamento de Estado. La identificación en su camisa decía subjefe Bill Mohalley.

Mohalley levantó la pistola de Annabelle y se la enganchó en la cintura. Ella trató de levantarse pero no lo logró. Apenas podía respirar. Cuando estaba allí tendida, oyó que se abría la puerta en el descanso del cuarto piso.

Mientras el oficial del Departamento de Estado llamaba por radio al resto de su equipo, Hood bajó corriendo por las escaleras. Debía ser él quien había apagado las luces. Hood se detuvo y miró a la joven. Tenía una expresión triste.

-Creí... que teníamos un trato -jadeó ella.

-Yo también -respondió Hood-. Pero sé lo que hiciste. Te oí.

-Mientes -dijo ella-. Te... vi... por la cámara.

Hood sólo sacudió la cabeza. Mohalley se adelantó mientras su equipo subía corriendo por las escaleras.

-Mi equipo se ocupará -le dijo Mohalley a Hood-. Gracias por su ayuda.

-Gracias por haberme dado su tarjeta -dijo Hood-. ¿Sabe algo de la niña herida?

Mohalley asintió.

-Bárbara Mathis está en la mesa de operaciones. Perdió mucha sangre, y la bala todavía está adentro. Están haciendo todo lo que pueden, pero no luce nada bien -bajó la vista hacia Annabelle-. Tiene sólo catorce años.

-Yo no quería... que hirieran a ninguna de las niñas -dijo Annabelle.

Hood retrocedió. Volviendo a sacudir la cabeza, se dio vuelta y corrió escaleras abajo.

Annabelle volvió a tenderse mientras llegaba más personal de seguridad. El muslo le latía penosamente, y le dolía la espalda donde se había golpeado con las escaleras. Pero al menos ya podía respirar.

Era cierto lo que le había dicho Annabelle a Mohalley. Le apenaba que una de las jóvenes violinistas pudiera morir. No se suponía que eso pasara. Si la secretaria general hubiese cooperado, si hubiese hecho lo correcto, ninguna de las niñas habría resultado herida.

Sin poder hacerse del todo a la idea, Annabelle supo que probablemente pasaría el resto de su vida en prisión. Sin embargo, por más terrible que eso fuera, lo que más le molestaba era que Paul Hood se hubiera burlado de ella.

Que, una vez más, un hombre se hubiera interpuesto entre ella y su objetivo.

48

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12.08 am

La puerta de madera del Consejo de Seguridad se abrió hacia afuera. El coronel August se quedó parado en la entrada, buscando al asesino al tiempo que se ofrecía como objetivo. Llevaba su chaleco antibalas y estaba deseoso de intercambiar tiros si eso podía salvar la vida de un rehén. El terrorista no podría dispararle al rehén si le estaba disparando a August.

La primera persona que August vio fue una esbelta adolescente. Estaba de rodillas, a menos de cinco yardas de él. Sollozaba y temblaba. August no estuvo seguro de quién era la niña. El terrorista estaba parado muy cerca de ella. Utilizando visión periférica, August detectó la ubicación de los otros dos terroristas. Uno de ellos estaba de pie en medio de la sala, detrás del escritorio semicircular. El otro estaba junto a la puerta que daba al adyacente Consejo Fiduciario.

Todos los terroristas estaban vestidos de negro y llevaban máscaras de esquí. El que estaba más cerca de él sujetaba los largos cabellos rubios de la niña desde las raíces, cerca de la frente, de modo que su rostro quedaba mirando hacia arriba. Le estaba apuntando directamente a la cabeza, a la coronilla.

August tenía el centro de la máscara del hombre en la mira, pero no quería disparar primero. Si le daba al terrorista, el dedo del hombre podía estrecharse alrededor del gatillo y volarle la cabeza a la niña. August sabía que eso no estaba bien: si tenía la posibilidad de tirar, debía aprovecharla. Lo detuvo el pensamiento de que ésa podía ser la hija de Paul Hood.

El terrorista vaciló y luego hizo algo que sorprendió a August. Se dejó caer directamente detrás de la niña arrodillada y luego se arrojó hacia la derecha, metiéndose entre las filas de asientos. Todavía sosteniendo a la niña de los cabellos, la arrastró con él. Obviamente, no quería intercambiar disparos. Y ahora tenía un escudo.

Maldición, deberías haber disparado, se reprendió August. En lugar de tener un terrorista menos con quien vérselas, ahora todos estaban en peligro.

El terrorista y la niña estaban cuatro filas más abajo por la galería en declive. August se metió en el bolsillo la Beretta que llevaba en la mano derecha, giró a la izquierda y corrió unos metros por el fondo de la galería. Avanzó en silencio con sus pies descalzos y puso su mano libre sobre la baranda que corría a lo largo del respaldo de las butacas de la última fila. Pasó por sobre los asientos de terciopelo verde e inmediatamente saltó hacia la fila siguiente. Estaba a dos filas del terrorista.

-¡Downer, está yendo a buscarte! -gritó uno de los terroristas. Tenía acento francés-. ¡Detrás de ti...!

-¡Aléjate o la mato! -gritó Downer, el terrorista perseguido-. ¡Le vuelo los malditos sesos!

August seguía a dos filas de distancia. El hombre de acento francés empezó a correr hacia él. Llegaría a las escaleras en dos o tres segundos. El tercer hombre cubría a los rehenes.

-¡Barone, el gas! -dijo el francés.

El tercer terrorista, Barone, corrió hacia un bolso marinero que estaba abierto en el medio de la sala, cerca de la ventana norte. August terminó de pasar por sobre la tercera fila. Ya podía ver a Downer y a la niña. Estaban en el piso de la fila siguiente. El terrorista estaba boca arriba con la niña sobre él, también mirando hacia arriba. Pero August tenía un problema.

El embudo requería evitar la muerte de la niña, inhabilitar al más cercano de los tres terroristas y establecer una cabeza de playa al fondo de la sala antes de que el general Rodgers llegara. Eso no había ocurrido. Desgraciadamente, no sólo el embudo había fallado, sino que el coronel tenía que volver a ordenar sus prioridades. Tenía que lidiar con el gas.

Barone estaba del otro lado de la mesa semicircular, protegido por la mesa y por los rehenes. Ya se había quitado la máscara de esquí y había sacado tres máscaras de gas del bolso marinero. Se colocó una de ellas mientras le pasaba las otras al resto de los terroristas. Los hombres esperaron para colocárselas, porque las antiparras les disminuían la visión periférica. Luego Barone volvió junto al bolso y extrajo una lata negra.

August se volvió y corrió hacia el sector norte de la sala. El terrorista francés había

llegado hasta las escaleras del lado sur y las subía corriendo. August no quería detenerse para dispararle. Aunque el francés lo siguiera de cerca, él estaría en mejor posición para matar a Barone si estaba del mismo lado de la sala.

Todavía se interponían la mesa y los rehenes estrechamente apiñados.

-¡Nadie se mueva! -gritó August. Si los rehenes corrían, podían meterse entre él y Barone.

Nadie se movió.

August llegó a las escaleras y empezó a bajarlas. Llevaba el brazo derecho cruzado en el pecho. Erguido, el brazo sería más vulnerable. El francés estaba exactamente del otro lado de la habitación. Se detuvo repentinamente y disparó varias veces. Dos de los cuatro tiros le dieron a August en la cintura y en las costillas. El impacto lo lanzó contra la pared, aunque el chaleco antibalas detuvo los proyectiles.

-¡Caíste, cabrón! -chilló el francés, triunfante-. ¡Downer, cúbreme! -gritó mientras cruzaba por una de las filas del medio, dirigiéndose hacia el ala norte.

El australiano arrojó a la niña a un lado y se levantó. Aulló toscamente, con furia y desaliento.

Alejándose de la pared, August siguió arrastrándose escaleras abajo. Ignoró el dolor agudo que tenía en el costado. Detrás de las butacas, donde se encontraba, el francés no podía dispararle. Y Barone estaba casi en la mira.

En ese momento, se produjo un estrepitoso estallido al fondo de la habitación. Con el rabillo del ojo, August vio que el francés caía hacia adelante entre las filas de asientos. Downer se agachó rápidamente al tiempo que el teniente Mailman se agazapaba detrás de su pistola ante la puerta abierta.

-¡Siga adelante, señor! -gritó Mailman.

Buen hombre, pensó August. Mailman le había disparado al francés, aunque August no sabía con certeza si le había dado o no.

August llegó hasta la base de las escaleras mientras Barone retiraba cuidadosamente una faja de plástico rojo de la parte superior de la lata. Tiró la cinta a un lado y comenzó a desenroscar la tapa. August disparó dos veces. Ambas balas perforaron el costado de la cabeza de Barone, arrojándolo hacia el centro de la sala. La lata cayó sobre la alfombra, rodeada de un delgado hilo de vapor verde.

August lanzó una maldición. Se puso de pie y corrió hacia la puerta que daba al Consejo Fiduciario. Tenía pensado llegar hasta la lata y cerrarla. Si no podía, tal vez pudiera cubrir a los rehenes mientras huían por esa puerta.

Nunca lo logró.

El francés surgió del lado norte de la galería. No estaba herido, y abrió fuego. Esta vez le apuntó a las piernas.

August sintió dos intensas mordeduras, una en el muslo izquierdo y otra en la canilla derecha. Cayó, con las heridas quemándole de dolor. Apretó los dientes y siguió arrastrándose. El entrenamiento en control del dolor le había enseñado a establecer objetivos pequeños y realizables. Era así como los soldados permanecían conscientes y funcionando en el campo de batalla. Se concentró en el punto que necesitaba alcanzar.

Detrás de él, Downer le disparó a Mailman, haciéndolo retroceder fuera de la puerta. Mientras tanto, el francés se arrastró varios escalones abajo.

La lata estaba a sólo unos pies de distancia. La tapa seguía puesta, pero el gas empezaba a expandirse. August tenía que volver a enroscarla. No tenía tiempo para volverse y disparar.

De golpe, hubo una impresionante detonación a unos tres metros delante de August. La inmensa cortina marrón de la ventana norte se abrió violentamente y el vidrio antibalas salió disparado a través del Consejo de Seguridad. Casi al mismo tiempo, se produjo un brutal estallido y la parte superior de la imponente ventana cayó en pedazos.

Un momento después, justo a horario, Mike Rodgers entró en la habitación.

49

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12.11 am

Esto no es una operación de embudo, pensó Mike Rodgers gravemente mientras observaba la sala del Consejo de Seguridad. Aquello probaba el axioma de la Striker de que nada estaba garantizado.

Rodgers había atravesado el jardín de rosas de la misma manera que August. Para cuando llegó al patio, sin embargo, el tiroteo ya había comenzado, y la mayor parte de los policías en la entrada del vestíbulo habían entrado. Pudo llegar hasta los setos del lado este del patio sin ser visto. Arrastrándose hasta la ventana norte del Consejo de Seguridad, conectó e hizo detonar el C-4. Utilizó sólo una pequeña cantidad para que la explosión de vidrios fuera mínima. Sospechó que una vez que volara la base de la ventana, el resto del cristal se derrumbaría. Tuvo razón.

Al entrar en la sala, Rodgers vio al coronel August a aproximadamente tres metros y medio delante de él. El coronel estaba arrodillado y le sangraban las dos piernas. Entre ellos había un terrorista muerto y un recipiente que perdía gas. Rodgers vio también al terrorista armado en el lado norte de la galería. Era obvio que algo había salido desastrosamente mal.

Disparando dos veces para hacer retroceder hacia las butacas al terrorista armado, Rodgers se dio vuelta y agarró la cortina. El estallido la había rasgado por el medio, y de un fuerte tirón arrancó la mitad inferior. Muchas clases de gas venenoso eran letales al contacto con la piel. Prefería contener el gas de esa manera que cerrar la lata.

Rodgers arrojó la pesada tela sobre el recipiente. Calculó que eso les otorgaría cerca de cinco minutos dentro de la sala, el tiempo suficiente para sacar a todos de allí. Los haría salir por la ventana rota; como estaba detrás de él, le sería más fácil cubrir a los rehenes.

Mientras Rodgers se volvía hacia las niñas reunidas alrededor de la mesa, August osciló sobre su espalda y se incorporó. Miraba hacia el fondo de la habitación y aún empuñaba una de sus Berettas.

-¡Muy bien! -dijo Rodgers, mirando a las niñas a la cara-. ¡Quiero que salgan todas por la ventana, rápido!

Conducidas por la señorita Dorn, las niñas se apresuraron a ponerse a salvo en la terraza exterior. Mientras lo hacían, Rodgers se volvió hacia August.

-¿Dónde está el tercer terrorista? -preguntó.

-Cuarta fila desde arriba -dijo August-. Tiene a una de las niñas.

Rodgers maldijo. No había visto a Harleigh Hood entre las niñas. Tenía que ser ella.

Mientras hablaba, August había maniobrado hasta ponerse de rodillas y se había arrastrado hacia las escaleras. Se levantó apoyándose en el pasamanos de madera y comenzó a subir los escalones. Era obvio que caminar era una agonía para el coronel, que recargaba la mayor parte de su peso sobre el brazo izquierdo. Estiró el brazo derecho, con la Beretta apuntando hacia adelante. Rodgers no necesitó preguntarle qué estaba haciendo; se estaba usando a sí mismo como cebo para llamar la atención del terrorista. Miró al coronel subir por las escaleras.

Rodgers estaba parado entre los rehenes y la galería. Varios de los delegados también se levantaron y se amontonaron para salir, empujando a las niñas mientras corrían. Si fuera por Rodgers, les habría disparado. Pero no quería dar la espalda a la galería. No mientras uno de los terroristas siguiera allí.

La sala se estaba vaciando, y la gruesa cortina parecía estar conteniendo el gas, por el momento. Rodgers deseó poder avanzar hacia el lado norte para cubrir a August, pero tenía que cuidar la seguridad de los rehenes. Observó cómo el coronel ascendía rengueando.

Luego se volvió un momento para vigilar a las niñas. Todas habían sido evacuadas, y el último delegado se dirigía hacia la ventana. Al volver a girar, Rodgers oyó un disparo desde la galería. Vio que August echaba los brazos hacia atrás al tiempo que perdía su revólver y se desmoronaba contra la pared. Un momento después, el coronel cayó de espaldas.

Rodgers maldijo y corrió hacia las escaleras. El terrorista se levantó y disparó hacia el general. Como no llevaba chaleco antibalas, Rodgers tuvo que tirarse al piso delante de la galería.

-¡No te preocupes! -le gritó el terrorista-. ¡Llegará tu turno!

-¡Ríndete! -respondió Rodgers mientras reptaba hacia las escaleras.

El terrorista no respondió. Al menos no con palabras. A continuación Rodgers oyó dos disparos y un quejido.

Rodgers maldijo. *Lo mataré,* pensó con amargura mientras se levantaba rápidamente, con la intención de atrapar al terrorista antes de que pudiera darse vuelta y apuntar.

Pero llegó tarde. Vio cómo el terrorista soltaba la pistola, se retorcía y luego se desplomaba sobre el respaldo de una de las butacas. Tenía dos grandes heridas rojas en la espalda, por donde las balas habían salido. Avanzando hacia la escalera, Rodgers vio a August todavía yaciendo de espaldas. Había un agujero de bala en su bolsillo izquierdo.

-El hijo de puta debería haber prestado más atención -dijo August mientras extraía el segundo revólver de su bolsillo. El cañón de la resplandeciente Beretta todavía humeaba.

Rodgers se sintió aliviado, aunque estaba lejos de sentirse contento mientras se volvía en dirección a la escarpada galería. Todavía quedaba un tercer terrorista, el que aparentemente tenía de rehén a Harleigh Hood. Había permanecido ominosamente silencioso durante el tiroteo. Un oficial de seguridad de la ONU estaba agazapado en la puerta. Excepto por el acallado siseo de la lata de gas bajo la cortina, la sala estaba en silencio. Y entonces oyeron una voz desde el pasillo de la parte superior de la galería.

-Ustedes no ganaron -dijo Reynold Downer-. Lo único que hicieron es conseguir más parte del rescate para mí.

50

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12.15 am

-¡Ya están afuera! -gritó un hombre joven en la sala de espera-. ¡Las niñas están afuera y a salvo!

Los padres reaccionaron con risas y lágrimas, levantándose y abrazándose entre ellos antes de dirigirse hacia la puerta. La confirmación oficial llegó mientras desfilaban por el pasillo. Una fun-cionaria uniformada del Departamento de Estado fue a su encuentro. Una mujer de mediana edad, de cortos cabellos castaños, grandes ojos marrones y una identificación con el nombre de Baroni les dijo que las niñas parecían encontrarse bien, pero que por precaución estaban siendo trasladadas al centro médico de la Universidad de Nueva York, y que un autobús trasladaría también a los padres. Los padres estaban tan felices que le agradecían a la mujer como si hubiera sido ella la responsable del rescate.

La funcionaría del DDE se internó en el edificio mientras dirigía a los padres hacia el ascensor del final del pasillo. Parecía estar buscando a alguien. Cuando divisó a Sharon Hood, le tocó el antebrazo.

-Señora Hood, mi nombre es Lisa Baroni -dijo-. ¿Puedo hablar un momento con usted?

El requerimiento le produjo a Sharon una instantánea sensación de náusea.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

Lisa la alejó suavemente de los últimos padres. Las dos mujeres quedaron de pie del lado de adentro de la puerta, junto a uno de los sillones.

-¿Qué pasa? -quiso saber Sharon.

-Señora Hood -dijo Lisa-. Me temo que su hija todavía está adentro.

Las palabras sonaron ridiculas. Un momento atrás, todos estaban a salvo. Ella estaba feliz.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Sharon.

-Su hija todavía está en el Consejo de Seguridad.

-¡No, están afuera! -dijo Sharon, enfureciéndose-. ¡Ese hombre dijo que estaban afuera!

-La mayoría de las niñas fueron evacuadas por una ventana rota -dijo la mujer-. Pero su hija no estaba con el grupo.

-¿Por qué?

-Señora Hood, ¿por qué no se sienta? -dijo Lisa. La volvió a llevar hacia la silla-. Voy a quedarme con usted.

-¿Por qué mi hija no estaba con ellas? -insistió Sharon-. ¿Qué está pasando allí adentro? ¿Mi marido está con ellos?

-No sabemos todo sobre la situación -dijo Lisa suavemente-. Lo que sí sabemos es que hay tres oficiales SWAT dentro de la sala del Consejo de Seguridad. Aparentemente, pudieron atrapar a todos los terroristas menos a uno...

-*¡Y tiene a Harleigh!* -aulló Sharon. Se clavó las uñas en las sienes-. *¡Dios mío, tiene a mi bebé!*

La mujer tomó a Sharon por las muñecas y la sostuvo suave pero firmemente. Metió sus dedos entre los de Sharon, fuertemente encrespados, y se los apretó.

-¡Dónde está mi marido! -gritó Sharon.

-Señora Hood, tiene que escucharme -dijo Lisa-. Sabe que harán todo lo que puedan para proteger a su hija, pero puede que lleve un poco de tiempo. Tendrá que ser fuerte.

-¡Quiero ver a mi marido! -sollozó Sharon.

-¿Adonde fue? -preguntó la mujer.

-No lo sé -dijo Sharon-. Dijo... dijo que tenía que hacer algo al respecto. Tiene su teléfono celular. ¡Tengo que llamarlo!

-¿Por qué no me da el número? Yo lo llamaré -dijo la mujer.

Sharon le dio el número del celular de Paul.

-Muy bien -dijo Lisa. Soltó las manos de Sharon y le indicó una de las mesas-. Iré allí a hacer la llamada. Usted siéntese aquí, que en seguida vuelvo.

Sharon asintió. Luego comenzó a llorar otra vez.

Se quedó allí sollozando mientras Lisa Baroni iba hasta la mesa donde estaban los

teléfonos. Marcó el número. Hood había apagado su celular.

Sharon no recordó haber sentido nunca tanta furia y desesperación. En ese momento no necesitaba una funcionaría del Departamento de Estado apretándole la mano. Necesitaba a su marido. Necesitaba hablarle para no sentirse tan terriblemente sola. No importaba dónde estuviera, o lo que estuviera haciendo; al menos podría haberle dado eso. Sólo eso.

Como fuese que aquello terminara, había algo que Sharon supo con certeza.

Nunca podría perdonarle esto a Paul. Nunca.

51

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12.16 am

Paul Hood corría a lo largo del parque cuando oyó la explosión y vio el fogonazo detrás de la ONU. Como no vio ni oyó fragmentos de vidrio, supuso que se trataba de Mike Rodgers volando la ventana hacia adentro. Hood corrió aun más rápido, viendo cómo la policía que había estado vigilando la entrada del vestíbulo se apresuraba a dar la vuelta hacia la parte de atrás. Cuando Hood llegó, las niñas y los delegados ya estaban saliendo por la ventana destrozada.

Lo hicieron, pensó orgulloso. Confió en que Rodgers y August estuvieran bien.

Cuando llegó al patio, estaba sin aliento. Uno de los policías corría hacia la Primera Avenida. Evidentemente había llamado por radio al equipo de emergencias y quería mostrarle dónde instalarse (en la playa de estacionamiento, lejos del edificio). Entre tanto, los otros oficiales escoltaban a las niñas y los delegados a través del patio, hacia el estacionamiento. Todos caminaban por sí mismos. Parecían estar relativamente bien.

Hood se detuvo y los observó acercarse. No vio a Harleigh entre el grupo, pero reconoció a una de sus amigas, Laura Sabia. Se acercó a ella.

-¡Laura! -gritó.

Uno de los oficiales de policía lo interceptó.

-Disculpe, señor, pero tendrá que esperar a su hija...

-No es mi hija, oficial. Soy Paul Hood, del Centro de Operaciones de Washington. Somos los que organizamos el rescate.

-Felicitaciones -dijo el oficial-, pero de todos modos necesito que se retire del área y nos deje...

-¡Señor Hood! -dijo Laura, saliéndose de la fila.

Hood esquivó al policía. Corrió hacia la niña y le tomó la mano.

-Laura, gracias a Dios. ¿Estás bien?

-Yo estoy bien -dijo ella.

-¿Y Harleigh? -preguntó él-. No la veo.

-Está... todavía está adentro.

Hood sintió como si le hubieran dado un fuerte golpe en el estómago.

-¿Adentro? -preguntó-. ¿En el Consejo de Seguridad?

Laura asintió con la cabeza.

Hood observó los ojos enrojecidos de la niña. No le gustó lo que vio.

-¿Está herida?

-No -dijo Laura sacudiendo la cabeza y comenzando a llorar-. Pero él la tiene.

-¿Quién?

-El hombre que le disparó a Bárbara.

-¿Uno de los terroristas? -preguntó Hood.

Laura volvió a asentir.

Hood no esperó a oír más. Soltando la mano de Laura e ignorando la orden de detenerse que le gritó el oficial, corrió hacia la terraza.

52

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12.18 am

La cabeza de Harleigh surgió por sobre las butacas y se detuvo. Downer estaba debajo, sujetándola fuertemente del cabello. La niña tenía el rostro pálido y estirado hacia arriba, con los ojos tirantes. La punta del cañón del revólver presionaba contra la base de su cráneo.

Mike Rodgers estaba a los pies de las escaleras, en el centro. A causa del pronunciado declive y de las butacas, sólo podía apuntarle a la mano izquierda del terrorista. Estaba demasiado cerca del cuello de Harleigh, y le seguía dejando libre la mano derecha, que era la que sostenía la pistola. Mantuvo su revólver dirigido hacia la mano, aunque sabía que no podían dejar pasar demasiado tiempo. La cortina contendría el gas venenoso sólo por unos minutos más. Aun si él podía llegar hasta una de las máscaras antigás, eso no le serviría de nada a Harleigh.

August subía las escaleras arrastrándose por el lado norte, a la derecha de Rodgers. Aunque rengueaba por las heridas que tenía en ambas piernas y era evidente que estaba dolorido, no tenía intención de sentarse a esperar. Detrás del terrorista, el agente de seguridad de la ONU entró cautelosamente por la puerta abierta. Debía ser el teniente Mailman, el que había informado a Chatterjee después del fallido ataque al Consejo de Seguridad.

De pronto, Rodgers oyó un sonido detrás de él. Se volvió y vio a Hood aparecer en el marco de la ventana rota. Rodgers le indicó que retrocediera.

Hood vaciló, pero sólo por un momento. Dio un paso atrás, en la oscuridad de la terraza.

Rodgers miró hacia la galería y volvió a apuntar al terrorista.

-¡Oye, héroe! -gritó el terrorista-. ¿Ves que la tengo?

Su voz era fuerte, desafiante, intransigente. A ese hombre no podrían amedrentarlo. Pero Rodgers tenía otra idea.

-¿Lo *ves?* -volvió a preguntar el terrorista.

-Lo veo -dijo Rodgers.

-¡Y mataré a la maldita niña si es necesario! -aulló Downer-. ¡Le haré un agujero en la cabeza!

-Te vi matar a mi compañero -dijo Rodgers-. Te creo.

August se detuvo y miró a Rodgers. Rodgers le indicó con un gesto que se quedara quieto. August obedeció. Se suponía que estaba muerto.

-¿Qué quieres que hagamos? -preguntó Rodgers.

-Primero, quiero que quien sea el que está arrastrándose detrás de mí se vaya inmediatamente -dijo el terrorista-. Desde aquí le veo los pies. También veo la ventana, así que si alguien trata de entrar, lo sabré.

-Sin trucos -dijo Rodgers-. Te escucho.

-Eso espero -dijo Downer-. Cuando ése salga, quiero que dejes tu pistola y levantes las manos. Cuando hayan salido los dos, quiero que me manden a esa perra de la secretaria general con las manos sobre la cabeza.

-No tienes mucho tiempo -señaló Rodgers-. El gas va a traspasar la...

-Ya sé lo del gas -chilló Downer-. ¡No *necesitaré* mucho tiempo si te callas y empiezas a moverte!

-Está bien -dijo Rodgers. Miró hacia la puerta-. Teniente, por favor verifique que la secretaria general esté allí y quédese afuera de la habitación. Yo voy con usted.

Mailman vaciló.

Rodgers orientó el revólver que apuntaba a la mano del terrorista hacia la frente de Mailman.

-Teniente, le dije que saliera de aquí.

Mailman frunció el ceño y retrocedió hacia el pasillo.

Rodgers se puso en cuclillas, dejó la pistola en el piso y levantó las manos. Luego caminó hacia las escaleras del lado sur. Subió rápidamente. No creyó que el terrorista se molestara en dispararle. Hasta que no entrara la secretaria general, Rodgers era su único medio de comunicación con el exterior.

El general siguió subiendo las escaleras. Estaba casi paralelo a la cuarta fila, donde se

ocultaba el terrorista. Miraba a Harleigh, de espaldas a él. La delgada niña estaba fija en su lugar, con el pelo tirante. No lloraba, pero Rodgers no se sorprendió. Sabía, por haber hablado con prisioneros de guerra, que el dolor ofrecía un punto de concentración. A menudo era una bendición, una distracción del peligro o de una situación desesperada.

Quiso decirle a Harleigh unas palabras de aliento. Pero al mismo tiempo, no quiso irritar al terrorista. No mientras apretaba el cañón del revólver contra el cráneo de la niña.

Rodgers salió de espaldas. Eso le dio ocasión de echar un vistazo hacia el lado norte de la sala. Desde donde estaba, no pudo ver a Brett August. O se había apretado contra los asientos, o había perdido tanta sangre que se había desmayado.

Rodgers confió en que ése no fuera el caso. La situación ya iba a ser difícil tal como estaba.

El general salió al pasillo. Chatterjee estaba allí. Lo miró un momento, y luego se llevó las manos a la cabeza y empezó a caminar hacia la puerta del Consejo de Seguridad.

Rodgers puso un brazo delante de ella, impidiéndole avanzar.

-¿Sabe lo del gas venenoso? -preguntó.

-Me lo dijo el teniente -respondió ella.

Rodgers se acercó.

-¿Le dijo también que uno de mis hombres sigue allí adentro? -murmuró.

Ella pareció sorprenderse.

-El terrorista cree que mi hombre está muerto -dijo Rodgers-. Si el coronel August tiene la posibilidad de disparar, lo hará. No quería que usted se sorprendiera y lo delatara.

La expresión de Chatterjee se ensombreció.

Rodgers bajó el brazo, y la secretaria general pasó junto a él. Cuando entró al Consejo de Seguridad y cerró la puerta, Rodgers sintió el impulso de correr tras ella y arrastrarla nuevamente afuera. Tenía una sensación nauseabunda en el estómago; la sensación de que, a pesar de todo lo ocurrido, Chatterjee seguía creyendo en una política implícita de las Naciones Unidas. Una política que la organización internacional había defendido repetidamente contra el peso del sentido común y de los preceptos morales básicos.

La noción de que los terroristas tenían derechos.

53

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12.21 am

Mala Chatterjee tenía la mente y el alma atormentados cuando entró en la sala del Consejo de Seguridad.

El terrorista estaba tendido en el suelo. Chatterjee vio la cabeza de su prisionera, y vio el revólver apretado contra ella. Sufrió por la criatura y le repugnó el acto de terrorismo. Haría cualquier cosa para salvar a la niña.

Pero a la secretaria general le perturbaba la idea de permitir que tuviera lugar un asesinato cuando podía haber otra manera. Si se igualaba a esa gente, si mataba sin conciencia, sin ley, ¿qué clase de significado tendría su vida? Ni siquiera sabía si ese hombre realmente había matado a alguien, si *podía* matar a alguien.

Chatterjee bajó los escalones hacia la fila donde estaba el terrorista.

-Pidió hablar conmigo -dijo.

-No, pedí que usted entrara -dijo Downer-. No quiero hablar. Quiero salir de aquí. También quiero lo que vine a buscar.

-Quiero ayudarlo -dijo Chatterjee. Se detuvo al pie del pasillo-. Suelte a la niña.

-¡Dije que basta de *hablar!* -gritó Downer. Harleigh lanzó un alarido cuando el australiano tironeó de su cabello-. Allí adelante hay gas venenoso. Necesito un lugar donde la señorita y yo podamos esperar mientras usted consigue mi dinero y mi transporte. Quiero los seis millones de dólares.

-Está bien -dijo ella.

Chatterjee vio que algo se movía en la escalera norte. Unos ojos espiaban sobre el apoyabrazos del último asiento. El hombre que había quedado adentro se levantó un poco. Se llevó el dedo índice a los labios.

La secretaria general estaba perturbada. ¿Estaba por ser parte de un intento de rescate o cómplice de un asesinato a sangre fría? Ese soldado norteamericano y su compañero habían rescatado a casi todos los rehenes. Tal vez les había sido necesario matar, pero eso no les daba derecho a seguir matando. La meta de Chatterjee siempre había sido encontrar una solución pacífica. No podía abandonarla cuando todavía quedaba una posibilidad. También estaba la cuestión de la confianza. Si podía convencer al terrorista de que quería ayudarlo, tal vez pudiera convencerlo de que se rindiera.

-Coronel August -dijo-, ya ha habido suficientes muertes por hoy.

August quedó inmóvil. Por un momento, Chatterjee se preguntó si le iría a disparar a ella.

-¿A quién le habla? -preguntó Downer-. ¿Quién está *aquí?*

-Otro soldado -le dijo ella.

-¡Entonces el cabrón no estaba muerto! -chilló Downer.

-Por favor deje sus armas y salga, coronel -dijo Chatterjee.

-No puedo -respondió August amargamente-. Me dispararon.

-¡Y le van a disparar otra vez si no se va inmediatamente! -gritó Downer.

El australiano revoleó a Harleigh bruscamente. La levantó por los cabellos, se arrodilló detrás de ella y apuntó su automática hacia August. Abrió fuego al tiempo que el *striker* se volvía a arrojar hacia la escalera. La madera de los apoyabrazos voló en todas direcciones. Las explosiones resonaron durante un momento después de que cesaron los disparos.

Furioso, Downer se volvió a mirar a Chatterjee. Mantuvo a Harleigh entre él y August. Abajo, la secretaria general podía ver el gas venenoso surgiendo lentamente desde los bordes de la tela.

-¡Sáquelo de aquí! -aulló Downer.

-¡Estoy tratando de ayudarlo! -le gritó la secretaria general-. ¡Déjeme manejar...!

-*/Cállese y haga lo que le digo!* -ordenó Downer, mientras volvía la cara hacia ella. Por un instante su pecho quedó de frente a la sala.

Un disparo atravesó la habitación. La bala agujereó el lado izquierdo del cuello de Downer, lejos de Harleigh. El australiano dejó caer la pistola y soltó a la niña cuando el impacto le lanzó los brazos hacia atrás.

Paul Hood se levantó desde el fondo de la sala del Consejo de Seguridad. Empuñaba la Beretta que había dejado Mike Rodgers.

-¡Agáchate, Harleigh! -gritó.

Ella metió la cabeza y se tiró al piso. Un momento después, un segundo disparo resonó desde la escalera del lado norte. El coronel August traspasó de un tiro la mejilla izquierda del terrorista. Mientras Downer caía, una segunda bala le perforó la sien.

La sangre empezó a acumularse en el piso aun antes de que el cuerpo aterrizara.

Chatterjee lanzó un grito.

Paul Hood dejó caer el revólver y corrió por la escalera norte. Con una seña, August le indicó que todo estaba en orden, y Hood continuó subiendo al encuentro de Harleigh.

54

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12.25 am

Apenas salió de la sala del Consejo de Seguridad, Mike Rodgers informó al escuadrón de materiales peligrosos del DPNY acerca del gas venenoso. El equipo se congregó en el patio del ala norte, listo para ingresar tan pronto como la habitación fuera desalojada. Todo el complejo de la ONU había sido clausurado. Estaba en cuarentena: las puertas y ventanas cubiertas con telas plásticas, los bordes sellados con espuma de secado rápido. Como no quedaba nadie que pudiera decirle a la policía de qué gas exactamente se trataba, habían trasladado un laboratorio móvil del servicio de emergencia para realizar un análisis allí mismo. Equipos del Comando de Emergencias Médicas del Departamento de Bomberos de Nueva York instalaban tiendas en el parque de juegos Robert Moses, al sur de las Naciones Unidas. Lo mismo hacía la Marina 1 del DBNY. Por ley, se requería la presencia de los bomberos en situaciones que involucraran materiales peligrosos. Muchos grupos terroristas practicaban la política de tierra abrasada. Si no podían ganar, se aseguraban de que nadie lo hiciera. Dado que uno de los terroristas había desaparecido de la enfermería, y que el DPNY no sabía si había otros cómplices, tenían que estar preparados para cualquier eventualidad. Inclusive un último acto de despecho.

Paul Hood y su hija se abrazaron por un largo rato. Hood lloraba abiertamente. Harleigh temblaba con violencia. Apoyaba la cabeza en el pecho de su padre y se aferraba a sus brazos. Uno de los técnicos médicos le puso una manta sobre los hombros antes de conducir a ambos hacia las tiendas del CEM.

-Tenemos que avisarle a tu madre -dijo Hood a través de las lágrimas.

Harleigh asintió.

Mike Rodgers estaba parado detrás de ellos, observando cómo los técnicos se llevaban a Brett August. El general dijo que se encargaría de ir a buscar a Sharon. También le dijo a Hood que estaba orgulloso de él. Hood le agradeció. Pero lo cierto era que cuando Rodgers salió del Consejo de Seguridad y él se introdujo a hurtadillas, Hood sabía que nada -ni su propia seguridad, ni la ley nacional o internacional- le impediría tratar de salvar a Harleigh.

Hood y su hija se dirigieron hacia las escaleras mecánicas, junto con los delegados y el personal de seguridad. Mientras descendían, Hood no lograba imaginarse qué cosas pasarían por la mente de Harleigh. Ella seguía aferrándose a él y miraba hacia adelante con los ojos vidriosos. No atravesaba un estado de shock; no había sufrido las heridas físicas que provocaban condiciones hipovolémicas, cardíacas, neurógenas, sépticas o anafilácticas. Pero la niña había pasado cinco horas dentro de esa habitación, viendo cómo le disparaban a la gente, incluyendo a una de sus mejores amigas. La tensión postraumática sería profunda.

Hood sabía por experiencia que lo que había sucedido acompañaría a su hija cada instante de cada día por el resto de su vida. Los que alguna vez habían sido rehenes ya nunca eran verdaderamente libres. Se sentían acosados por una sensación de terrible aislamiento, por la humillación de haber sido tratados como una cosa y no como un ser humano. La dignidad podía reconstruirse, pero con parches, no de una manera integral. La suma de las partes nunca sería equivalente al quebrantado todo.

Las cosas por las que la vida nos hace pasar, pensó Hood.

Pero su hija estaba a salvo en sus brazos. Al llegar al final de la segunda escalera, Hood vio a Sharon corriendo a través del vestíbulo. Si habían tratado de que no ingresara, obviamente no lo habían logrado. Una mujer del Departamento de Estado corría desesperadamente tras ella.

-*¡Mi bebé!* -gritaba Sharon-. *¡Mi nena!*

Harleigh se separó de Hood y corrió hacia su madre. Se aferraron una a la otra y lloraron compulsivamente, Sharon tratando de cubrir a la niña con sus brazos. Hood se mantuvo a un lado.

Rodgers entró al vestíbulo, acompañado por Bill Mohalley. Detrás de ellos, en el patio, la secretaria general Chatterjee estaba hablando con los periodistas. Gesticulaba con enojo.

-Quiero estrecharle la mano -dijo el subjefe Mohalley. Le dio a Hood un fuerte apretón-. Hoy ustedes tres volvieron a escribir la historia del manejo de la crisis. Me siento honrado de

haber estado aquí para verlo.

-Gracias -dijo Hood-. ¿Cómo está Brett?

-Se pondrá bien -dijo Rodgers-. Las balas no tocaron la arteria femoral. Las heridas le provocaron más dolor que lesiones.

Hood asintió con la cabeza. Estaba mirando a Chatterjee. La secretaria general tenía manchas de la sangre del terrorista en la ropa, las manos y la cara.

-No parece muy contenta -dijo Hood.

Mohalley se encogió de hombros.

-Vamos a escuchar toda clase de idioteces sobre lo que hicieron -dijo-. Pero los rehenes están a salvo, cuatro de los terroristas se están echando una siestita, y una cosa es segura.

-¿Qué cosa? -preguntó Rodgers.

-Va a nevar en el infierno antes de que alguien vuelva a intentar algo así -dijo Mohalley.

55

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 12.51 am

Alexander estaba dormido cuando Hood entró a la habitación.

Sharon había ido con Harleigh al centro médico de la Universidad de Nueva York. Además del examen físico, era importante que conversara con un psicólogo cuanto antes. Harleigh tenía que comprender que ella no había hecho nada para ocasionarse aquel daño, y que no debía sentir culpa por haber sobrevivido. Tenía que comprenderlo antes aun de prestarle atención a cualquiera de las otras lesiones.

Hood se paró junto a la cama doble y observó a su hijo. La vida del niño había cambiado, las necesidades de su hermana ahora serían diferentes, y él ni siquiera lo sabía. La inocencia del sueño.

Hood se volvió y fue hacia el baño. Llenó la pileta con agua y se lavó la cara. También su vida había cambiado. Había matado a un hombre. Y se lo mereciera o no, lo había matado en territorio internacional. Probablemente habría un juicio, y tal vez no fuera en Estados Unidos. El proceso podría llevar años, y llegar a comprometer la seguridad del Centro de Operaciones.

¿Cómo sabían ciertas cosas? ¿Hasta qué punto estaban involucrados la CÍA y el Departamento de Estado? ¿Cuál era la conexión entre el gobierno de Estados Unidos y el desaparecido búlgaro Georgiev? Las agencias gubernamentales no tenían autoridad en ninguna de esas áreas.

Lo irónico era que las Naciones Unidas podían llegar a aparecer como la parte agraviada, la víctima de una conspiración de los Estados Unidos. Desde la retención de pagos hasta contradecir a la secretaria general, habíamos quebrado muchas de las reglas que los Estados miembros de las Naciones Unidas se comprometían a respetar. Países que avalaban el terrorismo, traficaban con estupefacientes y aplastaban los derechos humanos ahora podrían espetar indignados reproches a los Estados Unidos.

Y nosotros los aceptaríamos. Los aceptaríamos porque los medios nos estarían observando. A Hood siempre le había parecido que

la televisión y las Naciones Unidas estaban hechas la una para la otra. Ante sus ojos, todos eran del mismo tamaño.

Hood se secó con la toalla y se miró en el espejo. Pensó con tristeza que la pelea más difícil no sería contra sus enemigos. Sobrevendría cuando Sharon y él trataran de hablar. No sólo sobre su actitud de esa noche sino también sobre un futuro que de pronto se presentaba muy diferente al que habían estado planeando.

-Suficiente -dijo quedamente.

Dejó caer la toalla sobre el borde de la pileta y tomó un trago de agua de la canilla. Regresó lentamente hacia la habitación. La noche estaba empezando a alcanzarlo. Tenía las piernas débiles de tanto correr, y se le había resentido la parte baja de la espalda por avanzar agachado en la sala del Consejo de Seguridad. Se acomodó al lado de Alexander. Besó al niño suavemente junto a la oreja. Era algo que no había hecho en años, y se sorprendió. Todavía se olían en Alexander resabios de niñez.

La paz del chico brindó alivio al hombre. Y al quedarse dormido, el último pensamiento de Hood fue cuan extraño era todo. Él había contribuido a hacer a esos dos niños. Sin embargo, a través de sus necesidades y de su amor, también podía decirse lo contrario.

Aquellos niños habían creado un padre.

56

Ciudad de Nueva York, Nueva York Domingo, 7am

Una llamada de Bill Mohalley sobresaltó a Hood a las siete de la mañana.

El funcionario del Departamento de Estado lo llamaba para informarle que estaban llevando a su mujer, a su hija y a las demás familias al aeropuerto La Guardia, de donde saldría un vuelo hacia Washington. Mohalley le dijo que ya le habían avisado a Sharon, en el hospital, y que efectivos del DPNY llegarían al hotel en una hora para acompañarlos, a él y a su hijo, hasta el aeropuerto.

-¿A qué se debe esta rápida evacuación? -preguntó Hood. Estaba dolorido y atontado, y la luz blanca y brillante de la mañana era como un baño de ácido sobre su cráneo.

-Es más que nada por usted -dijo Mohalley-, aunque no queremos que parezca que lo estamos sacando a empujones.

-No entiendo -dijo Hood-. ¿Y por qué lo está manejando el DPNY en lugar del Departamento de Estado?

-Porque la policía está acostumbrada a proteger a quienes son noticia -dijo Mohalley-. Y le guste o no, usted acaba de convertirse en noticia.

En ese momento sonó el teléfono celular de Hood. Era Ann Farris. Hood le agradeció a Mohalley y salió de la cama. Fue caminando hacia la puerta, donde no despertaría a Alexander y estaba piadosamente más oscuro.

-Buen día -dijo.

-Buen día -dijo Ann-. ¿Cómo estás?

-Sorprendentemente bien -dijo él.

-Espero no haberte despertado...

-No -dijo Hood-, me despertó el Departamento de Estado.

-¿Algo importante? -preguntó ella.

-Sí -dijo él-. Quieren que me levante y me vaya de aquí.

-Me alegro -dijo ella-. En este momento estás muy expuesto.

-Y evidentemente fuera de onda -dijo él-. ¿Qué diablos estuvo pasando, Ann?

-Es lo que los profesionales de la prensa llamamos una tormenta de mierda -dijo ella-. Como nadie tiene los nombres de lo que ellos llaman "los dos SWAT" que entraron antes que tú, convirtieron todo en "el show de Paul Hood".

-Cortesía de Mala Chatterjee -dijo Hood.

-No está muy contenta contigo -dijo Ann-. Dice que arriesgaste innecesariamente la vida de tu hija por una resolución rápida y criminal de la crisis.

-Que se vaya a cagar -respondió Hood.

-¿Puedo citarte diciendo eso? -bromeó Ann.

-Titular a toda página -dijo Hood-. ¿Qué consecuencias hubo hasta ahora?

-En cuanto a seguridad, se está ocupando Bob Herbert -dijo ella-. Tú eres la única cara de un equipo que ayudó a matar a terroristas de tres países diferentes. Bob está empezando a examinar posibles conexiones con otros grupos terroristas o con maníacos nacionalistas que pudieran querer vengarlos.

-Sí, bueno, perdónenme por no haberme fijado en eso -dijo Hood amargamente.

-No es cuestión de culpa o perdón -dijo la agente de prensa-. Se trata de intereses especiales. Es lo que les estuve diciendo todos estos años. La manipulación de información ya no es un lujo. En vista de cómo están interconectados todos los sistemas del mundo, es una necesidad.

Hood tuvo que admitir que esa simbiosis existía. Y a veces se manifestaba de maneras inesperadas. Quince años atrás, era rutina que la inteligencia que recolectaba el equipo de Bob Herbert en la CÍA estuviera disponible para los otros grupos de inteligencia norteamericanos, incluyendo la inteligencia naval. Cuando, en la década del '80, el analista naval Jonathan Pollard entregó secretos de inteligencia norteamericanos a los israelíes, varios de esos secretos fueron, a continuación, entregados a Moscú a cambio de la liberación de refugiados judíos. Los comunistas de línea dura de Moscú utilizaron esa inteligencia para conspirar contra el gobierno ruso. Años más tarde, cuando el Centro de Operaciones se vio envuelto en el

desbaratamiento de la tentativa de golpe, la propia información de Herbert se utilizó en su contra.

-¿Y la prensa cómo lo está tomando? -preguntó Hood.

-En las páginas de opinión nacionales, muy bien -dijo Ann-. Por primera vez en la historia, la prensa liberal y la conservadora están de acuerdo. Te presentan como el "papá-héroe".

-¿Y en las páginas de opinión internacionales? -preguntó él.

-En Inglaterra e Israel podrías postularte para Primer Ministro y probablemente ganarías -dijo ella-. El resto de las noticias no son muy buenas. La secretaria general te describió como "otro norteamericano impaciente con un revólver". Exige una investigación y arresto domiciliario. El resto de la prensa mundial que vi hasta ahora se hace eco de ese mantra.

-¿Conclusión? -preguntó Hood.

-Lo que tú dijiste -le dijo Ann-. Te están evacuando. Ni en el Departamento de Estado ni en la Casa Blanca pudieron decidir cómo manejar todo esto. Supongo que te quieren aquí para ayudarlos a resolverlo. Aunque te diré que Bob Herbert tuvo la precaución de ponerse en contacto con la policía de Chevy Chase y pedir que envíen seguridad a tu casa. Ya están allí. Por si acaso.

Hood le agradeció, y luego despertó a Alexander para que se preparara. Siempre había sido sincero con sus hijos y, mientras se vestían, le dijo al chico exactamente lo que había pasado la noche anterior. Alexander se mostró dudoso hasta que apareció la policía para escoltarlos desde el hotel hasta el aeropuerto. Los seis oficiales trataban a Hood como si fuera uno de ellos, alabándolo mientras guiaban a padre e hijo a través del subsuelo en dirección al garaje, donde los esperaba una comitiva de tres autos patrulleros. La salida de estrella de rock le causó a Alexander una impresión mayor que todas las otras cosas que había experimentado en Nueva York.

Los Hood y las otras familias volaron de regreso a Washington DC en un 737 de la Fuerza Aérea. Sharon estuvo muy callada durante la hora que duró el vuelo. Se sentó al lado de Harleigh y la niña apoyó la cabeza en su hombro. Hood iba sentado del otro lado del pasillo, observándolas. Como a la mayoría de las violinistas, le habían dado a Harleigh un sedante suave para ayudarla a dormir. Sin embargo, a diferencia de lo que les ocurría a las otras niñas, su sueño era interrumpido por pequeños quejidos, gritos y espasmos. Hood comprendió que tal vez la mayor tragedia era que no había salvado a Harleigh de esa maldita habitación. La pobre niña todavía estaba allí, en espíritu ya que no físicamente.

El avión aterrizó en la Base Andrews de la Fuerza Aérea, supuestamente para que los militares resguardaran la privacidad de las niñas. Pero Hood conocía la verdadera razón. La Base Andrews era donde se encontraba el Centro de Operaciones. Mientras el avión carreteaba, Hood vio la camioneta blanca del Centro de Operaciones esperando en la pista. La puerta lateral abierta dejaba ver a Lowell Coffey y a Bob Herbert.

Sharon no los vio hasta que empezó a descender la escalerilla. Hood les hizo una inclinación de cabeza. Ellos permanecieron en la camioneta.

El Departamento de Estado había proporcionado sillas de ruedas para quienes las quisieran, y un autobús para llevar a cada uno a su casa. Un funcionario les dijo a los padres que más tarde pasarían a buscar los autos.

Sharon y Hood ayudaron a Harleigh a acomodarse en una silla de ruedas. Virilmente, Alexander se ubicó detrás de la silla al tiempo que Sharon se volvía hacia su marido.

-No vienes con nosotros, ¿verdad? -preguntó. Su voz era inexpresiva y reservada, su mirada distante.

-Honestamente, no sabía que estarían aquí -dijo Hood, indicando la camioneta con un dedo.

-Pero no te sorprende.

-No -admitió él-. Maté a alguien en territorio extranjero. Eso traerá consecuencias. Pero tú estarás bien. Bob pidió protección policial para la casa las veinticuatro horas.

-No estaba preocupada -dijo Sharon, y se volvió hacia la silla. Hood le tomó la mano. Ella se detuvo.

-Sharon, no hagas esto.

-¿Hacer qué? -preguntó ella-. ¿Irme a casa con nuestros hijos?

-No me excluyas -dijo él.

-No te estoy excluyendo, Paul -dijo Sharon-. Igual que tú, estoy tratando de mantener la calma y enfrentar las cosas. Lo que decidamos en los próximos días afectará a nuestra hija por el resto de su vida. Quiero estar emocionalmente preparada para tomar esas decisiones.

-*Los dos* tenemos que estar preparados para tomar esas decisiones -dijo Hood-. Es *nuestra* tarea.

-Eso espero -dijo Sharon-. Pero tú tienes dos familias otra vez. No voy a gastar más energía peleando por la igualdad de tiempo.

-¿Dos familias? -dijo Hood-. Sharon, yo no pedí que esto ocurriera. ¡Me había ido del Centro de Operaciones! Si regreso, es porque estoy en el medio de un incidente internacional. Yo, *nosotros,* no estamos capacitados para manejar esto solos.

En ese momento se acercó el funcionario del Departamento de Estado. Les dijo que el autobús los estaba esperando. Sharon le pidió a Alexander que se adelantara. Dijo que ella iría en un momento. Hood le guiñó el ojo a su hijo y le encargó que cuidara bien a su hermana. Alexander dijo que lo haría.

Hood volvió a mirar a su mujer. Sharon lo estaba observando. Tenía lágrimas en los ojos.

-¿Y cuando termine este incidente internacional? -preguntó-. ¿Entonces te tendremos con nosotros? ¿Realmente crees que

serás feliz ayudando a llevar adelante una familia en lugar de dirigir una ciudad o una agencia gubernamental?

-No lo sé -admitió Hood-. Dame la posibilidad de averiguarlo.

-¿La posibilidad? -sonrió Sharon-. Paul, tal vez esto no tenga ningún sentido para ti, pero anoche, cuando me enteré de lo que habías hecho por Harleigh, me enojé contigo.

-¿Te enojaste? ¿Por qué?

-Porque arriesgaste tu vida, tu reputación, tu carrera, tu libertad, para salvar a nuestra hija -dijo ella.

-¿Y eso te *enojó?* -dijo Hood-. No puedo creer que...

-Sí, me enojó -dijo ella-. Lo único que siempre quise de ti fueron pedacitos de tu vida. Tiempo para ir a un concierto de violín, un partido de fútbol, unas vacaciones de vez en cuando. Cenar como una familia. Pasar los feriados con mis padres. Casi nunca lo obtuve. Ni siquiera logré que te sentaras junto a mí anoche, cuando nuestra nena estaba en peligro.

-Estaba demasiado ocupado tratando de *sacarla...*

-Lo sé -dijo ella-. Y lo hiciste. Me demostraste lo que puedes hacer cuando te lo propones. Cuando *te lo propones.*

-¿Estás diciendo que no quise estar con mi familia? -dijo Hood-. Sharon, estás angustiada...

-Te dije que no lo entenderías -le dijo ella. Las lágrimas caían por sus mejillas-. Mejor me voy.

-No, espera -dijo Hood-. No te vayas así...

-Por favor, están esperándome -dijo Sharon. Retiró su mano y corrió hacia el autobús.

Hood miró irse a su mujer. Una vez que se cerró la puerta-acordeón y el autobús se puso en marcha, Hood empezó a caminar en dirección a Coffey y Herbert.

Ahora era él el que estaba enojado.

No podía creerlo. Hasta su mujer reprobaba lo que había hecho en la sala del Consejo de Seguridad. Quizás ella y Chatterjee deberían dar una conferencia de prensa.

Pero el enojo empezó a ceder a medida que Hood se acercaba a la camioneta. Y al mismo tiempo, otra cosa comenzó a atormentarlo. Era una mezcla de culpa y duda, y surgió en el instante en que Hood vio a Bob Herbert extendiendo su enorme mano en señal de bienvenida.

El instante en que Hood se dio cuenta de que ya no se sentía tan solo.

El instante en que Paul Hood tuvo que hacerse la honesta, muy dolorosa pregunta:

¿Ysi Sharon tenía razón?

57

Washington, DC Domingo, 10 am

Hubo cálidos saludos y sinceras felicitaciones cuando Hood entró a la camioneta. Como no habían llevado conductor, una vez que Herbert cerró la puerta y Hood se acomodó en el asiento del pasajero, Coffey condujo la corta distancia que los separaba del Centro de Operaciones. El abogado le informó que sólo pasarían por el Centro de Operaciones para que se duchara, se afeitara y se pusiera un traje limpio, que Herbert le había llevado de su casa.

-¿Por qué? -preguntó Hood-. ¿Adonde vamos?

-A la Casa Blanca -dijo Coffey.

-¿Quién me está esperando allí, Lowell? -preguntó Hood.

-Realmente no lo sé -admitió Coffey-. La secretaria general Chatterjee está volando hacia aquí con la embajadora Meriwether para ver al presidente Lawrence. Se encontrarán al mediodía. Es el presidente el que quiere que vayas.

-¿Tienes idea de por qué?

-No creo que el presidente quiera guiarse por lo que otros le cuenten -replicó Coffey-. Cualquier otra cosa que se me ocurra no será muy buena.

-¿Es decir? -preguntó Hood.

-Es decir que tal vez quiera mandarte de vuelta a Nueva York bajo custodia de la embajadora norteamericana -dijo Coffey-. Y asegurarse de tenerte a mano para responder las preguntas que la secretaria general y sus asociados puedan querer hacerte. Un gesto de interés.

La silla de ruedas de Herbert estaba ubicada detrás, entre los dos asientos.

-Un gesto -bufó-. Paul salvó el maldito lugar. Lo que hizo requiere más coraje del que vi en toda mi vida. Mike y Brett también estuvieron increíbles. Pero Paul... cuando me enteré de que fuiste el que liquidó al último tipo... nunca estuve tan orgulloso de nadie. Nunca.

-Lamentablemente -dijo Coffey-, la ley internacional no contempla el "orgullo" como defensa.

-Y yo te digo, Lowell: si mandan a Paul a Nueva York o a la podrida Haya y la Corte Internacional de Supuesta Justicia -dijo Herbert-, o a algún otro lugar improvisado donde sirven chivo expiatorio a las brasas, *yo* voy a tomar rehenes.

La discusión era un típico intercambio Herbert-Coffey y, como de costumbre, el mundo real se ubicaba en algún punto entre los dos extremos. Había cuestiones legales, por supuesto, pero las cortes también tomaban en consideración las exigencias emocionales. A Hood no le preocupaba tanto eso como el futuro cercano. Quería estar con su familia, ayudando a Harleigh a recuperarse. No podría hacerlo si tenía que estar defendiéndose en algún otro país.

Hood también quería quedarse en el Centro de Operaciones. Tal vez la renuncia había sido una reacción exagerada. Tal vez debería haber pedido licencia por un tiempo.

Y tal vez todo eso ya era pura teoría, se recordó a sí mismo. Pocos días atrás, su futuro todavía estaba en sus propias manos. Ahora estaba en manos del presidente de Estados Unidos.

Como nadie más sabía que llevarían a Hood al Centro de Operaciones, ninguno de los del equipo diurno estaba presente. El personal de fin de semana lo felicitó por su heroísmo y por el rescate de Harleigh. Le desearon buena suerte y le ofrecieron apoyo para lo que fuera que se avecinara.

La ducha caliente les sentó bien a los músculos doloridos de Hood, y mejor aun le sentó la ropa fresca. Cuarenta y cinco minutos después de llegar a Andrews, Hood estaba nuevamente en la camioneta, con Herbert a cargo de la seguridad y Coffey al volante.

58

Washington, DC Domingo, 11.45 am

Sentada en la limusina que la llevaba a la Casa Blanca, Mala Chatterjee se sentía sucia.

No tenía nada que ver con su estado físico, aunque le hubiera venido bien un largo descanso y un baño. En cambio, se había conformado con una ducha en su oficina y una siesta durante el vuelo.

Lo que sentía era el resultado de haber visto morir a la diplomacia como en un matadero. Aunque no había podido controlar el derramamiento de sangre, estaba determinada a controlar la limpieza. Y sería una limpieza profunda.

Durante el trayecto, Mala Chatterjee no había hablado demasiado con la embajadora Flora Meriwether. Por ser co-anfitriona del evento del sábado a la noche, y al igual que Chatterjee, la embajadora -de cincuenta y siete años- se había retrasado en ir al Consejo de Seguridad, ni ella ni su marido habían estado entre los rehenes. Sin embargo, la embajadora no se había quedado con los otros delegados después de la toma. Se había retirado a su oficina, sosteniendo que ése era un asunto que debía manejar Chatterjee con sus consejeros. Lo cual era verdad, si bien Meriwether no podía haber puesto más distancia entre ella y la crisis.

La embajadora temía que se creyera que ella presionaba a la ONU para que permitiera que los negociadores norteamericanos o el personal SWAT se involucraran. Y Chatterjee lo sabía. Lo cual ahora resultaba irónico, dado como habían terminado las cosas.

Mala Chatterjee no sabía qué sentía la embajadora en ese momento. Ni lo que pensaba el presidente. No era que le importara. La secretaria general había insistido en aquella reunión porque necesitaba restablecer de inmediato el derecho de las Naciones Unidas a solucionar sus propios problemas, y disciplinar a las naciones que habían infringido la ley internacional. Las Naciones Unidas habían sido rápidas para condenar a Irak por invadir Kuwait. No podían ser menos rápidas en llevar a los Estados Unidos ante la Justicia por interferir en la toma de rehenes.

La prensa internacional en pleno estaba esperando a la limusina cuando pasó por la entrada sudoeste. La embajadora Meriwether se rehusó a hablar pero esperó mientras Chatterjee se dirigía al grupo.

-Los eventos de las últimas dieciocho horas han sido duros para las Naciones Unidas y su familia -dijo ella-, y nos duele la pérdida de tantos de nuestros estimados compañeros. Si bien nos gratifica que los rehenes hayan podido reunirse con sus familias, no podemos tolerar los métodos utilizados para terminar con la crisis. El éxito de las Naciones Unidas y de sus operaciones depende de la abstención de las naciones huéspedes. He solicitado esta reunión con el presidente y la embajadora Meriwether para que podamos comenzar a consumar dos importantes objetivos. Primero, reconstruir los eventos que socavaron la soberanía de las Naciones Unidas, su estatuto y su compromiso con la diplomacia. Y segundo, asegurarnos absolutamente de que su soberanía no sea violada en el futuro.

Chatterjee le agradeció al grupo, ignorando las preguntas que le gritaban y prometiendo que tendría más para decir después de la reunión con el presidente. Confiaba en haber transmitido la sensación de haber sido invadida por miembros del ejército norteamericano.

El camino a la Oficina Oval es un zigzag que lleva al visitante a través de la oficina de la secretaria de prensa y la sala de gabinete. Más allá de la sala de gabinete está la oficina de la secretaria ejecutiva del presidente. Esta es el único acceso a la Oficina Oval, y hay un miembro del servicio secreto apostado allí a toda hora.

El presidente las recibió de inmediato. Salió personalmente a darle la bienvenida a Mala Chatterjee. Michael Lawrence medía un metro noventa y ocho, llevaba el cabello gris-plata cortado al ras y tenía la piel bronceada y curtida por el sol. Su sonrisa era amplia y genuina, su apretón de manos era fuerte, y su voz profunda resonaba desde algún punto cercano a sus rodillas.

-Qué bueno volver a verla, señora secretaria general -dijo.

-Igualmente, señor presidente, aunque hubiera deseado que las circunstancias fueran otras -respondió ella.

El presidente movió los ojos azul-gris hacia la embajadora Meriwether. La conocía desde hacía casi treinta años. Había sido compañera suya cuando estudiaban ciencias políticas en la Universidad de Nueva York, y el presidente la había sacado de la academia para que se desempeñara en la ONU.

-Flora -dijo-, ¿te molestaría darnos unos minutos?

-En absoluto -dijo ella.

Mientras la secretaria ejecutiva cerraba la puerta, el presidente acompañó a la secretaria general Chatterjee hasta una silla. Chatterjee tenía los hombros erguidos y el cuello rígido. Con un traje gris y sin corbata, el presidente parecía más confortable mientras utilizaba un control remoto para apagar el televisor. Estaba sintonizado en la CNN.

-Oí sus comentarios a la prensa -dijo el presidente-. Cuando habló de los eventos que socavaron la soberanía de las Naciones Unidas, ¿se refería al ataque terrorista?

Chatterjee estaba sentada en un sillón amarillo. Puso las manos sobre su falda y cruzó las piernas.

-No, señor presidente -dijo la secretaria general-. Eso es un tema aparte. Me refería al no solicitado ataque del señor Paul Hood, de su Centro Nacional para el Manejo de la Crisis, y dos miembros todavía sin identificar del ejército norteamericano.

-Se refiere al ataque que puso fin a la toma de rehenes -dijo él amablemente.

-El resultado no es la cuestión -se opuso Chatterjee con firmeza-. En este momento estoy muy preocupada por los medios utilizados.

-Comprendo -dijo él. Se sentó detrás de su escritorio-. ¿Y qué querría hacer al respecto?

-Quisiera que el señor Hood volviera a Nueva York y respondiera preguntas en relación con el ataque -dijo ella.

-¿Quiere que vaya ahora mismo? -preguntó el presidente-. ¿Mientras su hija se está recuperando?

-No tiene que volver inmediatamente -respondió ella-. A mitad de semana estaría bien.

-Comprendo. Y con estas preguntas... -dijo el presidente- ¿qué es lo que espera lograr?

-Necesito comprobar formalmente que se infringieron las leyes y se traspasaron los límites -respondió ella.

-Señora secretaria general -dijo el presidente-. Si me permite, creo que no está viendo el panorama general.

-¿Que sería?

-Yo creo que el Departamento de Policía de Nueva York, el Departamento de Estado, el FBI y las unidades del ejército norteamericano que había en la zona actuaron con extraordinaria moderación y respeto, considerando cuántas jóvenes norteamericanas estaban en peligro. Cuando la situación se deterioró y sus propias fuerzas de seguridad fueron repelidas... sí, tres de nuestros efectivos ingresaron en el Consejo de Seguridad. Pero lo hicieron generosa y eficazmente, como siempre lo han hecho los soldados norteamericanos.

-No se cuestiona su coraje -dijo Chatterjee-. Pero el hecho de que la mayoría respete la ley no pesa más que la heroica anarquía de unos pocos. Si se rompen las leyes, se necesitan remedios legales. No es un capricho mío, señor presidente. Es nuestro estatuto. Es nuestra ley. Y ya ha habido requerimientos de que esas leyes sean observadas.

-¿Requerimientos de quién? -preguntó el presidente-. ¿De las naciones cuyos terroristas resultaron muertos en el ataque?

-De las naciones civilizadas del mundo -respondió Chatterjee.

-Y para satisfacer su civilizada sed de sangre, usted quiere llevar a juicio a Paul Hood -dijo el presidente.

-Capto el sarcasmo -dijo Chatterjee-. Y sí, el juicio es una posibilidad. Las acciones del señor Hood así lo requieren.

El presidente se reclinó en su sillón.

-Señora secretaria general, anoche Paul Hood se convirtió en un héroe para mí y para aproximadamente otros doscientos cincuenta millones de norteamericanos. Tuvimos algunos villanos, entre ellos una picara agente de la CÍA que probablemente pase el resto de su vida en prisión. Pero de absolutamente ningún modo ese hombre irá ajuicio por salvar a su hija de un

terrorista.

Chatterjee consideró al presidente por un momento.

-¿No nos lo va a entregar para que lo interroguemos?

-Creo que con esto he resumido bastante bien la posición de esta administración -dijo el presidente.

-¿Estados Unidos desafiará la voluntad de la comunidad internacional? -preguntó ella.

-Abierta y entusiastamente -replicó el presidente-. Y francamente, señora secretaria general, no creo que a los delegados de las Naciones Unidas les importe por mucho tiempo.

-No somos el Congreso, señor presidente -dijo ella-. No subestime nuestra capacidad de concentrarnos en algo.

-Jamás -dijo el presidente-. Estoy seguro de que los delegados van a estar muy concentrados en buscar escuelas y departamentos apropiados cuando esta administración apoye el traslado de las Naciones Unidas de Nueva York a otra capital del mundo, digamos Jartum o Rangún.

Chatterjee sintió que se ruborizaba. *Qué cabrón. Qué maldito cabrón.*

-Señor presidente, no respondo a amenazas.

-Sí que lo hace -dijo el presidente-. A aquella otra respondió rápida y abiertamente.

A la secretaria general le llevó un momento darse cuenta de que el presidente tenía razón.

-A nadie le gusta que lo presionen -dijo el presidente-, y eso es precisamente lo que estamos haciendo. Lo que necesitamos es llegar a una solución sin agresiones ni amenazas. Una solución que nos venga bien a todos.

-¿Como por ejemplo? -preguntó ella. Frustrada como estaba, Chatterjee seguía siendo una diplomática. Escucharía.

-Una manera más productiva de aplacar a esos delegados enfurecidos podría ser que Estados Unidos empezara a pagar su deuda de dos mil millones de dólares -dijo el presidente-. Los delegados tendrán más dinero para los programas de la ONU en sus respectivos países, como ser el Consejo Mundial de la Alimentación, el Fondo para la Niñez, el Instituto de Instrucción e Investigación. Y si lo manejamos bien, sentirán que ganaron algo. Habrán ganado la capitulación norteamericana en el tema de la deuda. Su propio status no se verá afectado -señaló.

Chatterjee lo miró fríamente.

-Señor presidente, aprecio la atención que le prestó al problema. Pero existen cuestiones legales que no pueden ser dejadas de lado.

El presidente sonrió.

-Señora secretaria general, hace casi veinticinco años, un ruso -Alexander Solzhenitsyn- dijo algo, en un discurso de graduación, que este abogado nunca olvidó. "He pasado toda mi vida bajo un régimen comunista", dijo, "y debo decirles que una sociedad sin ninguna escala legal objetiva es verdaderamente terrible. Pero una sociedad sin otra escala que la legal tampoco es digna del hombre."

Chatterjee observó al presidente con detenimiento. Era la primera vez, desde que había entrado a la Oficina Oval, que veía algo en sus ojos, en su expresión, que se acercaba a la sinceridad.

-Señora secretaria general -dijo el presidente-, usted está exhausta. ¿Puedo hacer una sugerencia?

-Por favor -dijo ella.

-¿Por qué no vuelve a Nueva York, descansa, y piensa en lo que le he dicho? -le dijo el presidente-. Piense en cómo podemos trabajar juntos para establecer nuevos objetivos morales.

-¿En lugar de decidir acerca de los viejos? -preguntó ella.

-En lugar de seguir repitiendo los que nos dividen -respondió él-. Tenemos que curar esa división, no ensancharla.

Chatterjee suspiró y se puso de pie.

-Creo que por lo menos con eso estoy de acuerdo, señor presidente -dijo.

-Me alegro -respondió él-. Estoy seguro de que el resto se irá solucionando.

El presidente salió de detrás del escritorio. Le dio la mano y la acompañó hasta la puerta.

La secretaria general no había previsto que la reunión se desarrollaría de esa manera. Sabía que el presidente se resistiría a su requerimiento, pero creyó que ella podría utilizar a la prensa para influir en su decisión. ¿Qué les diría ahora a los periodistas? Que el presidente se había comportado como un cabrón. En lugar de entregar a un padre norteamericano, había ofrecido devolverle a la ONU un anclaje financiero firme y ayudar a miles de padres en países subdesarrollados de todo el mundo.

Mientras atravesaba la gruesa alfombra azul con el sello presidencial dorado, Chatterjee pensó en la ironía de la situación. Al ir hacia la Casa Blanca, se había sentido sucia porque la diplomacia había muerto. Y sin embargo allí, en esa habitación, acababa de ser practicada con habilidad e inteligencia.

¿Por qué, entonces, se sentía aun más sucia que antes?

59

Washington, DC Domingo, 12.08 pm

Paul Hood había estado en suficientes situaciones política y emocionalmente intensas, tanto en el gobierno como en Wall Street, como para saber que el resultado de las reuniones importantes a menudo se decidía antes de que dichas reuniones tuvieran lugar. Las personas clave, en general no más de dos, hablaban y se encontraban de antemano. Para cuando llegaban todos los demás, la conversación era mayormente una fórmula.

Esta vez ni siquiera hubo tal fórmula. No dentro de la oficina, al menos.

Hood saludó a la prensa al llegar pero se rehusó a responder preguntas. Cuando entró a la Oficina Oval, la embajadora Meriwether estaba charlando con la secretaria del presidente, Elizabeth López, de cuarenta y dos años. Ambas comparaban perspectivas acerca de los eventos del día anterior. Dejaron de hablar cuando vieron a Hood.

A Hood siempre le había parecido que López era amable pero formal. Ese día se mostró cálida y agradable. Le ofreció café del tarro de Kona del presidente, que él aceptó. También la embajadora, en general inexpresiva, estaba inusitadamente simpática. Hood pensó que era irónico que la única madre que desaprobara su conducta fuera la de sus propios hijos.

La embajadora le dijo que Mala Chatterjee estaba adentro.

-Déjeme adivinar -dijo Hood-. Está pidiendo que comparezca frente a algún comité *ad hoc,* compuesto de gente que odia a los Estados Unidos.

-Usted está agotado -sonrió la embajadora.

-Pero no equivocado -dijo Hood.

-La secretaria general no es una mujer irrazonable -dijo la embajadora Meriwether-, sólo idealista, y un poco inexperta todavía. Sin embargo, hoy por la mañana, el presidente y yo discutimos una posible solución, que creemos que a la secretaria general le parecerá aceptable.

Hood bebió su café negro y estaba a punto de sentarse cuando se abrió la puerta de la Oficina Oval. Salió Mala Chatterjee, seguida por el presidente. La secretaria general no parecía muy satisfecha.

Hood puso su taza a un lado mientras el presidente le tendía la mano a la embajadora.

-Señora embajadora, gracias por venir -dijo el presidente-. Me alegro de que esté bien.

-Gracias a usted, señor -dijo ella.

-Embajadora Meriwether -dijo el presidente-, la secretaria general y yo acabamos de tener un intercambio de ideas muy productivo. Tal vez podamos ponerla al día mientras las acompaño hasta la puerta sudoeste.

-Muy bien -dijo ella.

El presidente volvió la mirada hacia Hood.

-Paul, qué bueno verte -dijo, tendiéndole la mano-. ¿Cómo está tu hija?

-Bastante perturbada -admitió Hood.

-Es comprensible -dijo el presidente-. Rezaremos por ti. Si hay algo que podamos hacer, por favor dínoslo.

-Gracias, señor.

-De hecho, creo que tenemos las cosas bastante controladas por aquí -dijo el presidente-. ¿Por qué no te vas a tu casa, con tu hija?

-Gracias, señor -dijo Hood.

-Te avisaremos si ocurre algo más -dijo el presidente-, aunque sería buena idea que te mantuvieras alejado de los periodistas por unos días. Deja que lo manejen los representantes de prensa del Centro de Operaciones. Al menos hasta que la secretaria general haya podido hablar con su gente en Nueva York.

-Por supuesto -dijo Hood.

Le dio la mano al presidente y a la embajadora. Luego estrechó la mano de la secretaria general. Era la primera vez que ella lo miraba desde la noche anterior. Tenía los ojos oscuros y cansados, los extremos de la boca hacia abajo, y había en sus cabellos algunas canas que Hood no había notado antes. Ella no dijo nada. No era necesario. Tampoco había ganado esa batalla.

Había un área de seguridad entre el final del pasillo principal y la entrada del ala oeste. Lowell Coffey y Bob Herbert estaban allí, conversando con dos agentes del servicio secreto. No habían sido invitados a la reunión pero querían estar cerca por si Hood necesitaba apoyo moral o táctico, o incluso que lo llevaran a algún lugar, según a donde tuviera que ir después del encuentro.

Se acercaron a Hood mientras el presidente, la secretaria general y la embajadora salían al encuentro de los periodistas.

-Qué rápido -dijo Herbert.

-¿Qué pasó? -preguntó Coffey.

-No lo sé -dijo Hood-. La embajadora Meriwether y yo no estuvimos en la reunión.

-¿El presidente te dijo algo? -preguntó Coffey.

Hood esbozó una débil sonrisa y puso una mano sobre el hombro del abogado.

-Me dijo que me fuera a casa con mi hija, que es exactamente lo que pienso hacer.

Los tres salieron de la Casa Blanca. Evitaron a los periodistas dirigiéndose a la avenida West Executive y luego doblando hacia el sur en dirección al Ellipse, donde habían estacionado.

Mientras se iban, Hood no pudo evitar sentirse mal por Chatterjee. No era una mala persona. Ni siquiera era la persona incorrecta para ese trabajo. El problema era la institución en sí misma. Las naciones invadían a otras naciones o cometían genocidios. Después las Naciones Unidas les daban un foro para que explicaran sus actos. El solo hecho de posibilitarles ser oídas tenía el efecto de legitimar lo inmoral.

A Hood se le ocurrió que el Centro de Operaciones tenía que encontrar una manera de corregir esos abusos. Una manera en la que pudiera usar los recursos del equipo para identificar criminales internacionales y llevarlos ante la Justicia. No ajuicio: ante la Justicia. Antes de que actuaran, si era posible.

Era algo para considerar. Porque aunque le debía a su hija un padre, una familia, también le debía otra cosa. Algo que muy poca gente podía llegar a ofrecer.

Un mundo más sensato donde ella pudiera formar su propia familia.

60

Los Ángeles, California Domingo, 3.11 pm

Había estado en muchos lugares del mundo. El Ártico. Los trópicos. Cada cual tenía sus atractivos y su belleza particular. Pero nunca había estado en un lugar tan instantáneamente atractivo como aquél.

Salió de la terminal y aspiró el aire cálido. El cielo del atardecer era azul claro, y pudo jurar que tenía el sabor del océano.

Se metió el pasaporte en la campera y miró a su alrededor. Los autobuses de cortesía se detenían junto a la vereda, y eligió uno que iba a un hotel importante. No había hecho reserva. Pero se acercaría al mostrador y le diría a la recepcionista que sí la había hecho. Que había olvidado el número de confirmación: era tarea *de ellos* recordarlo, no suya. Aunque no pudieran alojarlo se esforzarían por encontrarle un lugar donde parar. Los hoteles importantes se conducían de esa manera.

Se sentó en el autobús y se volvió a mirar por la ventana. La blanquecina torre de control emitió su luz cuando pasaron junto a ella. El follaje era abundante a los costados del camino. El tráfico avanzaba velozmente, no como en Nueva York o París.

A Ivan Georgiev le gustaría aquel lugar.

También le hubiera gustado Sudamérica. Pero las cosas no habían salido como las había planeado. A veces ocurría. Y por eso, a diferencia de los otros, él se había procurado una vía de escape. Si todo salía mal, Annabelle Hampton tenía que mandar a sus volantes a buscarlo. El plan era que él luego se encontrara con ella en el hotel, y arreglara para pagarle su parte, ya fuera del rescate o de los fondos personales de Georgiev.

Cuando ella no apareció, él supuso lo peor. Más tarde, cuando los volantes regresaron para ponerlo en un avión y sacarlo del país, se enteró de que la habían capturado. Le dijeron que probablemente trataría de negociar quince años en prisión revelando la conexión CIA-ATNUC. Razón por la cual él tenía que irse. La CÍA tenía pensado negar todo.

Se suponía que Georgiev volaría de Los Ángeles a Nueva Zelanda. Pero el búlgaro no quería ir a Nueva Zelanda. No quería que la CÍA supiera dónde estaba. Además, tenía dinero y tenía ideas. También tenía conexiones con expatriados de Europa oriental, especialmente con los rumanos, que habían instalado compañías cinematográficas en Hollywood.

Georgiev sonrió. Sus socios le habían contado que la industria del cine era un negocio despiadado y excitante. Un negocio donde un acento extranjero era considerado exótico y refinado, y garantizaba que lo invitaran a fiestas. Un negocio donde la gente no te apuñalaba por la espalda en privado. Lo hacía de frente, y en público, donde todos pudieran ver.

Georgiev sonrió. Tenía el acento y le encantaría apuñalar gente, donde ellos quisieran.

Le iba a gustar ese lugar.

Le iba a gustar mucho, mucho.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a Jeff Rovin por sus creativas ideas y su invalorable ayuda en la preparación del manuscrito. Agradecemos también la colaboración de Martin H. Greenberg, Larry Segriff, Robert Youdelman, Esq. y la maravillosa gente de Penguin Putnam Inc., incluyendo a Phyllis Grann, David Shanks y Tom Colgan. Como siempre, queremos agradecerle a Robert Gottlieb de la agencia William Morris, nuestro agente y amigo, sin el cual este libro jamás hubiera sido concebido. Pero sobre todas las cosas, es tarea de ustedes, nuestros lectores, determinar el éxito de nuestro emprendimien-to colectivo.

Naciones Unidas-Ayer, el Consejo de Seguridad realizó los toques finales en un requerimiento escrito para que Irak coopere con los inspectores internacionales de armas; pero no amenazó con usar la fuerza en caso de que Bagdad no accediera.

ASSOCIATED PRESS *5 de noviembre de 1998*